



ABRIR VOLUMEN II

PARTE III

IDEOLOGIAS Y EXPERIENCIAS
DE
INTEGRACION EN EL MAGREB

CAPITULO I INTRODUCCION AL MAGREB

Conforme al esquema utilizado en la segunda parte, la presente, que trata del Magreb, versará tras una breve identificación geográfica y demográfica, histórica, cultural, sociopolítica y económica del objeto del análisis, sobre las ideologías y los antecedentes (proyectos) de integración y sobre las prácticas de cooperación política y económica, para estudiar posteriormente los factores, obstáculos y perspectivas de la cooperación-integración magrebí.

Situado en la parte africana del Mundo Árabe, el Magreb-
Gazirat Al-Maghrib- o la "isla del poniente", es la palabra árabe que designa el Occidente (donde se pone el sol) de la entidad árabe-islámica por oposición al Mashrek u Oriente (donde sale el sol).

Existen divergencias en cuanto a la delimitación de ambos componentes del Mundo Árabe. No se sabe, con exactitud, dónde termina el Mashrek y dónde comienza el Magreb. Según una expresión humorística atribuida al Presidente Burguiba, la frontera entre el Mashrek y el Magreb se sitúa allí donde los pueblos dejan de comer arroz y empiezan a comer cuscús (¹), es decir, más o menos, en la frontera entre Egipto y Libia. Para el Profesor Abdallah Laraoui, la frontera se encuentra en los alrededores de Trípoli, donde el árabe vernáculo hablado en el Mashrek y en el Magreb presenta diferencias notables. Mientras que Lakhdar Brahimi, antiguo embajador argelino en Londres, considera que los desiertos de Libia y Argelia constituyen la

frontera natural entre las dos zonas, pues incluyen el elemento bereber, que no se encuentra en ninguna otra parte del Mundo Árabe (2).

En cualquier caso, el Africa del Norte está dividida por la naturaleza en dos regiones geográficas diferentes, separadas por el desierto del Sáhara: al este, el valle del Nilo y al oeste, el Magreb.

El Magreb, así globalmente identificado, es difícilmente definible, puesto que se suelen utilizar distintos criterios para identificarlo: geográficos, culturales, políticos, incluso etnológicos. Y además, no se contempla como un conjunto homogéneo, sino como una yuxtaposición de Estados vecinos, a los que todo separa.

De una manera general, el Magreb es el conjunto de países situados al oeste de Egipto, desde Libia hasta Mauritania, es decir, desde Cirenaica hasta el Atlántico, el Occidente del Mundo Árabe.

La mayoría de los estudios realizados sobre el Magreb, se limitan al "Magreb central", "histórico", "clásico", "restringido" o "Pequeño Magreb" (Argelia, Marruecos y Túnez), por razones de diversa índole. La primera, es que existen evidentes vínculos históricos coloniales entre los tres países, que pertenecían a la antigua Africa del Norte Francesa. Lo que Bernabé López García llama las huellas dejadas en estos países por la misma colonización francesa (2).

La segunda estriba en que la inserción de Mauritania y Libia, dos Estados saharianos, rompe esta homogeneidad (mismo espacio geográfico, misma religión y misma cultura), ya que se trata de dos Estados "periféricos" o de transición, el primero hacia el Africa negra y el segundo hacia el Mashrek. La tercera es que, a diferencia del Magreb "central", Libia sufrió la colonización italiana e inglesa, y Mauritania fue incorporada por el colonizador francés al Africa Occidental. La cuarta se basa en las dificultades de aprehender las especificidades socioeconómicas de Mauritania y Libia que les aparten, más o menos, de los demás. Y por último, hasta hace poco, Libia participaba más en la vida del Mashrek que en la del Magreb y Mauritania, por ser protagonista del problema del Sáhara, viéndose obligado a partir de 1975, a pertenecer a dicha región (4).

Existen pues un Magreb, en sentido estricto, limitado a las tres antiguas colonias francesas del Africa del Norte y un Magreb, en sentido amplio, que añade al primero sus dos extremos o alas (Mauritania y Libia) y que se llama según el caso: el Magreb árabe (al-Maghríb al-Kabir), el Gran Magreb (al-Maghríb al-Arabi) o el Magreb unido.

Es este último el que nos interesa para nuestro análisis. Nos referimos, por tanto, a este territorio o conjunto, verdadera isla separada de Europa por el Mediterráneo y del Africa profunda por el desierto del Sáhara(5) y que se extiende, en el sentido este-oeste desde la frontera egipcio-libia a la frontera senegal-mauritana y en el sentido norte-sur, desde Tánger a Tamanrasset. Dicha isla o territorio constituye una unidad

geográfica donde no existe ninguna frontera natural entre los Estados que lo forman (6).

El Gran Magreb Arabe nos interesa por varias razones: por motivos económicos, políticos y estratégicos, los cinco Estados participan, de una manera u otra, en la vida de la región. Manifiestan su deseo de integrar el Magreb, mediante la cooperación regional. Tienen unas características globales que dan una cierta homogeneidad geográfica a la región. Presentan una formación histórica común y una unidad de civilización basada en el Islam. Y, por fin, desde sus luchas de liberación nacional hasta los discursos políticos actuales, el deseo o la idea de la construcción del Gran Magreb aparece como un proyecto político, económico e ideológico, constante y común (7).

Existe pues una voluntad unánime entre los cinco países de realizar el proyecto magrebí, ya que sus pueblos pertenecen a una sola y única comunidad y que, además, las exigencias modernas de desarrollo económico imponen la unidad, mediante un acercamiento de los Estados (8). O según Mohamed Abed Jabri, tres elementos fundamentan las aspiraciones de los pueblos magrebíes hacia la unidad o la creación del Magreb Arabe, a saber: la noción de la Umma o de la comunidad islámica; la identidad áraboislámica forjada durante la lucha anticolonialista, y las aspiraciones de los pueblos magrebíes hacia la renovación moderna y progresiva (9).

1.1. EL Magreb desde el punto de vista geográfico y demográfico

Punto de confrontación entre el Oriente Medio, la Europa Occidental y el Africa subsahariana, el Magreb es a la vez una entidad mediterránea, árabe y africana. El espacio mediterráneo lo vincula con Europa, el espacio sahariano con el Africa subsahariana y el espacio áraboislámico con el Oriente Medio (10).

Desde la frontera entre Egipto y Libia hasta el estrecho de Gibraltar, tiene una costa mediterránea de unos 5000 Km. Desde Tánger hasta la frontera senegal-mauritana, tiene 2200 Km de costa atlántica, mientras que el sur, que se extiende de Mauritania a Libia, está invadido por el desierto del Sáhara, que ocupa del 80 al 95% de la superficie total del Magreb y se reparte de una manera desigual: la casi totalidad del territorio mauritano y libio, los dos tercios de Argelia y la tercera parte de Marruecos y Túnez.

A partir de esta posición geográfica, el Magreb se caracteriza por tres zonas climáticas: la zona mediterránea en el norte, la zona continental de transición y la zona desértica en el sur (11). El Mediterráneo al norte y el Sáhara al sur explican el carácter insular del Magreb. Ello hace que el Magreb se comparta entre el dominio mediterráneo, estepario y sahariano (12). Marruecos y Mauritania están dominados por el Atlántico; Argelia, Túnez y Libia por el Mediterráneo y, por su parte, Mauritania y Libia y, en una cierta medida, Argelia en su parte sur, por el Sáhara. Sin embargo, según observa Mohsen Toumi (13), los litorales mediterráneo y atlántico (7200 Km)

dan una clara especificidad al Magreb, con predominio del clima mediterráneo. Además, por intermedio del desierto del Sáhara, es una región de contacto entre la zona templada y la zona tropical y, por consiguiente, entre la humedad y la sequía, con un claro predominio de la aridez (14). En general, hace frío durante el invierno y calor durante el verano.

Con su relieve de grandes cadenas de montañas, en bandas paralelas, que se orientan del suroeste al noreste, entre el Mediterráneo y el Sáhara (15), el Magreb es, pues, en su parte central, un conjunto montañoso (16), mientras que sus dos extremos desérticos se caracterizan por la ausencia de obstáculos naturales. Debido a ello, si se exceptúan las costas marítimas, la aridez amenaza seriamente al Magreb. Salvo Marruecos, que tiene ríos abundantes, en los demás países éstos son escasos, sobre todo en el interior y hacia el sur. Ello se traduce en su vegetación que, con excepción del bosque mediterráneo en el norte donde es abundante, se presenta escasa. Esta carencia de vegetación en el Magreb debida a la presencia del desierto sahariano, se explica también por las actividades humanas, generalmente nómadas, por los cultivos extensivos y el uso de la leña.

Gérard Maurer resume el medio ambiente del Magreb, de la manera siguiente: "El Magreb está situado en los límites del dominio templado mediterráneo, ampliamente abierto sobre el Sáhara, e incorporado, durante el verano, al dominio subtropical donde reinan las altas presiones responsables del mayor desierto cálido del mundo. Las grandes cantidades de agua atlántica y mediterránea son, por supuesto, fuente de humedad y de moderación de las temperaturas, pero estas vías privile-

giadas por el paso de las perturbaciones templadas sólo son utilizadas durante el resto del año; el relieve y el carácter montañoso del Africa del Norte limitan muy rápidamente los efectos benéficos a una franja litoral" (17).

Región de contrastes, el Magreb se enfrenta a una serie de inconvenientes naturales: el clima árido sahariano, el relieve inhóspito, la escasez de tierras cultivables, las dificultades de comunicaciones interregionales, la insuficiencia de recursos acuíferos, etc, que se compensan con recursos minerales y energéticos abundantes (petróleo, gas natural, hierro y fosfatos) en las zonas desérticas. Todos estos elementos van a influir en la vida humana y económica de la región.

En cuanto al aspecto demográfico, el Magreb se caracteriza por un fondo étnico bereber (18) cuya presencia se remonta al paleolítico. Los árabes llegaron más tarde, en dos oleadas, a mediados del siglo VII y en el siglo XI. Desde entonces, los dos pueblos constituyen lo esencial de la población del Magreb. Los bereberes, que han conservado sus rasgos específicos (19) ya que se han resistido a todos los intentos de asimilación -fenicia, romana o francesa- para conocer sólo una cierta arabización e islamización, siguen ocupando, en la actualidad importantes regiones del Magreb: Yerba en Túnez; Gran Kabilia, el Atlas, el Djebel Zaccar, el Ouarsenis, los montes de Tlemcen en Argelia; el Rif, el Medio y Alto Atlas en Marruecos; el Djebel Nefusa en Libia; los alrededores de Nuakchot y los oasis de Mzab, del Gourara y el macizo del Hogar, en el desierto del Sáhara, con los Tuaregs (20).

Según Hidelbert Isnard, limitándose al Magreb "central", los bereberófonos alcanzan unos 6 millones de habitantes: unos 20.000 en Túnez, 2 millones en Argelia y 4 millones en Marruecos (21).

A la triple división biogeográfica o geopolítica del Magreb (la zona templada en el norte (Tell), esteparia en el centro y desértica en el sur) corresponde una triple división sociológica (ciudades-campos-montañas), con implicaciones en la población humana: árabes, bereberes y beidanes que presentan importantes diferencias sociohistóricas (22).

La dureza del clima y del relieve en el Magreb, sus recursos limitados y dispersos, han conducido a los hombres a buscar distintas soluciones, tales como la emigración (23), la combinación de las actividades de cultivo y de ganadería, y el desplazamiento hacia el litoral mediterráneo o atlántico, más atractivo a causa de su clima y aguas dulces, sus playas de arena, sus ciudades modernas y su apertura económica a los mercados exteriores (24). En pocas palabras, se asiste a un éxodo rural hacia las ciudades, acompañado de una importante emigración -argelina, marroquí y tunecina- hacia los países de Europa Occidental (25) u otros países árabes -caso de la inmigración tunecina y marroquí de la última década- en especial, los del Golfo (26). Para los que se han quedado, sobre todo en el Sáhara, el clima les ofrece sólo dos posibilidades: el nomadismo y el cultivo de los oasis.

De una manera general, la demografía norteafricana ha conocido, desde las independencias, dos importantes movimientos de las poblaciones: el abandono de las montañas para dirigirse

hacia los valles y planicies o mesetas, y el de las zonas rurales hacia las ciudades o la emigración hacia el extranjero. Se asiste así a una desigual distribución de la población en los países del Magreb. La superpoblación de las ciudades del litoral norte, caracterizado por un clima mediterráneo y subtropical, contrasta con el despoblamiento del Sáhara en el sur.

Según manifiesta Robert Escallier, refiriéndose a la emigración hacia el extranjero, ésta ha sido para las sociedades rurales magrebíes, "uno de los medios más eficaces para resistir a los efectos de la desestructuración socio-espacial causados por los gobernantes y sus representantes" (27). Dicha emigración es muy fuerte en Argelia, mientras que Túnez conoce una notable disminución del nomadismo.

El Magreb se caracteriza hoy por una importante explosión demográfica, con una tasa de crecimiento anual en torno al 3% (una de las más altas del mundo): 3,1% en Argelia, 3,7% en Libia, 2,7% en Mauritania, 2,6% en Marruecos y 2,4% en Túnez (28). Libia, que tiene una débil densidad de población, ha animado la política de nacimientos. Ello explica su alta tasa de crecimiento demográfico. Argelia se encuentra en la misma situación, a causa del régimen de "fecundidad natural" recomendado por el gobierno. Túnez, con una estrategia de baja natalidad, dictada por la emergencia del "complejo modernista", tiene la tasa de crecimiento más baja. A medio camino entre Argelia y Túnez, Marruecos conoce una disminución de la fecundidad sólo en las zonas urbanas, mientras que las rurales siguen caracterizándose por una fecundidad alta, al igual que en Argelia. Es obvio que Marruecos y Argelia, que se han empeñado en la carrera hacia la hegemonía regional, han abandonado la vía de la

planificación del crecimiento demográfico adoptada por Túnez (29). En cuanto a Mauritania, el país menos poblado del Magreb, el crecimiento demográfico sigue siendo bajo, con excepción de sus poblaciones negroafricanas que conocen un aumento cada vez más importante.

La población magrebí se ha duplicado durante los últimos treinta años, con un tremendo crecimiento urbano como consecuencia del éxodo rural. A pesar de dicho éxodo, los campos siguen conociendo un aumento de la población. Y así, los campesinos constituyen del 60 al 70% de la población activa de los países magrebíes, con el consiguiente predominio de la economía rural (30).

El enorme crecimiento demográfico del Magreb se explica por diversas razones, tales como el descenso de la mortalidad y la política pronatalista y de crecimiento demográfico del Islam. En los países del Islam se considera a los niños como una bendición y una riqueza (31) y el matrimonio tiene como objeto principal el aumento de la comunidad musulmana (32). Además, según René Gallissot, la limitación de los nacimientos no es una práctica habitual en poblaciones con un bajo nivel de vida (33).

Para Jorge Muñoz y Alejandro Lorca que abundan en el mismo sentido, tres razones explican la explosión demográfica en el Magreb: "En primer lugar, el rechazo religioso del control de natalidad. El corán defiende el viejo principio de "creced y multiplicaos" (...) En segundo lugar, los árabes tienen la costumbre de casar a sus hijas muy jóvenes, hacia los 15 años. En el Magreb, el período de fertilidad se alarga diez

años sobre la media europea. Por último, en la familia árabe tradicional los niños son todo un símbolo, a mantener, de prosperidad y riqueza" (24).

La explosión demográfica (con un 50% de la población con menos de 18 años) no sólo plantea serios problemas de inversiones en salud y educación, sino además en lo que se refiere al paro y a la alimentación. La escasa producción alimentaria, cuyo incremento es inferior al de la población, conduce a las importaciones de alimentos que pesan cada vez más en la balanza comercial de Argelia y Marruecos, y en cierta medida de Túnez (25). En 1985, dichas importaciones representaron la cuarta parte del total de importaciones para Argelia, el 19% para Marruecos y el 6,6% para Túnez (26). Es evidente que los efectos de la explosión demográfica, a causa del déficit alimentario que producen, anulan los beneficios del desarrollo económico (27).

En resumen, el Gran Magreb presenta las siguientes características geográficas y demográficas: ninguno de los cinco países es interior. Tienen todos o bien un litoral mediterráneo (Argelia, Libia, Marruecos y Túnez), o bien un litoral atlántico (Mauritania), o bien los dos a la vez (Marruecos). Dichos litorales están dominados por planicies o por espacios desérticos. En los cinco países los espacios desérticos, desigualmente repartidos, son mayores que los fértiles. Las poblaciones, en su mayoría, son todavía nómadas y conocen cada vez más una cierta sedentarización y una urbanización creciente en las zonas litorales (28).

Existe pues una unidad geodemográfica del Gran Magreb o, al menos, se caracteriza por unos problemas de la misma naturaleza, tales como la estructura y los movimientos de poblaciones -las migraciones y la desigual distribución de la población en el espacio-, y la explosión demográfica con el consiguiente déficit alimentario. Su unidad demográfica se manifiesta a través de su población árabobereber, pese al hecho de que el elemento bereber de la población es diferente de un país a otro.

En ese conjunto, Mauritania destaca por sus especificidades geográficas y demográficas. Por su posición de transición entre el Africa subsahariana y el Magreb, Mauritania se caracteriza por cuatro tipos de clima: el clima tropical (en el sur o la zona del río Senegal), el clima saheliano, el clima sahariano, y el clima templado de la zona atlántica. De una manera simplificada, se pueden distinguir dos grandes zonas: en el sur, la zona saheliana y en el norte, la zona sahariana. Dicho país, a diferencia de los demás países magrebies, tiene al lado de los beidanes, descendientes de los bereberes y de los árabes, una importante población negra situada en el sur, la Chemana o la región del río Senegal. Ello da al país la característica de un Estado birracial (29).

Por último, cabe decir que en todo el Magreb, los gobiernos están enfrentados a profundos desequilibrios regionales y tendrán que reconciliar de una manera duradera, la estepa, el desierto, la planicie, la montaña y la costa, la ciudad y el campo, todo lo cual constituye la especificidad de sus problemas geográficos.

1.2. El Magreb desde el punto de vista histórico

La historia del Africa de Norte, en general, y del Magreb, en particular, se suele dividir de acuerdo con diversos criterios en precolonial, colonial y poscolonial, por una parte, y preislámica, islámica y de integración en el sistema capitalista, por otra. Expondremos en adelante y de manera esquemática, lo esencial de todas estas etapas.

La historia preislámica, que se remonta a la lejana antigüedad, permanece, en su mayor parte, desconocida, ya que no fue relatada por los antiguos o, al menos, todo lo que escribieron los fenicios y los cartagineses, desapareció. Tampoco los griegos y los romanos contaron nada acerca de los pueblos del Magreb, con los que se relacionaron. En pocas palabras, la historia de esta parte todavía no se ha escrito (4^o).

La historia conocida del Africa del Norte empieza con las guerras púnicas (4¹). Inauguradas por las expediciones fenicias del siglo XI a.C., todas las invasiones del Africa del Norte serán llevadas a cabo desde el mar por donde llegaron los fenicios, los cuales fundaron, en el año 814 a.C., Cartago, que fue destruida en el año 146 a.C. por los romanos, tras su conquista en el año 202 a.C. durante la segunda guerra púnica.

Los romanos, que ocuparon el norte de Africa durante cerca de 650 años (4²), dividieron en 4 provincias la zona que se extiende desde Túnez hasta Marruecos: Africa (Túnez), Numidia (la tercera parte del este de Argelia), Mauritania Cesariana (los dos tercios del oeste de Argelia), y Mauritania Tingitania (aproximadamente el norte de la ciudad marroquí actual

de Casablanca). A los romanos, les sucedieron los vándalos en 429 y los bizantinos en 533 (4ª). Con todas estas invasiones, el Magreb se incorporó a la historia del Mediterráneo, es decir, del Mare Nostrum y de sus relaciones comerciales.

Los cartagineses, los vándalos y los romanos se limitaron a colonizar las zonas costeras a causa de la resistencia de los autóctonos, que ocupaban las tierras del interior. Se trataba de pueblos saharianos, divididos en nómadas y sedentarios, que fueron llamados "bereberes". Las tesis sobre sus orígenes son numerosas y variadas.

Los bereberes, que se llaman a sí mismos "imazighen", es decir, "hombres libres", ocuparon desde los tiempos más remotos (2º milenio a.C.) la zona que se extiende desde Egipto hasta el Atlántico. Deben su nombre a la palabra "bárbaro", del griego "barbarizein", es decir, hablar como un extranjero y que ha pasado al latín (barbari) para significar "incivilizado", palabra con la que los romanos designaban a los pueblos extranjeros. Ellos se consideran como una confederación de tribus que hablan diferentes dialectos, un grupo étnico con su propia cultura y organización, diferentes de las de los árabes (44).

Según Magali Morsy, se trata de un pueblo que viene del Cáucaso y que, durante el 2º milenio a. C., emigró hacia el sur a través de Arabia, cruzando Africa en dirección oeste para constituir la población básica del oeste del Valle del Nilo. Se organizaron en tribus cuyas relaciones se basaban en la consanguinidad, con un sistema social inspirado en la familia como unidad de producción. El clan estaba constituido por familias descendientes de un mismo antepasado, mientras que el sistema

político era dominado por la moderación de los viejos, respetados a causa de su sabiduría y experiencia. Su sistema de arbitraje era político y culturalmente muy complejo (45).

Para Charles-André Julien (46), los bereberes constituyen un pueblo autóctono, nacido del mestizaje entre los saharianos locales con los pueblos paleomediterráneos y los procedentes del Asia Occidental.

Por último, el antropólogo francés Gabriel Camps defiende la tesis según la cual los bereberes son autóctonos y encuentran su origen en el "hombre ateniense" magrebino (el "homo sapiens"). Su sucesor el "Metchta El' Arbi", primo del "Cromañon" europeo, (sus restos más puros serían los "guanches" canarios), va siguiendo la línea a través de los protomediterráneos capsioses y los paleobereberes hasta llegar a los tiempos históricos en que son bautizados, por primera vez, con el nombre de "libios" y, probablemente, dentro de esta gran familia, les corresponde el apellido de "Getulos" (47). En la antigüedad ocuparon las zonas que se extienden desde Marruecos hasta Túnez, es decir, el Magreb "central" (48).

Bajo la dominación de Roma, a pesar de ser cristianizados, los pueblos magrebíes mantuvieron sus prácticas paganas, permaneciendo fieles a sus dioses púnicos y moros, que bereberizaron. A partir del siglo IV d.C., se rebelaron contra los colonos romanos, contra el cristianismo de Roma y contra el poder de las ciudades (49). Dicho de otra manera, se negaron a cualquier forma de romanización, que consideraron "como un fenómeno extraño y pasajero, y no cambiaron ni su sociedad, ni

su economía básica, ni su lengua, hasta la llegada del islamismo" (50).

La llegada de los árabes, en el año 647, inaugura el período islámico. Dichos pueblos, procedentes de Arabia y Egipto, al contrario que los invasores que les habían precedido, cruzaron las altas mesetas y dieron la vuelta a los macizos montañosos, para dirigirse más hacia el sur, a los campos, donde construyeron ciudades. Ello, junto al Corán, a la movilidad de sus reducidas tropas, los muyahidin -guerreros religiosos-, y a su ardor por las conversiones, fueron los instrumentos de su éxito (51). Consiguieron aproximadamente en medio siglo, extenderse del mar Rojo al Atlántico y del Mediterráneo a las sabanas ecuatoriales e incluso proyectarse sobre España.

Como en el caso de los anteriores invasores, los bereberes opusieron una viva resistencia a la conquista árabe -casos de Kocaila y Kehena- (52) y así, aunque fueron rápidamente islamizados, la arabización no llegó hasta más tarde.

Para unos, la rapidez de la islamización de las tribus bereberes se explica por el hecho de que el Cristianismo, que era la civilización de las ciudades, se limitaba a éstas y no penetraba el mundo rural pagano (53). Para otros, son las aspiraciones místicas de los bereberes, influidos por la religión fenicia, y los principios de igualdad entre los hombres y el mérito de ser pobres, predicados por el Islam, los que justifican esta conversión (54).

Mohsen Toumi destaca los factores siguientes como responsables de la rápida islamización de las tribus bereberes, a saber: el carácter continental y no litoral de la conquista árabe, que estableció así un contacto directo y real con los autóctonos; las analogías entre el modo de vida de ambos, debidas a las similitudes de sus medios físicos respectivos; la tolerancia religiosa del Islam que respetó, al principio, una cierta bereberización del Islam; la debilidad de la colonización de población, con la consiguiente limitación de las expropiaciones económicas, y la movilidad social árabe, que facilitaba la integración de los autóctonos en su sistema político, religioso y militar, creando así una solidaridad mutua (55).

En un orden de ideas cercano, Bernabé López García manifiesta: "Por primera vez y quizá por el hecho de que los nuevos conquistadores presentan similitudes en su modo de vida con las poblaciones autóctonas, aquellos se enfrentan con el país real ejerciendo una influencia que penetra hacia el interior. Y aunque la islamización total no llegue hasta el siglo XI y la arabización más tarde aún, la integración indígena en la nueva estructura política se produce con mucha mayor amplitud que en los casos de la civilización cartaginesa o romano-cristiana" (56).

Los bereberes convertidos al Islam jugaron un papel importante en los grupos militares creados por los árabes y se integraron progresivamente en la clase dirigente árabe, hasta el punto de considerarse y ser considerados como árabes auténticos (57). No es de extrañar, en este contexto, que fueron las gentes bereberes las que constituyeron el grueso de las tropas

que acompañaron a Tarik Ibn Ziad, a su vez bereber, en la conquista musulmana de España en el año 711 (59).

En todo el norte de Africa, y en particular en el Magreb, los árabes y los bereberes coexistieron dentro de un modelo común islámico, de tal manera que, a partir del siglo VII ya no se podía hablar de la conquista árabomusulmana, sino de la musulmana (60). Frente a esta coalición, la cristianidad desapareció totalmente.

La conquista árabe del Africa del Norte trajo a los bereberes una nueva religión, que adoptaron, y una civilización urbana, y con las invasiones del siglo XI ambos pueblos se mezclaron cada vez más, de modo que no era fácil distinguirlos, puesto que sus modos de vida se fundamentaban en el Islam (61).

A partir del siglo XI, los bereberes van a dominar toda la vida política del Magreb. Así, procedentes del sur de Marruecos, los almorávides o "gentes del Ribat" crearon en 1062 un Estado musulmán con capital en Marraquech. La conquista de todo el Magreb será llevada a cabo por otra dinastía bereber, los "almohades" o "unitarios", movimiento político-religioso también procedente del sur marroquí (62) y que controló en el siglo XII una amplia zona que se extendía desde Marruecos hasta Túnez y Zaragoza (Al-Andalus).

En el Magreb, los reinos constituidos por las tribus eran verdaderos Estados dentro de los Estados, con las consiguientes guerras de soberanías que caracterizaron la historia del Magreb durante los siglos XIII, XIV y XV.

Si bien el movimiento almohade del siglo XII marcó una islamización definitiva del Africa del Norte, al consagrar su pertenencia al "dar al-islam", sin embargo, el pensamiento religioso no constituyó un factor de cohesión de los Estados magrebíes de los siglos XIII, XIV y XV. Ello condujo a la laicización del poder con resultados negativos (62), a saber, la división y la impotencia del Magreb frente a la reconquista cristiana.

Dos tendencias aparecieron en el Magreb para hacer frente a la invasión cristiana de principios del siglo XV. En Marruecos se organizó un movimiento nacional y religioso dirigido por los descendientes del Profeta, que contaba con la "baraka" para enfrentarse a la superioridad militar europea. Y el resto del Magreb se coaligó con los turcos para resistir frente a los ataques españoles en el Mediterráneo. El Magreb se dividió así en dos partes: al oeste un Estado nacional berebero-cherifiano, y en el centro y al este unas Regencias turcas limitadas en la costa Mediterránea (63).

El imperio otomano, que era una de las potencias del siglo XVI junto a España, tiene en el Magreb tres Regencias dirigidas por los Pachás: Argelia, Túnez y Libia. El imperio otomano englobó así, además de los países del Mediterráneo Oriental, la costa norteafricana donde dejaron una rica herencia de arte y arquitectura durante sus 400 años de presencia, que coincidieron con un estancamiento cultural y religioso del Mundo Árabe (64) que contrastaba con el despertar del Occidente cristiano que va a conquistar el mundo musulmán.

Del siglo XIV al siglo XIX, el Magreb se convirtió en tierra de inmigraciones: andaluces expulsados por la Reconquista, judíos huyendo de la Inquisición, militares y funcionarios turcos, comerciantes y esclavos europeos, negros del Sudán de la época del comercio del oro y de los esclavos. Todos ellos se mezclaron con las poblaciones locales y sus descendientes pueden ser reconocidos hoy por sus nombres y costumbres (65).

Los otomanos, que no ocuparon Marruecos ya que sus conquistas se limitaron en el oeste de Argelia, tuvieron el mérito de imponer un cierto orden en una situación que se puede calificar de caótica y fueron responsables de la distinción que se estableció desde el siglo XVI entre Argelia, Túnez y Marruecos (66). El hecho de proteger y defender el Islam les identificó con las poblaciones magrebíes en su lucha contra el Occidente cristiano, ya que el imperio otomano fue considerado como símbolo de la unidad recuperada del mundo musulmán y del triunfo del Islam sobre el Cristianismo (67).

Sin embargo, según manifiesta Jacques Frémeaux, refiriéndose al caso particular de Argelia, los turcos, que constituían un poder extranjero y en lo esencial mediterráneo, no disponían de recursos suficientes para imponer una verdadera autoridad sobre la región sur o sahariana de Argelia, donde utilizaron razzias frecuentes para conseguir el respeto de su autoridad (68). Su presencia no sólo debilitó la capacidad de resistencia de la región, sino que además preparó el terreno para la colonización francesa (69).

Debilitado por las sucesivas guerras con Rusia, el imperio otomano se desmembró y perdió sus provincias del Africa del Norte, en el siglo XIX y principios del XX, con las colonizaciones francesa, italiana y española, que crearon Estados artificiales en el Magreb a partir de 1830.

Marruecos, Argelia y Túnez constituyeron el Africa del Norte Francesa: Marruecos y Túnez fueron protectorados, el primero en 1912 y el segundo en 1881-1882, mientras que Argelia, que fue conquistada de 1830 a 1837, fue administrada como un departamento francés, es decir, se trató de una pura y simple anexión a Francia.

Mauritania, que fue ocupada en el período precolonial por los negros que las invasiones bereberes habían empujado hacia el sur, donde crearon el imperio de Ghana con importantes ciudades como Kumbi Saleh y Audoghost, conoció la invasión árabe en el siglo XI. Dicha invasión destruyó el imperio de Ghana al que sucedieron entre el siglo XII y XVI los reinos e imperios de Soso, Malí, Gao y Songhai. Todos ellos, creados en el actual territorio de Mauritania, desaparecieron con la conquista marroquí y la trata negrera llevada a cabo por los europeos.

Entre los siglos XV y XVII se produjo la conquista árabe, en particular de los árabes Beni-Hassan que vencieron a los bereberes y echaron a los negros hacia el valle del río Senegal. Los conquistadores crearon una confederación de tribus dirigida por los guerreros hassans, mientras que los bereberes se constituyeron en tribus morabitas (fervientes musulmanes), y

los negros, fuera de los que se instalaron en el valle del río Senegal, fueron sometidos a la esclavitud (70).

Las tribus beidanes actuales son el resultado de los contactos entre árabes y bereberes en los siglos XVI y XVII. Islamizaron a las tribus negroafricanas y en particular a los toucouleurs con los que comercializaban (71).

En 1880, los beidanes y los toucouleurs se unieron para resistir a la colonización francesa que pudo controlar todo el territorio mauritano sólo en 1900, tras el acuerdo entre París y Madrid. Con dicho acuerdo, las potencias coloniales realizaron dos importantes divisiones, que constituyen la base de los problemas actuales que conoce la zona. Por una parte, se dividió a los negroafricanos al norte y sur del río Senegal, repartiéndolos entre Mauritania y Senegal y, por otra, los beidanes fueron divididos entre Mauritania y el Sáhara español. Mauritania se convirtió así definitivamente y de hecho en un Estado birracial. Durante la descolonización se planteó la hipótesis de repartir Mauritania, que formaba parte del A.O.F. a partir de enero de 1920, entre Mauritania y Senegal, integrando las poblaciones moras en el primero y los negroafricanos en el segundo. Dicha propuesta fue rechazada por Francia, pues no quería potenciar a Marruecos que apoyaba la lucha armada del Frente de Liberación Nacional en Argelia, y, sobre todo, por el líder senegalés Léopold Sédar Senghor, quien deseaba el mantenimiento de un Estado tapón entre Senegal y el Magreb (72).

Francia aplicó en Mauritania una política colonial basada en el principio de la "asociación", es decir, que utilizó los poderes tradicionales como intermediarios, obstaculizando así

el desarrollo de una administración moderna, lo que explica las carencias que, en ese aspecto, conoce actualmente dicho país.

Libia que había sido una provincia otomana, fue convertida en colonia italiana en 1912 (73) tras una larga guerra de resistencia dirigida por la secta musulmana de la Sanusia. Y ello se debió a razones estratégicas -importancia geopolítica, proximidad a Italia, posición a medio camino entre el Estrecho de Gibraltar y el Canal de Suez, es decir entre el Magreb y el Mashrek- y por el deseo italiano de resucitar el "imperio romano". Durante la Segunda Guerra mundial, Francia ocupó el Fezzan e Inglaterra hizo lo mismo con la Tripolitania y la Cirenaica. Ante el desacuerdo de las potencias (Italia, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética) en cuanto al destino de la colonia tras la guerra, se optó por la solución americana favorable a la independencia del país bajo la supervisión de la ONU. Dicha independencia fue otorgada en colaboración con las potencias administradoras bajo la forma de un Estado federal dirigido por el Rey Mohammad Idris Al-Sanusi (74).

La distinción entre los sistemas de protectorado y de anexión, aplicados por los franceses en el Magreb, es importante, además de la diferente connotación jurídica entre los dos conceptos. El protectorado, a diferencia de la anexión presenta menos dificultades, tanto en el plano internacional como en el nacional, ya que era aceptado por las poblaciones locales en la medida en que se consideraba a los Estados marroquí y tunecino como entidades distintas de la metrópoli, cada uno con su territorio, su población y su nacionalidad. Mientras que el sistema de anexión convertía a los argelinos en súbditos franceses, sin nacionalidad propia y sin soberanía.

Eran ciudadanos de segundo orden pues, a pesar de ser ciudadanos franceses, no gozaban de sus derechos de ciudadanía y estaban sometidos a la ley musulmana. Ello va a influir en la afirmación de los nacionalismos: en Túnez, el movimiento encabezado por Habib Bourguiba va a exigir la aplicación de los Tratados del Bardo y de la Marsa como etapa hacia la independencia, mientras que en Marruecos el Sultán era el símbolo por quien pasaba la afirmación de la personalidad marroquí (75). A los argelinos se les negó cualquier forma de reivindicación de la soberanía nacional.

En todo el Magreb, la colonización tenía como objeto el debilitamiento de las soberanías magrebíes y la movilización de los recursos de estos países para la colonización. Con ello, se provocó una ruptura brutal de los magrebíes con su herencia tradicional islámica-bereber-árabe-turca (76) y con una historia basada en el choque entre las sectas, movimientos de poblaciones y mezclas étnicas (77). Las mezquitas fueron reemplazadas por iglesias, los monumentos islámicos destruidos y las instituciones suprimidas (78).

Haciendo el balance final de la colonización en el Magreb, Mohamed Cherif manifiesta que los aspectos negativos superan a los positivos: desposeimiento de tierras, inserción en el sistema capitalista desigual, desculturación de la sociedad colonizada y desprecio de los valores autóctonos (79). Mientras que Paul Balta afirma que la colonización ha roto con sus fronteras el eje horizontal Mashrek-Magreb, basado en los intercambios religiosos y espirituales, para sustituirlo por el vertical Norte-Sur, que vincula a las colonias con sus metrópolis (80).

Desde el punto de vista de la herencia económica de la colonización, Hildelbert Isnard introduce un matiz sobre lo anteriormente dicho, al subrayar que en el Magreb "central" la colonización europea dejó una infraestructura, necesaria para el desarrollo de una economía moderna, que no se encontraba en ninguna otra colonia en el momento de su acceso a la independencia (21).

Las diferencias culturales y religiosas entre los colonizadores y los colonizados y la finalidad misma de una colonización basada en la explotación, o como diría Jacques Berque, la destrucción por el imperialismo de la historia de estos pueblos, separando la cultura y la naturaleza, van a conducirles a tratar de buscar la reunificación de lo que había sido separado. Puesto que la colonización intentó dividir para reinar, ahora se busca por medio de un movimiento inverso la concentración del país, de la sociedad y de los ciudadanos (22). Y así, nació en el Magreb un movimiento de descolonización a través de la consolidación de los nacionalismos.

Estos se manifestaron en dos etapas. La primera, que va de 1907 a 1919, se caracterizó por la aparición de movimientos reformistas políticos y los religiosos. Los primeros: "Jeunes Tunisiens" (1907), "Jeunes Algériens" (1914) y "Jeunes Marocains" (1919), lucharon contra los abusos e injusticias coloniales sin poner en tela de juicio el orden colonial. Los segundos: "Thalbi" (en Túnez) y "Ulema" (en Argelia) impulsaron el patriotismo para defender el Islam y la lengua árabe. De ahí su carácter cultural.

La segunda etapa, que va de 1920 a 1947, se caracteriza por la emergencia de verdaderos movimientos nacionalistas: el "Destur" (1920) y después el "Neo-Destur" (1934) en Túnez, "Action Marocaine" (1933) y después el "Partido del Istiqlal" (1943) en Marruecos, el "Partido del Pueblo Argelino" (1937) en Argelia. Al principio moderados, por razones tácticas, estos movimientos se radicalizaron después de la Segunda Guerra mundial, con el apoyo de las masas, para exigir, el 15 de febrero de 1947, en el "Congreso del Magreb", creado también en 1947, la independencia de los tres Estados del Magreb "central", a través de negociaciones no separadas sino colectivas con el colonizador francés.

Bajo el Gobierno de Mendès France, tras una serie de tensas situaciones, resultado de años de lucha, que caracterizaron a las relaciones franco-magrebíes en la década de los 50, fue concedida la independencia a Marruecos y Túnez en marzo de 1956. Argelia la consiguió en julio de 1962, tras una sangrienta guerra de liberación que duró ocho años y fue llevada a cabo por el Frente de Liberación Nacional (F.L.N.) (23).

Libia que había sido colonizada, como queda dicho, por las fuerzas fascistas italianas, conocerá una evolución al margen de los demás países magrebíes. La represión de 1931 condenó a los movimientos nacionalistas a refugiarse en el extranjero. Sólo la victoria de los aliados sobre Italia facilitó el proceso de descolonización del país por las Naciones Unidas en las condiciones arriba mencionadas, con la consiguiente independencia otorgada en diciembre de 1951.

Mauritania, considerada como un territorio de la monarquía cherifiana ocupado por Francia (24) que lo incorporó al Africa Occidental, fue descolonizada conforme a la Loi Cadre - Ley Marco- o "Loi-Defferre" promulgada en junio de 1956, para la descolonización de las colonias francesas del Africa subsahariana, y accedió a la independencia en noviembre de 1960.

En cuanto a las colonias españolas del Africa del Norte (Ifni y Sáhara Occidental), fueron sometidas en 1958 a una política de provincialización que suponía su integración en la metrópoli. Y, a partir de 1963, se comenzó un proceso de descolonización bastante "desacertado". Tras la guerra de Ifni, y mediante el Tratado de Fez concluido con España en 1966, Marruecos recuperó dicho territorio que consideraba parte de su reino. Por otra parte, en los Acuerdos de Madrid de 1975 se otorgó el Sáhara Occidental a la administración de Marruecos y Mauritania. Después de la retirada de Mauritania, que abandonó su parte en 1979, Marruecos está en guerra con el Frente Polisario en su pretensión de hacer real la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) que había proclamado en 1976 (25). Esta cuestión, como veremos más adelante, constituirá un importante escollo para la construcción del Gran Magreb y para la normalización de las relaciones intermagrebíes.

Las condiciones en que se desarrollaron las luchas de liberación nacional, las políticas coloniales dentro de unas fronteras dibujadas de una manera imprecisa durante el período precolonial y precisa durante la colonización, y el fortalecimiento de la cohesión interna, van a influir en los nacionalismos postcoloniales que se afirman como "tunecino", "marroquí" y "argelino". Sólo Libia, por las circunstancias históricas

cas ya evocadas, escapará a la cristalización de esta conciencia nacional (26).

Las construcciones nacionales postcoloniales, marcadas por los elementos heredados del pasado y en particular por las luchas por las independencias, van a acusar diferencias notables: Marruecos, cuyo renacimiento nacional se hizo en torno a la persona del Sultán que encarnaba la legitimidad, va a adoptar un sistema monárquico, "feudal" o "gran burgués". En Argelia, donde no existía ninguna representación política indígena al margen de la soberanía francesa y donde la independencia había sido conseguida gracias a la lucha armada, todo conducía hacia la revolución, mediante la adopción de un sistema "socialista" y "musulmán". Túnez, con su dinámica nacionalista moderna, se orientaba hacia un sistema liberal "pequeño burgués". Libia, a la búsqueda de una personalidad propia, que estaba menos elaborada a causa de las sucesivas tutelas italiana, inglesa y norteamericana, pasaba por una revolución cultural con la instauración de una república de tipo nasseriano, panarabista y panislamista (27). Por último, Mauritania, dividida entre la africanidad y la arabidad, se encuentra aún en la búsqueda de una estructura estatal y conoce una inestabilidad crónica, que se traduce en la sucesión de golpes de Estado (cinco hasta la actualidad) y las tensiones étnicas y raciales entre negroafricanos y beidanes. Dichos problemas se están resolviendo por medio de la arabización de la sociedad y la integración en el Magreb.

Para resumir lo anteriormente dicho señalaremos que el Magreb, poblado inicialmente por los bereberes, ha sido colonizado, de una manera total o parcial, por los griegos, los fenii-

cios, los romanos, los bizantinos, los vándalos, los musulmanes, los otomanos y los europeos (franceses, españoles e italianos). La colonización de estos últimos lo dividió en distintas zonas: de asentamiento, estratégica, de influencia y de inversión de capitales. Para algunos de sus Estados, la descolonización ha sido conseguida por medio de un proceso de negociación, mientras que para otros, dicho proceso ha sido violento. En el Magreb postcolonial, los problemas fronterizos bilaterales heredados de la colonización son múltiples, y así el del Sáhara Occidental sigue obstaculizando la cooperación regional. Sus dos extremos se caracterizan por una doble influencia: en el caso de Libia, del Mashrek y del Magreb central, y en el de Mauritania, de este último y del Africa subsahariana (22).

De acuerdo con Horst Mensching (23), se puede afirmar que existe entre los países magrebíes una comunidad histórica, resultante de las convergencias contenidas en la historia de su civilización y en una colonización que ha dejado en la zona huellas y recuerdos comunes importantes. La eficacia de toda esta herencia histórica supera a cualquier contradicción o discrepancia que puede surgir entre ellos. Los magrebíes tienen grabado en la memoria que el Maghreb se unió dos veces en la historia: en la antigüedad bajo los reinos bereberes (238-148 a.C.) y en la era islámica, bajo los almohades (1147-1269) (24).

1.3. El Magreb desde el punto de vista de la cultura.

Como se destaca en el apartado precedente, los países del Magreb presentan una evolución histórica semejante. Con algunos matices, tiene una misma personalidad cultural basada en un fondo común bereber o indígena sobre el que se han superpuesto las aportaciones, a lo largo de la historia, de los conquistadores fenicios, romanos, bizantinos, árabes y europeos (31).

El Magreb, que tuvo su propia escritura llamada numídica y después líbica (32), se caracteriza por tener una cultura original y por ser una zona histórico-cultural específica.

La conquista árabe que lo marcó de una manera determinante y duradera lo dotó de una religión común universalista, el Islam y de una lengua escrita, el árabe, es decir, de una civilización áraboislámica. Ello hace del Magreb, como queda dicho, una entidad áraboislámica. Esta unidad religiosa y lingüística explica el sentimiento de los magrebíes de pertenecer a una misma comunidad árabomusulmana. Incluso Mauritania donde el 90% de la población habla un dialecto árabe, el hassania, tiene una conciencia áraboislámica, puesto que los mauritanos están orgullosos de su lengua árabe y de su religión musulmana (33). No cabe duda de que a la historia común magrebí corresponde una civilización común árabo-musulmana (34).

Sin embargo, el hecho de que el árabe sea la lengua más hablada en el Magreb, no puede hacer perder de vista la existencia del bereber, hablado por varios millones de argelinos y marroquíes los cuales reivindican su especificidad.

Frente a la proclamación de la arabidad de los Estados magrebíes, el idioma bereber, que tiene la desventaja de no ser una lengua escrita y de ser hablado sólo por unas minorías, está amenazado de desaparición, puesto que no se utiliza como lengua administrativa y de educación. Ello no impide la manifestación de la berbería y de la berberofonía. "Frente a otros particularismos y minorías, los bereberes no han contado nunca con un proyecto nacional. No obstante, la reivindicación del uso de su lengua y cultura ha sido una constante, sobre todo en regiones como la Kabilia o el Rif" (25). De acuerdo con Jean Servier, cabe decir que el bereber se enfrenta a los siguientes obstáculos: su carácter no escrito, las peculiaridades lingüísticas, importantes entre los grupos pertenecientes a una misma tribu, la ausencia de relaciones sociales entre dichos grupos y, el carácter dominante del árabe como lengua oficial en el Magreb (26).

Los bereberes existen pues y se identifican a lo autóctono, o según Gabriel Camps: "La unidad de lo bereber se encuentra en una suma de caracteres negativos. Es bereber aquello que no tiene origen extranjero, es decir, que no es púnico, ni latino, ni vándalo, ni bizantino, ni árabe, ni turco, ni europeo (francés, español, italiano). Quitamos estos diferentes estratos culturales, unos insignificantes, otros de un poderío y de un peso considerables, y encontramos el númida, el moro, el gétulo, cuyos descendientes con una tozudez algo socarrona, bajo otros nombres y otras creencias, practican el mismo arte de vivir, conservan en la explotación de una naturaleza poco generosa, unas técnicas de una sorprendente permanencia y utilizan en sus relaciones una lengua perfectamente distinta de todos los idiomas introducidos a lo largo de los tiem-

pos históricos" (97). En pocas palabras, son bereberes, los pueblos del Magreb y del Sáhara que siendo culturalmente árabes y musulmanes, han conservando sus valores técnicos preislámicos, mediante la lengua y la cultura social.

Existen en el Magreb "bereberes bereberófonos", "bereberes arabófonos y arabizados", y "bereberes judaizados" repartidos en una docena de territorios africanos: magrebíes y saharianos (98). En la actualidad, si nos limitamos al Magreb, se puede estimar de la manera siguiente la proporción de la población bereber en cada Estado: Argelia (21,5%), Libia (5,4%), Marruecos (33%), Mauritania (20%) y Túnez (3%) (99).

La arabización de los bereberes se ha llevado a cabo en tres etapas históricas: en la época de la islamización del Magreb por los árabes; en el período colonial en el que los franceses impusieron el uso del árabe en la administración, y en el período postcolonial con la arabización de la educación en los Estados magrebíes.

La amenaza de la desaparición del bereber en estos países, donde se mantiene como segunda lengua cada vez menos hablada, ha dado lugar en estas últimas décadas, a organizaciones políticas y universitarias bereberófonas que defienden la berbería, que se empeñan en el reconocimiento del bereber como "lengua nacional y oficial". Ha nacido así el "panbereberismo" que, en el caso de Argelia, se opone al "arabismo de Estado" (100).

Al respecto, cabe recordar la manifestación organizada por el Frente de Fuerzas Socialistas (F.F.S.) el 27 de diciembre de 1990, en Argel, para protestar contra la ley aprobada por el Parlamento sobre la "generalización de la lengua árabe", a partir de 1992 y para exigir el reconocimiento del bereber (tamazight) como lengua nacional y oficial argelina, al igual que el árabe (101).

Contrariamente a las acusaciones hechas a los franceses de haber creado el problema bereber, fomentando la oposición racial entre bereberes (campesinos) y árabes (nómadas), para dividir a los magrebíes, la berbería es un hecho histórico permanente y evidente. Se olvida, consciente o inconscientemente, que los franceses contribuyeron durante la colonización a la arabización de los bereberes, no sólo como hemos subrayado, a través de la administración, sino además al facilitar sus migraciones y al permitir sus contactos con las poblaciones ya arabizadas. Con ello, los descendientes de la segunda o tercera generación olvidaban el bereber (102).

Es verdad que la colonización francesa, para mantenerse, oponía a los bereberes y a la población árabe del Africa del Norte. Sin embargo, las políticas postcoloniales de la integración por la arabización, no pueden acabar definitivamente con este problema, puesto que según escribe Samir Amin, "en el Magreb es el mantenimiento de la lengua y de la cultura bereber donde se manifiesta la voluntad de independencia" (103). Frente a la reivindicación bereber, los Estados magrebíes, en especial Marruecos y Argelia, responden de una manera ambigua, combinando la represión moderada con la tolerancia discreta. De todas maneras, existe un claro reconocimiento del fenómeno bereber,

del cual se sirven las fuerzas políticas, dentro del proceso de arabización o del aparato del Estado, para luchar contra los valores del Estado moderno. Ello da a la reivindicación bereber el aspecto extraño de un regreso a las fuentes apoyándose sobre los valores modernos (104).

Además de la cultura árabomusulmana que caracteriza al Magreb, cabe subrayar la misma dominación colonial latina (francesa, italiana y española) que se ha superpuesto sobre el fondo común musulmán. Ello convierte al Magreb en un punto de encuentro cultural entre el Oriente, el Africa Occidental y el Occidente europeo (105).

Si bien es verdad que el pueblo magrebi en su mayoría es musulmán, sunnita y malakita con los consiguientes idénticos ritos, costumbres, artes, tradiciones, pensamientos y comportamientos (106), no es menos cierto que la civilización occidental, por medio de la colonización y de la educación, ha influido en gran parte de la población, provocando evidentes contrastes entre la población urbana y la rural (107) y la ruptura entre la "intelligentsia" y las masas populares analfabetas. Al introducir la lengua extranjera (nos referimos al francés) en el proceso de educación, la colonización había quitado al árabe su tradicional papel de lengua de la cultura y del Islam y ha negado la identidad islámica (108).

Para recuperar dicha identidad, realizar el renacimiento cultural y dotarse de la legitimidad popular, los Estados magrebies postcoloniales adoptaron una política de arabización escolar, siendo la enseñanza el factor motor en todo el proceso de revolución cultural.

Esta arabización que implica, en una cierta medida, la islamización (¹⁰⁹), era irreversible, puesto que la presión cultural y social es tal que no es posible hoy en un país del Magreb, pasar por un no musulmán o un no creyente (¹¹⁰).

Sobre la base de todas estas consideraciones, los Estados magrebíes en su restauración del arabismo, del islamismo y de la cultura nacional, van a adoptar distintas estrategias que oscilan entre el bilingüismo permanente, un bilingüismo de transición y el monolingüismo o la arabización total.

En Marruecos, Argelia y Túnez, donde la cultura francesa sigue siendo importante (¹¹¹), se va a adoptar o bien el bilingüismo permanente, con matices (Túnez vive un biculturalismo y un bilingüismo tajante, con el francés como lengua de la "apertura" y de la cultura modernista y el árabe como lengua de lo "sagrado" y de la cultura tradicional (¹¹²), mientras que el bilingüismo marroquí es "elitista", es decir, que la exaltación de la cultura árabe se acompaña de una relativa tolerancia del francés, mantenido como lengua de apertura (¹¹³)), bien el bilingüismo de transición (Argelia vive una transición hacia la adopción progresiva del árabe como lengua oficial y nacional en detrimento del francés).

No obstante, en este último país se conocen varias corrientes entre los partidarios del bilingüismo permanente, los del bilingüismo de transición y los de la arabización total (¹¹⁴). La tendencia actual, con la nueva ley de la imposición del uso exclusivo del árabe en la administración a partir del 5 de julio de 1992 y en la universidad en 1997, es favorable a los segundos. En cuanto a Mauritania, atraída en dos sentidos

diferentes, arabista y africanista, ha adoptado por razones de realismo, un bilingüismo de transición árabe-francés con tolerancia de las lenguas negroafricanas (el pular, el soninké y el wolof) elevadas al rango de lenguas nacionales. El francés seguirá siendo la lengua de transición hasta la adopción del árabe como lengua oficial y unitaria (¹¹⁵).

Y en Libia, cuyo objetivo es rehabilitar la herencia cultural áraboislámica y la lengua árabe, se ha procedido al uso exclusivo de la lengua árabe y su inserción en la educación junto a la Tercera Teoría Universal del Coronel Gaddafi (¹¹⁶). Se adoptó pues la arabización total con la sacralización del árabe.

Sobre la base de estas distintas formas de arabización, se adoptaron diferentes estrategias de islamización que van a oscilar, sobre todo en el caso argelino, entre el "islam de justicia social" que combina los principios del socialismo y los de la religión musulmana, el "islam integrista" que preconiza el retorno a la Sharia para resolver la crisis de la sociedad que no aplica las prescripciones de Mahoma, y el "islam de conciliación", que recomienda la apertura al modernismo con el respeto de la ortodoxia musulmana (¹¹⁷).

Generalizando el esquema a nivel del Magreb, se puede decir con el consiguiente riesgo de equivocarse que existen un Islam liberal o de conciliación (Marruecos, Túnez), un Islam socializante (Argelia) y un Islam militante o integrista (Libia) (¹¹⁸). Mauritania, que ya había proclamado la república islámica el 28 de noviembre de 1958, en el momento de su adhesión a la Comunidad Francesa, y había establecido la Ley islá-

mica y los tribunales penales de la Sharía, ve obstaculizado su camino hacia una islamización completa por contradicciones internas de orden racial, étnico y lingüístico. Dicho país se caracteriza por la coexistencia de comunidades heterogéneas: los beidanes árabobereberes y los negroafricanos. Los primeros se dividen en tribus guerreras y clanes de morabitos y los segundos en toucouleurs, sarakolés, peules, wolofs y bambaras. Cada una de estas dos comunidades se divide en órdenes y castas. Si los árabobereberes hablan un sólo idioma, el Hassania, los negroafricanos en cambio hablan tres: el pular, el soninké y el wolof.

En todos los Estados, la arabización ha consistido, después de las independencias, en la defensa de la lengua árabe y su enseñanza obligatoria en las escuelas. Gilbert Grandguillaume destaca las siguientes razones que explican la política de arabización: la creación de un consenso y polo de atracción en torno a esta lengua nacional; la legitimación del árabe cuya vinculación con el Islam, símbolo de la resistencia contra la asimilación colonial, permite la adopción de una personalidad diferente, y la afirmación de la identidad áraboislámica dictada por la necesidad de la legitimidad de cara a los ciudadanos y a la opinión pública árabe (119).

Pero, el balance que se puede hacer hoy de esta política de arabización en el Magreb es negativo, nefasto. Se habla en todas partes de fracaso y de crisis.

No sólo porque sus responsables han subestimado el fenómeno de la mundialización cultural de una juventud, que se desarrolla cada vez más fuera de los cuerpos constituidos y de

las normas oficiales (¹²⁰), sino porque además la arabización ha suscitado un efecto "boomerang", creando el caldo de cultivo de las contestaciones islamistas de los últimos años en el Magreb.

La arabización, cuyo proceso ha sido controlado exclusivamente por los Estados, ha conducido a la crisis y a una caricatura de las culturas nacionales con la consiguiente mitificación y conformismo (¹²¹). Se ha producido una verdadera crisis social y mental, ya que la arabización no ha ido acompañada de la revisión del sistema escolar y universitario, que ya no es funcional al no garantizar la ascensión social que se esperaba (¹²²). La arabización y la islamización han desvalorizado la escuela al fundamentarse en la ideologización religiosa que se prima sobre lo científico y han producido una "intelligentia plebeya" y "proletaria" caracterizada por una clara inferioridad social y escolar (¹²³), puesto que los alumnos se expresan muy mal en francés, mientras que el árabe que dominan, más o menos, es pobre. Así se han producido unos "analfabetos bilingües" que hablan, según Moncef Mazouki, el "francárabe", una mezcla extraña de francés y de árabe dialectal. Ello era previsible por el hecho de que la lengua árabe, que había sido apartada de la enseñanza durante la colonización, ha quedado como una lengua de cultura tradicional que no ha podido adaptarse a las exigencias de la modernidad, a pesar de los esfuerzos realizados, que exigían mucha paciencia. Ello daba una clara ventaja al francés (¹²⁴).

Teniendo en cuenta la mediocridad de la enseñanza dada en árabe, las élites argelinas van a enviar a sus niños a las escuelas francesas laicas y religiosas más seguras y que escapan así a la formación popular iniciada por la arabización (1²⁵).

En estas condiciones, la arabización para el Estado se va a convertir en la arabización contra el Estado (1²⁶) mediante la islamización de las masas arabizadas contra los regímenes que intentaban legitimarse utilizando la ideología árabo-islámica (1²⁷). Esto ha ocurrido, sobre todo en Argelia y Túnez en la década de los 80.

El islamismo no sólo ha puesto en tela de juicio al Estado magrebí, que ha fracasado en su función de modernización, sino que además ha suscitado la reacción de las culturas populares y de las minorías, como en el caso de los bereberes, que lo han utilizado para exigir una democratización que les permita sobrevivir en la nueva sociedad magrebí como grupo minoritario (1²⁸).

Por fin, y de acuerdo con René Gallissot (1²⁹), cabe decir que el error de la aplicación de la arabización, radica en el hecho de haber ignorado la alfabetización de los adultos y de haber apartado a la población del proyecto de sociedad concebido por los dirigentes magrebíes. A causa del empobrecimiento de las masas por una torpe política de arabización, éstas van a exigir una arabización total para conseguir el reparto de la pobreza cultural y obtener la igualdad social con los "modernos afrancesados".

Pero, resumiendo y al margen de matices de orden puramente interno, el Magreb se caracteriza por una unidad racial (árabobereber), religiosa (musulmana sunnita y malekita), cultural y de civilización (áraboislámica). Aparte de su unidad como civilización (árabes y bereberes pertenecen a una misma comunidad islámica), es evidente, según Abdelkebir Khatibi, que el Magreb presenta un cierto multilingüismo: el árabe y sus dialectos, el bereber, el francés, el español y el inglés⁽¹²⁰⁾.

1.4. El Magreb desde el punto de vista sociopolítico.

Los distintos tipos de política colonial aplicados en el Magreb: Marruecos y Túnez (protectorados franceses), Argelia (departamento francés), Libia (colonia italiana y después mandato británico), Mauritania (colonia francesa del Africa Occidental), Sáhara Occidental (protectorado español), van a traducirse en diferentes procesos de descolonización.

En **Marruecos** donde la colonización destruyó la sociedad tribal al imponer al Majzén cherifiano, un régimen de administración directa, y al enviar al exilio, en Madagascar el 20 de agosto de 1953, al Sultán legítimo, Sidi Muhammad Ben Yusef ⁽¹²¹⁾, que encabezaba el movimiento de liberación nacional, la descolonización se llevó a cabo mediante la restauración de la monarquía y la rehabilitación de la burguesía nacionalista y de los notables rurales ⁽¹²²⁾. Era la única manera para Marruecos, que había sido apartado por razones geográficas e históricas de las influencias extranjeras de reanudar su tradición cherifiana, de la que le había desviado la colonización y que jugaba un papel importante de equilibrio entre las fuerzas sociales del país ⁽¹²³⁾.

El Sultán, que había simbolizado la resistencia contra la colonización francesa, y el Partido del Istiqlal, que había encabezado durante muchos años el movimiento nacionalista, van a constituir a partir de 1956 las principales fuerzas políticas de Marruecos. Este último se convertirá, en el marco multipartidista, en el partido dominante de la oposición (194).

Túnez, cuyo protectorado había sido establecido con los Tratados del Bardo (1881) y de la Marsa (1883) firmado por el Bey de Túnez con los franceses, conoció una colonización más flexible, con la entrega de importantes responsabilidades a los tunecinos hasta el establecimiento en 1954 de un régimen de autonomía interna.

En dichos países, el movimiento nacionalista había sido dominado por la persona de Habib Bourguiba, primero con el partido desturiano y después de una manera determinante con el Neo-Destur. Bourguiba, que se apoyó en la ONU y la Liga Árabe (195), consiguió una descolonización pacífica del país, tras unas negociaciones con Francia con respecto a la cual mantuvo una cierta fidelidad. Hizo del Neo-Destur la formación política más importante del país y se empeñó en la tarea de construcción de una nación tunecina moderna, sobre la base de "un nuevo humanismo musulmán abierto, a través de la lengua francesa, sobre los verdaderos valores del mundo occidental" (196).

En Argelia, donde los franceses aplicaron una colonización de asentamiento al contrario de lo sucedido en Marruecos y Túnez, la descolonización se llevará a cabo mediante la guerra de liberación encabezada por el Frente de Liberación Nacional que suplantará a las demás formaciones políticas para asumir la

responsabilidad política del nuevo Estado liberado del colonialismo, 8 años después de iniciar la lucha de liberación.

En Libia, donde Italia se había impuesto como potencia colonizadora (en detrimento de los franceses que ocupaban el sur y de los ingleses, que se implantaron en el este), se conoció una atroz dominación bajo el régimen fascista de Musolini que practicó en el país una política de colonización agrícola que hacía de Libia "una prolongación natural de Italia" (127). Durante este período de ocupación fascista se eliminó toda la élite y se mató a casi la mitad de la población durante las guerras que opusieron a las tropas italianas y los focos de resistencia libios (128).

La derrota italiana durante la Segunda Guerra mundial condujo a la administración de Libia por Gran Bretaña, bajo la responsabilidad de las Naciones Unidas. En 1949, Gran Bretaña restableció el reino de Libia con el Rey Mohammad Idris al-Sanusi, quien proclamó, el 24 de diciembre de 1950, una monarquía hereditaria.

El reino adoptó el sistema federal, de tipo norteamericano, con tres provincias (Tripolitania, Cirenaica y Fezzan), cada una con su propio gobierno. Dicho sistema fue suprimido en 1963, a causa de las graves rivalidades entre las tres provincias, para crear un Estado unitario, bajo la denominación de "Reino de Libia".

La Libia de Idris fue colocada en la práctica bajo la "tutela" de Gran Bretaña y de los Estados Unidos, sus principales proveedores de fondos a cambio de bases militares en el país (139).

El descubrimiento del petróleo va a modificar profundamente la fisonomía social y económica del país, provocando un importante éxodo rural y una separación tajante entre una minoría riquísima y una mayoría muy pobre. El hecho de que el verdadero poder económico estuviese en manos de las compañías petrolíferas suscitó importantes frustraciones populares, a partir de las cuales se desarrolló un nacionalismo antioccidental y pronasseriano. Fue en este contexto en el que se produjo el golpe de Estado de los "Oficiales Libres" encabezados por el capitán Muammar al-Gaddafi, quienes proclamaron la república, el 1 de septiembre de 1969 (140).

En cuanto a **Mauritania**, colonia francesa del Africa Occidental desde 1920, Francia aplicó una colonización diferenciada, favoreciendo a las tribus negroafricanas dóciles y "afrancesadas" y desfavoreciendo a las tribus árabobereberes hostiles a su presencia.

Según subraya Paul Balta (141), al igual que España en el Sáhara Occidental, Francia no formó hombres, ni creó las infraestructuras necesarias. Lo que no sólo va a obstaculizar el arranque del desarrollo económico del país, sino que además va a poner de manifiesto su superficialidad como Estado, en el momento de la independencia.

Como todos los Estados francófonos del Africa subsahariana, Mauritania pasará por las diversas etapas de una descolonización negociada. No faltan las rivalidades tribales ni los distintos partidos políticos cuya visión acerca del futuro de Mauritania es bastante distinta: unos son partidarios de la creación de una gran nación mauritana; otros apuestan por su incorporación al Africa Occidental, y otros, por último, abogan por su pertenencia al "Gran Marruecos". En este sentido, no hay que perder de vista las fuertes presiones ejercidas por Rabat, que consideraba el territorio mauritano como parte de la dinastía alauita. La persona de Moktar Uld Daddah va a dominar todo el proceso de construcción y consolidación de un Estado mauritano, todavía frágil, a causa de las fuerzas centrífugas que siguen caracterizándolo.

Así pues, el tipo de colonización y descolonización, más o menos mezclado con la herencia del pasado precolonial, va a engendrar distintos sistemas sociopolíticos postcoloniales: Marruecos va a adoptar la monarquía constitucional; Túnez la república parlamentaria y después presidencialista; Argelia la república popular y socialista; Libia la república popular y musulmana (la Yamahiriyya), y Mauritania la república presidencialista.

Si excluimos a Marruecos, que ha adoptado y mantenido desde el principio el multipartidismo, los demás países magrebíes van a evolucionar desde un multipartidismo, de hecho o de derecho, hacia la instauración de un sistema de partido único (^{14e}) tras un breve período de tolerancia de las demás formaciones políticas (Túnez, Mauritania y Libia). Argelia convirtió el FLN, que había dirigido la guerra de independencia, en

partido único. Estas tendencias de partido único se mantendrán con algunas excepciones, hasta finales de la década de los 80.

El sistema político de Marruecos, definido como "monarquía constitucional", tal y como se destaca en las Constituciones de 1962, 1970 y 1972, se basa en un régimen parlamentario y pluripartidista, con una clara supremacía política del Rey y de la Monarquía, elevada al rango de la máxima institución. Producto de una mezcla de la herencia tradicional y de los principios de la democracia liberal inspirados en la Constitución francesa de 1958, dicho sistema se caracteriza por la personalización del poder por el Rey, o como diría Jean-Claude Santucci: se trata de "un absolutismo real fundado en la doble herencia de los principios del Islam y de la tradición histórica nacional" (143).

En Marruecos, definido en el preámbulo de la Constitución de 1972 como un "Estado musulmán soberano" que forma parte del Gran Magreb y cuya lengua oficial es el árabe, está prohibido el partido único (art.39).

El multipartidismo establecido es muy original y consiste en dar al exterior la imagen de un poder defensor de los valores democráticos, mientras que en realidad los partidos políticos, cuyas iniciativas políticas son controladas y limitadas por la monarquía, tienen unas funciones bien delimitadas: legitimación, fortalecimiento de la integración nacional, socialización de los electores y arreglo de los conflictos entre las clases dirigentes (144), y temas elegidos por el poder: Dios, la Patria, el Rey/el Islam, el Sáhara, la Monarquía (145).

En Marruecos, el Trono monopoliza el poder en un marco pluripartidista. Michel Camau explica las relaciones entre el Trono y los partidos de la manera siguiente : "el Rey necesita los partidos para situarse como árbitro por encima de las facciones rivales que se neutralizan, y no debilitarse en el ejercicio directo del poder en este contexto, los partidos deben, por una parte, suministrar las competencias necesarias al funcionamiento del aparato del Estado y, por otra, servir de válvula de seguridad a las ambiciones y descontentos. Para el Trono, es necesario que no exista un único partido, sino varios y que los grupos rivales se sometan a las reglas comunes. Los partidos, por su lado, necesitan el Trono en la medida en que cada uno de ellos no es capaz por sus propios medios de imponerse a los demás. Ninguno tiene otro recurso que el uso del prestigio del Rey para legitimar sus objetivos en el conjunto de la sociedad" (146). Todo ello conduce a Michel Rousset a hablar de la contradicción entre el monopolio del poder por el Palacio y la democratización, a través de la práctica pluripartidista y del pluralismo político (147). En la práctica política marroquí se busca la conciliación.

Puesto que el Rey -("Emir al Muminin" o Comendador, Dirigente o Príncipe de los Creyentes)- es el "representante supremo de la nación, símbolo de su unidad..." (art.19), no está permitida ninguna discusión oficial sobre la monarquía, que se mantiene así al margen de cualquier competencia entre los partidos, utilizados en un juego complejo de alianzas y exclusiones, con un reparto de zonas de influencia a menudo preestablecido (148). El Rey concentra el poder político y el religioso, pues se considera descendiente del profeta Mahoma. Los partidos de la oposición, integrados en la actualidad por

el partido "Istiqlal" o Partido de la independencia, la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP), la Organización para la Acción Democrática y Popular (OADP) y el Partido del Progreso y del Socialismo (PPS) tienen que adaptarse a este marco. Por consiguiente, "el reconocimiento social, integrado en la psicología colectiva e individual, de que la vertebración social y nacional no puede efectuarse si no es a través de las acciones del Rey, acciones sin control ni cortapisas. No es la monarquía absoluta: es más. Es la vacuna contra toda idea constitucional moderna" (149).

La unanimidad en torno al Trono se explica por el hecho de que el Monarca simboliza la resistencia y la independencia. Y la legitimidad nacional se ha visto acompañada de la legitimidad religiosa, mediatizada por la recuperación y el control del Islam oficial con el que se identifica toda la sociedad marroquí (150).

En resumen y de acuerdo con Alain Claisse, cabe decir que "una de las leyes del régimen es que las iniciativas deben ser controladas por la cumbre o negociadas con ella. En cualquier circunstancia, el poder central permanece como dueño del juego, no deja gran sitio a la expresión de la espontaneidad política" (151).

El régimen, con una gran capacidad de autorregulación y de recuperación, es experto en el arte de desarticulación de las tensiones colectivas sin necesidad de transformarse (152). En este marco se entiende que el gobierno, manipulado por el Rey, se sirva a menudo de la autoridad de éste para mostrarse inflexible frente a las reivindicaciones sindicales. Esta

situación es la que ha conducido a la huelga general del 14 de diciembre de 1990 (152) y a los consiguientes disturbios en la ciudad de Fez.

Durante mucho tiempo, el problema del Sáhara ha sido utilizado para forjar la unidad y la unanimidad nacionales -el de Ceuta y Melilla que forman parte de las "fronteras auténticas" de que habla el artículo 19 de la Constitución servirá también a este fin-, y esconder el carácter autoritario del régimen, y las graves y crecientes contradicciones y desigualdades sociales. Si tenemos en cuenta que el 40% de la población vive por debajo del umbral de la pobreza, no es de extrañar que la revuelta de diciembre de 1990, haya sido la de los "desposeídos".

Algunas voces han empezado a levantarse para criticar la monarquía hereditaria y los fundamentos morales de un Estado que basa su legitimidad en la religión. Para los islamistas marroquíes, muy poco activistas pues el Islam ha sido recuperado por el Estado, los dirigentes se sirven de la religión para mantener un régimen "ilegítimo por naturaleza" y que destaca por prácticas contrarias al Corán (154). Sin embargo, los islamistas no han podido disminuir la influencia de la legitimidad religiosa de la monarquía. Al contrario, la han fortalecido, puesto que el pueblo la apoya cada vez más frente a la contestación islamista (155). Esta situación debilita el integrista islámico marroquí que no persigue la toma del poder, sino que pide la asociación con el poder para conseguir reformas.

La persistencia de la corrupción, el deterioro dramático de la situación social y el envío de tropas al Golfo Pérsico junto al campo occidental contra Irak podrían servir de caldo de cultivo al integrismo islámico (156).

En cualquier caso, los acontecimientos de Sjirat (10 de julio de 1971) y de Kenitra (16 de agosto de 1972) dirigidos directamente contra la persona del Rey por elementos de las fuerzas armadas reales considerados como leales al Trono (157), pusieron de manifiesto la fragilidad de la monarquía y la puesta en tela de juicio de un sistema de gobierno basado en la corrupción y la represión (158).

Túnez, definido por la Constitución de 1959 como "un Estado libre, independiente y soberano", cuyas religión y lengua son el Islam y el árabe (art.19) , y que forma parte del "Gran Magreb" (art.20) -la Constitución de 1976 hablará del "Gran Magreb Árabe"-, se ha caracterizado por un sistema político dominado por el peso del pasado y la experiencia de un solo hombre, quien pensaba por todos, organizaba todo y lo decidía todo: Habib Bourguiba (159). El bourguibismo se convirtió en una verdadera ideología oficial del Estado tunecino, que influía en las grandes líneas de las principales opciones del país (160).

Dos grandes períodos, dividido cada uno en varias etapas, han caracterizado el bourguibismo. El primero se extiende desde 1956 a 1975 y el segundo desde 1976 a 1987.

El primer período está marcado por la desposesión del bey* Amin y la proclamación de la república el 25 de julio de 1957, con el consiguiente abandono del parlamentarismo y la instauración de un régimen presidencial (1⁶¹) consagrado por la Constitución del 19 de junio de 1959 e inspirado en el modelo norteamericano. Con el fracaso de Salah Ben Yusef (1⁶²), que intenta instaurar en Túnez un panarabismo de tipo nasseriano, y la prohibición del partido comunista, el Neo-Destur que se convierte en Partido Socialista Desturiano (P.S.D.), en 1964, se impone como partido único, con la fusión entre el partido y el Estado, y adopta el socialismo tunecino como ideología oficial (1⁶³). La destitución de Ahmed Ben Salah (1⁶⁴), supuso el abandono de la política de colectivización y el retorno al liberalismo. La enmienda constitucional del 19 de marzo de 1975 consagró la presidencia vitalicia de Habib Bourguiba. Este, para acumular o concentrar en sus manos todos los poderes, utilizaba la estrategia consistente en crear rivalidades entre los principales líderes. Así les debilitaba y podía ejercer lo esencial del poder del Estado y del partido (1⁶⁵).

Todo este período, que se caracteriza por la dirección autoritaria del Estado y de la vida política por el Neo-Destur y después por el PSD, por la intimidación y la represión de los movimientos sindicales y estudiantiles y por el paso de la política de colectivización a la política liberal (1⁶⁶), destaca por graves enfrentamientos entre el poder y la Unión General de los Trabajadores de Túnez (U.G.T.T.). Esta, como marco legal de trabajo, se había convertido en un polo de atracción para

* Bey: gobernador turco de las subprovincias del imperio otomano.

todos los descontentos que transformaron las luchas sindicales en luchas políticas (167); además, a partir sobre todo de los años 70, se hizo patente una grave contradicción entre el plan de desarrollo socializante de la UGTT y el liberal del Gobierno y del partido. También se produjeron enfrentamientos entre el poder y la Unión General de los Estudiantes de Túnez (U.G.E.T), a causa del conflicto generacional entre sus dirigentes y los del Estado y la negativa de los estudiantes a subordinarse al partido (168).

El segundo período, que comienza con la adopción de la Constitución del 8 de abril de 1976, conoce ligeras modificaciones en el sentido de la democratización y de la instauración de un multipartidismo vigilado, ya que Bourguiba sigue siendo el elemento clave del sistema. Según Sadok Chaabane, tanto la Constitución de 1959 como la de 1976 han sido concebidas por y para el Presidente Bourguiba, y la única diferencia es que en 1959 éste jugaba un papel central y activo, mientras que en 1976 sigue jugando el papel central, pero pasivo, es decir, que el presidente sigue actuando como siempre pero no de una manera abierta, descargándose de algunas actividades, aunque sin perder el control del Estado, sobre un gobierno responsable ante él y un Parlamento que controla la acción del gobierno para que no se desvíe de la política definida por el presidente. El partido sigue siendo omnipresente, orienta y controla la acción del Estado, domina sus estructuras y es canteira del personal dirigente (169). Se reconoce al pueblo el derecho de ser consultado sobre las grandes cuestiones políticas del país y para arbitrar los conflictos eventuales entre el Ejecutivo y la Asamblea (170).

Este periodo, caracterizado por una sucesión de Primeros ministros (Mohamed Mzali, Rachid Sfar y Ben Ali), va a conocer la autonomía e independencia de los movimientos sindicales y estudiantiles, las contradicciones entre la burguesía de Estado y la burguesía privada (¹⁷¹) y, sobre todo, la emergencia de la Liga Tunecina de los Derechos Humanos (L.T.D.H) y de los islamistas del Movimiento de la Tendencia Islamista (M.T.I), todos a la búsqueda de una expresión adecuada (¹⁷²).

El sistema multipartidista, establecido por Bourguiba para regular los conflictos que amenazaban al sistema político, fracasó a causa de su grave inestabilidad: la paradoja era que el PSD seguía considerándose como el único partido legítimo frente a los partidos de la oposición legal o tolerada y mantenía la fusión Estado-PSD (¹⁷³). De ahí que se generalizaran los enfrentamientos entre el poder y los partidos de la oposición, sobre todo los islamistas quienes, frente a la incapacidad del PSD de encuadrar a las masas y a la violación de las libertades políticas de los partidos, declaran la guerra total al régimen de Bourguiba y proponen una nueva sociedad basada en los valores del Islam. El régimen responde con la represión y la detención de sus dirigentes (¹⁷⁴).

El General Zine El Abdine Ben Ali, antiguo jefe de la Policía Nacional (Sûreté Nationale) y ministro del Interior, es llamado de su puesto de embajador en Varsovia, por el Presidente Bourguiba, para ser su Primer ministro y contener el ascenso del islamismo. Pero éste, basándose en el artículo 57 de la Constitución, declara la incapacidad de Bourguiba para continuar en la presidencia de la República (¹⁷⁵) y lo destituye el 7 de noviembre de 1987. El nuevo presidente decreta una

amnistía general, que beneficia a los islamistas, y promete "una vida política evolucionada e institucionalizada, fundada realmente en el multipartidismo y la pluralidad de las organizaciones de masas" (176). En el Pacto Nacional, publicado el 7 de noviembre de 1988, se define el régimen político tunecino como basado en los principios de la protección de las libertades fundamentales (libertad de opinión y expresión, de prensa y edición, y de reunión), de la igualdad y de la democracia pluralista (177).

El régimen de Ben Ali, que se niega al reconocimiento del partido islamista, se enfrenta al movimiento integrista Ennahda (Renacimiento) que preconiza el terrorismo y la lucha armada para instaurar una república islámica en Túnez. Dicho movimiento acusa a Ben Ali de seguir con la política de Bourguiba, al apostar "por un proceso de transición controlado desde arriba" (178).

Inspirado en la experiencia de Argelia, donde los islamistas ganaron las elecciones municipales, Ben Ali no sólo procura dismantelar el movimiento islamista, que constituye la segunda fuerza política del país después de la Unión Constitucional Democrática (R.C.D. por sus siglas francesas), en el poder, sino que además quiere dividirlo. Para ello, se ha aprovechado de su discreción frente a los acontecimientos del Golfo, sobre los cuales los partidos políticos, sindicales y otras asociaciones se adelantaron a dicho movimiento, con una condena firme de la intervención norteamericana y el apoyo a Sadam Hussein (179).

En resumen, la separación de poderes consagrada por una Constitución que era una simple tapadera jurídica cada vez más anacrónica, no tenía ningún sentido en el Túnez de Bourguiba (1^º), cuyas preocupaciones básicas eran la creación de un Estado moderno de tipo europeo y el mantenimiento de la cohesión de las élites intelectuales. Para alcanzar estos fines, Bourguiba cayó en un oscurantismo y un absolutismo que contrastaban con su reestructuración pluralista de la sociedad tunecina. Y ello hizo explotar su sistema.

Los acontecimientos de Gafsa (enero de 1978 y enero de 1980) (1^º) y los motines del hambre (enero de 1984) (1^º), llevados a cabo por un subproletariado urbano frustrado por las tremendas desigualdades sociales, demostraron la debilidad del régimen de Bourguiba, quien estuvo a punto de ser derrocado.

El Presidente Ben Ali, al condenar la intervención norteamericana en el Golfo, aprovechó la oportunidad para acercarse a la oposición y, sobre todo, a los islamistas, quienes apoyaron a Sadam Hussein y constituyen una amenaza constante para el régimen.

En **Argelia**, el sistema del partido único va a controlar la vida política del país durante casi un cuarto de siglo. Ello no puede extrañarnos si tenemos en cuenta que el FLN -organización de carácter político-militar - creó en su entorno, durante la guerra de liberación, una cierta adhesión y unanimidad al afirmar la unidad del pueblo argelino en las negociaciones con Francia, al extender la lucha armada al conjunto del territorio nacional y al conseguir el monopolio de la representación arge-

lina mediante la eliminación o la recuperación de los movimientos rivales (1^o3).

Ya en el "Programa de Trípoli", documento elaborado por el Consejo Nacional de la Revolución Argelina (C.N.R.A.), en mayo-junio de 1962 se adoptó el sistema de partido único, que se justificó de la manera siguiente: "Para realizar los objetivos de la revolución democrática y popular es preciso un partido de masas único poderoso y consciente... Fundado sobre la unidad ideológica, política y orgánica de las fuerzas revolucionarias que agrupe en su seno, el Partido debe realizar en torno a él la unidad de todas las capas sociales de la nación para conseguir los objetivos de la revolución". Todos los documentos oficiales de la revolución argelina, como la Carta de Argel (16-21 de abril de 1964), la Carta Nacional (junio de 1976), el VI Congreso del FLN (27-31 de enero de 1976), las Constituciones de 1963 y de 1976, y la nueva Carta Nacional de 1986 confirman el sistema de partido único del FLN (1^o4).

El artículo 94 de la Constitución de 1976 estipula que "el sistema institucional argelino se fundamenta en el principio del partido único" mientras que el artículo 95 precisa que "el Frente de Liberación Nacional es el partido único del país".

Los Estatutos provisionales de funcionamiento del FLN, de enero de 1968, consagraban la supremacía del FLN, convertido en la única fuente de legitimidad y del poder. Así, se afirma en el preámbulo: "Expresión viviente de la vanguardia revolucionaria, depositario de la legitimidad revolucionaria, elemento

motor de la Revolución y fuente natural del poder, el F.L.N. es la forma suprema de organización del pueblo argelino".

Al igual que la Constitución de 1963, la de 1976 dispone que "el Islam es la religión del Estado" (art.2) y "el árabe es la lengua nacional y oficial" (art.3), mientras que el artículo 87 vincula el destino del pueblo argelino al de los pueblos árabes. El Estado argelino está definido así como una realidad argelo-árabo-islámica (1985).

El artículo 10 de la Constitución de 1976 adopta el socialismo como ideología oficial, lo que confirma la nueva Carta Nacional de 1986 en estos términos: "La elección del socialismo como sistema de realización del desarrollo para garantizar un reparto equitativo de las riquezas, no ha sido una elección arbitraria ni una idea importada, impuesta al pueblo argelino... El socialismo argelino no procede de ninguna metafísica materialista, no se vincula con ningún concepto extranjero a la historia intelectual, social y espiritual del pueblo argelino". Dicho socialismo se fundamenta en el Islam como patrimonio cultural y espiritual del pueblo argelino.

Bruno Etienne abunda en el mismo sentido y considera el socialismo argelino, adoptado bajo el régimen del Presidente Ahmed Ben Bella, como un socialismo específico, "que toma del marxismo-leninismo el análisis económico y científico, pero se enraiza en los valores profundos áraboislámicos para conservar la personalidad argelina. A partir de 1963, se abre un debate sobre la compatibilidad del Islam con el socialismo y, a partir del 19 de junio de 1965, sin renegar para nada de esta tesis de la especificidad argelina, se va a precisar una teoría original

del socialismo, basada en el pragmatismo" (1985). La nueva Carta Nacional de 1986 confirmará el Islam como marco de referencia ideológica.

Desde 1962 hasta principios de 1989, el sistema de partido único y la ideología socialista se han mantenido y han sobrevivido a todas las crisis que ha conocido el país. Según manifiesta Salem Chaker, todo estaba bajo el control estricto del partido: partido único (FLN), prensa única, sindicato único, organizaciones de masas... una concepción monopartidaria, monolítica y centralizada del Estado y de la sociedad, que descalifica a cualquier organización contraria a las opciones de los dirigentes (1987).

Hablando de las relaciones entre el partido y la Unión General de los Trabajadores Argelinos (U.G.T.A.), el Secretario Nacional de la U.G.T.A., hizo observar, en su informe presentado ante La Comisión Ejecutiva en marzo de 1966, la falta de autonomía del sindicato con respecto al partido: "Hemos conocido todas las fórmulas:

- La U.G.T.A. organización nacional está con el Partido.
- La U.G.T.A. organización nacional está detrás del Partido.
- La U.G.T.A. organización nacional es del Partido.
- La U.G.T.A. organización nacional está dentro del Partido" (1966).

La subordinación de la UGTA al FLN que ya era efectiva antes de la independencia, la convirtió en un simple "sindicato gestor", con una simple función de intermediaria ante la base y la cumbre (199).

La historia política postcolonial de Argelia ha conocido cuatro grandes etapas: la primera, la del régimen Ben Bella (1962-1965); la segunda, la del régimen Huari Bumedián (1965-1978); la tercera, la del régimen Chadli Benyedid (1979-1992), y la actual, iniciada a mediados de enero de 1992 por la dimisión del Presidente Chadli Benyedid reemplazado por un Alto Comité de Estado presidido por Mohammed Budiaf.

El Presidente Ahmed Ben Bella gobernó un país arruinado por la guerra y no tuvo la tarea fácil. Su régimen trataba de encontrar una ideología para la Argelia independiente. Y bajo la influencia de la izquierda intelectual, el régimen adoptó, con el Programa de Trípoli y la Carta de Argel (abril de 1964), el socialismo y la autogestión. Se asistió a una confusión entre el socialismo y la nacionalización de los medios de producción, de modo que la autogestión fue asfixiada por la economía de mercado (190). El socialismo se quedó a nivel de eslóganes ya que no pudo producir una revolución social profunda, limitándose a conducir hacia un capitalismo de Estado (191).

Bernabé López García resume mejor las principales características del régimen Ben Bella de la manera siguiente: "La primera etapa, o fase Ben Bella (1962-1965) se caracterizó por la mutación de la sociedad colonial en una economía en busca de la independencia (...). El gobierno Ben Bella inició una serie

de nacionalizaciones, aún muy improvisadas y sectoriales, que no afectaron a los sectores estratégicos de la industria nacional" (192).

El régimen, que no se apoyó en las masas populares y que decepcionó por la ausencia de realizaciones, fue derrocado el 19 de junio de 1965 por el golpe de Estado llevado a cabo por el Coronel Huari Bumedián, ante la indiferencia popular (193).

El Presidente Huari Bumedián (194), apoyándose en el "Grupo de Uxda", que le ayudó a tomar el poder, y dominado por la persona de Abdelaziz Buteflika -el inamovible ministro de Asuntos Exteriores (1963 a 1978)-, estableció un régimen fuerte en torno al Consejo de la Revolución, considerado como el "depositario de la autoridad soberana" (195) y gobernó de 1965 a 1976 sin Constitución ni Parlamento. Y dirigió el país sobre la base de ordenanzas entre las que la del 10 de julio de 1965 era, según Mohamed Bedjaoui, una "verdadera pequeña constitución provisional" (196). Este período se caracteriza por la concentración de todos los poderes en las manos del Ejecutivo y el desarrollo de un aparato de represión judicial y policiaco (197).

El Presidente Bumedián, que rechaza el liberalismo al que considera como un instrumento destinado a distraer a los pueblos, opta por el socialismo (198), de modo que el FLN, confirmado como "partido único de vanguardia, es responsable de la edificación de una sociedad socialista" (199). En la Constitución de 1976, que él inspira, se define la Revolución argelina como socialista (art.10). Dicha Revolución, según Henri Sanson, es a la vez nacional, socialista, árabe y tercermundista (200).

En pocas palabras, todo el movimiento revolucionario argelino se fundamenta en la centralización, la modernización y la socialización (201).

Aunque la Constitución de 1976 proclama el Islam como religión del Estado (art.4) y la Carta Nacional de 1976 considera al pueblo argelino como pueblo musulmán, se niega cualquier papel a los hombres del Islam. El Estado es laico, es decir, que "el Islam reina y los laicos del Islam gobiernan" (202).

Una de las grandes realizaciones del régimen de Huari Bumedián es la construcción, en el marco de la Revolución agraria, de las "aldeas socialistas", que han tenido un papel simbólico e ideológico (203). Sin embargo, según manifiesta Bernabé López García, "la opción de desarrollo adoptada por Argelia desde 1965 generó contradicciones entre el bloque dominante y las masas populares, que se expresaron en el incremento de las huelgas y acciones reivindicativas desde 1975 que obligaron a importantes reajustes políticos al final de la etapa de Bumedián, continuados por ^{su} sucesor (204).

Tras la muerte de Huari Bumedián, el 27 de diciembre de 1978, llega al poder cuarenta días después Chadli Benyedid, quien inaugura la tercera etapa. El nuevo presidente debe enfrentarse de inmediato al problema de conseguir el consenso popular que tenía su predecesor (205) y a las exigencias de democratización de la sociedad que le plantea una oposición animada desde el exterior por algunos de los jefes históricos de la revolución argelina (206).

Tras un período transitorio de dos años, en medio de contradicciones entre partidarios del liberalismo y del socialismo, de enfrentamientos con los grupos socioculturales, de una política de reajustes y reestructuraciones y, sobre todo, del apartamiento de sus rivales a la sucesión de Bumedián - Mahamad Salah Yahiani, ex coordinador del partido, partidario de un socialismo marxistizante pro "islamo-progresista" y Abdelaziz Buteflika, ex ministro de Asuntos Exteriores, partidario del liberalismo económico y de amnistía a los exiliados políticos-, Chadli Benyedid, que sigue manteniendo el monopolio del FLN, opta por la revisión del sistema mediante una cierta liberalización política (207), es decir, la "desbumedianización" y el debilitamiento del ala izquierda del FLN.

A pesar de todo, la adopción de la nueva Carta Nacional de 1986, que recupera las grandes orientaciones de la Constitución de 1976, sigue fundamentando el régimen en el socialismo y el Islam, como ideologías oficiales, y en un partido monolítico. Lo que impide cualquier posibilidad de expresión al margen del partido.

Frente a una oposición desorganizada y a la impotencia de la UGTA para encuadrar los movimientos sociales que se desarrollan fuera de ella, por haberse convertido en una simple caja de resonancia del poder y del partido (208), crecen cada vez más el integrismo islamista, como nueva forma de conciencia cultural y política (209), y las reivindicaciones culturales del movimiento bereber canalizado por la Liga Argelina de Derechos del Hombre (210). Esta ha sido denunciada por el Gobierno como una "Liga berberista" dominada por los bereber-

rófonos y los militantes bereberes, con objeto de aislarla de los arabófonos (211).

La caída vertical del precio del petróleo, a mediados de la década de los 80, va a influir en las reservas en divisas del Estado argelino que debe adoptar una política de austeridad. Ello conduce a una crisis económica con el consiguiente desarrollo del mercado negro, el contrabando, el paro y la inflación. Dicha política suscitó graves movimientos sociales y juveniles que desembocaron en la "revuelta de la sémola" de octubre de 1988, con centenares de muertos. Chadli Benyedid reaccionó con la liberación política y económica superficial del país, o según Jean Daniel, "ese intento de liberalización tímida y titubeante ha sido contrariado, secuestrado y saboteado a todos los niveles y en todos los dominios por una parte del Ejército, que reprocha al presidente su apertura marroquí y su abandono del Polisario, y por una parte del FLN, que denuncia la traición al ideal islamo-marxista" (212). En cualquier caso, lo cierto es que la persistencia del personal político de siempre, que controla el verdadero poder de decisión, obstaculizó las reformas económicas y políticas del Presidente Chadli Benyedid. Bajo el pretexto de la ortodoxia, dicha nomenclatura se opuso a las reformas que amenazaban sus intereses. Ello hizo dudar de la voluntad de transformar la sociedad política y de instaurar la democracia del régimen argelino (213).

Ante la persistencia de disturbios, cada vez más sangrientos, a favor de la libertad, de la democratización y de mejores condiciones de vida, el Presidente Chadli Benyedid, elegido para un tercer mandato en diciembre de 1988, sometió a un referéndum una nueva Constitución, que fue aprobada en

febrero de 1989 y que instauro el multipartidismo (art.40) (214), la separación del Estado y del partido, la libertad de prensa, la economía liberal y la integración en el mercado y la economía mundiales (215). Además, dicha Constitución no hace ninguna referencia al socialismo, limitándose a definir a Argelia como una "República democrática y popular" (art. 1) y como "tierra del Islam" (Preámbulo). El nuevo texto hace sobre todo hincapié en el carácter religioso de la Constitución, la cual protege las propiedades religiosas colectivas.

Las elecciones locales, celebradas el 12 de junio de 1990, dieron lugar, ante el llamamiento al boicot por los dos grandes partidos de la oposición de Ahmed Ben Bella (el Movimiento para la Democracia en Argelia) y de Hocin Ait-Ahmed (el Frente de Fuerzas Socialistas), a una bipolarización de la vida política argelina en un sistema casi bipartidista entre el FLN, que se arroga la legitimidad histórica de 1962 y que preconiza "un modelo modernizador y secular" basado en las reformas económicas y en un Islam tolerante, y el Frente Islámico de Salvación (F.I.S), cuyas fuerzas se hallan en las mezquitas y que apuntan hacia la islamización total del Estado y la aplicación de las leyes coránicas (216).

El FIS del imán Abassi Madani ganó las elecciones con una mayoría del 53,4% contra 33,9% para el FLN. Esta victoria se debe al electorado de la enorme masa de los jóvenes de los barrios populares socialmente frustrados y seducidos por el discurso populista de Madani. Dichos jóvenes hallan en el integrismo el instrumento de rechazo del poder del FLN y la única manera de imponer el cambio. Así, ante el vacío del modelo pansocialista revolucionario del FLN experimentado desde

1962, la mayoría de la población prefirió el regreso hacia el integrismo islámico (217). Ello era lógico, puesto que el pueblo tenía que rechazar el modelo de sociedad concebido por una clase política que se había apartado de él y que le había despreciado a lo largo de los veintiséis años de poder del FLN (218).

Para María A. Sánchez-Vallejo, la derrota del FLN se explica, en una larga medida, por la ley contra el contrabando del Gobierno, que costó al FLN "un número considerable de votos que fueron a parar directamente al FIS" (219). Bruno Etienne opina, por su parte, que esta derrota "es más bien un voto de castigo contra la política del FLN" (220).

Durante los seis meses que transcurrieron desde las elecciones municipales de junio de 1990 hasta la primera vuelta de las legislativas del 29 de diciembre de 1991, el FLN procuró recuperar una parte del electorado del FIS. Para ello, utilizó varias estrategias: la política de arabización e islamización, que los demás partidos consideraron como graves concesiones al FIS; el debilitamiento del FIS, mediante la legalización de 8 partidos fundamentalistas; su división en fracciones y la detención de sus líderes (Abassi Madani y Ali Benhadj); y por último, el aprovechamiento de los errores cometidos por el FIS en las alcaldías desde su victoria en las elecciones locales (ineficacia, gestión torpe, violación de las libertades individuales, y ausencia de realizaciones concretas).

El FLN no ha podido conseguir sus objetivos, ya que el FIS ha vuelto a ganar la primera vuelta de las elecciones legislativas, con más posibilidades de repetir su victoria en la segunda, prevista para el 16 de enero de 1992 y anulada en el momento de redactar estas líneas.

Tres razones explicarían esta derrota del FLN. La primera es el ya mencionado voto de castigo y el deseo de cambio político de los desheredados y de los jóvenes (más del 70% de la población), social y económicamente decepcionados y que quieren acabar con la "Argelia de los intelectuales y de los occidentalizados". Ante la quiebra del Estado, el "gran vacío ideológico y cultural" ^(²²¹), como consecuencia de la gestión catastrófica del FLN, en el que ya no creen, buscan otras ideologías alternativas de referencia que hallan en el fascinante discurso del FIS, basado ^{en} el proyecto "igualitarista-justiciero" y el "modelo económico distributivo", que rechaza tanto el capitalismo como el socialismo ^(²²²). La segunda razón se explica por la fuerte movilización del electorado del FIS, cohesionado y disciplinado y que se ha aprovechado de la abstención de una parte importante de la población argelina (aproximadamente el 42%). La tercera consistiría en un fraude electoral del que se acusa al FIS ^(²²³) y que no ha sido demostrado.

Según Slimane Cheikh, refiriéndose a las elecciones municipales de junio de 1990, la victoria del FIS se debe a su gran capacidad de demostración de fuerza y de manifestación frente al FLN que había perdido cualquier iniciativa sobre el terreno; por su estrategia de organización consistente en presentarse como la encarnación del interés general y de la opinión pública, utilizando para ello la movilización de los medios de comu-

nicación nacionales e internacionales; y por su voluntad de sustituir al poder establecido, con acciones concretas sensibles para la población. En pocas palabras, el FIS había adoptado una actitud ofensiva basada en un discurso de ruptura orientado hacia el futuro, mientras que el FLN se encontraba en la retaguardia con una actitud defensiva consistente en la justificación no convincente de su gestión del pasado (224).

Lo que sí es cierto es que la situación caótica de la economía argelina ha sido el caldo de cultivo del auge y de la victoria islamista, punto de vista compartido por varios autores, para quienes el fracaso económico o el desarrollo desigual ha sido el factor decisivo en el fracaso del FLN (225), políticamente desgastado, por haber generado "un sentimiento de frustración creativa", al impedir durante mucho tiempo el diálogo y el ejercicio de la libertad (226).

De aquí a la segunda vuelta, el FLN tendrá que coaligarse con los demás partidos o fuerzas democráticas para impedir que el FIS consiga la mayoría absoluta. Ello sería posible si lograran atraer a su favor al alectorado que se ha abstenido, o si se produjese un cambio radical en la actitud de la población argelina, tal y como se ha demostrado con las manifestaciones populares organizadas por el Frente de Fuerzas Socialistas, el 2 de enero de 1992, para protestar contra la victoria del FIS. Otra posible táctica para evitar el triunfo previsible del FIS por la vía legal, sería el bloqueo del proceso democrático y la no celebración de la segunda vuelta (227).

En el caso de la evolución normal de la situación política argelina, se asistiría a una cohabitación entre FLN y FIS, es decir, un Parlamento con mayoría integrista y un presidente del FLN, hasta el fin del mandato del Presidente Chadli Benyedid, en enero de 1994. Sería una cohabitación difícil, ya que conduciría a una crisis constitucional, de la que se barajarían las posibilidades de una guerra civil, el aumento del terrorismo o un golpe de Estado militar (siendo el ejército la única fuerza organizada en el país). Se perfilan en la escena política argelina preocupantes posibilidades de violencias y aventuras... Ello ha sido puesto de manifiesto por una serie de acontecimientos sucedidos a mediados y finales de enero de 1992 con la dimisión del Presidente Benyedid, considerada como un golpe de Estado de hecho del ejército, la anulación de la segunda vuelta de las elecciones legislativas, la instauración de un Alto Consejo de Seguridad y después de un Alto Comité de Estado presidido por Mohamed Budiaf, la institución del estado de sitio, la detención del jefe del buró ejecutivo provisional del FIS, Abdelkader Hachani, los actos de terrorismo por parte de los militantes del FIS, la conversión del FLN en partido de oposición y el control gubernamental de las mezquitas, etc. Todo camina hacia la disolución de la constitución, la prohibición de partidos políticos y en particular del FIS para impedir el asentamiento del fundamentalismo por las urnas, es decir, un golpe de Estado contra los islamitas. De todas maneras, el bloqueo del proceso democrático ha provocado en los demás países magrebíes o, mejor dicho, en sus clases dirigentes un sentimiento de satisfacción ante el temor del "efecto dominó" que hubiera producido la victoria islamista. También por el hecho de que Argelia hubiera aparecido como el único país verdaderamente democrático del Magreb.

Libia, por su parte, ha conocido en su historia política dos grandes periodos a los que corresponden los sistemas políticos que se han experimentado en este país. El primero (1951-1969) es el de la monarquía y el segundo (1969 hasta la actualidad) es el de la república.

La Constitución del 7 de octubre de 1951 hace de Libia una "monarquía hereditaria de régimen representativo" (art. 2) en la que "el Islam es la religión del Estado" (art.5). Las enmiendas de 1963 definían el reino como parte de la "Nación árabe" y "región del continente africano".

El régimen teocrático del Rey se caracterizaba por la concentración de casi todos los poderes en sus manos, con la prohibición, a partir del 27 de mayo de 1963, de todos los partidos políticos, es decir, de cualquier forma de oposición. Dicho régimen, según Maurice Flory y Robert Mantran, se apoyaba en "los ideales musulmanes tradicionales. La persona del Rey, jefe espiritual y temporal, dicta el respeto que todo creyente debe a quien la voluntad de Dios ha puesto a la cabeza del Estado" (222). En pocas palabras, se trataba de un régimen patriarcal conservador.

El golpe de Estado del 1 de septiembre de 1969 puso fin a dicho régimen, instaurándose la República árabe libia proclamada por el Consejo del Mando de la Revolución, encabezado por el capitán Muammar al-Gaddafi. Los objetivos de la Revolución son: libertad, unidad árabe y socialismo. El 11 de diciembre de 1969 se adoptó una Constitución provisional, en cuyo artículo 19 se afirmaba que Libia era "una República Árabe Democrática Libre" y que el pueblo libio formaba "parte de la Nación

Arabe", la cual, a su vez, es "parte de Africa". Además, en el artículo 2, se establecía que el Islam era la religión del Estado y el árabe, la lengua oficial.

La principal característica de este período va a ser la inestabilidad de las instituciones que cambian constantemente, conforme a las distintas etapas de la Revolución. "Así, año tras año, el paisaje político se transforma. Y no, como en los demás países del Magreb, conservando las instituciones sino cambiándolas. Se asiste, en primer lugar, a la desaparición de las instituciones del antiguo régimen monárquico (el Parlamento), después a la creación de un partido único que, de pronto, entra en competencia con una revolución popular decidida por el Coronel Gaddafi como si una legitimidad sustituyera a la otra. La legitimidad de la revolución popular será rechazada por el establecimiento de los congresos populares (nacidos de la transformación del partido único) y la de estos últimos, a su vez, por los comités revolucionarios. En marzo de 1981 es la legitimidad de los comités revolucionarios la que empezaba a ser atacada" (229).

Dicho de otra manera, las grandes etapas de esta revolución permanente son: la evacuación de las bases americanas e inglesas, en 1970; la creación de la Unión Socialista Árabe (U.S.A), en 1971; la revolución cultural o popular, en 1973; la proclamación del poder del pueblo, en 1977; la publicación de los tres capítulos del Libro Verde (1975, 1978, 1980); la creación de los comités revolucionarios, en 1980, y la reforma de las estructuras económicas y sociales y la militarización del pueblo, en 1981 (230).

En el plano político, Gaddafi, cuya ideología se inspira en el Panarabismo y el anticolonialismo de Nasser, y en el neopanislamismo, rechaza el comunismo y el capitalismo para exigir el "retorno a la auténtica herencia del Islam" y a la aplicación de las ideas contenidas en la Tercera Teoría Universal (221).

Dicha Teoría, definida en el Libro Verde, consiste en la instauración de una democracia directa que confía el poder al pueblo, suprime cualquier forma de gobierno, consagra el principio de la propiedad socialista del pueblo y establece la igualdad política, económica y social entre los hombres. Es una "verdadera revolución social" que, al mismo tiempo que se inspira en el Corán, se aparta del Hadiz (palabras del profeta Mahoma), transformadas a lo largo de los siglos para servir a intereses personales (222).

Tras adoptar la democracia directa, que rechaza tanto el parlamentarismo como la democracia popular de inspiración soviética que según él no expresan las aspiraciones de todo el pueblo, Gaddafi con el consentimiento del Consejo General del Pueblo (C.G.P.), cambia la denominación de Libia por la de "Yamahiriyya" (poder popular) el 3 de marzo de 1977. El Congreso extraordinario del CGP de misma fecha define la democracia directa libia de la siguiente manera: "el poder directo es la base del régimen político en la República Árabe Libia Popular y Socialista; el pueblo es el único que detenta el poder. Ejerce dicho poder por medio de los congresos, comités populares, sindicatos, uniones y organizaciones profesionales y del Congreso General del Pueblo" (223).

Gaddafi, quien ha recuperado el movimiento nacionalista y revolucionario de Nasser, al fundamentar su régimen en las masas y al exigir la aplicación de la Sharía (ley islámica) para desarticular la oposición islamista, es "el más nasseriano y laico de los islamistas" (234). Tiene una visión reformista del Islam y denuncia la Sunna (tradición vivida y enseñada por Mahoma) que no tiene el mismo valor que el Corán, única fuente legítima del Islam(235). De ahí que llame a la persecución y ejecución de todos los integristas islámicos porque sabotean el Islam y conspiran contra la nación árabe (236). Les compara con "lobos, zorros y escorpiones".

Pero, bajo la apariencia de un poder popular y revolucionario, el Coronel Gaddafi ejerce en realidad un poder personal (237) o "extra-institucional", mediante el control del ejército y de los servicios de seguridad, y su poder carismático sobre los comités revolucionarios (238) cuyos poderes son exorbitantes, constituyendo un partido de hecho a pesar de no declararse como tal (239). Así pues, más que la persuasión se utilizan la fuerza y la coacción.

Si bien es verdad que la corriente islámica se encuentra escasamente estructurada para constituir una oposición dentro del país, no es menos cierto que existe una oposición externa que se manifiesta, de vez en cuando, en los Estados Unidos, Arabia Saudí y Egipto. En uno u otro caso, la oposición está muy dividida, con tendencias muy diversas que van desde los monárquicos hasta los comunistas (240).

En el plano estrictamente interno, es entre las clases medias, frustradas por la supresión del asalariado, y entre las autoridades confesionales (los imames), que no comparten la interpretación revisionista del Islam por Gaddafi, donde se encuentran los disidentes.

Según François Burgat (²⁴¹), con la caída del precio del petróleo se han desarrollado resistencias internas debidas a la aplicación del contenido económico del Libro Verde (supresión del sector privado y de las profesiones liberales), el enfrentamiento de Gaddafi con los imames, la hostilidad contra los integristas islámicos, el apoyo a los movimientos de liberación en el mundo, las consecuencias de los planes de austeridad... Todos estos factores han suscitado serias resistencias tanto entre los empresarios favorables al liberalismo como entre los tradicionalistas opuestos al modernismo del régimen.

El fallido golpe de Estado del 8 de mayo de 1984 y otros intentos de desestabilización (²⁴²) junto a la proliferación de los partidos de oposición interna y externa (Frente Nacional Democrático Libio, Liga Libia Nacionalista, Frente Nacional para la Salvaguardia de Libia, Alianza Nacional Libia, Alianza Nacional Democrática...) han puesto de relieve los límites del régimen de Gaddafi quien procede, a menudo, a la eliminación física de los opositores y que vive, con o sin razón, bajo la amenaza constante de los vecinos y del imperialismo.

En lo que se refiere a Mauritania, el carácter birracial del país, con sus implicaciones étnicas, y el problema del Sáhara Occidental a partir de mediados de los 70, van a influir en su sistema político, que se caracteriza por una constante

inestabilidad. Dos períodos van a marcar la historia política del país: el primero va desde 1960 hasta 1978, y el segundo, dominado por los militares, va desde 1978 hasta la actualidad.

La Constitución del 22 de marzo de 1959, adoptada en vísperas del acceso del país a la independencia, proclama en su artículo 19 la "República Islámica", mientras que el artículo 29 considera al Islam como la religión del pueblo. En cuanto al artículo 30, estipula que el árabe es la lengua "nacional" y el francés la lengua "oficial".

Frente a las tensiones entre las dos comunidades, árabo-bereberes y negroafricanos, cuya coexistencia se ve dificultada por grandes conflictos raciales, el Presidente Moktar Uld Daddah, en sus esfuerzos para construir una nación mauritana, convirtió el Partido del Pueblo Mauritano (P.P.M.), creado el 25 de diciembre de 1961, en partido único con la revisión constitucional del 12 de febrero de 1965. Sin perder de vista que ya la Constitución del 25 de diciembre de 1961 establecía un régimen presidencialista que se iba a fortalecer cada vez más con objeto de poder forjar la unidad nacional y crear un Estado de derecho (249).

Durante la colonización, los mauritanos negros, y en particular los toucouleurs, ocuparon los puestos importantes de la administración y del sector moderno, puesto que las primeras escuelas se crearon en la región sedentaria o del río Senegal ocupada por los negroafricanos. Las poblaciones árabobereberes o nómadas, sobre todo las guerreras, opusieron resistencia a la penetración colonial, desconfiando de las escuelas creadas por

los colonizadores. Y ello supuso una clara supremacía social negroafricana en el momento de la independencia.

En el período de la postindependencia, de 1960 a 1975, se asiste al proceso opuesto, caracterizado por el control del poder por los árabobereberes, la arabización, la negación de las culturas negroafricanas y la inserción de Mauritania en el Magreb y en el Mundo Árabe. Ello provocó una gran frustración entre las poblaciones negras que se sintieron oprimidas. Esta política de discriminación y de exclusión adoptada por el Gobierno mauritano cristalizó los particularismos.

Según Albert Bourgui y Pierre Weiss, que comparten el mismo punto de vista, la "herencia histórica, la polarización de las relaciones interétnicas, la diversidad cultural, el control del aparato del Estado y del poder económico por los árabobereberes y el peso de la estratificación social tradicional, contribuyen a la fragilidad de la construcción nacional mauritana" (244).

En relación con el problema del Sáhara Occidental, las dos comunidades van a adoptar, con ciertos matices, distintas posturas. Los negroafricanos apoyan al Frente Polisario y la autodeterminación del pueblo saharauí y se oponen a la guerra, en la que, se utiliza a los mauritanos negros como carne de cañón. Además, consideran que la anexión de una parte del Sáhara aumentaría el número de árabes en Mauritania con las consiguientes opresión e inserción en el Mundo Árabe. Mientras, los árabobereberes perciben dicho conflicto en términos tribales, como una lucha entre las tribus guerreras (saharauís) y

las tribus morabitas, que constituyen la clase dirigente en Mauritania (245).

Frente a estas rivalidades tribales, étnicas e ideológicas, el Presidente Moktar Uld Daddah, que rechazó el multipartidismo porque fomentaría aún más los particularismos, combina el uso de la persuasión con el de la coacción para fortalecer su régimen (246). Y así, concentró en sus manos un poder, que no era carismático ni autocrático sino moderado, dictado para una sociedad rebelde a cualquier forma de autoridad (247).

La intensificación de la guerra en el Sáhara, con Mauritania de protagonista merced a los Acuerdos de Madrid del 14 de noviembre de 1975, agravó la situación económica y política de un país ya extremadamente débil. "El peso de la crisis repercute en todos los sectores de la actividad nacional. Las finanzas del Estado son tremendamente perturbadas por las cargas del desarrollo rápido del ejército. Los proyectos de desarrollo económico corren peligro de ser hipotecados por la prioridad dada a los gastos de soberanía. La integración y la movilización políticas en torno al Partido del Pueblo Mauritano encuentran nuevos obstáculos en las reacciones al conflicto" (248).

La estrategia que adoptó el Frente Polisario consistente en la desestabilización de la parte más débil de la coalición, mediante el ataque directo al territorio mauritano, junto a la aparición de corrientes e intereses opuestos al conflicto, debilitaron seriamente la unidad nacional y el régimen.

En estas condiciones, no fue de extrañar que interviniera el ejército, con el golpe de Estado del 10 de julio de 1978 que colocó al frente del país a un Comité Militar para la Reconstrucción Nacional (C.M.R.N.) encabezado por el coronel Mustafa Uld Salek. El objetivo declarado fue el establecimiento de la paz, que permitiría que Mauritania pudiese consagrarse a los problemas urgentes de la unidad nacional y el desarrollo económico (249). La Constitución de diciembre de 1980 establece en su artículo 19 una "República parlamentaria islámica" con un bicefalismo, al prohibir el partido único.

A pesar de esta tendencia favorable a la liberalización, que no se concretó como veremos a continuación, el golpe de Estado de 1978 inauguró un segundo período caracterizado por las "revoluciones de palacio", cinco en total. La última hasta ahora es la que derrocó, el 12 de diciembre de 1984, al coronel Muhammad Juna Uld Haidallah y lo reemplazó por el coronel Mauya Sidi Ahmed Uld Taya. La inestabilidad de este período es más patente en los textos que en las instituciones. En efecto, de 1978 a 1985, se adoptaron seis Cartas constitucionales, mientras que a nivel institucional los cambios sólo han afectado al poder ejecutivo que ha sido ora monocéfalo ora bicéfalo (250), de acuerdo con la personalidad del presidente que haya encabezado el Comité Militar.

En el seno del Comité Militar para la Reconstrucción Nacional, que se convirtió el 16 de abril de 1979 en Comité Militar de Salvación Nacional (C.M.S.N.), órgano supremo del poder del Estado, existen fuertes discrepancias en torno al conflicto del Sáhara entre "moderados pro marroquíes" y "progresistas pro argelinos" o, mejor dicho, entre los partidarios

de las tesis marroquíes y los de la independencia total del Sáhara Occidental (221). Mauritania se ve pues sometida a las influencias y presiones divergentes de Rabat y Argel y de sus aliados árabes respectivos (222).

Según Mireille Duteil, en este país se encuentran no sólo todas las tendencias del Mundo Árabe con sus numerosas disputas (223), sino además la eterna oposición entre moros y negroafricanos. Estos últimos siguen considerándose como discriminados por los primeros, que controlan la totalidad del poder e imponen la lengua árabe. El artículo 5 de la actual Constitución reconoce al Islam como la religión del pueblo, y el artículo 16 estipula que el Presidente de la República debe ser obligatoriamente musulmán.

La implicación de Mauritania en la guerra del Sáhara (hasta 1979) con las consiguientes alianzas árabes y el progresivo alejamiento de los mauritanos negros del ejercicio del poder, condujeron a la cristalización de dos corrientes políticas opuestas. Por una parte, la de los nacionalistas árabes pronasserianos y baasistas proiraquíes, partidarios de la arabización total del país y, por otra, la de los del particularismo negroafricano, agrupados en el Frente de Liberación de los Africanos de Mauritania (224).

El poder, que abolió la esclavitud el 5 de julio de 1980, estableció en agosto de 1982 las "Estructuras de Educación de Masas" (S.E.M. según las siglas francesas), extendidas a todo el país, en mayo de 1983, para forjar el sentido del Estado y conseguir la participación del pueblo en los trabajos colectivos (225). Sus objetivos son acercar a las masas a los diri-

gentes, favorecer la gestión democrática y popular de los asuntos públicos y hacer participar al pueblo en la construcción nacional. Dicha experiencia fracasó a causa del enfrentamiento entre dos tribus y, sobre todo, por el hecho de que los miembros del CMSN consideraron dichas "Estructuras" como una especie de partido único establecido por el Presidente Uld Haidallah para asegurar su permanencia en el poder (256).

Las elecciones municipales, organizadas en diciembre de 1986, las primeras desde el acceso del país a la independencia y que deberían constituir el punto de partida del proceso de democratización, pusieron de manifiesto los antagonismos tradicionales entre las dos comunidades y el carácter feudal de la sociedad mauritana, ya que fueron ganadas por los poderes tradicionales locales y los hijos de los jefes de tribu. Ante esta situación, el Presidente Uld Taya expresó su disconformidad con el multipartidismo y la democracia, en un país donde los ciudadanos no aceptan la ley y no tienen el sentido del Estado, sino que votan según las tribus (257).

Frente a las reivindicaciones políticas, económicas y culturales y a los intentos de desestabilización por parte de la comunidad negroafricana, en 1986 y 1987, el poder reaccionó con una represión muy dura, de marcado carácter étnico-racial (258). Además, en 1989, durante los enfrentamientos entre negroafricanos y árabobereberes, la actitud del régimen de Mauya Uld Sid Ahmed Taya, controlado por los extremistas del nacionalismo árabobereber, fue tal que transformó una parte importante de la población mauritana -los mauritanos negros- en "enemigo interno" (259). No cabe duda de que "la política interna mauritana es un asunto familiar, tribal y regional" (260).

En Mauritania, donde al igual que en los restantes países africanos coexisten varias tribus, el mayor problema que se ha planteado, a lo largo de las tres últimas décadas, ha sido el de la construcción de la nación sobre la base de la dominación de una cultura, la árabobereber, sobre los demás. Puesto que el Islam es la religión de todos los mauritanos, podría ser utilizado como fundamento de la construcción nacional y, al mismo tiempo, habría que democratizar el régimen para permitir la participación de todas las tribus o comunidades en el ejercicio del poder y evitar las "revoluciones de palacio" y la afirmación de los nacionalismos raciales que, en las circunstancias actuales, parecen ser las únicas alternativas (261). El fracaso de la democratización podría desembocar en el fortalecimiento del fenómeno fundamentalista, que ya se observa en el país.

La nueva Constitución sometida a la aprobación popular, por medio de un referéndum, en julio de 1991, introduce el multipartidismo y proclama el Islam como religión del Estado. Se establece el árabe como lengua oficial, mientras que el pular, soninké y el wolof son considerados como lenguas nacionales. La marginación del francés como lengua de trabajo a favor de una política de arabización de la enseñanza y de la administración, provoca serias reticencias entre las poblaciones negroafricanas. Sin embargo, se señala por ambas partes (árabobereber y negroafricana) la voluntad de salvaguardar la paz civil y la unidad nacional.

Las elecciones presidenciales del 24 de enero de 1992, ganadas por el Presidente Uld Taya, han tambaleado dicha paz y unidad, con las manifestaciones violentas organizadas por la oposición que contesta la victoria de Uld Taya, atribuida al

fraude electoral. Así, la legitimidad del Presidente está puesta en tela de juicio y ello compromete el futuro de la ya frágil estabilidad del país.

En resumen, el análisis que precede demuestra que en el aspecto político los países magrebíes, caracterizados por una historia más o menos común, han adoptado a lo largo de los últimos treinta años, unas soluciones semejantes frente a los problemas casi comunes que han conocido, si exceptuamos sus divergencias sobre el conflicto del Sáhara (222).

Caracterizados también por su homogeneidad religiosa, dichos Estados han fundamentado su legitimidad en el factor áraboislámico proclamado en todas sus Constituciones. Así, el poder se ha dotado de una legitimidad religiosa, recuperada por una institución o un partido que se ha convertido en fuente de poder y encarnación de la soberanía y unidad nacionales: el Trono en Marruecos, el FLN en Argelia, El Neo-Destur o el PSD en Túnez, la USA o los Comités revolucionarios en Libia, el PPM, CMRN o CMSN en Mauritania.

Michel Camau recalca el papel primordial del Islam en la sociedad magrebí, cuando manifiesta: "el Islam es un elemento fundamental del proceso de unificación interna de las formaciones magrebíes. La comunidad nacional presenta un carácter árabomusulmán particularmente señalado, tanto desde el punto de vista sociológico como desde el de las formas asumidas por la toma de conciencia nacional. El Islam determina no sólo de hecho, sino también de derecho, la pertenencia a la comunidad nacional..." (223)

Apoyándose en el Islam, los Estados magrebíes consiguieron una estabilidad relativa, salvo en el caso mauritano, a menudo en detrimento del pluralismo y de una manera autoritaria.

Con objeto de forjar la cohesión interna y consolidar los regímenes locales, los dirigentes magrebíes se sirvieron de los nacionalismos dentro de las fronteras heredadas de la colonización. Y, como consecuencia de ello, las políticas nacionales se dirigieron hacia la consolidación de los Estados-naciones, en detrimento de la integración regional (264). Los sentimientos nacionales marroquí, tunecino, argelino, libio y mauritano son cada vez más fuertes que el magrebí o el árabe.

Existen importantes diferencias entre los sistemas políticos de los Estados magrebíes. Refiriéndose a la tipología de Jean-Paul Charnay, se puede distinguir en la región: una "monarquía chorfa tribo-burguesa" (Marruecos), una "república petrolero-socializante" (Argelia), una "república islamo-socializante" (Libia), una "república agro-socializante" (Mauritania) y un "pueblo desarticulado" (Sáhara Occidental) (265). Con ciertos matices debidos a cambios sustanciales en Argelia y Túnez, esta tipología sigue vigente.

Los regímenes magrebíes, que se asemejan en su alejamiento de los pueblos, se enfrentan en sus intentos de modernización estatal a los movimientos regionalistas, las contestaciones islamistas y las reivindicaciones de los derechos humanos y de la democracia. Todos estos problemas han puesto en tela de juicio a las ideologías oficiales y los poderes establecidos, con la consiguiente pérdida de su legitimidad (266).

Frente a la crisis de modernidad, los dirigentes han procurado recuperar su legitimidad y seguir en el poder, denunciando a los ministros (Burguiba), los abusos de la burocracia (Chadli y Gaddafi) y la supervivencia del espíritu clánico (Hassan II y Uld Taya) (267).

Contra las oligarquías que gobiernan en el Magreb, se levantan los movimientos islamistas, combatidos, tolerados o legitimados, que contestan la legitimidad de los poderes establecidos y reivindican otro proyecto de sociedad y una transformación del Estado (268). Todas las sublevaciones urbanas y las reivindicaciones culturales de las minorías denotan en el Magreb la contestación del orden político y del Estado (269).

En este momento, las contestaciones más fuertes son las de los islamistas que, frente a la occidentalización, precognizan la islamización de la sociedad. Pero, al basarse sólo en el Islam, los islamistas carecen de un modelo coherente y de un programa claramente definido, ya que según Mustapha Cherif, "el Islam que da consejos y directrices para la vida en sociedad, no propone un modelo de Estado, un esquema de sistema político, una teoría de gobierno o un tratado de economía" (270).

Frente a todas las presiones populares, suscitadas por la crisis económica y social y por la falta de democracia, los poderes magrebíes responden con una descentralización y una democratización bastante limitadas y, más o menos, controladas. Salvo en el caso de Libia donde los dirigentes creen haber establecido ya la democracia directa (271), en los demás países dichos procesos se llevan a cabo a diferentes ritmos.

En la actualidad, la situación política oficial del Magreb se presenta, con ciertos matices, de la manera siguiente (272):

PAIS	SISTEMA POLITICO	REGIMEN POLITICO	PARTIDOS POLITICOS
ARGELIA	República	Presidencial y parlamentario	Multipartidismo
LIBIA	República popular y socialista (Estado islámico)	Estado de masas (Poder autoritario)	Comités Populares
MARRUECOS	Reino (Estado islámico)	Monarquía constitucional (Poder personificado)	Multipartidismo
MAURITANIA	República islámica (Estado islámico)	Presidencial y parlamentario (Constitución 1991)	Multipartidismo (Constitución 1991)
TUNEZ	República	Presidencial y parlamentario	Multipartidismo

Existen pues en el Magreb una monarquía tradicional o hereditaria (Marruecos), un país liberal, con una relativa libertad política (Túnez), tres países dominados por regímenes burocrático-militares, socialistas o socializantes (Libia, Mauritania y Argelia hasta hace poco).

1.5. El Magreb desde el punto de vista económico.

En el plano económico, el Magreb constituye un conjunto original que Yves Lacoste (272) clasifica en una categoría intermedia entre los países menos desarrollados del Africa subsahariana y los principalmente desarrollados como Sudáfrica. En este conjunto, los dos extremos, Mauritania y Libia, destacan por sus especificidades. El primero, que es el pariente pobre, se caracteriza por una economía de renta, vecina a la de los de países subsaharianos, y en cuanto al segundo, es el más rico a causa de sus abundantes recursos petrolíferos.

Al margen de estos matices, las principales características del Magreb se resumen en torno al subdesarrollo y a la dependencia, que se manifiestan en todas partes, tanto en las cosas como en los hombres (274).

En las sociedades magrebíes precoloniales, de igual modo que en el Africa subsahariana, el sistema de producción era de tipo comunitario o tribal (275). La colonización dejó en el Magreb, sobre todo en su parte central, unas bases importantes de modernización; sin embargo dichas bases se limitaban a los sectores comercial y agrícola, descuidando el aspecto de las infraestructuras (276).

Al introducir al Magreb en el sistema capitalista mundial, la colonización engendró a nivel local un dualismo caracterizado por la coexistencia de sectores económicos modernos con una economía antigua. Durante la colonización, el Magreb fue dotado de unas bases de desarrollo dependiente, vinculado con el mercado internacional.

Samir Amin resume de la manera siguiente los elementos de modernización por la colonización en el Magreb y sus consecuencias: "(La colonización) ha dotado (al Magreb) de un sector moderno en la agricultura, cuyos dinamismo y elevada productividad contrastan con la miseria y el estancamiento de la agricultura tradicional, de una base industrial relevante en numerosos aspectos. Pero ha realizado dicha modernización parcial del Magreb construyendo sistemáticamente en él una sociedad desequilibrada, resultado fatal de una colonización de asentamiento a gran escala" (277).

Dicho de otra manera, la colonización, instrumento de la penetración del capitalismo europeo en el Magreb, transformó a éste en un mercado de los productos manufacturados europeos y en un abastecedor de los productos agrícolas y minerales para el Centro (278). Con ello desarticuló el Magreb sometiéndolo a las exigencias del desarrollo de la metrópoli en detrimento de la creación de un mercado interno integrado (279).

Frente a este modelo, que se refiere a la colonización francesa y al Magreb central, cabe introducir unos matices para Mauritania, Libia y las posesiones españolas. En Mauritania, con condiciones geográficas menos favorables, la colonización francesa no introdujo importantes cambios económicos. Sólo la explotación del hierro en Zouerate a partir de 1963, va a permitir una modernización limitada y extravertida del país (280). Lo mismo ocurrió con las colonizaciones italiana en Libia y española en el norte y sur de Marruecos donde se realizaron muy pocas inversiones, en particular en las zonas saharianas (281). En el caso especial de Libia donde hubo también una colonización italiana de asentamiento, limitada por

el corto período que duró dicha colonización, sólo el descubrimiento del petróleo en 1959 permitió un proceso de cambios profundos e irreversibles que transformó a dicho país, el cual durante la colonización era económicamente atrasado (222).

De una manera general, salvo en el caso de Libia y Mauritania, en el momento de las independencias, los países magrebies van a heredar una base material importante y superior a la del resto del continente africano. Ya en 1966, Samir Amin ponía de manifiesto las importantes bazas del desarrollo económico del Magreb para el período de 1970 a 1990: una agricultura bastante moderna con una capacidad considerable de exportación, importantes recursos minerales y petrolíferos, una infraestructura de calidad y unas bases industriales notables (223).

Lejos de arrancar económicamente, el Magreb, en comparación con el período colonial, conoció una evolución muy negativa, que el autor arriba mencionado atribuye a las capacidades de producción y a la infraestructura heredadas de la colonización e inadaptadas a la cultura y a la técnica de las poblaciones locales, al desarrollo de una sociedad de consumo por unas nuevas burocracias postcoloniales muy poco dinámicas y que sobresalen por la incapacidad de autofinanciarse y por los inútiles gastos administrativos, y por último, por la desaparición de las capacidades de financiación de la época colonial (224).

El Magreb no ha podido desarrollarse rápidamente como se esperaba, ya que la notable base material heredada de la colonización, como queda dicho, obedecía a la lógica colonial y en función de sus hombres "para quienes y por quienes funcionaba"

(225), y era a menudo incompatible con las exigencias nacionales de los nuevos Estados.

Al privilegiar lo político sobre lo económico, dichos Estados controlados por las nuevas burguesías compradoras o administrativas, han condenado a las masas populares a unas condiciones de vida peores que las de la época colonial (226).

Además del subdesarrollo y del dualismo, tanto en el sector agrícola como en el industrial, el Magreb ha heredado también de la colonización la dependencia que se manifiesta en muchos aspectos. No sólo las vías de transporte y, en particular, los numerosos equipos portuarios, se orientan hacia los mercados exteriores en detrimento de los internos, sino que además los productos minerales y agrícolas magrebies se destinan a la exportación. A pesar de sus soberanías monetarias, existe dependencia comercial respecto a Francia, la CEE, la EFTA, los Estados Unidos... en detrimento del comercio intraregional. No es de extrañar que las comunicaciones aéreas y telegráficas entre los países magrebies sean más difíciles que con el exterior (227).

El Magreb, que tiene una vocación mineral, a causa de sus importantes recursos minerales diversificados como los hidrocarburos, el fosfato, hierro, manganeso, zinc, plomo, cobalto, cobre, etc., está, de la misma manera que el Africa subsahariana, integrado en el mercado mundial y la división internacional del trabajo (228).

Si bien es verdad que sus recursos minerales constituyen una base importante para la industrialización no es menos cierto que, salvo en el caso de los hidrocarburos, el fosfato o el hierro, los restantes minerales son a menudo, según René Gallissot, virtuales y no explotados (229). En lo que se refiere a la agricultura, no sólo las tierras cultivables son cada vez más escasas a causa de la extensión del desierto, sino que además producen casi idénticos productos agrícolas. Dicha agricultura, muy irregular en su producción, está sometida a la vez a las incertidumbres atmosféricas y a las del mercado europeo (230).

Puesto que las divisas provienen esencialmente de la venta de los hidrocarburos, del fosfato, del hierro y, en una cierta medida, del turismo, los países magrebíes compiten, por su obtención, a través de la adopción de diferentes políticas de inversión, en detrimento de Argelia y Libia que habían adoptado anteriormente políticas económicas bastante nacionalistas.

A partir de las estructuras de producción y refiriéndose a la tipología económica de los Estados árabes realizada por Samir Amin, se pueden distinguir 4 tipos de Estados en el Magreb: un Estado petrolífero (Libia), un Estado semi-petrolífero (Argelia), dos Estados semi-petrolíferos y semi-industrializados (Marruecos y Túnez) y un Estado menos avanzado y menos industrializado (Mauritania) (231). O a partir de la renta, aparece la distinción siguiente: Estados con renta alta (Argelia y Libia), Estados con renta media (Marruecos y Túnez) y Estado con renta baja (Mauritania) (232).

Para resolver los problemas del subdesarrollo y de la dependencia que les caracterizan, dichos Estados, basándose en las estructuras heredadas de la colonización, han adoptado, hasta hace poco, distintas políticas económicas, a partir de cambios de orientación diversos en etapas diferentes y que oscilan entre el nacionalismo económico y la apertura hacia el exterior dictada por su dependencia. Por razones de simplificación y con algunos matices que pondremos de manifiesto posteriormente, cabe decir que Marruecos y Túnez han adoptado prácticas económicas liberales, Argelia la estatalización basada en la autogestión, Libia el nacionalismo popular basado en la gestión directa del pueblo y Mauritania en la monoproducción y la monoexportación.

En un orden de ideas cercano, M.H. Benissad (293) destaca las tres siguientes estrategias de desarrollo en el Magreb: el modelo de desarrollo endógeno en el que predomina, más o menos, el sector público con unas actividades bastante diversificadas (Argelia, Marruecos y Túnez); el modelo llamado "Golfo", que hace referencia a las economías del Golfo Árabe o Pérsico, pues es exclusivamente dependiente de los ingresos del petróleo (Libia), y el modelo llamado "Africa" o "A.C.P.", por ser "extravertido" y dependiente de las exportaciones minerales (Mauritania). Cabe distinguir en el primer grupo, el modelo industrial argelino del agrícola y liberal marroquí.

Según Charles Debbasch, "los principales problemas de estas economías... ilustran la interdependencia de las elecciones nacionales y de los vínculos internacionales" (294), es decir, que sus evoluciones económicas divergentes se ven sometidas a los vínculos internacionales y sólo cambia el modo de

dependencia que pasa desde la preponderancia colonial metropolitana hasta la integración en el mercado mundial donde buscan los medios de financiación y del endeudamiento (235).

El Magreb vive así un triple círculo vicioso: el del subdesarrollo, el de la cuestión agraria y el de la industrialización (236) o, según André Tiano, el Magreb está entre los siguientes mitos: "el mito de la resorción del paro por el hecho de la industrialización o por el hecho de la disminución automática de la tasa de natalidad; el mito del progreso rápido de la escolarización y de la lucha contra el analfabetismo; el mito de una política social transpuesta de una manera absurda desde la realidad de un país desarrollado a la realidad diferente de un país subdesarrollado. Estos mitos son peligrosos para el desarrollo, porque, por una parte, conducen a decepcionar a las masas a las que se ha prometido demasiado y muy deprisa y, por otra parte, porque cualquier progreso o cualquier ayuda externa son confiscados por un pequeño grupo privilegiado..." (237).

Todos estos círculos viciosos y mitos van a engendrar una grave crisis económica en un Magreb, cuyos países, a excepción de Libia a causa de sus importantes recursos petrolíferos, se ven sometidos en la actualidad a las drásticas medidas de reajuste del FMI y del Banco Mundial. A continuación pondremos de manifiesto los rasgos esenciales de la política económica de cada país magrebi, así como los errores cometidos.

En Marruecos, cuya primera acción de soberanía económica, fue la adopción, el 30 de junio de 1959, del dirham como moneda nacional, el plan elaborado durante los primeros años de la

independencia inaugura un cierto intervencionismo del Estado, que se limitó a introducir nuevas técnicas sin importantes cambios estructurales. La elaboración del plan quinquenal (1960-1964), por el Gobierno de la Unión Nacional de Fuerzas Progresistas, orientó a Marruecos hacia una vía socialista de desarrollo al preconizar la creación de industrias básicas y de transformación... Esta orientación fue pronto abandonada a favor de un plan trienal que favoreció las inversiones extranjeras como instrumento de industrialización. Es decir, que se adoptó un código de inversión favorable a los capitales extranjeros (230). Ello no excluyó la participación del Estado marroquí en la economía nacional, con lo que se llegó a un tipo de economía mixta basada en la asociación o combinación de la libre empresa, a través de los capitales privados o públicos extranjeros y la participación del Estado (231).

Se trata fundamentalmente de una política económica basada en el liberalismo, opción que había sido recomendada por el FMI y el Banco Mundial en el plan de estabilización (1965-1967), para sanear las finanzas públicas y dar un nuevo impulso al crecimiento económico. Frente a la crisis de los 80, se volverá a evocar el liberalismo como única solución (232).

La economía marroquí, que es el prototipo mismo de la extraversion (233), excluye cualquier forma de expropiación. La política de marroquinización introducida a partir de 1973 no significa la nacionalización. Tampoco excluye la participación extranjera. Significa la reducción del control extranjero sobre algunos sectores importantes de la economía nacional (234). Según manifiesta el Profesor Habib El Malki, a partir de 1960 el recurso a los capitales extranjeros continúa siendo uno de

los modelos constantes de financiación de los planes de desarrollo marroquíes (303).

Para estimular las inversiones extranjeras en los dominios industrial, turístico, marítimo, inmobiliario y minero se procedió, en enero de 1988, a reformar los códigos de inversión. En particular para luchar contra los obstáculos burocráticos y los procedimientos administrativos que, según el Rey Hassan II, son "generadores de lentitud que terminan por desestimular a los inversores potenciales" (304).

Marruecos, a pesar de sus importantes recursos naturales -minerales (fosfatos, el 60% de las reservas mundiales y el 40% de las exportaciones, manganeso, cobalto, plomo, zinc...), agrícolas (agrios, vino, aceite de oliva...), turísticos y la pesca- y las grandes financiaciones extranjeras, sigue conociendo un grave desequilibrio entre un pequeño sector moderno y un amplio sector agrícola que ocupa a más del 53% de la población activa. La agricultura marroquí es fuertemente dependiente de las precipitaciones anuales y se caracteriza, en su mayor parte, por métodos primitivos de cultivo y por el conservadurismo (305).

De acuerdo con Hidelbert Isnard, cabe decir que debido "a la falta de una política coherente y osada de reforma agraria y de industrialización, la economía marroquí fiel al liberalismo, conoce desde 1964 un estancamiento no justificado por las posibilidades naturales existentes" (306).

Varios factores internos y externos explican este bloqueo, sobre todo, durante el período 1973-1977, a saber: la caída del precio del fosfato, que ha coincidido con la subida del precio del petróleo del que Marruecos no es productor; el deterioro de la coyuntura económica internacional, que ha influido negativamente en las exportaciones marroquíes; el carácter poco competitivo de las estructuras económicas nacionales, y los importantes gastos militares exigidos por la guerra del Sáhara, que han afectado ampliamente a las finanzas del Estado (207).

Para remediar esta situación, el Gobierno marroquí va a adaptarse, en el período 1983-1987, a las medidas de estabilización y de reajuste estructural del FMI y del Banco Mundial, consistentes en la liberalización mediante un aumento de las exportaciones merced a la devaluación de su moneda, la reducción de los gastos públicos y el estímulo del ahorro interno por medio de la reducción de las importaciones, y la promoción de la inversión industrial. El plan 1988-1992 continúa esta estrategia, haciendo hincapié en la separación del Estado de las estructuras de producción y la privatización de algunas empresas públicas. En pocas palabras, la nueva estrategia consiste en la privatización y la desestatalización. El Estado renuncia al papel de centralizador y de empresario para limitarse al de árbitro (208).

El mayor problema al que se va a enfrentar el Estado marroquí es de saber cómo conciliar las leyes fundamentales del liberalismo con las exigencias objetivas de financiación por el Estado y con unas estructuras económicas bastante frágiles (209). La cuestión es importante en la medida en que a pesar de

proclamar el liberalismo como ideología económica oficial, en realidad lo que el gobierno marroquí ha aplicado hasta ahora era un "estatalismo económico" caracterizado por constantes intervenciones de los poderes y del sector públicos (210). Mientras que el Rey y el Majzén sigan tomando las grandes decisiones económicas y controlando lo esencial de la economía, las medidas de liberalización serán torpedeadas.

Para el Profesor Habib El Malki, quien atribuye el fracaso de la política económica marroquí a la adaptación de un capitalismo periférico que no puede engendrar un desarrollo endógeno, la solución estriba en la ruptura con la dependencia bajo todas sus formas, mediante el previo abandono del liberalismo, la adopción del socialismo en el sentido de la satisfacción de las necesidades sociales y la aplicación de la justicia social, la vinculación de la agricultura con la industria, la modernización del aparato de producción... y la cooperación-integración magrebí para llevar a cabo la autonomía colectiva (211).

A la estrategia del FMI y del Banco Mundial, que fundamenta el desarrollo de Marruecos en el liberalismo y la participación en el comercio exterior con aumento de las exportaciones, el Profesor Habib El Malki opone un desarrollo popular nacionalmente controlado y regionalmente concertado e integrado. En pocas palabras, recomienda un desarrollo endógeno.

Túnez, el más pequeño de los países del Magreb y el más pobre en recursos naturales, se dotó también en 1958 de una moneda nacional, el dinar, como expresión de la soberanía nacional.

En el momento de su acceso a la independencia, este país reunía todas las características de un Estado subdesarrollado de tipo colonial, con graves dualismos estructurales entre un sector moderno y otro tradicional y fuertes disparidades internas entre una pequeña población urbana y una amplia población rural. La agricultura, que ocupaba el 57% de la población activa, era la actividad predominante y estaba dominada por dos sectores opuestos: el moderno, en manos de los colonos europeos, que controlaban la mayor parte de la producción, y el tradicional, con baja productividad, en manos de los indígenas. Las industrias manufacturadas eran insignificantes, ya que ocupaban el 8% de la población y constituían apenas el 12% del PIB (212).

Ante esta situación, el Estado tunecino bajo el Presidente Habib Burguiba adoptó una política económica que va a conocer tres grandes orientaciones: el liberalismo económico (1956-1961), el dirigismo socialista de Ahmed Ben Salah (1962-1969) y el liberalismo basado en la economía de mercado (1970 hasta la actualidad), puesto que el Presidente Ben Alí no se apartará mucho de esta nueva orientación. Esta última orientación se divide en dos etapas: el neoliberalismo y el ultraliberalismo.

Durante la primera fase, caracterizada por problemas nacidos de la descolonización, tales como la recuperación de las tierras de la colonización y su colectivización, la de los servicios básicos (ferrocarriles, puertos, producción y distribución del agua y del gas) y la recuperación parcial del sector minero (213), el Estado tunecino adoptó el liberalismo económico, en una atmósfera de relaciones tensas con Francia debido

a la guerra de Argelia y al deseo de los dirigentes tunecinos de controlar el sector bancario y el comercio del país, dominados por la antigua metrópoli.

En este contexto, la adopción del liberalismo consistía en una actitud flexible en las resoluciones de los problemas socio-económicos, limitándose las intervenciones públicas al respeto de los intereses privados tanto extranjeros como tunecinos (214). La estrategia consistía en favorecer la implantación de las inversiones y capitales extranjeros y promover el sector privado nacional, que tenía unas bases económicas muy débiles y especulativas (215). Se habló al respecto del "pragmatismo" o del "realismo" tunecino, ya que según manifiesta Azzam Mahjoub, los dirigentes tunecinos opinaban que "la independencia nacional podría realizarse en el marco de un compromiso respetando los intereses y las adquisiciones a la vez estratégicas, económicas y culturales del bloque occidental" (216).

Dicho liberalismo no dio los resultados apetecidos y en 1961 Túnez conoció una grave crisis económica con huida de los capitales extranjeros, falta de inversiones productivas, ineficacia de las medidas económicas y especulaciones de toda índole (217).

Según Morched Chabbi, quien abunda en el mismo sentido, las causas externas e internas que explican esta crisis son: la huida de los capitales facilitada por la pertenencia de Túnez a la zona del franco (dependencia financiera); la incapacidad de los operadores económicos tunecinos de asegurar el proceso de acumulación, y el control parcial del aparato de producción por

la burguesía colonial y los monopolios franceses (dependencia económica) (219). Cabe añadir el déficit de la balanza de pagos debido a las malas cosechas (1958-1961), que afectaron negativamente a las exportaciones agrícolas y el lento abandono por los colonos de las tierras que sólo fueron nacionalizadas en 1964, impidiendo así su explotación temprana por las masas.

Para resolver todos estos problemas, se inició una segunda fase en la década de los 60, con la adopción de una nueva política de desarrollo caracterizada por la intervención directa del Estado en los asuntos económicos por medio de la planificación, la centralización, las nacionalizaciones, las cooperativas y la industrialización paraestatal. En pocas palabras, por el dirigismo económico estatal "calificado de socialista y de tunecino para demarcarlo de cualquier marxismo a los ojos de las potencias occidentales, necesarias para que apoyasen con sus capitales esta experiencia original" (219).

Es el período del "bensalhismo" o de la opción de Ben Salah -el superministro de Finanzas, Economía y Planificación y, a partir de 1968, de la Educación nacional- quien para remediar las carencias y debilidades del sector privado nacional y sustituir el colonial, confía al Estado el papel de empresario y de centralizador que controla todos los aspectos de la vida económica y social: industrias básicas, comercio al detalle y agricultura (220).

En "Perspectives Décennales de Développement: 1962-1971", se definen las principales opciones de la nueva política: la modernización de la agricultura y su reestructuración en las cooperativas, la reducción de las disparidades regionales a

través de la creación de polos de desarrollo industriales, y el control por el Estado del comercio exterior. Además, dicha política preveía la mejora de las condiciones sociales como los sueldos, la vivienda, la educación y la salud (221). Por vez primera, no sólo Túnez se dotó de una política de industrialización en la que el Estado tiene un papel motor, sino que además se procedió a la descolonización económica del país para reforzar la independencia nacional (222).

El "socialismo desturiano" aplicado en el campo económico, a partir de 1962, por Ahmed Ben Salah consistía pues en la protección de las actividades de producción de la competencia internacional, por medio de una estrategia de sustitución de las importaciones, es decir, favoreciendo las industrias locales de bienes de consumo para sustituir los bienes importados (223).

De una manera sorprendente, esta política de estatización de la economía fue respaldada indirectamente por el FMI y el Banco Mundial (224), incluso por los Estados Unidos. En un informe, sobre las empresas públicas, entregado por el Banco Mundial al gobierno tunecino, en agosto de 1969, dicho organismo, a pesar de serias críticas y reservas sobre la gestión de las empresas públicas, expresa su firme aprobación del socialismo desturiano. Esta actitud del Banco Mundial, según Sophie Bessis, se explica por la acomodación entre el liberalismo que él preconiza con la política estatista tunecina basada en los valores modernistas y occidentalocentristas que no se ponía en tela de juicio (225).

Dicho de otra manera, este modelo no modificaba nada en cuanto a la dependencia colonial y la estructura económica y social del país (226).

No cabe duda de que el modelo tunecino era ambiguo y mezclaba capitalismo y "socialismo de transición" (227) o, según Samir Amin, el desarrollo del estatismo se acompañaba con el del sector privado nacional, en particular en el caso del turismo (228).

El modelo de desarrollo encabezado por Ben Salah fracasó por varias razones objetivas, cuyo origen está en las contradicciones internas propias de la sociedad tunecina: la herencia colonial de la economía; la falta de medios de financiación, de mano de obra cualificada y de cuadros competentes y la limitación del mercado nacional (229). Dicho fracaso condujo a su destitución, facilitada, en una cierta medida por el Banco Mundial que, a través de su informe, dio argumentos a sus adversarios. Considerado como responsable de la crisis, Ben Salah fue brutalmente arrestado (230). La verdad es que Ben Salah fue la "cabeza de turco sacrificada". Su modelo estuvo de acuerdo con la ideología de la burguesía de Estado, es decir, con una especie de "socialismo de transición" hacia el capitalismo (231). La "experiencia socialista" de Ben Salah había creado un sector cooperativo aislado que no ponía en tela de juicio los intereses de la burguesía (232). Punto de vista compartido por Zidane Zêraoui que manifiesta: "Pero la introducción de la revolución, en un solo sector económico (agrícola), mientras que el resto del país permanece en el modo capitalista de producción, crea una distorsión y provoca una crisis que lleva a Ben Salah y sus casi diez años de esfuerzos, al banco de los acusados" (233).

A pesar de su carácter progresista indiscutible, dicha experiencia tenía numerosas distorsiones en la práctica. La introducción del sistema de cooperativas en las zonas rurales produjo los efectos de una economía de mercado que sólo aprovechó a las burocracias urbanas. Ello favoreció el éxodo rural. La incapacidad del Estado de crear, por medios propios, las industrias básicas, condujo a una grave dependencia financiera y tecnológica y al aumento de las importaciones, con el consiguiente déficit de la balanza comercial (334). Entre los aspectos negativos de este modelo cabe destacar: la burocracia, el autoritarismo estatal y la supresión de la iniciativa privada, incluso en los aspectos más elementales de la actividad económica (335).

De acuerdo con Werner K. Ruf, se puede decir que "el socialismo desturiano de inspiración Ben Salahista, no era un enfoque de desarrollo realmente socialista. Se trataba más bien de una intervención estatista y dirigista, de carácter reformista, que ha conseguido, durante un corto período, remediar las contradicciones más flagrantes nacidas de la política liberal de los primeros años de la independencia" (336).

El fracaso del modelo de Ben Salah y su consiguiente eliminación del poder, condujo a la adopción de un nuevo modelo de desarrollo, mucho más liberal, encabezado por el Primer ministro Hedi Nuir (1970-1980).

El neo-liberalismo económico que se adopta consiste en la reducción de las intervenciones estatales, limitadas sólo a los sectores considerados como no rentables o que superan las capacidades de financiación de la burguesía tunecina (337). Se

da prioridad no a las industrias de sustitución de las importaciones sino al sector privado y a las exportaciones para promover la acumulación de capital y las inversiones con efectos inmediatos (³³⁸).

El Estado tunecino, que sigue jugando el papel de regulación económica por medio de las empresas estatales y de la economía mixta, adopta un modelo de desarrollo "extravertido" que lo integra en la división internacional del trabajo (³³⁹). Dicha estrategia, que se fundamenta también en la emigración y la exportación de la mano de obra por el Estado (³⁴⁰), es dependiente de los capitales extranjeros.

La década de los 70, en comparación con la de los 60, conoce una sensible mejora del PIB que pasa del 4,7% al 7,5% (³⁴¹). Este crecimiento se debe a una serie de factores como: la subida del precio de petróleo y el fosfato -que Túnez produce en pequeña cantidad- en el mercado internacional; las buenas cosechas debidas a las condiciones climáticas favorables; las divisas provenientes de los trabajadores emigrados, y el desarrollo del sector turístico (³⁴²). Dichos factores favorables permitieron al Estado utilizar la renta, entre 1970 y 1981, para mejorar la situación de los trabajadores y atenuar las consecuencias nefastas del modelo de desarrollo extravertido. Sin embargo, no pudo resolver el problema del empleo causado por una preocupante explosión demográfica.

En la década de los 80, Túnez se enfrentó a una grave crisis económica, con una balanza de pagos deficitaria y una deuda externa excesiva, como consecuencia de la política proteccionista de la CEE, la hostilidad europea a la inmi-

gración y las malas cosechas... Resultó vulnerable el modelo de desarrollo de Hedi Nuirá basado en un crecimiento económico dependiente del exterior.

Mohamed Mzali (1980-1986) sucede a Hedi Nuirá. Para luchar contra la crisis económica y financiera, el Primer ministro Mzali decidió doblar los precios de cereales a partir del 1 de enero de 1984. Dicha decisión impopular provocó graves motines que amenazaron el régimen. Presionado a la vez por los acontecimientos y por su voluntad de mantener sus posibilidades de suceder a Burguiba, Mohamed Mzali adoptó una política ambigua con medidas de austeridad y, al mismo tiempo, ausencia de rigor. Ello agravó la crisis económica y social del país (343).

El fracaso de la política neo-liberal condujo a la política ultra liberal con la sustitución de Mohamed Mzali por Rachid Sfar (1986-1987). Con esta nueva opción, Túnez se ha colocado bajo la "tutela" del FMI y del Banco Mundial, que le imponen las condiciones contenidas en el Informe Bela Balassa consistentes en la apertura de las fronteras, la devaluación, el aumento de las exportaciones y la privatización del aparato industrial... Esta situación ha agravado la dependencia del país con respecto al mercado mundial y ha provocado frustraciones populares, con el descontento de los industriales locales protegidos hasta ahora de la competencia extranjera (344).

Un país con recursos naturales muy limitados (petróleo, fosfato, cereales, aceite de oliva, agrios, dátiles...), Túnez, si exceptuamos el intento fracasado de acumulación autocentrada

con la experiencia dirigista de Ben Salah, conoce hasta la actualidad una importante dependencia externa y se caracteriza por políticas de desarrollo concebidas desde fuera, con la consiguiente injerencia del FMI y del Banco Mundial en sus elecciones económicas (245).

La solución estriba, según Azzam Mahjoub, en una democratización económica del país que permita a las masas una participación efectiva en los procesos de decisión y de control (246). Dicho de otra manera, se trata de recuperar y corregir la experiencia Ben Salah, cambiando su carácter autoritario por una democracia participativa.

En Argelia, donde la economía colonial creó estructuras basadas en la exportación de los productos agrícolas y minerales y donde la larga lucha de liberación dejó un vacío económico con la marcha de los "pieds noirs", fueron las opciones socialistas y revolucionarias de las masas las que prevalecieron en los proyectos de construcción de una economía nacional.

La política económica va a tener como meta esencial la realización de un desarrollo endógeno y autocentrado, facilitado por los importantes recursos financieros nacidos de los hidrocarburos. Esta política va a pasar, en su evolución, por tres etapas: la autogestión y el capitalismo de Estado de la era Ben Bella (1962-1965); el nacionalismo radical del período de Huari Bumedián (1966-1979), y una economía de tipo pro liberal en la era Chadli Benyedid (desde 1980 hasta la actualidad).

El primer período se caracteriza por la adopción de una política económica basada en la autogestión, tanto en la agricultura como en la industria. Respondiendo a las aspiraciones de las masas, el gobierno de Ben Bella va a proceder a la recuperación de los "bienes mostrencos" o abandonados por los europeos, es decir, las exportaciones agrícolas, las empresas industriales o comerciales (347), confiados a los trabajadores, a los campesinos o al Estado, según el principio: "la fábrica a los obreros; la tierra a los Fellahs" (348).

Para poner fin a las confusiones e incertidumbres nacidas de la autogestión en los primeros meses de la independencia, el Estado interviene regularizando la situación a través de la creación de los "Comités de gestión", institucionalizados en marzo de 1963. La Oficina Nacional de la Reforma Agraria (O.N.R.A.), creada en la misma ocasión, tiene como objetivo organizar la gestión de las unidades agrícolas abandonadas (349).

Esta situación creada por el Estado, va a permitir a la nueva pequeña burguesía la instauración de un capitalismo de Estado, que defiende sus privilegios en detrimento de las masas pobres, por medio de la burocratización y del fortalecimiento de la autoridad del Estado.

La autogestión no sólo provocó divergencias entre los responsables de los "Comités de gestión" y los trabajadores, divididos a su vez en trabajadores cualificados y braceros, sino que además los gerentes, que formaban parte de la pequeña burguesía, acapararon los ingresos procedentes de las fincas y

empresas autogestionadas, provocando así un déficit en las contabilidades oficiales (250).

Por otra parte, la ONRA se alejó de su papel de coordinación, para concentrar todos los poderes y todas las decisiones, en detrimento de las unidades de producción. Esta situación que se explica por la incapacidad del Estado para organizar, de una manera concreta, la economía, limitándose a las intervenciones administrativas, bloqueó el sistema de autogestión (251).

El desorden financiero provocado por la burguesía local, agravado por el conflicto fronterizo con Marruecos, junto al estilo autoritario de mando de Ahmed Ben Bella, caracterizado por frecuentes intervenciones en los asuntos diarios, condujeron al golpe de Estado militar, en junio de 1965 (252).

El segundo periodo así inaugurado, el de Huari Bumedián, va a conocer varias etapas: la confirmación de la autogestión como "opción fundamental" de la política económica argelina, la descentralización de la ONRA, disuelta completamente en 1968, y la conciliación entre la autonomía de las unidades agrícolas y la planificación. La autonomía aparece pues como la solución a la parálisis de las unidades agrícolas. Se considera la autonomía como compatible con el sistema de planificación flexible argelino, basado en la descentralización de las responsabilidades económicas en detrimento de la centralización de las administrativas. Esta descentralización, rudimentaria en el 1er plan (1967-1969), será profundizada en el 2o plan (1974-1977). En él se adopta la Revolución agraria para hacer evolucionar el sistema de autogestión (253).

Si el primer período, el de los primeros años de la independencia, se caracterizó por una estrategia de desarrollo indecisa y titubeante, y por el estancamiento, el segundo, con los importantes recursos procedentes de los ingresos de los hidrocarburos, ve convertirse al Estado en el principal agente del desarrollo. Es el período de las grandes reformas estructurales -nacionalizaciones, reforma agraria, gestión socialista de las empresas (G.S.E.)- y de las industrias industrializadoras o industrializantes. El objetivo principal es el control de las riquezas naturales en hidrocarburos y la construcción de una economía equilibrada e integrada (354), a partir de un desarrollo socialista y autocentrado.

Las inversiones industriales excesivas llevadas a cabo por el Estado, provocan graves desequilibrios o distorsiones sectoriales, a favor del sector de los hidrocarburos y en detrimento de los sectores sociales. Todo era dominado por el Plan de Valorización de los Hidrocarburos (el Plan VALHYD, por sus siglas en francés) (355). Según Mohamed Bouhaha, dichos desequilibrios, al polarizar las actividades humanas y los recursos financieros bloquearon el funcionamiento de la economía nacional (356).

Como consecuencia de ello se produjo, a nivel político, el descontento de las masas, enfrentadas a graves problemas sociales y, a nivel económico, se asistió a un excesivo endeudamiento externo por el Estado, a favor de los hidrocarburos - que representaban en 1984 más del 90% de las exportaciones, alimentaban el 60% de los presupuestos del Estado y representaban el 35% del PIB (357)-, a la dependencia tecnológica y al abandono del sector rural (358).

Con esta política de "petrolización" de la economía, facilitada por el alza de los precios del petróleo (1968-1980), el Estado argelino cayó en la trampa de las cuatro dependencias: el precio del petróleo, las importaciones alimentarias, la transferencia tecnológica y los préstamos externos (239).

Ante esta situación, se decidió abandonar en 1977, el Plan VALHYD, con la consiguiente limitación de las exportaciones y el abandono del desarrollo de las inversiones de las industrias. Esta nueva política de hidrocarburos llamada "política de conservación de los recursos naturales" fue completada por otra consistente en la corrección de las distorsiones y desequilibrios arriba mencionados (240). Dichos desequilibrios no eran, según Lahouari Addi, consecuencia del modelo de desarrollo argelino basado en las industrias industrializantes, sino de la carencia de las empresas públicas sometidas a la lógica neo-patrimonial de la economía estatal argelina, basada en el bajo nivel de movilización de la fuerza de trabajo y de los recursos económicos (241). Dicha lógica consiste en la confiscación de todos los poderes por el Estado para suprimir teóricamente las desigualdades socioeconómicas y forjar la unidad nacional. Se sacrificó así la eficacia económica a favor de la adhesión de todos a la política económica definida por el Estado (242).

La caída de los precios del petróleo a finales de los 70, la explosión demográfica argelina, cuya tasa de crecimiento es una de las más altas del mundo (3,2%), la caída de la producción agrícola debido a la mala aplicación de la política de autogestión y la sequía, y el consiguiente éxodo rural torpe-

dean los esfuerzos de desarrollo (363). De ahí que la Argelia que Chadli Benyedid hereda de Huari Bumedián, a principios de 1980, se encuentra en una mala situación económica.

La persistencia de la crisis petrolífera y la amenaza del agotamiento a corto plazo de las reservas de petróleo, imponen a Chadli Benyedid, que inaugura el tercer período, una previa "desbumedianización", mediante importantes cambios de la política económica.

De una manera general, dichos cambios consisten en el abandono de la política de las industrias pesadas de la época de Bumedián, la reorganización de las unidades agrícolas, la reestructuración y la reforma de las empresas públicas y del sector estatal para hacerlos rentables, la rehabilitación y la animación del capital privado y la prioridad dada a la satisfacción de las necesidades fundamentales de la población y la sustitución progresiva de la exportación de los hidrocarburos por la de otros productos nacionales...

En su conferencia ante la "Association Belgique-Pays Arabes", el embajador Ferhat Lounès define los principales ejes de la nueva política de desarrollo argelino: mejora de la eficacia económica para satisfacer las necesidades sociales de la población; fortalecimiento de la integración económica, vinculando la industria con la agricultura; reducción de la dependencia alimentaria por medio de la modernización de la agricultura y la sustitución de los productos agrícolas de exportación por los de consumo local; puesta en marcha de una política de conservación de los hidrocarburos para las generaciones futuras y reducción del endeudamiento externo (364).

Todas estas metas programadas para las décadas de los 80 y de los 90 (265) serán realizadas progresivamente a través de los planes quinquenales, tales como los de 1980-1984, 1985-1989.

En su búsqueda del restablecimiento de los equilibrios globales de la economía argelina, el Presidente Chadli Benyedid no excluyó la intervención del Estado. El sector privado debe orientar sus actividades en el sentido de la complementariedad de los esfuerzos del sector público para realizar los objetivos económicos y sociales. Por consiguiente, la ley de agosto de 1982 permite el poder económico del capital privado sólo en los límites aceptables para el capital público (266). Ello dio la impresión de una economía mixta en los primeros años del poder de Chadli Benyedid, que se caracterizaron por las tensiones dentro de las clases dirigentes argelinas en relación a la nueva política económica. Y el presidente adoptó una actitud de compromiso.

Para realizar la revolución agrícola, considerada como la prioridad de las prioridades, con el objetivo de concretar la autosuficiencia alimentaria, la tendencia actual es la desvinculación económica y política del Estado o de la "desestatización" (267).

La Argelia de Benyedid se encuentra en la encrucijada entre el liberalismo económico, la sumisión al capital internacional y el desarrollo autocentrado socialista.

A la pregunta de un autor que desea saber si es socialista Argelia, Hidelbert Isnard da la respuesta siguiente, que consideramos muy adecuada: "Tres corrientes han caracterizado, desde hace mucho tiempo, la economía argelina: la corriente hacia el capitalismo privado extranjero o autóctono; le falta el poderío. La corriente hacia el socialismo definido por la entrega de la gestión a los trabajadores; tuvo la adhesión de las masas obreras y campesinas de las que procede. La corriente hacia el capitalismo de Estado; es hoy la más potente y, desde hace unos años, se ha fortalecido considerablemente bajo la presión de una burguesía administrativa que cuenta entre sus filas con tecnócratas de calidad, y se adorna con el nombre de socialismo planificado en el plan cuatrienal" (266).

El talón de Aquiles de la economía argelina es la mono-exportación de los hidrocarburos (petróleo y gas) y la escasa rentabilidad de la agricultura, que no puede ni exportar ni satisfacer las necesidades internas (267) a causa de la exigua superficie de las tierras cultivables (el 18% de la superficie total del país) y del relieve hostil del norte de Argelia(270). Todos estos factores conducen a la dependencia alimentaria y tecnológica y a la de las fluctuaciones de los precios de los hidrocarburos en el mercado mundial.

El desarrollo "independiente, integrado y autocentrado" proclamado como meta por la Carta Nacional parece difícilmente asequible en estas condiciones. Sólo la búsqueda de la complementariedad en el marco de la división regional del trabajo puede permitir alcanzar la autosuficiencia alimentaria y realizar dicho objetivo.

Libia, inmenso país desértico que ha sido hasta hace poco uno de los países menos desarrollados del mundo, se ha convertido de la noche a la mañana, con el descubrimiento (1958) y la producción del petróleo (1961), en uno de los países más ricos del Tercer Mundo.

Esta nueva situación conducirá no sólo a unas relaciones, ora amistosas ora conflictivas con las compañías petrolíferas y las potencias occidentales, sino que además, como en el caso argelino, desembocará en una "petrolización" de la economía, con los consiguientes desequilibrios sectoriales, la dependencia tecnológica y la sumisión al mercado internacional.

Dos períodos, a partir de la exportación del petróleo, han caracterizado la política económica libia: el primero (1961-1968) coincide con la Monarquía y el segundo (1969 hasta la actualidad) es el de la República dominada por la persona del Coronel Gaddafi con su estilo específico.

Durante el primer período, se aplica el régimen de concesiones que permite a las compañías petrolíferas explotar el petróleo libio. En 1967, se estimaba en unas 40 las compañías que se habían repartido 136 concesiones. Entre ellas cabe citar principalmente: Esso, Total, Gulf Oil, Occidental, British Petroleum, Elf Aquitaine, Shell, Oasis, Philips, Pan American... Con una exportación de 627 millones de barriles en 1967, Libia se colocó en el 50 lugar de los países productores del petróleo (1971).

Si bien es verdad que esta producción ha permitido mejorar, en una cierta medida, el nivel de vida de la población, no es menos cierto que favorece sobre todo a las multinacionales del petróleo, con lo que se ha hablado de un "país que se empobrece sobre la base misma de sus riquezas" (272). Además, en el plan interno, el enriquecimiento del sector del petróleo y sus satélites, se ha acompañado del empobrecimiento de la agricultura y de la industria (273).

A pesar de manifestar su voluntad de independencia económica, con la creación de la Sociedad Nacional de los Petróleos y la adopción de un plan quinquenal (1963-1968), la política económica del reino basada en los ingresos petrolíferos escapa, en la práctica, totalmente al control del Estado libio (274).

La concepción liberal de la política económica libia de esta época conduce a la dependencia, cara a la monoexportación de los hidrocarburos, y de ahí a la del mercado europeo, al abandono de la agricultura, a la transformación de las principales ciudades libias (Tripoli y Benghazi) en mercados de consumo de bienes importados y al éxodo rural.

En 1968, los objetivos definidos por el primer plan quinquenal no son alcanzados y Libia sigue enfrentándose a los problemas fundamentales, a saber: el renacimiento de la agricultura, el desarrollo de una industria nacional, la formación de una mano de obra cualificada, la realización de la planificación y la reducción del poder real de las compañías petrolíferas (275).

El segundo plan quinquenal (1969-1974), que insiste menos en las inversiones de infraestructura a favor de la agricultura, de la irrigación y de la conservación, no será puesto en aplicación, a causa del golpe de Estado del 19 de septiembre de 1969.

El nuevo gobierno, encabezado por Muammar al-Gaddafi, lo rechaza y acusa al antiguo régimen de corrupción y de gastos inútiles.

Se inaugura así el segundo periodo, cuya política económica se va a orientar al principio hacia los aspectos descuidados por el antiguo régimen: el desarrollo de una industria no petrolífera nacional y la lucha contra la decadencia de la agricultura (276).

En esta segunda fase, la política económica se basará en dos ejes principales: el régimen contractual de la asociación y de la participación del Estado libio en el sector petrolífero y la instauración progresiva de la soberanía estatal sobre los recursos naturales, a través del control y de las nacionalizaciones de los hidrocarburos (277).

Teniendo en cuenta que la economía libia dependía del petróleo, que constituía el 99,92% de las exportaciones, el gobierno de Gaddafi va a tomar dos actitudes que corresponden a dos etapas distintas. La primera, que coincide con el período 1970-1972, consiste en una política de asociación y de participación con las compañías concesionarias, mediante unas medidas menos brutales y menos autoritarias pero que ya aseguran al Estado libio una autonomía relativa y un cierto control sobre

los ingresos procedentes de la explotación de los hidrocarburos. La segunda, que se extiende de 1973 a 1974 consiste en una ofensiva general contra las compañías petrolíferas, a través de una política de las nacionalizaciones que permite al Estado instaurar su soberanía sobre los recursos naturales (278).

Se planteaba una alternativa crucial para el régimen republicano: enfrentarse al capital extranjero representado por las multinacionales petrolíferas o resignarse como había hecho la Monarquía.

En el segundo período, por razones técnicas, políticas y económicas, era inevitable la confrontación con las compañías petrolíferas puesto que la renta petrolífera controlada por dichas compañías era la única fuente de acumulación del capital.

Las razones técnicas se explican por la superexplotación de las reservas petroleras libias -en 1970, se estimaba su agotamiento en un plazo de 35-40 años- por las compañías que nunca se preocuparon de los intereses nacionales limitándose a la explotación de los recursos libios inmediatamente exportados. Además, dichas compañías abandonaron las actividades de investigación sobre nuevos yacimientos, con el consiguiente bloqueo de las futuras alternativas y producciones. El Estado libio reaccionó interviniendo para asegurar la conservación de los yacimientos y la entrega de las actividades de investigación y la explotación directa a la Libyan National Oil Corporation (LNOC).

Las razones políticas radican en que el régimen republicano necesitaba la adquisición de una "legitimidad histórica" para asegurar su supervivencia y su conservación. Dicho proceso pasaba forzosamente por dos acciones: poner fin a la dominación del capital petrolero, que se identificaba exclusivamente con la dominación extranjera, y apropiarse de la sola y única fuente de acumulación del capital, convirtiendo al Estado en propietario capitalista. La estrategia petrolera del régimen de Gaddafi era pues la de su propia consolidación como régimen republicano (279).

Así pues, las razones económicas de la guerra declarada contra las multinacionales petroleras son la voluntad de independencia económica, la necesidad de reorganizar, diversificar y controlar la economía libia, basada exclusivamente en la extracción de los hidrocarburos, para orientarla hacia la industrialización y la transformación de la agricultura para realizar la autosuficiencia alimentaria. En pocas palabras, la política petrolera del régimen republicano consiste en liberar la economía libia de las estructuras de la economía internacional y la reintegración del sector petrolífero en las estructuras de la economía nacional (280).

De ahí que el plan trienal 1973-1975 previera un sector de industria pesada con la construcción de tres refineries en Brega, Dahrá y Zawia, mientras que en el sector de la industria ligera, se habían programado varios proyectos relacionados con las industrias alimentarias (281).

En cuanto al sector agrícola, el régimen republicano va a manifestar su voluntad de integrarlo en la economía nacional a través de la recuperación por el Estado de las tierras pertenecientes al antiguo monarca y a los colonos italianos y la revalorización de la agricultura, que pasa en los nuevos planes a ser la prioridad de las prioridades, con una reforma agraria que apuntaba a la realización de la autosuficiencia alimentaria o, al menos, a la satisfacción de las tres cuartas partes de las necesidades alimentarias de las masas a finales de 1985 (222).

En resumen, la filosofía económica del régimen del Coronel Gaddafi se fundamenta en la supremacía del interés de las masas que deben liberarse a la vez de la dominación extranjera y la de la burguesía local. Todo ello se lleva a cabo, a través de la búsqueda de un desarrollo coherente con la instauración de las complementariedades entre el sector público y privado, entre la industria y la agricultura para no depender del petróleo. En el plano interno, se asiste a la "yamahirización" basada en los principios siguientes: "lo que sobra de tus necesidades no es para tí" y "asociados y no asalariados".

Todo este proceso de cambios económicos, en el período que se extiende de 1969 a 1986, ha pasado, según Jonathan Bearman por 4 etapas: la primera (1969-1974) es la del desarrollo de un capitalismo de Estado con el control del sector petrolero por el poder; la segunda (1975-1976) se caracteriza por la creación del monopolio del Estado sobre el comercio exterior; la tercera (1977-1979) consiste en la expropiación del capital industrial por "los productores revolucionarios", y la última, que empieza en 1980, conoce la expropiación de

amplias proporciones del capital comercial y la supresión de la pequeña burguesía nacional. Todo consistía a mediados de los 80, en un proceso de eliminación del capitalismo privado (222). El período actual parece ser el de "una mezcla de compromiso y de radicalización", con un claro predominio de la segunda sobre el primero. El compromiso radica en el hecho de que se admite, entre otras cosas, una cierta idea del comercio privado, mientras que la radicalización se manifiesta sobre la pequeña burguesía calificada de "parásita" (224). "La Libia actual es el prototipo de una sociedad en transición que posee las características capitalistas y postcapitalistas. El Estado no favorece las relaciones capitalistas de producción. Tampoco desarrolla las formas socialistas de organización" (225).

En la última década, varios factores han obstaculizado el proceso de "yamahirización" de la economía, de modo que no se han alcanzado la mayoría de los objetivos arriba mencionados. De acuerdo con François Burgat, dichos factores se resumen en la dependencia respecto al petróleo, dependencia de los bienes de equipo y de consumo y dependencia respecto, sobre todo, a la mano de obra (226).

A pesar de la explotación del gas, el petróleo sigue siendo la fuente única, como queda subrayado, de la acumulación del capital. Por cierto, su contribución al PIB ha sido reducida desde el 99% al 50%, más o menos. Esta situación explica que Libia haya sufrido tremendamente la crisis petrolera a principios de la década de los 80.

La dependencia respecto al petróleo se ha puesto de manifiesto tras una serie de acontecimientos, entre ellos: la reducción del volumen de la producción del petróleo decidida por el propio Estado libio ya desde 1974, la reducción del consumo petrolero en un mercado internacional supercargado, la voluntad de las potencias imperialistas de boicotear el petróleo libio -Francia para protestar contra la intervención libia en Chad en 1979-1980, anuló el contrato firmado por Elf Aquitaine y el gobierno libio, y los Estados Unidos, que importaban la tercera parte de la producción libia, para desestabilizar un régimen al que acusaban de "provocaciones", "mala conducta" y de "apoyo al terrorismo internacional"-, la reducción de la producción del petróleo decidida por la OPEP, la "guerra de los precios" entre los principales productores del petróleo y las presiones del cártel de las multinacionales petroleras para impedir las nacionalizaciones (2007). A causa de todos estos factores, Libia conocerá serios problemas de tesorería, que le obligaron a endeudarse para pagar sus importaciones (2008).

Los efectos combinados de las leyes del mercado internacional y de las fuerzas capitalistas e imperialistas hostiles han demostrado a Libia y a todos los "pequeños países mono-exportadores de materias primas" que , a pesar de su determinación y firmeza, no pueden enfrentarse durante mucho tiempo a los grandes intereses de los monopolios internacionales, sin doblegarse a las leyes del mercado capitalista (2008).

En la década de los 80, la economía libia ha dado la imagen de una economía en crisis, debido a la disminución, en cantidad y precio, de sus ventas de petróleo en el mercado

internacional y a la competencia salvaje entre los países productores. Esta dependencia respecto al petróleo tiene como consecuencia el sometimiento de la política económica libia a los caprichos de Washington y de las multinacionales petrolíferas (290).

La dependencia respecto al petróleo genera, a su vez, la dependencia en relación a los bienes de equipo y de consumo, a causa no sólo de los limitados resultados de la política de sustitución de las importaciones (291), sino también por la misma política de industrialización iniciada en la época del alza de los precios del petróleo, que ha provocado la dependencia respecto a la tecnología extranjera. Dicho de otra manera, los ingresos procedentes del petróleo han empujado al Estado a comprar bienes de equipo para la industrialización y han provocado además la transformación de los modelos de consumo debido al aumento del poder de compra. Todo ello va a incrementar la capacidad de importación de bienes de equipo, de consumo y de servicios.

A pesar de todo ello, se han realizado importantes progresos por parte del aparato industrial, que ha mejorado la producción, y por el sector agrícola, que ha alcanzado la autosuficiencia para algunos productos (292): el 70% para el trigo, el 95% para las legumbres, incluso el 75% para la carne (293).

Por último, Libia que es un país subpoblado conoce a pesar de su importante tasa de crecimiento demográfico anual (3,7%), un problema grave de necesidad en hombres y en agua (294). Ello engendra una dependencia respecto a la mano de obra

extranjera, tanto a nivel de cuadros como de obreros, en la industria como en la agricultura. Por lo tanto, según manifiesta François Burgat "ni la concepción de los programas de desarrollo, ni su aplicación es verdaderamente asumida por la sociedad local; del 11% en 1970 el porcentaje reconocido de extranjeros en la mano de obra activa ha pasado a cerca del 48% en 1983" (1985). Esta dependencia ha sido favorecida por el desequilibrio entre los importantes recursos financieros del Estado libio y el déficit o la carencia de mano de obra local. La ausencia de un mercado interno integrado es la principal característica de la economía libia actual.

En este contexto, se entiende que la "yamahirización" o "libianización" de la actividad económica se lleve a cabo con las fuerzas del trabajo extranjeras. Para aplicar en las nuevas industrias las tecnologías importadas, se llama a técnicos de los países industrializados (1986).

Además de la triple dependencia que obstaculiza el desarrollo endógeno, cabe añadir que durante las dos últimas décadas, el régimen libio ha consagrado una parte importante del excedente de los ingresos petroleros a la compra de materiales bélicos destinados a un ejército (unos 85.000 hombres) utilizado en aventuras militares fuera del territorio libio.

Consciente de la imposibilidad de luchar sólo contra esta triple dependencia, el Coronel Gaddafi trata de buscar la complementariedad regional mediante la unión o la fusión con los Estados vecinos (Egipto, Sudán, Chad, Túnez...) que, al contrario de Libia, tienen muy pocos capitales y una abundante mano de obra (397).

Esta complementariedad regional, desgraciadamente mal comprendida, constituye la única vía de salvación de la economía libia, cuyo modelo de desarrollo se ha mostrado frágil ante el choque petrolero de los años 80 y ante la confrontación con los Estados Unidos (398).

Son estas consideraciones económicas (la dependencia respecto a la tecnología extranjera, la falta de mano de obra y de agua como base de la débil tasa de productividad de la agricultura) las que explican la lógica unitarista del Coronel Gaddafi.

Por último, **Mauritania**, que bajo la colonización francesa había sido utilizada como base estratégica, con unas realizaciones económicas muy limitadas, será incorporada, como queda subrayado, al conjunto administrativo y económico del A.O.F., es decir, al Africa subsahariana. De esta integración, Mauritania guardará todas las características de una economía de mercado con un papel definido en la división internacional del trabajo (399).

Es este país inmenso, desértico y pobre, creado por la colonización francesa para servir de Estado tapón entre Marruecos y Senegal, la economía se caracteriza, como en todos

los países subdesarrollados del Africa subsahariana, por el dualismo y la desarticulación entre un sector moderno, principalmente minero, orientado hacia el exterior y un sector tradicional agropecuario incapaz de resolver los problemas alimentarios del país. A este dualismo se añade la división entre el norte minero y el sur agropecuario que corresponde a los dos grupos socioétnicos, arriba mencionados (400).

Caracterizado por el desequilibrio estructural, Mauritania ha sido tradicionalmente un país con una economía rural. En los años 60, la agricultura y la ganadería contribuían a más del 40% del PIB (401) y constituían las únicas actividades productivas del país. En la actualidad, sus principales riquezas son el hierro y la pesca. El primero constituye el 80% de las exportaciones y contribuye al 20% en el PIB (402).

Como en los demás países del sahel, Mauritania conoce serios problemas de sequía además de ser un país subpoblado con una población desigualmente repartida, en función del clima.

La actividad agrícola está principalmente concentrada en el valle del río Senegal y algunos oasis de la zona árida, con cultivos de subsistencia que aprovechan sólo a la minoría negroafricana y a los pastores nómadas. Los efectos nefastos de la sequía han afectado tanto a la agricultura como a la ganadería y han conducido a una dependencia casi total de la población rural con respecto al Estado y a la ayuda extranjera, lo que crea una mentalidad de asistido (403). Esta situación explica que toda la economía va a fundamentarse en la monoexportación del hierro y del cobre y en la pesca.

Desde la independencia hasta la actualidad, se pueden distinguir dos grandes períodos en la política económica mauritana. El primero (1960-1979) coincide con la presidencia de Moktar Uld Daddah y el segundo (1979 hasta la actualidad) con los gobiernos militares que se han sucedido en Nuakchot.

El primer período se caracteriza por la elaboración de tres planes cuatrienales, la adopción de una moneda nacional (el uguiya) y una política de nacionalización del sector minero. Su objeto es el fortalecimiento de la independencia económica.

Dicha pretensión va a enfrentarse a la fragilidad y a la dependencia de la economía mauritana, es decir, al arcaísmo de las estructuras sociales, al dominio parcial de las fuentes exteriores de financiación, a la imposibilidad de actuar sobre los precios de las materias primas y la inflación mundial, a la escasez de cuadros y de infraestructuras de comunicación o industriales, a las agresiones del medio ambiente natural, etc. (404).

La guerra del Sáhara va a tener graves repercusiones sobre la economía y los proyectos de desarrollo de un país ya bastante vulnerable. En 1976, los gastos consagrados a la defensa representan el 30% del presupuesto total del Estado. Y, tanto los proyectos de desarrollo como el propio presupuesto del Estado van a depender, respectivamente al 90% y al 40%, de las ayudas extranjeras (405).

Con dichas ayudas se llevó a cabo el 3er plan (1976-1980) financiado, en su mayor parte, por los países árabes, en particular Arabia Saudí y los Estados del Golfo Pérsico. El plan sigue apuntando hacia la independencia económica, la satisfacción de las necesidades fundamentales de las masas, el control del sector minero y la nacionalización del sector comercial, la mejora del sector rural, la explotación de nuevos yacimientos y la implantación de las industrias de transformación confiadas a la SNIM (Sociedad Nacional Industrial y Minera). A pesar de la importante financiación extranjera, esta política económica sufrirá de la incapacidad mauritana de movilizar los recursos locales, de la insuficiencia de las estructuras de la administración económica, de la burocracia y de las resistencias culturales, etc. (406).

A estos factores internos, cabe añadir los siguientes que han conducido directamente al marasmo económico: la caída de los precios del hierro combinada con un descenso de la producción debida a la guerra del Sáhara; la sequía que ha destrozado la economía rural de la que depende el 90% de la población; la mala gestión y la política de grandes proyectos inútiles desvinculados de la realidad mauritana, como la construcción de la refinería de petróleo, la refinería de azúcar, la industria del cobre y de fundición del acero (407).

En estas condiciones se produjo en 1978 el golpe de Estado. Desde el principio, los militares están decididos a restablecer la paz, poner fin al marasmo económico, luchar contra la corrupción y los despilfarros y revisar la política económica gubernamental para intentar el crecimiento y reanudar las relaciones con la comunidad internacional.

El segundo período, con sus diversas "revoluciones de palacio" va a adoptar una estrategia global de desarrollo a lo largo de veinte años y cuyos objetivos definidos en el IV plan de desarrollo económico y social (1981-1985), consisten en la aplicación de la política de saneamiento de las finanzas públicas, la terminación de los proyectos empezados durante el 3er plan (1976-1980) y cuya realización había sido obstaculizada por la guerra, y la realización a largo plazo de un desarrollo autocentrado. Así pues, los militares renuncian a los grandes proyectos industriales, salvo en el sector minero, a favor de un desarrollo realista basado en la prioridad del desarrollo rural y en la lucha contra el éxodo rural (4^o).

Junto al aumento de la producción del hierro, facilitado por el fin de los ataques del Frente Polisario contra los trenes minerales y el alza de la demanda mundial, se abren nuevas minas de hierro (en Kedia d'Idjill y Guelbs) y de cobre (en Akjoujt) con la participación en las inversiones de los organismos financieros árabes (4^o).

La nueva política económica va, al margen de las consideraciones arriba expuestas, a orientarse hacia el desarrollo de la pesca y la aplicación de las medidas de reajuste económico y financiero recomendadas por el FMI.

Teniendo en cuenta la calidad y la abundancia de la gran variedad de peces de la costa atlántica de Mauritania, una de las más ricas del mundo, los dirigentes militares van a desarrollar la industria nacional de pesca durante el periodo 1979-1984, hasta el punto de que la exportación del pescado representa el 50% de todas sus exportaciones, y reducir la expor-

tación del hierro desde el 90 al 49% (⁴¹⁰). A pesar de estos resultados impresionantes, cabe subrayar que las aguas mauritanas son esquiladas por los soviéticos, japoneses, españoles, coreanos, cubanos y muchos otros a los que los mauritanos son incapaces de exigir el pago de los cánones de explotación. Así, la pesca que hubiera asegurado el bienestar de la población mauritana sirve más bien a los intereses extranjeros (⁴¹¹).

La política de reajuste financiero interno y la de reforma agraria adoptadas por el gobierno van a enfrentarse a la resistencia de los notables, que nunca le habían perdonado la abolición de la esclavitud en 1980, bajo la presión de la tendencia izquierdista del CMSN y de algunos clanes negro-africanos. A pesar de la indemnización a los antiguos dueños de los esclavos liberados, dicha reforma nunca será concretada (⁴¹²).

A partir de 1985, las autoridades mauritanas van a doblarse a las recomendaciones del FMI para mejorar la situación económica y financiera del país, por medio de la devaluación de la moneda, la reducción de los gastos de funcionamiento del Estado, la corrección del déficit de la balanza de pagos y el mantenimiento de la tasa de crecimiento real al 4%.

Para satisfacer o responder a todos estos retos, las autoridades decidieron, de una manera concomitante, desarrollar los tres sectores de la pesca, de la agricultura y el privado. En el primero, pese a que las exportaciones pesqueras aportaron (en 1986) el 52% de los ingresos en divisas del país, el gobierno mauritano se enfrentó a la resistencia de los países

extranjeros presentes en sus costas, para negociar la creación de compañías mixtas, con la participación al 51% del Estado mauritano. En el segundo, pese a la ligera mejora de las condiciones climáticas -la sequía sigue empobreciendo a las masas rurales- y a la decisión del gobierno de aumentar en un 25% los precios del trigo y del arroz importados, para animar a los campesinos a producir más, el sur y el sureste del país conocieron una grave invasión de las langostas que destruyeron la mitad de los cultivos. A ello cabe añadir la sedentarización de los nómadas que transformaron así la estructura de la sociedad. Y por último, en el sector privado donde el Estado favoreció las pequeñas y medianas empresas para mejorar la transformación de los productos locales, se expresaron no sólo las mencionadas resistencias de los notables tradicionales, sino que además los inversores privados pusieron sus intereses por encima de los del país (413).

Mauritania, con una economía muy frágil, ve frenados sus esfuerzos de desarrollo por fuerzas internas y externas y por factores estructurales y coyunturales. Frente al progreso dramático del desierto (9 a 10 Km al año), tiene que remitirse a la ayuda internacional de los países árabes, la CEE (Stabex) y la OCDE.

Según manifiesta Mireille Duteil, Mauritania tiene dos grandes bazas: la pesca y el hierro -se ha descubierto un importante yacimiento de fosfatos en mayo de 1984- que constituyen sus principales fuentes de divisas (414). Sólo el marco regional puede permitir su explotación racional. Por una parte se constituirá una fuerza capaz de imponerse a los países extranjeros, que superexplotan las aguas de las costas mauri-

tanás, y de dotarse de una flota importante de explotación, cosa que no se puede permitir Mauritania. Por otra parte, podría usarse el hierro para la industrialización de la región, escapando así de la coyuntura internacional desfavorable.

Por sí sola, Mauritania, país poco avanzado y con una pequeña población, es incapaz de sobrevivir (41^o) y de realizar el desarrollo endógeno considerado como meta a largo plazo. Esta realidad, la conocen las autoridades mauritanas quienes, a causa de la posición misma de su país dividido entre el norte y el sur, participan al mismo tiempo en las organizaciones sub-regionales del Africa del Oeste (OMVS, CEAO y CEDEAO) y en la Unión del Magreb Arabe (UMA), con una clara preferencia por esta última, a causa de los petrodólares árabes.

Para concluir este capítulo, cabe decir que el Gran Magreb hasta aquí definido geográfica, demográfica, histórica, cultural, sociopolítica y económicamente es un conjunto árabo-bereber musulmán, más o menos homogéneo, compuesto por unos Estados subdesarrollados y dependientes, dirigidos por unos regímenes militares, semi-militares y semi-feudales que se fundamentan en un capitalismo de Estado. Dicho capitalismo toma dos formas principales: por una parte existe el "capitalismo de Estado abierto" donde el Estado desarrolla el capital nacional conforme a las leyes de la división internacional del trabajo (Marruecos, Túnez, Mauritania); por otra el "capitalismo de Estado populista" donde el Estado favorece la emergencia de una economía nacional fuera de la división internacional del trabajo (Libia y Argelia, hasta hace poco) (41^o).

Este conjunto, que atraviesa una crisis de modernidad debida al fracaso de los partidos únicos y de los modelos de desarrollo experimentados durante los treinta últimos años, conoce, con ciertos matices, el fenómeno islamista que se presenta como una alternativa para un nuevo proyecto de sociedad. Los islamistas magrebies rechazan a la vez el liberalismo y el socialismo, considerados como causas de su fracaso, y proponen una ideología no claramente definida y que se inspira en el Corán. Canalizan o recuperan, en la actualidad, la fuerte demanda de democracia de las masas, democracia aún confiscada por los poderes establecidos. Al igual que en el Africa subsahariana, el Magreb se caracteriza en la actualidad por la "democradura", es decir, la democracia formal y la dictadura real, o mejor dicho, la dictadura disfrazada, y por el "Estado neopatrimonial".

En el Magreb existen tres tipos de relación entre la religión y el poder, es decir, entre el Islam y el Estado: relación de alianza y de confusión, es decir, la legitimidad del Estado y del poder (absoluto y teocrático) se fundamenta en la religión islámica, como en el caso de Marruecos donde el Rey es el emir de los creyentes; separación entre el Estado y la religión, con intentos del poder de poner a su servicio el poderío ideológico de la religión y fortalecer el Estado, como en el caso de Argelia, Libia y Mauritania donde los laicos del Islam gobiernan, y relación de confrontación, cuando los islamistas preconizan la destrucción del Estado y de la autoridad, y su reemplazo por el Islam ortodoxo y por un Estado dirigido por los hombres del Islam, los Imanes, como en el caso de Túnez y en una cierta medida en el de Argelia. En cualquier caso, la emergencia del islamismo en todos los países se

explica por el poco espacio que deja el Estado a la sociedad para expresarse al margen de las vías legales y por la crisis de modernidad.

En lo económico, el Magreb presenta las siguientes características principales (417):

- el dualismo estructural heredado de la colonización, tanto en el sector agrícola como en el industrial, con una clara homogeneidad y semejanza de la producción agrícola, sobre todo en los países costeros del Mediterráneo. De ahí la competencia entre ellos.
- el sector moderno de la agricultura está orientado hacia los cultivos de exportación dependientes de las condiciones naturales;
- el predominio de las industrias extractivas dependientes de las fluctuaciones de precios en el mercado internacional (petróleo, gas, fosfatos, hierro...);
- el sector minero está escasamente integrado en la economía nacional y se relaciona sólo con los ferrocarriles y los puertos, heredados de la colonización y verdaderas redes de evacuación de los productos minerales y agrícolas hacia Europa, y totalmente desvinculadas de las necesidades locales y regionales;
- la falta de complementariedad entre las pocas industrias nacionales de transformación;
- la existencia de una abundante mano de obra no cualificada;

- la actividad turística constituye una importante fuente de divisas, sobre todo para Marruecos y Túnez;
- el comercio exterior está dominado por los países industrializados, en particular los occidentales con un claro predominio de las importaciones de los productos alimentarios y manufacturados sobre las exportaciones de materias primas minerales, agrícolas y energéticas;
- la falta de complementariedad regional en la producción agrícola y mineral;
- la debilidad del comercio intrarregional debida a los intercambios irregulares y esporádicos entre los países magrebíes y la inconvertibilidad de sus monedas.

En pocas palabras, cabe decir que las economías magrebíes son "extravertidas" y dependientes del exterior, tanto para la satisfacción de sus necesidades locales como para los mercados de sus productos agrícolas, minerales y energéticos.

Esta situación objetiva explica los fracasos de las políticas económicas nacionales y conduce hoy en el Magreb a la prevalencia -salvo en el caso de Libia en donde se ha acabado la legitimidad basada en el petróleo y donde se necesita una nueva- de unos modelos liberales y neo-liberales llevados a cabo con el concurso del FMI y del Banco Mundial consistentes en un desarrollo "extravertido", con una revalorización de las exportaciones, es decir, en la inserción en el mercado internacional.

Los principales objetivos y prioridades económicos adoptados por cada uno de los Estados magrebíes: Argelia (desarrollo de la agricultura, de la industria y reembolso de la deuda externa); Túnez (fomento de las inversiones extranjeras, desarrollo rural y empleo de los jóvenes); Marruecos (fomento de las inversiones privadas y desarrollo rural) (41^a); Mauritania (diversificación de la producción y reducción de la dependencia para con la ayuda extranjera) y Libia (diversificación de la producción y autodesarrollo), serán llevados a cabo (salvo el caso de Libia) conforme a las reformas recomendadas por el FMI, arriba mencionadas. En Libia, la liberalización económica no se ha acompañado de medidas efectivas para la instauración de una verdadera economía de mercado (41^b).

Todo ello es una prueba del fracaso de la vía de desarrollo individual. La única alternativa, sobre la base de los datos que hemos venido poniendo de manifiesto a lo largo de este capítulo, consiste en la unión, es decir, en la integración regional para aprovechar sus complementariedades. ¿Existen en el Magreb ideologías capaces de movilizar las energías necesarias para este fin?, ¿Cómo se presenta el balance de los intentos de concertación magrebí a lo largo de las 4 ó 5 últimas décadas?. El próximo capítulo intentará responder a estas preguntas.

NOTAS AL CAPITULO I

- (1.) Véase PARKER R.B.: North Africa: Regional Tensions and Strategic Concerns (2ª edición), Praeger, Nueva York-Londres, 1987, p.1.
- (2.) Véase BUTT G.: The Arab World. A Personal View, BBC Books, Londres, 1987, p.125.
- (3.) LOPEZ GARCIA B.: Política y movimientos sociales en el Magreb, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1989, p.XIV.
- (4.) Ibidem.
- (5.) ROUISSI M.: Population et société au Maghreb, céréas Productions (Horizon maghrébin), Túnez, 1983, p.21.
- (6.) CHARFI M.: "La unidad magrebí", en VV.AA. Estrategia del Mediterráneo occidental y el Magreb, Instituto de Cuestiones Internacionales, Madrid, 1983, p.144.
- (7.) TOUMI M.: Le Maghreb (2ª edición), P.U.F. (Que sais-je?), Paris, 1988, p.3.
- (8.) CHARFI M.: op.cit., p.144.
- (9.) ABED JABRI M.: "Evolution of the Maghreb Concept: Facts and Perspectives", en VV.AA. Contemporary North Africa. Issues of Development and Integration (Compilador: Halim Barakat), Center for Contemporary Arab Studies, Washington, 1985, p.64.
- (10.) MENSCHING H.: "Le milieu naturel du Maghreb: questions et limites de la mise en valeur du potentiel agraire", en VV.AA. Introduction à

l'Afrique du Nord contemporaine, Editions du CRESM, Paris, 1975, p.50.

- (11.) ISNARD H.: Le Maghreb (4ª edición), P.U.F. (Maga-llan), Paris, 1984, p.37.
- (12.) ROUISSI M.: op.cit., p.22. Véase también CRUSAT i DE ABARIA E.: "Magreb: una possible unió", en Dossier Cidob nº 36, Barcelona, 1991, p.14.
- (13.) TOUMI M.: op.cit., p.7. Véase también CRUSAT i DE ABARIA E.: "Magreb: una posible unió", en Dossier Cidob nº 36, Barcelona, 1991, p.14.
- (14.) BIROT P. y DRESCH J.: La Méditerranée et le Moyen-Orient (Tomo I), P.U.F., Paris, 1953, p.424.
- (15.) Ibidem.
- (16.) ROUISSI M.: op.cit., p.23.
- (17.) MAURER G.: "Mise en valeur et aménagement du milieu naturel", en VV.AA. Magreb: hommes et espaces -2ª edición- (Compilador: Jean-François Troin), Armand Colin, Paris, 1985, p.22.
-
- (18.) BALTA P.: Le grand Maghreb. Des indépendances à l'an 2000, La Découverte (Essais), Paris, 1990, p.13.
- (19.) ISNARD A.: op.cit., p.46.
- (20.) Véanse:
- BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.14.
 - ISNARD H.: op.cit., p.45.

- (21.) ISNARD H.: op.cit., p.46.
- (22.) ROUISSI M.: op.cit., pp.29-30.
- (23.) Ibidem, p.33.
- (24.) MAURER M.: op.cit., pp.63 y 68.
- (25.) Para las causas de la emigración y de la inmigración en el Magreb, véanse:
- BAROUDI A.: Maroc: émigration et impérialisme, Le Sycomore, Paris, 1978.
 - LASSONDE L.: "Les migrations de travail au Maroc: stratégie de la mobilité et survie domestique", en Annuaire de l'Afrique du Nord (AAN), XX, 1981, CNRS, Paris, pp.203 y ss.
 - KHELLADI Y LIABES D.: "Redistribution de la population active par les pôles de développement, mobilité sociale et marché du travail en Algérie", en AAN, XX, 1980, pp.25 y ss.
 - TALHA L.: "Maghrébins en France: émigrés ou immigrés? Présentation générale", en AAN, XX, 1981, op.cit., pp.3 y ss.
 - TAAMALLAH K.: "L'évolution de l'émigration tunisienne en Europe Occidentale et ses impacts socio-économiques", en AAN, XX, 1981, op.cit., pp.187 y ss.
- (26.) Véase BEAUGE G.: "La place du Maghreb dans les migrations inter-arabes", en AAN, XXIV, 1985, pp.303 y ss.

- (27.) ESCALLIER R.: "Population et urbanisation", en VV.AA Maghreb: hommes et espaces..., op.cit., p.134.

- (28.) Véase BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.56 y ss.

- (29.) ESCALLIER R.: op.cit., p.126.

- (30.) MENSCHING H.: op.cit., p.58.

- (31.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.240.

- (32.) BOUZIDI M.: "Islam et la société marocaine face à la contraception", en AAN, XVIII, 1979, p.288.

- (33.) GALLISSOT R.: op.cit., p.40.

- (34.) MUÑOZ J. y LORCA A.: "El hambre, aliada de Sadam en el Magreb", Cambio 16 del 18 de febrero de 1991, Madrid, pp.16-17.

- (35.) ESCALLIER R.: op.cit., p.140.

- (36.) MUÑOZ J. y LORCA A.: op.cit., p.17.

- (37.) ESCALLIER R.: op.cit., p.140.

- (38.) DAHMANI M.: "unité géo-historique du Maghreb", en Perspectives et Etapes de la Construction du Maghreb, Actas del Coloquio de Túnez del 12 al 17 de octubre de 1987, C.E.R.E.S., Túnez, 1989, pp.81-82.

- (39.) Véase GAUDIO A.: Le dossier de la Mauritanie, Nouvelles Editions Latines, París, 1978, pp.13 y ss.
- (40.) ALMAGRO BASCH M.: "El Africa del Norte descubre su pasado", en Atlantida (Revista del pensamiento actual) nº 33, vol. VI, Madrid, mayo-junio de 1968, pp.1-2.
- (41.) De La BASTIDE H.: Maghreb: Tunisie, Algérie, Maroc, Horizons de France, París, 1973, p.14.
- (42.) MORSY M.: North Africa 1800-1900. A Survey from The Nile Valley to the Atlantic, Longman, Londres-Nueva York, 1984, p.16.
- (43.) PARKER R.B.: op.cit., pp.4-5.
- (44.) Ibidem, p.1.
- (45.) MORSY M.: op.cit., pp.13-14.
- (46.) Véase JULIEN C-A.: Histoire de l'Afrique blanche, P.U.F. (Que sais-je?), París, 1963.
- (47.) Véase BARRIO D.C.A. y de LUCIO F.: "En busca de la identidad bereber. Los seis ciclos históricos", en Las Comunidades europeas, el Mediterráneo y el norte de Africa -Actas del Primer Simposium- Debate sobre Melilla (Melilla, 23-28 de marzo y 6-9 de abril de 1987) -Actas del Primer Encuentro de Escritores y Artistas del Mediterráneo (Melilla, 30 de marzo - 4 de abril de 1987), Asociación de Estudios Hispano-Africanos, Madrid, 1989, p.134.
- (48.) Ibidem.

- (49.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.15.
- (50.) ALMAGRO BASCH M.: op.cit., p.1.
- (51.) Véanse:
- MORSY M.: op.cit., p.16.
- BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.13.
- (52.) TOUMI M.: op.cit., p.11.
- (53.) De la BASTIDE R.: op.cit., p.26.
- (54.) BARRIO D.C.A y de LUCIO F.: op.cit., p.136.
- (55.) TOUMI M.: op.cit., p.11.
- (56.) LOPEZ GARCIA B. y LARRAMENDI M.H.: "El Magreb", en Cuadernos Historia 16 nº 243, Madrid, s.f., p.6.
- (57.) MORSY M.: op.cit., p.16.
- (58.) PARKER R.B.: op.cit., p.5.
- (59.) TOUMI M.: op.cit., p.12.
- (60.) FLORY M. y MANTRAN R.: Les régimes politiques des pays arabes, P.U.F. (Thémis), Paris, 1968, p.25.
- (61.) De la BASTIDE R.: op.cit., p.37.

- (62.) DHINA A.: Les Etats de l'Occident musulman aux XIII, XIV et XVe siècles. Institutions gouvernementales et administratives, Office des Publications Universitaires -ENAL, Alger, 1984, pp.300-301.
- (63.) De la BASTIDE R.: op.cit., p.44.
- (64.) BUTT G.: op.cit., p.15.
- (65.) ROUISSI M.: op.cit., p.27.
- (66.) PARKER R.B.: op.cit., p.9.
- (67.) FLORY M. y MANTRAN R.: op.cit., p.52.
- (68.) Véase FREMEAUX J.: "Pouvoir ottoman et Sahara algérien à la veille de la conquête française (1830)", en AAN, XXII, 1983, pp.63-72.
- (69.) TOUMI M.: op.cit., p.27.
- (70.) GAUDIO A.: op.cit., p.19.
- (71.) Ibidem, p.27.
- (72.) BOURGI A. y WEISS P.: "Mauritanie, nation inachevée", Jeune Afrique Plus n° 3, Paris, novembre-décembre de 1989, p. 19.
- (73.) Sobre la colonización otomana de Libia y los intentos de las potencias europeas de controlar este país, véase MARTEL A.: "Souveraineté et autorité ottomane: la province de Tripoli du couchant (1835-1918)", en AAN, XXII, 1983, pp.73-89.

- (74.) BLEUCHOT H. y MONASTIRI T.: "Le système politique de la Libye", en Le grand Maghreb. Données socio-politiques..., op.cit., pp.41-42.
- (75.) CHAGNOLLAUD J-P.: Maghreb et Palestine, Sindbad, Paris, 1977, pp.19 y ss.
- (76.) PARKER R.B.: op.cit., p.10.
- (77.) Véase BERQUE J.: Le Maghreb entre deux guerres (3ª edición), Seuil, Paris, 1979, p.116.
- (78.) PARKER R.B.: op.cit., p.10.
- (79.) CHERIF M.: "Le Maghreb dans l'histoire", en VV.AA. Introduction à L'Afrique du Nord contemporaine, op.cit., pp.40-41.
- (80.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.18.
- (81.) ISNARD H.: op.cit., p.81.
- (82.) BERQUE J.: Dépossession du monde, Seuil, Paris, 1964, pp.156 y 158.
- (83.) Para mayores detalles sobre la guerra de liberación argelina, véase VILAR J-B.: "La independencia de Argelia" en Historia 16 nº 28 -El despertar de Africa. Fin del colonialismo europeo-, Madrid, 1983, pp.79 y ss.
- (84.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.19.

- (85.) MARTINEZ CARRERAS J.U. "El despertar de Africa", en Historia 16 nº 28, op.cit., pp.33-31.
- (86.) CHERIF M.: op.cit., p.45.
- (87.) Véanse:
- CHERIF M.: op.cit., p.46.
- CHAGNOLLAUD J-P.: op.cit., pp.24-25.
- BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., pp.37 y ss.
- (88.) Véase DAHMANI M.: op.cit., pp.84-85.
- (89.) MENSCHING H.: op.cit., p.61.
- (90.) Véanse:
- BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.17.
- CHERIF M.: op.cit., pp.21 y 31.
- (91.) CHATER K.: "La recherche scientifique en Algérie. Possibilité de son insertion dans une recherche scientifique maghrébine planifiée", en La construction du Maghreb -Actas del Coloquio de Túnez del 19 al 24 de octubre de 1981-, CERES, Túnez, 1983, p.20.
- (92.) CAMPS G.: "Espaces berbères", en Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée nºs 48-49 (Le monde musulman à l'épreuve de la frontière), Edisud, Aix-en-Provence, 1989, p.49.
- (93.) GAUDIO A.: op.cit., p.22.
- (94.) CHARFI M.: op.cit., p.145.

- (95.) LOPEZ GARCIA B. y LARRAMENDI M.H.: op.cit., p.15.
- (96.) SERVIER J.: Les berbères, P.U.F. (Que sais-je?), Paris, 1990, p.24.
- (97.) CAMPS G.: op.cit., p.40.
- (98.) Ibidem, pp.39-40.
- (99.) Véase BOUSTANI R. y FARGUES P.: Atlas du Monde Arabe: Géopolitique et Société, Bordas, Paris, 1990, pp.122 y ss. Véase también CHAKER C.: Berbères aujourd'hui, L'Harmattan, Paris, 1989, pp.13 y ss.
- (100.) CHAKER S.: op.cit., pp.60 y ss.
- (101.) Véase: "Multidinaria manifestación en Argelia contra la imposición del uso del árabe", El Independiente del 28 de diciembre de 1990, p.10.
- (102.) ISNARD H.:op.cit., p.46.
- (103.) AMIN S: La nation arabe: nationalisme et lutte des classes, Editions de Minuit, Paris, 1976, p.22.
- (104.) HENRY J-R.: "Introduction générale", en Nouveaux enjeux culturels au Maghreb (Compilador: Jean-Robert Henry), Editions du CNRS, Paris, 1985, p.19.
- (105.) ISNARD H.: op.cit., p.47.
- (106.) CHARFI M.: op.cit., p.146.

- (107.) MENSCHING H.: op.cit., p.61.
- (108) GRANDGUILLAUME G.: "Langue arabe et Etat moderne au Maghreb", en VV.AA. Nouveaux enjeux culturels au Maghreb, op.cit., p.79.
- (109.) Según Chritiane Souriau, a pesar de estar estrechamente vinculados, ambos conceptos son diferentes. La islamización es el reconocimiento del mensaje coránico y la adopción del sistema de valores y del modo de organización en la sociedad musulmana que él ha originado. Mientras que la arabización es la adopción de una lengua nueva -hablada y/o escrita- y de una cultura de la que es el medio de expresión. Véase SOURIAU C.: "L'arabisation en Algérie", en Introduction à l'Afrique du Nord..., op.cit., pp.376-377.
- (110.) MOLINO J.: "Considérations intempestives. Notes critiques sur la culture au Maghreb", en Nouveaux enjeux culturels au Maghreb, op.cit., p.37.
- (111.) HENRY J-P.: op.cit., p.12.
- (112.) Aziz Krichen, citado por GALLISSOT R.: "Les limites de la culture nationale: enjeux culturels et avènement étatique au Maghreb", en Nouveaux enjeux culturels..., op.cit., p.47.
- (113.) Ibidem, pp.48-49.
- (114.) Véase TALEB-BENDIAB A.R.: "La politique de la culture en Algérie", en Nouveaux enjeux culturels..., op.cit., pp.63-64.
- (115.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.149.

- (116.) MATTES H.: "L'emprise du politique sur le culturel en Libye révolutionnaire", en Nouveaux enjeux culturels..., op.cit., pp.67-68.
- (117.) TALEB-BENDIAB A.R.: op.cit., pp.65-66.
- (118.) Esta tipología de las formas de adaptación del Islam ha sido formulada por Jean Molino, basándose en la evolución de esta concepción religiosa desde finales del siglo pasado hasta la actualidad. Véase MOLINO J.: op.cit., p.38.
- (119.) GRANDGUILLAUME G: op.cit., p.80.
- (120.) GALLISSOT R.: "Les limites de la culture nationale...", op.cit., p.55.
- (121.) HENRY J.P.: op.cit., p.13.
- (122.) MOLINO J.: op.cit., p.39.
- (123.) GALLISSOT R.: op.cit., pp.52-53.
- (124.) GRANDGUILLAUME G.: op.cit., p.81.
- (125.) SOURIAU C.: op.cit., p.394.
- (126.) GRANDGUILLAUME G.: op.cit., p.79.
- (127.) GALLISSOT R.: op.cit., 48.
- (128.) CHAKER S.: "Langue et identité berbères (Algérie/émigration): un enjeu de société", en Nouveaux enjeux culturels..., op.cit., p.179.

- (129.) GALLISSOT R.: op.cit., pp.51-52.
- (130.) Véase KHATIBI A.: Maghreb pluriel, Denoël, París, 1983, p.179.
- (131.) LOPEZ GARCIA B. y FERNANDEZ SUZOR C.: Introducción a los regimenes y constituciones árabes, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985, pp.232 y 236.
- (132.) FLORY M. y MANTRAN R.: op.cit., p.204.
- (133.) Ibidem, pp.205-206.
- (134.) ROUSSET M.: "Le système politique du Maroc", en Le grand Maghreb. Données socio-politiques..., op.cit., pp.64-65.
- (135.) LOPEZ GARCIA B. y FERNANDEZ SUZOR C.: op.cit., pp.290-291.
- (136.) De La BASTIDE H.: op.cit., p.178.
- (137.) LOPEZ GARCIA B. y FERNANDEZ SUZOR C.: op.cit., p.307.
- (138.) PARKER R.B.: op.cit., p.64.
- (139.) Ibidem, p.65.
- (140.) LOPEZ GARCIA B y FERNANDEZ SUZOR C.: op.cit., pp.314 y ss.

- (141.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.136.
- (142.) DEBBASCH C.: "Le parti unique à l'épreuve du pouvoir. Les expériences maghrébines et africaines", en AAN, 1965, CNRS, Paris, 1966, p.9.
- (143.) SANTUCCI J-C.: Chroniques politiques marocaines: 1971-1982, Editions du CNRS, Paris, 1985, pp.17 y 21.
- (144.) Véase CLAISSE A.: "Elections communales et législatives au Maroc (10 juin 1983-14 septembre et 2 octobre 1984" en AAN, XXIII, 1983, pp.632-633.
- (145.) Véanse:
- SANTUCCI J.C.: "Processus électoraux et légitimation du pouvoir; réflexions sur l'expérience marocaine", en VV.AA. Elecciones, participación y transiciones políticas en el norte de Africa (Eds.: Bernabé López García, Gema Martín Muñoz y Miguel H. de Larramendi), Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1991. p.290.
- CLAISSE A.: "Elections communales...", op.cit., p.633.
- (146.) CAMAU M.: "Les institutions politiques des Etats maghrébins postcoloniaux", en Introducción à l'Afrique du Nord..., op.cit., p.263.
- (147.) ROUSSET M.: "La difficile conciliation...", op.cit., p.10. Véase también SEHIMI M.: "Maroc: partis politiques et stratégies électorales", en VV.AA. Elecciones, participación..., op.cit., p.222.
- (148.) SANTUCCI J-C.: "Processus électoraux et légitimation du pouvoir..." op.cit., p.288.

- (149.) QUINTA A.: "Y después de Hassan ¿qué?...", El Mundo del 30 de diciembre de 1990, Madrid, p.2.
- (150.) CLAISSE A.: op.cit., p.632.
- (151.) Ibidem.
- (152.) Ibidem.
- (153.) Véase Entrevista de Mohammed Noubir Amaoui : "On ne négocie pas avec le roi", Jeune Afrique del 2 al 8 de enero de 1991, p.20.
- (154.) CLAISSE A.: "Les systèmes de légitimité à l'épreuve, le cas des pays du Maghreb", en Le grand Maghreb. Données socio-politiques..., op.cit., p.130.
- (155.) ROUSSET M.: "La difficile conciliation...", op.cit., p.11.
- (156.) QUINTA A.: op.cit., p.3.
- (157.) VAN-BUU E.N.: "Maroc", en Annuaire de Législation Française et Etrangère, Tomo XXII, CNRS, Paris, 1973, p.516.
- (158.) SANTUCCI J.C.: "Chroniques politiques...", op.cit., p.46.
- (159.) de SAENGER B.: "Tunisie: chronique politique", en AAN, XI, 1972, p.339.
- (160.) ZGHAL A.: "Le retour du sacré et la nouvelle demande idéologique des jeunes scolarisés. Le cas de la Tunisie", en AAN, XVIII, 1979, p.44.

- (161.) DEBBASCH C.: "Le parti unique...", op.cit., p.18.
- (162.) Salah Ben Yusef, asesinado en 1961 en Suiza, fue Secretario General del Neo-Destur y principal opositor al Presidente Habib Burguiba.
- (163.) DEBBASCH C.: "Du Néo-Destour au Parti Socialiste Destourien", en AAN, III, 1964, p.30.
- (164.) Ahmed Ben Salah, Secretario General de la UGTT en 1956 era, como ministro de Economía y Planificación, promotor de la experiencia tunecina de desarrollo planificado y dirigido, de 1962 a 1969.
- (165.) RUF W.K.: "Le socialisme tunisien: conséquences d'une expérience avortée", en Introduction à l'Afrique du Nord..., op.cit., p.401.
- (166.) Véase BEN ROMDHANE M.: "Mutations économiques et sociales et mouvement ouvrier en Tunisie de 1956 à 1980", en AAN, XXI, 1982, pp.259-260.
- (167.) KAROUI U. y MESSAOUDI M.: "Le discours syndical en Tunisie à la veille du 26 janvier 1978: l'élan suspendu", en AAN, XXI, 1982, p.304.
- (168.) DEBBASCH C.: "Du Néo-Destour...", op.cit., pp.38-39.
- (169.) CHAABANE S. : "Le système constitutionnel tunisien à travers la réforme de 1976", en AAN, XVI, 1977, pp.312 y ss.
- (170.) Ibidem, p.330

- (171.) BEN ROMDHANE M., op.cit., p.274.
- (172.) BRAS J-P.: "Chronique tunisienne", en AAN, XXIV, 1985, p.706.
- (173.) BRAS J.P.: "Tunisie", en AAN, XXIII, 1984, p.982.
- (174.) Véanse:
- DHOUKAR H.: "Bourguiba contre les islamistes", Jeune Afrique nº 1395 del 30 de septiembre de 1987, pp.28 y ss.
- "Les islamistes au pilori", Jeune Afrique nº 1392 del 9 de septiembre de 1987, pp.28 y ss.
- (175.) La destitución de Bourguiba está justificada por su vejez y el agravamiento de su estado de salud.
- (176.) Véase LARIF-BEATRIX A.: "Tunisie", en AAN, XXVI, 1987, p.653.
- (177.) Véase Le Pacte National-La Tunisie du 7 novembre, Publications du Ministère de L'Information, Túnez, 1988, pp.16-17.
- (178.) de LARRAMENDI M.H.: "Frontismo electoral y democracia en Túnez (1956-1989)", en VV.AA. Elecciones, participación..., op.cit., p.318.
- (179.) DEURE M.: "En Tunisie, le mouvement islamiste Ennahda reste très discret", Le Monde del 23 de enero de 1991, p.10.
- (180.) KRAIEM M.: "Système totalitaire et pluraliste en Tunisie: fondements socio-culturels et évolution", comunicación en el Coloquio sobre "Elecciones, participación...", op.cit., pp.25 y 29.

- (181.) Sobre los dos acontecimientos de Gafsa, véanse:
- TOUMI M.: "La politique africaine de la Tunisie", en AAN, XVII, 1979, pp.158 y ss.
 - BADUEL P.R.: "Gafsa comme enjeu", en AAN, XIX, 1980, pp.486 y ss.
- (182.) Sobre estos motines que se han calificado de "revuelta del pan", véase BRAS J-P.: "Chronique tunisienne", op.cit., pp.958 y ss.
- (183.) MAHIDU A.: "Le territoire en droit algérien", en AAN, XXII, 1983, p.159.
- (184.) Véase TALEB A.: "Les rapports parti-syndical en Algérie", en AAN, XXI, 1982, p.183.
- (185.) SANSON H.: "L'Islam de Houari Boumediène", en AAN, XVII, 1978, p.272.
- (186.) ETIENNE B.: "Le socialisme algérien", en Introduction à l'Afrique du Nord..., op.cit., p.363.
- (187.) CHAKER S.: "Les droits de l'homme sont-ils mûrs en Algérie?", en AAN, XXIV, 1985, p.496.
- (188.) Véase TALEB A.: op.cit., p.187.
- (189.) GADANT M.: Islam et nationalisme en Algérie d'après "EL Moudjahid", organe central du FLN de 1956 à 1962, L'Harmattan (Histoire et perspectives méditerranéennes), Paris, 1988, pp.106-107.
- (190.) CHALIAND G. y MINCES J. : L'Algérie indépendante - Bilan d'une révolution nationale, Maspéro, Paris, 1972, p.75.

- (191.) Ibidem, pp.159 y 260.
- (192.) LOPEZ GARCIA B.: Política y movimientos sociales..., op.cit., p.126.
- (193.) CHALIAND G. y MINCES J.: op.cit., p.81.
- (194.) Huari Bumedián es el nombre de guerra. Su verdadero nombre es Mohamed Ben Brahim Bukharuba.
- (195.) Véase GOURDON H.: "L'Ordonnance en Algérie (1965-1975). Essai d'analyse du système politique", en AAN, XIV, 1975, p.345.
- (196.) citado por GOURDON H.: op.cit., p.323.
- (197.) CHAKER S.: "Les droits de l'homme...", op.cit., p.497.
- (198.) Véase Discurso del Presidente Bumedián en la apertura del Vº Congreso de la U.G.T.A (25-29 de marzo de 1978), en AAN, XVII, 1978, p.767.
- (199.) Véase "Code de fonctionnement des Cellules et Kasmas, adopté par le Conseil de la Révolution lors de sa session des 11-13 février 1970", en AAN, XI, 1970, p.736.
- (200.) SANSON H.: "Le peuple de la Révolution socialiste algérienne", en AAN, XVI, 1977, p.84.
- (201.) GOURDON H.: op.cit., p.331.

- (202.) SANSON H.: "Statut de l'Islam en Algérie", en AAN, XVII, 1979, p.99.
- (203.) Véase RIPAULT-MEGERAND: "Les villages socialistes en Algérie", en AAN, XIV, 1975, p.193.
- (204.) LOPEZ GARCIA B.: Política y movimientos sociales..., op.cit., p.140.
- (205.) MICHEL H.: "Chronique politique algérienne", en AAN, XX, 1981, p.539.
- (206.) Véase MICHEL H.: "Algérie: chronique politique", en AAN, XVII, 1978, op.cit., p.357.
- (207.) MICHEL H.: "Chronique politique Algérie", en AAN, XX, 1981, op.cit., pp.539 y ss.
- (208.) ADAM A.: "Algérie: Chronique politique", en AAN, XVI, 1977, p.474.
- (209.) DJEGHLOUL A.: "Chronique algérienne", en AAN XXV, 1986, p.675.
- (210.) DJEGHLOUL A.: "Chronique algérienne", en AAN, XXIV, 1985, p.581.
- (211.) CHAKER S.: "Les droits de l'homme...", op.cit., p.502.
- (212.) DANIEL J.: "El sangrante fracaso", El País del 16 de octubre de 1988, p.11.

- (213.) ROUZEIK F.: "Algérie: la préparation du VIe Congrès du FLN et l'évolution du système politique. Les prodromes de la crise de 1988", en AAN, XXVI, 1987, p.572.
- (214.) Según Fawzi Rouzeik, dicha Constitución no había establecido como tal el multipartidismo, sino que había admitido sólo las "asociaciones políticas", op.cit., p.574. Véase también SOUDAN F.: "Algérie: L'adieu au socialisme", Jeune Afrique nº 1469 del 19 de marzo de 1989, p.25.
- (215.) VALENZUELA J.: "Buñuel resucita en Argelia", El País del 3 de noviembre de 1989, p.8.
- (216.) Véanse:
- SANCHEZ-VALLEJO M.A.: "La sombra del bipartidismo planea sobre las elecciones locales en Argelia", El Independiente del 12 de junio de 1990, p.24.
 - AGUIRRE M.: "El Islam y la crisis argelina", El Independiente del 17 de junio de 1990, p.19.
 - "El F.L.N. es el favorito en las elecciones argelinas de mañana", El Independiente del 11 de junio de 1990, p.24.
-
- (217.) SCHWARTZ F.: "La manera integrista", El País del 17 de junio de 1990, p.4.
- (218.) ROUZEIK F.: op.cit., pp.550-551.
- (219.) SANCHEZ-VALLEJO M.A.: "Argelia: la pugna de un poder con dos cabezas", El Independiente del 30 de junio de 1990

- (220.) Véase "Argelia no es Irán", El Independiente del 19 de junio de 1990, p.14.
- (221.) Véanse:
- VATIN J-C.: "Crise génératrice, maladie infantile ou faiblesse endogène: le FLN algérien au fil du temps", en VV.AA. Elecciones, participación..., op.cit., p.157.
 - CHEIKH S.: "Les élections locales en Algérie à l'ère du multipartisme", en VV.AA. Elecciones, participación..., op.cit., p.261.
- (222.) Véanse:
- MARTIN MUÑOZ G.: "Transformaciones políticas en el norte de Africa: un modelo árabo-islámico de transición", en Boletín Económico de Información Comercial Española del 10 al 16 de junio de 1991, Madrid, p.1912.
 - DE BARRIN J.: "Les islamistes algériens se veulent rassurants", Le Monde del 31 de diciembre de 1991, p.1.
- (223.) Véase YARED M.: "Algérie: bataille contre les islamistes", Jeune Afrique del 30 de enero al 5 de febrero de 1992, pp.7-8.
- (224.) CHEIKH S.: "Les élections locales...", op.cit., pp.267-268.
- (225.) Véanse:
- FERRANDIZ CASARES J.: "Los peligros del integrismo", Información del 30 de diciembre de 1991, Alicante, p.18.
 - LOPEZ GARCIA B.: "El espectro del islamismo", El Siglo del 20 de enero de 1992, Madrid, p.10.

- BEM YAHMED B.: "Volcan algérien. Illusion lyrique africaine", Jeune Afrique nº 1618 del 9 al 16 de enero de 1992, p.5.
 - LEGUINECHE M.: "Argelia: a la espera de la prueba del Ramadán", Diario 16 del 29 de febrero de 1992, p.14.
 - BUHIGAS J.L.: "El dilema argelino", El País del 4 de marzo de 1992, p.12.
 - SANCHEZ-VALLEJO M.A.: "Argelia, cara y cruz de dos totalitarismos", en Papeles para la Paz nº 44, op.cit., p.36.
- (226.) Véase Entrevista del Primer ministro argelino, Sid Ahmed Gozali, El País del 29 de diciembre de 1991, p.2.
- (227.) SALES F.: "Cientos de miles de personas se manifiestan en Argel por la democracia y contra el integrismo", El País del 3 de enero de 1992, p.2. Sobre los resultados de las elecciones legislativas argelinas, véase Jeune Afrique nº 1618, op.cit., p.20.
- (228.) FLORY M. y MANTRAN R.: op.cit., p.203.
- (229.) BLEUCHOT H.: Chroniques et documents libyens 1969-1980, Editions du CNRS, Paris, 1983, p.11.
- (230.) Véase MONASTIRI T.: "Chronique politique Libye", en AAN, XX, 1981, p.582.
- (231.) MATTES H.: "L'emprise sur le culturel en Libye révolutionnaire", en AAN, XXIII, 1984, pp.68-69.

- (232.) AL-ASSIOUTY S.A.: "Le Coran contre le Fiqh en Libye", en AAN, XVIII, 1979, p.15.
- (233.) Véase DJAZIRI M.: " La dynamique des institutions et la structure du pouvoir en Libye (1978-1987). Causes et enjeux du nouveau système politique", en AAN, XXVI, 1987, p.456.
- (234.) BLEUCHOT H.: "Kadhafi, Numeiri...", op.cit., pp.486-487.
- (235.) BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXIII, 1984, p.853
- (236.) Véase El Independiente del 22 de julio de 1990, p.15.
- (237.) RONDOT P.: "La logique du colonel...", op.cit., p.21.
- (238.) DJAZIRI T.: op.cit., pp.461-462.
- (239.) BLEUCHOT H.: "Kadhafi, Numeiri...", op.cit., p.487.
- (240.) MONASTIRI T.: "Chronique politique Libye", en AAN, XX, 1981, p.565.
- (241.) BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXVI, 1987, pp.586-587.
- (242.) Véase BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXIII, 1984, op.cit., pp.850 y ss.

- (243.) SAISON B.: "La Mauritanie: aperçu general", en AAN, XII, 1973, p.304.
- (244.) BOURGI A. y WEISS P.: op.cit., p.19.
- (245.) DIALLO A.: "Réflexions sur la question nationale en Mauritanie", en AAN, XXI, 1982, p.391.
- (246.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.140.
- (247.) SAISON B.: op.cit., p.304.
- (248.) BALANS J-L.: "Chronique mauritanienne", en AAN, 1976, p.566.
- (249.) Véase Entrevista del Presidente Uld Salek, Demain l'Afrique nº 15 del 4 de diciembre de 1978, Paris, pp.30 y ss.
- (250.) MARCHESIN P.: "L'évolution politique et constitutionnelle de la Mauritanie", en Le grand Maghreb. Données socio-politiques..., op.cit., p.79.
- (251.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXI, 1982, pp.634-635.
- (252.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXII, 1983, p.857.
- (253.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIV, 1985, p.690.
- (254.) BOURGI A. y WEISS P.: op.cit., p.40.

- (255.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXII, 1983, op.cit., p.861.
- (256.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIV, 1985, op.cit., p.688.
- (257.) Véase DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXVI, 1987, op.cit., p.640.
- (258.) Ibidem, pp.640-641.
- (259.) BOURGI A. y WEISS P.: op.cit., p.43.
- (260.) MARCHESIN P.: op.cit., p.81.
- (261.) Ibidem, pp.42-43.
- (262.) CLAISSE A.: "Les systèmes de légitimité à l'épreuve, le cas des pays du Maghreb", en Le grand Maghreb. Données socio-politiques..., op.cit., p.120.
- (263.) CAMAU M.: "De quelques aspects juridiques de la dépendance. Le droit constitutionnel des Etats maghrébins postcoloniaux", en VV.AA. Rapports de dépendance au Maghreb, CRESEM-CNRS, Paris, 1976, p.143.
- (264.) LOPEZ GARCIA B.: "La construcción política de los nuevos Estados magrebíes", en Anales de la Universidad de Alicante -Historia contemporánea- nº5, 1986, p.311.
- (265.) CHARNAY J-P.: L'Islam et la guerre..., op.cit., p.149.

- (266.) CLAISSE A.: "Les systèmes de légitimité...", op.cit., pp.123-124.
- (267.) Ibidem, p.126.
- (268.) Ibidem, p.129.
- (269.) BADUEL P.R.: "Le front et l'Etat. Eléments pour une approche comparative autour de la Méditerranée", en Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée n°s 48-49, op.cit., p.153. Véase también CAMAU M.: "Démocratisation et changements des régimes au Maghreb", VV.AA. Elecciones, participación..., op.cit., p.73
- (270.) CHERIF M.: L'Islam à l'épreuve du temps, Publisud, Paris, s.f., p.87. El Profesor Muhammed S. El-Awa de la Universidad de Riad no comparte este punto de vista al demostrar en su libro la existencia de un sistema político y de un Estado islámicos basados en los principios de consulta mutua (Al-Shura), justicia, libertad, igualdad y la licitud de interpelar al Jefe de Estado y los límites en la obligación de obedecer. Véase EL-AWA M.S: On the Political System of the Islamic State, American Trust Publications, Indianapolis-Indiana, 1980, pp.86 y ss.
- (271.) CLAISSE A.: "Les systèmes de légitimité...", op.cit., pp.139-140.
- (272.) Cuadro constituido sobre la base de datos actualizados, dados por:
- DAHMANI M.: op.cit., p.94.
 - BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., pp.34 y ss.
 - ATLASECO 1990, Atlas Economique Mondial. 204 pays étudiés, Editions du Sérail, Paris, 1990.

- (273.) Citado por GALLISSOT R.: L'économie de l'Afrique du Nord, op.cit., p.7.
- (274.) TIAND A.: Le Maghreb entre les mythes, P.U.F., Paris, 1967, p.15.
- (275.) TALHA L.: "L'économie maghrébine depuis l'indépendance", en Introduction à l'Afrique du Nord..., op.cit., p.155.
- (276.) GALLISSOT R.: L'économie de l'Afrique du Nord, op.cit., p.45.
- (277.) AMIN S.: Le Maghreb moderne, Les Editions de Minuit, Paris, 1970, p.232.
- (278.) TALHA L.: "L'économie maghrébine...", op.cit., p.158.
- (279.) CAMAU M.: "Les institutions politiques des Etats...", op.cit., p.256.
- (280.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.136.
- (281.) SADIK A.: Le Grand Maghreb Arabe. Intégration et systèmes économiques comparés. Essai d'analyse, Afrique Orient, Casablanca, 1989, p.23.
- (282.) TALHA L.: "L'économie libyenne. Depuis les découvertes pétrolières", en VV.AA. Les économies maghrébines. L'indépendance à l'épreuve du développement économique, CRESM-CNRS, Paris, 1971, p.199.
- (283.) AMIN S.: L'économie du Maghreb. Tome I: Les perspectives d'avenir, Les Editions de Minuit, Paris, 1966, p.176.

- (284.) Ibidem, pp.177-178.
- (285.) AMIN S.: Le Maghreb moderne, op.cit., p.233.
- (286.) Ibidem, p.215.
- (287.) GALLISSOT R.: L'économie de l'Afrique du Nord, op.cit., p.45.
- (288.) Ibidem, p.119.
- (289.) Ibidem, p.21.
- (290.) TALHA L.: "L'économie maghrébine...", op.cit., p.176.
- (291.) AMIN S.: L'économie arabe contemporaine, Les Editions de Minuit, Paris, 1980. pp.9-10.
- (292.) KHADER B.: El mundo árabe ante el año 2000. Estudios de sociología y economía (Traducción de Rosa Isabel Martínez Lillo), Editorial Cantarabia, Madrid, 1988, pp.162-163.
- (293.) Citado por DAHMANI M.: op.cit., p.93.
- (294.) DEBBASCH C.: "Introduction", en Les économies maghrébines..., op.cit., p.7.
- (295.) GALLISSOT R.: L'économie de l'Afrique du Nord, op.cit., p.119.

- (296.) Ibidem, pp.70-71.
- (297.) TIANO A.: Le Maghreb entre les mythes, op.cit., p.109.
- (298.) ISNARD H.: op.cit., pp.95 y ss.
- (299.) ENTELIS J.P.: "The Political Economy of North Africa Relations: Cooperation or Conflict", en Contemporary North Africa..., op.cit., p.120.
- (300.) EL MALKI H.: Trente ans d'économie marocaine: 1960-1990, CNRS, Paris, 1989, p.13.
- (301.) CAMAU M.: "Institutions politiques des Etats maghrébins...", op.cit., p.257.
- (302.) ENTELIS J.P.: op.cit., pp.120-121.
- (303.) EL MALKI H.: Trente ans d'économie..., op.cit., p.32.
- (304.) del PINO D.: Marruecos en clave real, Cuadernos de Documentación nº1 (INCI), Madrid, septiembre de 1989, p.18.
- (305.) ENTELIS J.P.: op.cit., pp.121-122.
- (306.) ISNARD H.: op.cit., p.104.
- (307.) CHEVASSU J-M.: "Le rôle de l'Etat marocain dans la croissance: le blocage et la restructuration du secteur industriel", en VV.AA. Etat et développement dans le monde arabe..., op.cit., p.108.

- (308.) Ibidem, pp.201 y ss.
- (309.) BENAMDUR LAHRICHI N.: "Etat et système financier au Maroc: mutations et adaptations", en Etat et développement dans le monde arabe..., op.cit., p.245.
- (310.) El MALKI H.: Trente ans d'économie..., op.cit., p.240.
- (311.) Ibidem, pp.231 y ss.
- (312.) Véase MARTENS A.: L'économie des pays arabes, op.cit., p.120.
- (313.) MAHJOUB A.: "Etat, secteur public et privatisation en Tunisie", en AAN, XXVI, 1987. p.300.
- (314.) GALLISSOT R.: L'économie de l'Afrique du Nord, op.cit., p.88.
- (315.) MAHJOUB A.: op.cit., p.300.
- (316.) Citado por SIGNOLES P.: "Industrialisation, urbanisation et mutations de l'espace tunisien", en AAN, XXII, 1983, p.281.
- (317.) ISNARD H.: op.cit., p.104.
- (318.) CHABBI M.: "Politiques d'habitat et modèles de développement: le cas de Tunisie 1960-1984", en AAN, XXV, 1986, p.38.
- (319.) PONCET J.: "L'économie tunisienne depuis l'indépendance", en Les économies maghrébines..., op.cit., p.89.

- (320.) MAHJOUB A.: op.cit., pp.300-301.
- (321.) CHABBI M.: op.cit., p.38.
- (322.) Véase SIGNOLES P.: op.cit., p.281.
- (323.) MARTENS A.: op.cit., p.121.
- (324.) BESSIS S.: "Banque Mondiale et FMI en Tunisie: une évolution sur trente ans", en Etat et développement dans le monde arabe..., op.cit., pp.139-140.
- (325.) Ibidem.
- (326.) RUF W.K.: "Le socialisme tunisien...", op.cit., p.401.
- (327.) ISNARD H.: op.cit., p.106.
- (328.) AMIN S.: Le Maghreb moderne, op.cit., pp.192-193.
- (329.) SIGNOLES P.: op.cit., p.278.
- (330.) Véase "L'affaire Ben Salah", por de SAENGER B.: "Tunisie: chronique politique", en AAN, IX, 1970, pp.271 y ss.
- (331.) AMIN S.: Le Maghreb moderne, op.cit., p.194.
- (332.) RUF W.K.: "Le socialisme tunisien...", op.cit., p.410.

- (333.) ZERAQUI Z.: El mundo árabe: imperialismo y nacionalismo (Traducción de Rose Marie Lelong), Editorial Nueva Imagen, México, 1981, p.180.
- (334.) CHABBI M.: op.cit., p.38.
- (335.) PONCET J.: op.cit., p.99.
- (336.) RUF W.K.: "Le socialisme tunisien...", op.cit., p.411.
- (337.) SIGNOLES P.: op.cit., p.288.
- (338.) Ibidem.
- (339.) CHABBI M.: op.cit., p.42.
- (340.) Ibidem.
- (341.) Véase MARTENS A.: op.cit., p.129.
- (342.) BESSIS S.: "Banque Mondiale et FMI...", op.cit., p.140.
- (343.) Ibidem, p.145.
- (344.) Ibidem, p.146.
- (345.) Ibidem, p.147.
- (346.) MAHJOUB A.: op.cit., p.309.

- (347.) ISNARD I.: op.cit., p.120.
- (348.) Véase AMIN S.: Le Maghreb moderne, op.cit., p.184.
- (349.) RIVIER F.: "L'autonomie des unités agricoles du secteur socialiste en Algérie", en AAN, XIII, 1974, pp.253-254.
- (350.) AMIN S.: Le Maghreb moderne, op.cit., p.184.
- (351.) Véase RIVIER F.: op.cit., p.254.
- (352.) AMIN S.: Le Maghreb moderne, op.cit., p.187.
- (353.) RIVIER F.: op.cit., pp.255 y ss.
- (354.) OLLIVIER M.: "L'industrie dans la stratégie de développement de L'Algérie", en AAN, XX, 1981, p.460.
- (355.) Ibidem, p.461.
- (356.) BOUHAHA M.: "Le logement et la construction dans la stratégie algérienne de développement", en AAN, XXV, 1986, pp.55-56.
- (357.) Véase KHADER B.: "L'Arabie Saoudite et l'Algérie face à la crise pétrolière de 1986", en AAN, XXIV, 1985, p.294.
- (358.) Véase L'économie algérienne (4^a edición), Ediafric -La Documentation Africaine-, Paris, 1985, p.4.

- (359.) RAMONET I.: "Vientos de reforma en Argelia", Le Monde de Diplomatie (edición latinoamericana), diciembre de 1986-enero de 1987, p.11.
- (360.) OLLIVIER M.: op.cit., p.461.
- (361.) ADDI L.: "Forme néo-patrimoniale de L'Etat et secteur public en Algérie", en AAN, XXVI, 1987, p.96.
- (362.) Ibidem, p.88.
- (363.) MESTIRI E.: "L'Algérie 25 ans après: attente et perplexité", Croissance des Jeunes Nations n° 296, Paris, julio-agosto de 1987, pp.11-12.
- (364.) Véase L'économie algérienne, op.cit., p.48.
- (365.) Véase BOURENANE N.: "Les réformes des structures productives en Algérie: désengagement de l'Etat ou désétatisation de l'économie publique?", en Etat et développement dans le monde arabe..., op.cit., p.184.
- (366.) Véase ABDOUN R.: "Le secteur industriel privé en Algérie", en AAN, XXV, 1986, p.466.
- (367.) BOURENANE N.: op.cit., p.192.
- (368.) ISNARD I.: op.cit., p.128.
- (369.) YACHIR F. y ABDOUN R.: "Dépendance alimentaire, croissance agricole et équilibre externe en Algérie", en AAN, XXIII, 1984, pp.533 y ss.

- (370.) NANCY M.: "Chronique économique Algérie", en AAN, XIX, 1980, p.619.
- (371.) Véase TALHA L.: "Libye: chronique économique", en AAN, VI, 1967, p.520.
- (372.) Ibidem, pp.513 y ss.
- (373.) Ibidem, p.547.
- (374.) Ibidem, p.540.
- (375.) REGNIER J-J.: "Libye: chronique économique", en AAN, VII, 1968, p.390.
- (376.) REGNIER J-J.: "Libye: chronique économique", en AAN, VIII, 1969, p.562.
- (377.) TALHA L.: "Chronique économique Libye", en AAN, XIII, 1974, p.397.
- (378.) RETAL J-L.: "La Libye républicaine face au cartel pétrolier. Valorisation et control de la production", en AAN, XII, 1974, pp.108 y ss.
- (379.) Ibidem, p.116.
- (380.) REGNIER J-J.: "Libye: chronique économique", en AAN, IX, 1970, p.453.
- (381.) TALHA L.: "Libye: chronique économique", en AAN, 1973, p.581.

- (382.) Véase BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXI, 1982, p.566.
- (383.) BEARMAN J.: Qadhafi's Libya, Zed Books Ltd., Londres-New Jersey, 1986, p.275.
- (384.) BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXIII, 1984, p.856.
- (385.) BEARMAN J.: op.cit., p.279.
- (386.) BURGAT F.: op.cit., p.857.
- (387.) TALHA L.: "Chronique économique Libye", en AAN, XX, 1981, pp.658-659.
- (388.) MONASTIRI T.: "Chronique politique Libye", en AAN, XX, 1981, op.cit., p.561.
- (389.) TALHA L.: "Chronique économique Libye", en AAN, XX, 1980, p.635.
- (390.) TALHA L.: "Chronique économique Libye", en AAN, XX, 1981, op.cit., p.658.
- (391.) BURGAT F.: op.cit., p.857.
- (392.) Ibidem, p.858.
- (393.) BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXI, 1982, op.cit., p.566.

- (394.) LATREMOLIERE J.: "Un regard neuf sur la Libye", en Marchés Tropicaux et Méditerranéens del 20 de mayo de 1983, París, p.1251.
- (395.) Véase BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXIII, 1984, op.cit., pp.858-859.
- (396.) GALLICID L.: "Mouvement ouvrier et syndicat dans la Libye d'aujourd'hui", en AAN, XXI, 1982, op.cit., p.214.
- (397.) Ibidem, p.211.
- (398.) BURGAT F.: "Chronique libyenne", en AAN, XXV, 1986, op.cit., p.720.
- (399.) DIALLO A.: "Réflexions sur la question...", op.cit., p.403.
- (400.) SAISON P.: "La Mauritanie. Aperçu général", en AAN, XII, 1973, pp.306-307.
- (401.) Véase DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIII, 1984, p.950.
- (402.) Véase DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXI, 1982, p.648.
- (403.) SAISON P.: op.cit., pp.307 y ss.
- (404.) Ibidem.
- (405.) BALANS J-L.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XV, 1976, pp.576-577.

- (406.) Ibidem, pp.578-579.
- (407.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIII, 1984, pp.950-951.
- (408.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIII, 1982, op.cit., p.648.
- (409.) Ibidem, pp.648-649.
- (410.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIII, 1984, op.cit., p.951.
- (411.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXI, 1982, op.cit., p.649.
- (412.) Ibidem.
- (413.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXIV, 1985, op.cit., pp.691 y ss.
- (414.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXV, 1986, op.cit., pp.788-789.
- (415.) DUTEIL M.: "Chronique mauritanienne", en AAN, XXVI, 1987, op.cit., p.645.
- (416.) Fayçal Yachir, citado por AMIN S.: La faillite du développement..., op.cit., p.31.
- (417.) Véase BENYOUSSEF A.: "Recherche des fondements économiques de l'intégration au Maghreb", en AAN 1970, CNRS, Paris, 1971, pp.25-67.

- (418.) Véase SOUDAN F.: "Du couscous sur toutes les tables au Maghreb", Jeune Afrique nº 1467 del 15 de febrero de 1989, pp.8 y ss.
- (419.) BALTA P.: "Gaddafi, el intratable", El País del 2 de diciembre de 1991, p.9.

CAPITULO II

IDEOLOGIAS Y ANTECEDENTES DE INTEGRACION EN EL MAGREB

A la luz del análisis del capítulo precedente, que pone de manifiesto la identidad del Magreb, es obvio que los Estados de esta región proclaman en sus textos oficiales, con algunos matices, su carácter árabe, islámico, magrebí y africano. De ahí la preocupación de este capítulo por analizar en primer lugar la efectividad o los límites del arabismo (o Panarabismo), del islamismo (o Panislamismo), del Panmagrebismo y del Panafricanismo como ideologías integradoras en el Magreb. En segundo lugar, destacaremos los antecedentes y las principales etapas del proceso de cooperación-integración en el Magreb, siendo el objetivo la presentación de una plataforma que permita la comprensión de las prácticas políticas y económicas de la integración en el Magreb, tema que abordará el próximo capítulo.

2.1. Las ideologías de integración en el Magreb o las incertidumbres de un eclecticismo ideológico.

2.1.1. El Panarabismo, arabismo o nacionalismo árabe.

Como ideología de unidad de todos los árabes desde el Atlántico hasta el Golfo Pérsico o Árabe, en cualquier forma de unión, el Panarabismo -que se confunde con el nacionalismo árabe con el que se ha desarrollado paralelamente- encuentra su origen en los tiempos más remotos, en los imperios Omeyas y Abasidas cuyas capitales fueron respectivamente Damasco y Bagdad.

Basada en la comunidad de historia, lengua, religión y civilización de los árabes desde el siglo VIII, la idea panárabe o arabismo busca, inspirándose en estas afinidades, los elementos de una existencia común y de la unidad de todos los Estados árabes (1).

Pese al hecho de tener como objetivo último la creación de un "Estado árabe unificado" refiriéndose a los imperios árabo-islámicos arriba mencionados, el concepto de Panarabismo es difícilmente definible, según subraya Fawzi Mellah, a causa de los distintos estratos o etapas que han caracterizado su evolución: la Nahdha islámica (Renacimiento islámico) que ha sido la expresión de la arabidad en el marco del imperio otomano, los patriotismos árabes como instrumentos de las luchas anticoloniales y de las independencias nacionales y el socialismo laicizante como proyecto progresista, modernista y anti-imperialista para canalizar las aspiraciones de las masas (2).

El Panarabismo, en su forma actual, aparece, pues, como una síntesis de todos estos elementos de la conciencia política árabe, una conciencia de la nación árabe que se sitúa entre el concepto universalista del islam (la Umma) y el concepto restringido del patriotismo (el Watan) (3).

El Panarabismo puede definirse como una ideología afectiva cuyo principal objetivo es "la unificación o la unidad árabe" (4), o según el Profesor J.U. Martínez Carreras es "el movimiento de carácter histórico que tiende a la colaboración y la unión de todos los árabes de Asia y Africa para la formación de una nación árabe" (5).

Dicho movimiento, que ha conocido un nuevo resurgimiento en los siglos XIX y XX y fue animado por Abdel Rahman al-Kawakibi, Rachid Rida y Sati al-Hursi ⁽⁶⁾, se distingue de la "arabidad" (Urubah) que se apoya en sentimientos, ideas, costumbres y gustos comunes o semejantes, y tiene un carácter orientado exclusivamente hacia el pasado y su exaltación. Mientras que el Panarabismo (Uahda al Arabia) es una acción política común ⁽⁷⁾ inspirada por dos factores principales: el recuerdo del próspero pasado árabe destruido por el panislamismo otomano y la voluntad de crear una entidad política árabe conforme al nacionalismo de moda en Europa en el siglo XIX ⁽⁸⁾. O según Paul Balta, la arabidad es una realidad, la conciencia de ser árabe, mientras que el Panarabismo (o arabismo) es una ideología de liberación y unificación ⁽⁹⁾, o, mejor dicho, un esfuerzo hacia la unidad política de todos los Estados árabes.

El Panarabismo propiamente dicho, surgió en el seno del imperio otomano como una reacción al "panturanismo", una especie de superioridad o racismo turco aparecido en 1909 y contra el que se opuso "la exaltación de la superioridad de los árabes y arabizados" ⁽¹⁰⁾, no como una raza sino como un conjunto de pueblos de lengua árabe. El Panarabismo como ideología política se diferencia del simple arabismo, considerado como "un conjunto de tendencias, aspiraciones e ideas vagas o al menos muy generales" ⁽¹¹⁾, desprovisto de acción política.

El Panarabismo se identificó con las aspiraciones de los pueblos arabófonos, ya que, contrariamente a una opinión más extendida, no existe una raza árabe, sino un conjunto de pueblos, racialmente diluidos, que comparten el sentimiento de

pertenecer a un mismo conjunto lingüístico y étnico de origen semítico (1³). Es árabe, pues, cualquier persona cuya lengua materna sea el árabe (1³). O, según manifiesta Maxime Rodinson, son árabes aquellos que hablan o consideran el árabe y sus variedades como su lengua "natural", que consideran la historia y la cultura árabe como suyos y que poseen o reivindican la conciencia de arabidad (1⁴).

Este elemento lingüístico (el uso de una lengua común), va a inspirar a Ibriham Pacha (hijo de Muhamad Ali), en la primera mitad del siglo XX en su intento de crear una agrupación política de los pueblos del Mashrek (de lengua árabe), sobre la base de su unidad cultural, contra la dominación otomana. Dicho intento fue respaldado por los ingleses, que favorecieron la emergencia del nacionalismo árabe o, al menos, canalizaron las reivindicaciones nacionalistas contra los otomanos. Con Ibrahim Pacha se asistió por vez primera a la teorización seria de la idea panárabe (1⁵) que apunta hacia la realización de la unidad árabe a partir de la arabidad.

El Panarabismo se convirtió en una ideología militante en primer lugar en el Mashrek, donde las élites (sirias, iraquíes y palestinas) lo utilizaron como instrumento de lucha contra la balcanización colonial. Sólo más tarde se extendió al conjunto árabe y al Magreb en particular (1⁶).

A partir de la Segunda Guerra mundial, el Panarabismo militante va a conocer la emergencia de dos polos: el baathismo (baasismo) de Michel Aflak y el nasserismo de Gamal Abdel Nasser que van a poner la idea panárabe en el centro del combate árabe.

Estableciendo una comparación entre ambas tendencias, a las que califica de dos intentos paralelos de modernización de las sociedades árabes, Paul-Marie de la Gorce manifiesta: "una se fundamentaba en la tradición nacional egipcia e incluso "nilótica", se enraizaba en una tierra y en un pueblo antes de que los éxitos del propio Nasser la dieran su plena dimensión árabe y la condujeran, desde El Cairo hasta Damasco y de Bagdad al Yemen, a intentos ruidosos y audaces, pero desesperados de unificación del mundo árabe. La otra, provenía de un sueño y de una reflexión nacida en la más árabe de todas las metrópolis del Cercano Oriente -es decir, la más abierta a todas las corrientes de hombres y de ideas, que han caracterizado desde siempre a esta región del mundo -que tenía fuerza y seducción suficientes para permitirle cruzar las fronteras y los desiertos y hacer del Baas el único gran partido común a varios Estados. Pero tanto el nasserismo como el baasismo querían la modernización al mismo tiempo que la liberación. Pretendían asociar socialismo y nacionalismo. Incitaban al mundo árabe al despertar nacional y a la emancipación social. En fin, ambas eran la expresión de una misma voluntad de hacer penetrar al mundo árabe en el siglo XX" (17).

Es evidente que, tanto el baasismo como el nasserismo se fundamentaban en un sincretismo, con idénticas bases ideológicas y sociales y sólo se diferenciaban en la práctica de la unidad (18). El nasserismo, que es más praxis que teoría y que es el producto de las "humillaciones" árabes de los años 50, vinculaba el destino egipcio con el objetivo unitario del pueblo árabe y se basaba en la personalidad carismática de Gamal Abdel Nasser, y no en un partido. Y desbordó el Panara-

bismo para identificarse al tercermundismo. Mientras que, el baasismo de Michel Aflak, era a la vez teoría y praxis. Como "nacionalismo humanista", el baasismo destaca por la coherencia teórica, el rigor organizativo y la voluntad de concreción. Su ideólogo, Michel Aflak, se confirmó como uno de los pensadores más profundos del Panarabismo (19).

En pocas palabras, cabe decir que el nasserismo no tenía una ideología coherente y claramente definida. Sus ejes principales eran el antiimperialismo y el antisionismo. Utilizaba las conciencias árabes para dirigirlas más hacia el mundo externo (Tercer Mundo) que hacia el interno. Por el contrario, a pesar de su carácter apátrida, el baasismo ha logrado tomar el poder en Siria e Irak, donde los baasistas gobiernan basándose en el proyecto socialista y la conciencia árabe (20).

En efecto, el tema central del pensamiento político de Nasser, tal y como destaca en su "Filosofía de la Revolución", era la teoría de los "tres Círculos": árabe, africano y musulmán. El "Círculo Árabe", que es el más importante, consistía en la unidad del Mundo Árabe para una lucha común contra un enemigo común (Israel y el imperialismo), y la unificación de los elementos del poderío árabe (la civilización común, la importante posición estratégica del Mundo Árabe y el petróleo árabe). El "Círculo del Continente Africano" interesó también a Nasser a causa de la supervivencia en dicho Continente del colonialismo y del neocolonialismo, de la posición geográfica de Egipto en Africa, de las fuentes del Nilo en el corazón de Africa, de las fronteras sensibles de Sudán, país vecino de Egipto, con los países subsaharianos, de la conciencia y unidad

africanas. Dicho "Círculo" completa, pues, el "Círculo Árabe". Y por último, el "Círculo Musulmán" consistía en basarse en la civilización y la herencia islámicas para establecer una cooperación entre los pueblos musulmanes del mundo (21). En todos estos "Círculos" debería "desplegarse el poder de Egipto" (22). El Cairo monopolizó así el panarabismo nasseriano que tenía una propensión internacional.

Otro elemento común del baasismo y el nasserismo es el socialismo árabe o la "vía árabe al socialismo". En este aspecto, las teorías económica y social de ambas tendencias presentan claras semejanzas (23). El socialismo nasseriano se fundamentaba en seis principios: liquidación del imperialismo y sus agentes; liquidación del feudalismo y del predominio capitalista; liquidación de los monopolios; establecimiento de una justicia social sana; creación de un ejército nacional popular, e instauración de una sociedad democrática libre (24). El "Partido Ba'ath Árabe y Socialista" de Siria e Irak, cuyos objetivos eran la Unidad, la Libertad y el Socialismo, preconizaba a su vez los principios siguientes: el renacimiento general de la nación árabe; la abolición de los obstáculos a la expresión de la Nación y a la explotación de su potencial; la prioridad de las masas populares, las fuerzas revolucionarias, y en particular, de la clase obrera (25). El "socialismo árabe" baasista y nasseriano, que excluía cualquier referencia al sistema socioeconómico marxista, se fundamentaba pues en el principio de la justicia social (26).

Sin embargo, en la práctica, el socialismo nasseriano se identificaba con un intervencionismo o dirigismo estatal o, según Samir Amin, era un capitalismo de Estado (27).

El panarabismo militante alcanzó su apogeo con la fusión, en 1958, de Egipto y Siria que crearon la República Árabe Unida (R.A.U.). Este acercamiento entre el baasismo y el nasserismo constituyó el núcleo de la futura nación árabe. Sin embargo, la secesión siria, en septiembre de 1961, seguida de la escisión del "Partido Ba'ath Árabe y Socialista" en el partido de M. Aflak y el de A. Haurani, es decir, en sus dos tendencias iniciales sirias, consagraron el fracaso de la ideología panarabista.

En cuanto a la escisión dentro del Baas, se debe a la lucha de liderazgo entre M. Aflak y A. Haurani, a sus ambiciones políticas personales, a la desconfianza mutua y a sus personalidades opuestas: el primero es un teórico y cristiano ortodoxo, el segundo, un pragmático y líder musulmán (28).

Por una parte, las disputas internas del Baas (izquierda-derecha, civiles-militares, discrepancias étnicas y entre militares) (29) y la toma del poder por los regímenes baasistas, en Siria e Irak *, regímenes totalmente desvinculados de las masas

* Este acontecimiento no va a conducir a la creación de un frente común a causa de la tradicional oposición entre Damasco y Bagdad, cuyo contencioso se remonta a las rivalidades entre el imperio Abasida y el imperio Omeya, a los conflictos de intereses entre ambos Estados y a las luchas ideológicas dentro de cada tendencia nacional del Baas.

a pesar de sus discursos unitaristas y socialistas, consagran el fracaso de la ambición unitaria (20). Por otra, la "desnasserización" de Egipto por Anuar el Sadat, quien fortaleció su poder personal separándose del Mundo Árabe con la guerra limitada con Israel en 1973, la paz separada con dicho país, los acuerdos de Camp David en septiembre de 1978, la prioridad dada al nacionalismo egipcio sobre el árabe y la alianza con los Estados Unidos, aisló a Egipto del Mundo Árabe y le desposeyó de cualquier liderazgo panárabe.

La política árabe de Sadat se fundamentaba en dos alianzas: la alianza militar con Siria para una guerra limitada contra Israel, que ocupaba los territorios egipcio (Sinaí) y sirio (altos del Golán), y la alianza estratégica con Arabia Saudí para defenderse de la posible utilización del petróleo como arma contra él y acercarse a los Estados Unidos (21). Tres ideas principales dominaban toda la acción política de Sadat, a saber: la pasión por Egipto y de ahí su obsesión de recuperar el Sinaí por cualquier medio; la convicción de la imposibilidad de Egipto y de los Estados árabes de derrotar a Israel, apoyada militarmente por los Estados Unidos; el odio al comunismo y la apreciación de la guerra árabe-israelí como consecuencia de la guerra fría (22).

Esta apertura egipcia hacia los Estados Unidos e Israel mantenida por Hosni Mubarak, hace perder a Egipto cualquier influencia sobre el Mundo Árabe, sin recibir a cambio contrapartida alguna. Dicho mundo se caracteriza en la actualidad por amenazas constantes de desestabilización (23).

Con la desaparición de Gamal Abdel Nasser (28 de septiembre de 1970), de Michel Aflak (24 de junio de 1989) y las divisiones en el seno del baasismo, el Panarabismo se ha alejado de su objetivo de realizar la unidad árabe y conoce una grave crisis de liderazgo, ilustrada por las rivalidades entre Gaddafi, Sadam Hussein y Hafez el Asad, para concretar la personalidad ideológico-cultural del Mundo Árabe y encabezar la lucha por su unidad. Dichas rivalidades han sido puestas de manifiesto durante la guerra del Golfo en la que las tropas de Hafez el Asad formaron parte de las fuerzas multinacionales contra Sadam Hussein, mientras que Gaddafi, que reprobó la anexión iraquí de Kuwait, se limitó a condenar la presencia de las fuerzas norteamericanas y extranjeras en la zona del Golfo y exigir una solución árabe del conflicto.

Mohammed Arkoun, comparando a Nasser con otros líderes árabes, y en particular con Sadam Hussein, manifiesta: "Ambos (Nasser y Sadam) luchan por el nacionalismo árabe, por más independencia respecto a Occidente, por la modernidad. Lo hacen con más fuerza que Gaddafi. Pero una aspiración necesita una táctica y una estrategia. Ambos cometieron los mismos errores: caer en las trampas que les tendió Occidente. Nasser en el 67 y ahora Sadam. No evaluaron bien. Sadam recoge la idea original de Nasser, después de los trágicos fracasos en el mundo árabe desde la guerra de 1967. Las masas, ciegas, le han seguido. Es difícil mantener un discurso de "derecho" frente al sentimiento de "injusticias repetidas"; las preocupaciones de un mundo dominado no son iguales a las del mundo que domina (...). Hay una diferencia sustancial en el momento de la derrota entre Nasser y Sadam: el primero dimite y el otro miente. Es una

cuestión de generación. Nasser está más cerca del concepto del honor musulmán, según el cual cuando alguien se equivoca lo reconoce y se va. Sadam es de una generación más cínica y más moderna. El concepto de honor, como tantos otros, se ha roto en el mundo árabe. Hemos pasado en treinta años de la cultura popular, donde funcionaba la cultura del honor y de la ética, al populismo, producto de la explosión demográfica, el desarraigo de la democracia, la ruptura de la solidaridad campesina y la emigración a megápolis " (24). Según el autor mencionado, la comparación del discurso ideológico de Nasser sobre la revolución agraria con el de Bumedíán sobre el mismo tema, ilustra de manera clara el paso de una cultura popular a una incultura populista (25).

Esta cita, bastante larga, tomada de un prestigioso islamólogo, ilustra bien la situación actual del Panarabismo, que se ha convertido en una ideología de frustración, de lucha contra las injusticias de que son víctimas los árabes y de "xenofobismo comprensible" (26). Son precisamente estas injusticias, según Jacques Berque, las que dan al Panarabismo su fuerza de protesta, afirmación y solidaridad (27).

El Panarabismo, que consiguió el consenso árabe sobre el problema de la descolonización de territorios árabes y la lucha contra Israel, es en su objetivo de unidad, la ideología que comparten las élites y las masas en su lucha para la independencia política y económica y para la modernización (28). Dicha ideología presenta, entre otras, las siguientes características: encarna las aspiraciones y los sentimientos tanto de los teóricos como de las masas; se fundamenta en la religión

(Islam); es un nacionalismo controlado por la burguesía y aceptado por las masas y unitario contra la balcanización del Mundo Árabe (3º).

En su evolución, el Panarabismo ha tomado dos formas principales y opuestas: el panarabismo de izquierda y el panarabismo de derecha. El primero "neutralista socializante y popular" fue simbolizado por el baasismo y el nasserismo y declinó con el fracaso de la R.A.U., la derrota militar de 1967 y la muerte de Gamal Abdel Nasser. El segundo surgió con el auge de la influencia de Arabia Saudí y en particular de su monarca, el Rey Faysal, de la "desnasserización" de Egipto por Anuar el Sadat seguida de su éxito militar parcial frente a Israel en octubre de 1973, de la eliminación de los ultrarrevolucionarios del poder en Siria (expulsión y condena a muerte de Michel Aflak) en noviembre de 1970, de la emergencia de los Estados petrolíferos del Golfo y de la recuperación por los Estados Unidos de su influencia económica en la zona (4º). Dicho de otra manera, los fracasos económicos y políticos del primero combinado con la no resolución del problema palestino, favorecieron la aparición del segundo. Resumiendo de una manera simplificada y con algunos matices, se puede decir que el panarabismo de izquierda se basaba en el "socialismo de Estado" y el panarabismo de derecha en el "capitalismo de Estado".

Los partidos y los Estados que se proclaman dentro del Panarabismo han fracasado en sus intentos de concretar la unidad árabe. De acuerdo con Hichem Djaït, cabe decir que han planteado mal el problema tanto en la teoría como en la práctica. No existe una nación árabe, sino unos Estados, gobiernos

y regímenes árabes celosos de sus soberanías. El gran error del movimiento panarabista ha sido el fundamentar la unidad árabe sobre el modelo de la nación y considerar a la nación árabe como una realidad. Se olvidó que la unidad árabe sólo puede realizarse mediante la superación, previa, del fenómeno nacional (41). Por ello es necesario considerar el baasismo y el nasserismo sólo como preámbulos, etapas y tanteos del Panarabismo, que necesita ser reformulado (42).

A pesar de tener unas características y problemas comunes, que deberían servir de base para una solidaridad real, el Mundo Árabe no está organizado ni integrado (43), se encuentra dividido y es débil (44). La creación de Estados y las transformaciones ideológicas que ha conocido, han fortalecido las formaciones estatales nacionales en detrimento del Panarabismo y de la unidad árabe (45). El ideal panarabista que no puede ir más allá de la simple coordinación entre los Estados árabes, se ha refugiado en las Constituciones nacionales y los textos oficiales.

Frente a los particularismos estatales cada vez más fuertes, la pretensión panarabista de crear un Estado supranacional, nunca realizado, representa una esperanza o un sueño cada vez más lejano, una utopía. La ideología panarabista ha tenido una idea simple y simplista basada en el modelo prusiano (Egipto era el motor y Nasser el Bismark árabe), en la teoría de los dominós (unión de dos o tres que se extendería después a los demás) y en la guerra contra Israel (46).

El temor de ver al Estado supranacional nasseriano o baasista con poderes absolutos para conseguir sus objetivos de unidad, ha conducido a las burguesías dirigentes árabes a preferir sus Estados actuales, y a limitarse a utilizar el discurso panarabista previamente manipulado para distraer a las masas de los verdaderos problemas internos, lo que no deja de ser una triste paradoja.

Según opina Moncef Marzouki, el Panarabismo lejos de realizar la unidad conduce a los Estados árabes a defender cada uno su especificidad y a considerar cualquier acción común como una amenaza a dicha especificidad. Ello permite que Israel, su enemigo común, pueda enfrentarse tranquilamente con ellos, uno tras otro ante la indiferencia de los demás (47). El viejo adagio musulmán: "los árabes se han puesto de acuerdo para no ponerse de acuerdo entre sí", se hace en nuestros días una triste realidad.

Si bien es verdad que el problema israelí constituye un factor en pro de la unidad árabe al movilizar todas las energías árabes y al permitir una cierta concertación entre los Estados árabes, no es menos cierto que dicho problema se ha convertido en un elemento negativo al provocar una obsesión que impide cualquier progreso interno. Se ha utilizado la cuestión palestina para establecer regímenes dictatoriales, empeñar una carrera armamentista, en detrimento del desarrollo económico y social, y distraer una vez más a las masas de los fracasos internos (48).

Por una parte Fawzi Mehah (49) considera efectivamente a Israel como un obstáculo para la unidad árabe, ya que dicho Estado constituye un elemento extranjero a la región y a su problemática y ha roto su homogeneidad geográfica, política y cultural. Israel, que no puede admitir ninguna unión árabe pues constituiría una amenaza a su existencia, participa en la estrategia global del imperialismo. Pero, al margen de este factor externo e indirecto, la unidad árabe viene obstaculizada por el fenómeno de estatalización controlado por las burguesías nacionales.

En resumen, el Panarabismo como ideología de integración se enfrenta a obstáculos históricos (distintas dominaciones coloniales y sus consecuencias, desigualdades de toda índole), políticos (el carácter dictatorial de los regímenes árabes, el alejamiento de los pueblos de las experiencias unitarias y el control de los aparatos estatales por las burguesías nacionales), culturales (distintas influencias culturales extranjeras, diferentes sistemas educativos y segmentación de la arabidad en distintas realidades nacionales por los nuevos Estados), metodológicos (la carencia de redes y polos de unificación por los Estados), y sionistas (existencia del Estado israelí y sus ofensivas militares) (50).

Todo ello denota la debilidad del Panarabismo, el cual ha movilizado a las masas por unos objetivos utópicos e ilusorios, cada vez más aplazados. Dicha ideología se reduce a un sentimiento común de humillación, impotencia, revuelta y rencor (51). El Panarabismo aparece, pues, más como una reacción que como una acción.

A pesar de suscitar la simpatía de las masas, éstas ya no se reconocen en el Panarabismo. Se identifican cada vez más en sus nacionalismos estatales que persiguen objetivos concretos y que les dan un cierto orgullo y dignidad nacionales. Se sienten argelinos, marroquíes, egipcios, palestinos, sirios ... antes que árabes. O mejor dicho, son árabes argelinos, árabes marroquíes, etc. Ello ha sido favorecido no sólo por la división del Mundo Árabe en países "progresistas" y "conservadores" (entre ellos las monarquías "reaccionarias") - países partidarios de la opción socialista y los del capitalismo de Estado y/o privado, en pro o en contra del diálogo con Israel (Frente del Rechazo o Frente de la Firmeza) (52)-, sino también por los fracasos del Panarabismo que han conducido a la "autodifamación", "autodenigración" y "automortificación" (53). Al respecto, el profesor tunecino Moncef Marzouki manifiesta que aunque resulte paradójico, el Panarabismo ha contribuido más a dividir a los árabes que a unirlos (54).

El Mundo Árabe aparece cada vez más como un conjunto dividido en Estados con distintas economías nacionales y con claras especificidades: el arcaísmo saudí, el confesionalismo libanés, la insatisfacción siria, la frustración palestina, la violencia iraquí... un conjunto roto que aspira, en la división, a la unidad (55) o mejor dicho a un ideal unitario común.

Anouar Abdel-Malek (56) califica esta situación de "nacionalitarismo" o "etapa nacionalitaria", en oposición al nacionalismo colonialista. El primero sería positivo ya que consiste en la reconquista de la identidad y es creador de valores e instituciones progresistas que liberan del naciona-

lismo estrecho y fortalecen el sentimiento de pertenecer a una comunidad más amplia, que se expresa en una voluntad común de existencia colectiva árabe. Según Maxime Rodinson (57), se trata, ni más ni menos, que de una conciliación entre el nacionalismo y el internacionalismo.

De todas maneras y de acuerdo con Dominique Chevallier (58), el ideal unitario ha sido recuperado por cada Estado o por los dirigentes nacionalistas para fortalecer y despertar en los pueblos la conciencia de sus intereses y sus especificidades históricas. Los particularismos fortalecidos en nombre de la unidad han encontrado en el Estado el marco de su concreción. Cada Estado, al mismo tiempo que se reclama de la solidaridad árabe o de la arabidad, afirma su existencia y su especificidad.

Siguiendo esta lógica, la de los intereses nacionales divergentes, los dirigentes magrebíes van a adoptar distintos nacionalismos internos: el nacionalismo "religioso y agresivo" marroquí, el nacionalismo "anticolonial y tendermundista" argelino, el nacionalismo "carismático burgués" tunecino (59) y el nacionalismo "tribal" mauritano. En todo el Magreb coexisten distintas concepciones particularistas de la unidad árabe, salvo en el caso de la Libia de Gaddafi, quien con su panarabismo pronasseriano ha superado en una cierta medida el nacionalismo estatal a favor de la idea unitarista árabe (60). Al contrario de sus vecinos magrebíes, quienes han recuperado las herencias colectivas nacionales para dar una peculiaridad patriótica a sus Estados, Gaddafi se ha empeñado en identificar al Estado Libio con el pueblo árabe. Estos nacionalismos diver-

gentes magrebíes fueron puestos de manifiesto, en la década de los 60, por la adopción de los "socialismos" específicos: marroquí, desturiano, argelino, libio, a menudo mal definidos e imprecisos.

A diferencia de Gaddafi, que va a ser el único en mantener fielmente el panarabismo nasseriano dándole un nuevo impulso, los demás países magrebíes, en particular Marruecos y Túnez, van a desconfiar del Panarabismo (el de izquierda) a causa de su espíritu revolucionario. Argelia se limitará a una actitud favorable, pero no demasiado comprometida (⁶⁴). Su acción en los años 1967-70, va a consistir en fortalecer el frente árabe contra Israel, en luchar contra el feudalismo árabe y los regímenes árabes "reaccionarios" y en armar a los palestinos (⁶⁵). Formará también parte junto a Libia, Irak, Yemen del Sur y la O.L.P. del "Frente de la Firmeza" contra la iniciativa de paz de Sadat con Israel.

El Panarabismo, nacido en el Mashrek y vaciado de su contenido, no tiene un impacto real sobre los dirigentes magrebíes, quienes se limitan a utilizarlo como un eslogan de propaganda para no enfrentarse a la opinión panárabe que, según Abdallah Laraoui, a pesar de ser silenciosa tiene una cierta influencia para el futuro (⁶⁶).

Pese al hecho de tener un fuerte impacto sobre la conciencia popular magrebí, donde se le ha dado una connotación islámica a causa de la ausencia de minorías cristianas, importantes en el Mashrek, el Panarabismo no suscita, como queda dicho, un gran entusiasmo entre los dirigentes magrebíes. Al

contrario del Mashrek donde ha sido utilizado como instrumento de unidad política, en el Magreb el Panarabismo sólo ha provocado la toma de conciencia histórica árabe (64).

Varias razones explican las dificultades del Panarabismo para constituirse en ideología de integración en el Magreb: la colonización francesa, que lo apartó de las influencias procedentes del Mashrek; el alejamiento de Israel; el desarrollo de los particularismos nacionales, y las permanentes tensiones del Oriente Medio.

Distintos medios o vías han sido utilizados para llevar a buen fin el ideal panarabista de unidad: el partido (Baas en Siria e Irak), el liderazgo carismático (Nasser), la organización internacional (Liga Árabe) y los Estados (fusión entre Egipto y Siria; entre Egipto, Libia, Siria y Sudán; entre Libia y Túnez...) como hemos puesto de manifiesto en la primera parte del presente análisis. Todos han fracasado (65). El islamismo se presenta como una alternativa y pretende, según François Burgat, sustituir a Nasser en los corazones árabes (66). El próximo apartado intentará averiguarlo.

2.1.2. El Panislamismo, islamismo o nacionalismo pan-islamista

Los Estados magrebíes, que se proclaman árabes, son también islámicos, ya que adoptan el Islam como religión oficial del Estado y los Jefes de Estado han de ser forzosamente musulmanes. En el Magreb, lo árabe se confunde con lo islámico y, según Falih Abd Al-Yabbar: "Mucha gente sencilla del Magreb apenas podría creer que los iraníes no son árabes. En cambio, en el Oriente Medio árabe, el Islam siempre estuvo bastante separado del nacionalismo árabe, hasta que el auge del neoislamismo y el impacto de las dos guerras del Golfo, consiguieron integrar ambas cosas" (67).

Esta pertenencia a la civilización árabo-islámica implica la referencia a una ideología basada en la religión (el Corán) y en el soporte humano (el pueblo árabe) (68). Mohammed Arkoun cita los siguientes elementos históricos de la ideología árabo-islámica: la aceptación de los modelos culturales occidentales y el rechazo global del imperialismo; el mito de la creación de la comunidad islámica (la Umma); la superioridad del Islam y de su civilización; el retorno a las fuentes del Islam interpretadas de formas diversas; la arabización manipulada por los dirigentes, y la solidaridad entre el Estado, el partido, la religión y la cultura nacional, a causa de las necesidades del desarrollo (69). Dicha ideología unitaria ha sido dictada, limitándonos sólo al siglo presente, para poder hacer frente a una triple amenaza: turca, sionista e imperialista occidental.

El fracaso del Panarabismo, esta especie de supernacionalismo nacido bajo la influencia británica contra el panislamismo de los sultanes turcos de Constantinopla y convertido en ideología unitaria y de lucha por el baasismo y el nasserismo, ha dado lugar a una alternativa encarnada por el panislamismo árabe, con un gran auge del islamismo en los países árabes en general y los magrebíes en particular.

El declive del panarabismo "unionista y unanimista" se produce con la derrota militar de 1967 y es consagrado por la muerte de Nasser en 1970 y los Acuerdos de Camp David. Dicha derrota convenció a las masas de que Occidente estaría siempre al lado de Israel y seguiría apoyando a los déspotas árabes y de que el respaldo soviético no era incondicional (70). Además, las políticas nacionales de desarrollo de inspiración occidental aplicadas por dirigentes tanto de derechas como de izquierdas, habían provocado la quiebra de la nación, el "desarrollo del subdesarrollo" y el "impasse" de la unidad. Según Bruno Etienne, hay una quiebra general: "quiebra del capitalismo importado y del marxismo importado y, además, quiebra de un cierto Islam y del nacionalismo que lo han reemplazado por un tiempo" (71).

El año 1967, que marca una ruptura y "un duelo histórico para toda la nación árabe", según manifiesta Roberto Mesa (72), va pues a debilitar el ideal panarabista y minar seriamente el liderazgo de Nasser y de los baasistas (73). Posteriormente, la muerte de Nasser en 1970 produjo una crisis y un vacío de liderazgo en el Mundo Árabe que Gaddafi, Sadam Hussein y Hafez el Asad trataron de llenar, cada uno a su manera (74).

Todos estos acontecimientos arriba expuestos, y en especial la derrota de 1967, van a provocar no sólo la humillación en las masas árabes con la consiguiente "satanización" de Occidente (75), sino que además van a preparar la emergencia del "islamismo fundamentalista" (76) en las nuevas y frustradas generaciones, que a partir de la década de los 70, van a buscar en el Islam las fuentes de su legitimación y las armas para la lucha política (77).

Este fenómeno, que ha sido calificado con los términos impropios y erróneos de "mahometismo" (78), "tradicionalismo", "extremismo", "radicalismo", "jomeinismo", "fundamentalismo", "neofundamentalismo" o "neoislamismo" (79), expresa una realidad basada en la confusión entre lo político y lo confesional, característica de los islamistas.

Habib El Malki (80) y Bruno Etienne (81), rechazan los términos de "integrismo" y de "fundamentalismo", términos de moda para designar la filosofía de los islamistas. Según Bruno Etienne, la palabra "integrismo" tiene una connotación europeo-centrista ya que había sido inventada a principios del siglo XX para calificar un cierto catolicismo que rechazaba cualquier forma de modernismo y de crítica racional de los textos sagrados. Mientras que el "fundamentalismo" significa el retorno absoluto a la Escritura como la única base de toda crítica y se aplica así a cualquier musulmán que considera el Corán como única fuente de la Verdad. O según Daniel Pipes, "el fundamentalismo" se refiere específicamente a un rechazo de cualquier tipo de vía intermedia y a un intento de imponer la Ley Sagrada en su totalidad (82). Por lo tanto, según Bruno Etienne y

François Burgat, Gaddafi, que recomienda el abandono de la Sunna (prácticas y creencias basadas en los precedentes del Profeta) en beneficio del único Corán, sería el único fundamentalista (23). Los islamistas no serían entonces ni "integristas" ni "fundamentalistas" puesto que aceptan la Sunna y los Hadith (dichos y decisiones del Profeta y de sus sucesores legítimos) y casi todas las innovaciones no desviacionistas introducidas en el culto (24).

Los islamistas que reclaman para sí el "islamismo", rechazan el integrismo, que tiene una connotación peyorativa, ya que significa "aplicación parcial e intolerante de la ley", y admiten, en cierta medida, el "fundamentalismo" cuando éste significa "un respeto total al espíritu de la ley", es decir, "una concepción del mundo que sitúa a la religión en primer lugar" (25). Según Eric Hoffer, ésta es la actitud del "verdadero creyente" (26). Este es el sentido en el que utilizaremos el término de "fundamentalismo islámico", para expresar un movimiento, que propone el retorno a las ideas y prácticas propias de los primeros tiempos del islám (27). Mejor aún, emplearemos el término consagrado por los especialistas: "islamismo radical" o "islamismo" a secas (28).

El islamismo es, pues, la ideologización o la politización del Islam, que se convierte en instrumento de legitimación del poder. Dicho de otra manera, es el pensar la política a partir del Islam.

Como resultado de la crisis de la modernidad y del fracaso de los modelos de desarrollo adoptados después de las independencias, el islamismo (o los islamismos) es, según Maxime Rodinson, una "aspiración a resolver por medio de la religión todos los problemas sociales y políticos y, simultáneamente, restaurar la integridad de los dogmas" (89). Bruno Etienne abunda en el mismo sentido al definirlo como "la forma político-religiosa que toma la ortodoxia musulmana enfrentada a los problemas de la modernidad" (90).

El islamismo así definido se inserta perfectamente en el Panislamismo, a pesar de las claras diferencias que presentan, ya que ambos defienden el carácter supranacional y unitario del Islam (91), el primero, actuando más a nivel nacional, y el segundo, a nivel internacional. El Panislamismo, en su objetivo de unificar a todos los musulmanes del mundo, se presenta como una "especie de internacional musulmana" (92) que se extiende desde Marruecos hasta Indonesia y en la cual se debe aplicar la Ley islámica o Sharia (93), mediante la toma del poder del Estado por los islamistas, que realizan así la unidad de la Umma, la comunidad de los creyentes, estimados aproximadamente en unos 1.000 millones de personas. Por la extensión del área y de los pueblos que pretende englobar, el Panislamismo vincula el Mundo Árabe al mundo de Bandung, integrado por los Estados asiáticos y africanos, que tienen en común el sentimiento de una antigua humillación colonial (94) y la adopción de la ideología de la no alineación tercermundista.

El Panislamismo, encuentra su origen más remoto en la Umma de los creyentes iguales, predicada por el Profeta como sociedad ideal. El Profeta confundió en su persona los poderes religiosos y políticos (95). Dicha comunidad nunca existió (96). La comunidad ante Dios fue sólo un sueño. Sueño, que pese al hecho de no concretarse en un Estado supranacional, permanece a través de los siglos, en la conciencia popular musulmana. Se caracteriza por su aspiración permanente a la unidad (97), con la expansión del Islam y la creación de los grandes imperios por los Omeyas, Abasidas y Almorávides. Limitado más o menos al Mundo Árabe y arabizado, el Panislamismo conoció una cierta concreción. Sólo con el imperio otomano, del que formaron parte los Estados árabes durante cuatro siglos, se desarrolló lo que Maxime Rodinson llama el "protonacionalismo islámico", bajo el reinado imperial de Abdülhamid II, que favoreció la formación de una unión panislamista y la creación de un movimiento de Fraternidad árabo-otomano, cuyo objetivo era impedir la injerencia europea en los países islámicos (98). Esta preeminencia dada a lo islámico por los sultanes otomanos, apuntaba a la legitimación del poder otomano y la unificación de todos los países musulmanes en torno a Turquía. De ahí que se desarrollase la conciencia de la identidad de los árabes, que van a exigir la rearabización del Islam (99), recordando su papel en la creación, la difusión y el desarrollo de la civilización musulmana (100). Y también de ahí la hostilidad contra los turcos u otomanos, que habían dividido a los árabes y marginalizado su cultura en la Umma (101). El Panislamismo otomano fracasó, pues, por haberse fundamentado en un imperio que excluía el liderazgo árabe (102). Contra esta situación, los árabes reaccionaron con el desarrollo del nacionalismo

árabe o Panarabismo, cuyo universalismo se derivó del imperio otomano, ya que, según Fouad Ajami, si el nacionalismo del movimiento de los "Jovenes Turcos" defendía el proyecto de la nación turca, ¿por qué no podrían también pretenderlo los árabes ? (103).

Con la emergencia del Panarabismo, el Panislamismo quedó en un segundo plano a pesar del importante esfuerzo de teorización por parte de El-Dine El Afghani y Abdurrahman El-Kawakibi, sus principales teóricos de finales del siglo pasado. La idea se quedó en el aire, limitándose a la organización de unos congresos islámicos en el período de entreguerras, para resurgir a partir de 1954 (104), confundándose con en espíritu de Bandung.

El análisis que precede, denota que el Panarabismo y el Panislamismo son dos conceptos distintos, aunque en algunos momentos se hayan apoyado entre sí, se hayan fundido y superpuesto (105).

La diferencia fundamental entre el Panarabismo y el Panislamismo radica en el hecho de que, el primero, es un movimiento político-ideológico que se fundamenta en la lengua árabe, para realizar la unidad de todos los Estados árabes (106), mientras que, el segundo, es un movimiento esencialmente religioso, que consiste en unificar a todos los musulmanes del mundo en una misma comunidad (la Umma). Dicho de otra manera, el Panarabismo se fundamenta en lo árabe, es decir, en el elemento nacionalista, para crear un solo Estado-nación árabe, mientras que el Panislamismo se basa en la comunidad musulmana

para crear un solo Estado de la Umma (107). El Panislamismo, se basa en los principios de la extraterritorialidad y del "ius religionis" que se aplican en el Dar al-Islam (el mundo del Islam "comunitario, unitario, mesiánico y universalizante"), distinto del Dar al-Harb (el mundo no musulmán o mundo de la guerra). Esta distinción dicta la actitud musulmana o islamista respecto al Derecho Internacional (108). El Dar al-Islam o la Umma es superior al Dar al-Harb con el que no existen relaciones. Sólo se pueden establecer, por razones de necesidad, con el Dar al-Sulh (el mundo o la zona de conciliación dónde se admite la predicación del Islam) (109). El Dar al-Islam tiene el deber de convertir a estos dos mundos, es decir, toda la humanidad, a la verdadera religión, el Islam (110), mediante la Yihad o Guerra Santa contra los no creyentes, conforme a la Sharía (primer sentido dado a esta palabra que significa también esfuerzo personal físico y moral).

Estableciendo una comparación entre el Panarabismo y el Panislamismo, Daniel Pipes observa: "El panarabismo, considerado con extrema precisión, incluye elementos panislámicos y elementos nacionalistas; es una versión nacionalista de la solidaridad panislámica. Su llamada a la unidad de los musulmanes recuerda al panislamismo, mientras que su énfasis en la lengua como definición de identidad política recuerda al nacionalismo. La idea de la unidad árabe explota una tradición clave de la civilización islámica. No es simple coincidencia que los panarabistas se refieran a la nación árabe como la Umma Arabiya, la Umma árabe" (111).

La derrota militar de 1967 (La Guerra de los Seis Días) con la ocupación por Israel de Jerusalén, los altos del Golán sirio y del Sinaí egipcio, constituye según, la expresión de Fouad Ajami, un verdadero "Waterloo del panarabismo". Como consecuencia de ella, se asistió a la pérdida de la influencia de los panarabistas de El Cairo y de Damasco en beneficio de los Estados petrolíferos del Golfo encabezados por Arabia Saudí (112). Por otra parte, dicha derrota, combinada con los fracasos socioeconómicos de los regímenes nacionalistas, tanto del Mashrek como del Magreb, condujo a las masas, que ya no creían en el Panarabismo y en sus dirigentes nacionales, a buscar "consuelo" en los valores del Islam (113). Lo que sirvió de caldo de cultivo al islamismo radical, que politizó el Islam y recuperó el discurso panislamista a partir de la década de los 70. Se trata, según manifiesta Fernando Morán, "de imbuir al Estado la posición islámica y hacer más compacta a la Umma" (114).

Contrariamente a lo que se suele opinar, no es, pues, la revolución islámica iraní de 1979 la que produjo el islamismo, sino la derrota de 1967. Dicha revolución ha sido el efecto y no la causa de la emergencia del islamismo (115).

No era de extrañar esta elección del islamismo como ideología alternativa, tanto a nivel de los Estados como de las masas, ya que el Islam, más que una religión, es un modo de vida individual y colectivo, que abarca todos los aspectos de la actividad humana: cultural, legislativo, social, político, económico... Es una fuerza política y espiritual considerable en lo nacional y lo internacional o, como diría Louis Massignon, es un "querer vivir juntos" (116). Su universalismo se

explica por la fraternidad de los creyentes y la igualdad ante Dios que se preconiza. El musulmán considera el Dar al-Islam como su patria. Su estatuto religioso, personal y social es igual en todos los países del Islam (¹¹⁷), en la Umma, basada en el "ius religionis", y que es un Estado, a la vez terrenal y espiritual (¹¹⁸). Revelado en árabe, a un Profeta árabe, y dirigido en primer lugar a los árabes por Alá, el Islam, se caracteriza por la "arabización espiritual" que acompaña a la islamización de los demás pueblos, en el marco de su universalismo (¹¹⁹).

El Islam constituye un factor de unión entre los musulmanes, por encima de las fronteras nacionales, que crea un verdadero sentimiento nacional musulmán basado en la Umma unitaria o el internacionalismo islámico, chocando con los nacionalismos estatales (¹²⁰). Se produce así una tensión entre los nacionalistas partidarios del Watan al-arabiyya y los ummistas que defienden la Umma al-islamiyya (¹²¹).

Los islamistas o ummistas rechazan el Estado-nación, al que consideran como producto de la colonización que ha balcanizado la Umma. La división de la Umma en varios Estados es un desorden (fitna) al que tienen que responder con el orden, es decir, con la creación del Estado islámico preconizado por el Profeta (¹²²). Esta búsqueda de la restauración del orden se explica también por la fiqh, la ruptura entre la Umma y los Estados actuales no respetuosos de la Ley islámica (¹²³). Sólo el restablecimiento del Dar al-Islam o la Umma, va a permitir la aplicación de la Sharía. Se reprocha a las élites dirigentes el estar corrompidas por los conceptos occidentales, el ser la

causa de la decadencia del mundo árabe y musulmán a través de la secularización del Estado. Todo el problema se reduce, así, a la oposición entre el Islam y la secularización (124). Contra la modernización del Islam que defienden las élites, los islamistas proponen la islamización de la modernidad (125), o como diría Daniel Pipes, quieren modernizarse sin occidentalizarse (126).

Para contrarrestar esta ofensiva islamista, los Estados, o mejor dicho, los gobernantes, van a utilizar también el arma de la religión. Pueden distinguirse dos estrategias al respecto: por una parte el "compromiso islámico" encabezado por el Rey Faisal de Arabia Saudí y por otra el "fundamentalismo de Estado" adoptado por algunos Estados mediante la arabización y la islamización oficiales.

El fundador de los "Hermanos Musulmanes", el egipcio Hassan-Al Banna (1906-1949), que va a influir principalmente en la ideología islamista moderna, manifestaba: "Creo que el secreto del retraso de los musulmanes reside en su alejamiento de la religión, que la base de la reforma consistiría en retornar a las enseñanzas del Islam y a sus juicios, que esto es posible si los musulmanes actúan en este sentido y que la doctrina de los Hermanos Musulmanes realiza este objetivo" (127).

El resurgimiento de las actividades de los Hermanos Musulmanes coincide con la llegada al poder, en Arabia Saudí, de Faisal Ibn Abdul Aziz, en 1962 como Primer ministro, y después de 1964-1975 como Rey. Es la época de la guerra del

Yemen, que opone las fuerzas progresistas panárabes, encabezadas por Egipto y las conservadoras, dirigidas por los Reyes Faisal y Hussein de Jordania. Aprovechando la persecución de los Hermanos Musulmanes por Nasser, Faisal y Hussein reaccionaron ofreciendo importantes puestos a los líderes del movimiento en el Gobierno y la Universidad. La segunda oportunidad aprovechada por el Rey Faisal será la derrota de 1967, que fue un choque para todos los musulmanes, con la ocupación de Jerusalén, la tercera ciudad santa del Islam. Faisal utilizó el "factor islámico", facilitado por la decadencia del panarabismo nasseriano y baasista, para tomar el liderazgo islámico, en su calidad de guardián de los santos lugares, contra los panarabistas socialistas acusados de ateos, prosoviéticos y procomunistas y contra Israel. La división del panarabismo entre "progresistas" y "conservadores" pro religiosos condujo, pues, al resurgimiento del "panislamismo de Estado" (122).

Para fortalecer los sentimientos panislamistas, el Rey Faisal interpreta la derrota de 1967 en los siguientes términos: "los árabes han sido vencidos y debilitados porque se han apartado del Islam. Su medio de salvación consiste, pues, en retornar al Corán y sus enseñanzas. Sus enemigos son tanto los del Este (los soviéticos), como los del Oeste (los occidentales): los dos bloques tienen interés en favorecer el sionismo del Estado de Israel... En cuanto a la recuperación de Palestina, sólo el combate sagrado (yihad) en nombre del Islam podrá asegurarla. Este yihad no es sólo asunto de los árabes, sino también de los demás musulmanes, iraníes, turcos, paquistaníes, malayos, etc." (123). En un orden de ideas cercano, el Rey Hassan II manifestaba: "Sin entrar en explicaciones y en

análisis, nos toca a nosotros, musulmanes, reconocer que Dios, que el Altísimo, nos ha castigado por nuestras faltas y nuestros pecados. Dios nos ha prescrito no desobedecer sus enseñanzas sagradas y hacer de éstas la carta de nuestra acción. Hemos desobedecido. Incluso algunos de entre nosotros se han permitido pensar que era posible gobernar separando lo espiritual de lo temporal. Nos hemos alejado de Dios y Dios se ha alejado de nosotros" (120).

Estas diatribas dirigidas directamente contra Nasser, quien consideraba que no se podía gobernar bien fundamentándose en el Corán, preparaban un pacto panislámico o alianza islámica propuesta en 1966 por el Rey Faisal con el respaldo de Muhammad Reza Palhevi de Irán y el Rey Hussein de Jordania. Dicho proyecto, considerado como una maniobra del imperialismo americano destinado a aislar a los países árabes progresistas que lo denuncian (Egipto, Argelia, Siria e Irak), es aprobado por Marruecos, Túnez y Sudán (121).

La ayuda otorgada a Egipto y Siria por Arabia Saudí y las ricas monarquías petrolíferas del Golfo (tras la derrota de 1967) para reconstruir sus economías y sus fuerzas armadas, facilitó la concreción de la idea de la alianza islámica a través de la Organización de la Conferencia Islámica (O.C.I.) creada en septiembre de 1969 en Rabat (122).

La O.C.I. aglutina a 45 Estados islámicos: 22 de Africa (tras la retirada de Nigeria en 1991), 8 de Asia, 14 del Oriente Medio y la D.L.P.. Es una organización de cooperación intergubernamental, cuyo objetivo principal, según el artículo 2 de

la Carta, es la consolidación de la solidaridad islámica. No persigue ni la creación de la Umma, ni el establecimiento de una confederación de Estados, ni el de una entidad supranacional (122). Además, esta Liga está debilitada por las discrepancias políticas, ideológicas y económicas, entre sus miembros, los cuales presentan graves desigualdades (124).

La OCI no puede ser confundida con la Liga Islámica Mundial, creada en diciembre de 1962, cuyo objetivo consiste en vincular entre sí a las comunidades musulmanas del mundo para alcanzar su unidad. Estableciendo una distinción entre ambas, Smilja Avramov escribe: "Existen ciertas diferencias de matices, en lo ideológico, entre la Liga y la Conferencia. Mientras la ideología de la Liga se apoya sobre las creencias ortodoxas sunitas del Islam, la Conferencia tiene un enfoque ligeramente flexible. Pero los ideólogos de ambas partes sostienen que "el pueblo musulmán" -el Corán le atribuye un lugar especial en el mundo- fue dividido, primero por el colonialismo, y luego, por la aparición de Estados nacionales, hecho contrario a los postulados de la ciencia del Islam sobre la unidad de todos los musulmanes" (125). En pocas palabras, cabe decir de acuerdo con Georges de Bouteiller que la OCI se fundamenta en el "Islam de las patrias o estatal" y la Liga se fundamenta en el "Islam de las comunidades" o, mejor dicho, la primera es una institución "político-cultural" y la segunda una institución "culturo-política" (126), según que se ponga más énfasis en lo político o en lo cultural.

Si bien es verdad que el Rey Faisal consideró la fe y la cultura, como los únicos factores capaces de establecer vínculos más eficaces que la "nación árabe", y el laicismo panarabista para crear una comunidad real de los Estados musulmanes, basada en la cooperación, con el fin de luchar en común contra el subdesarrollo (¹²⁷) -al respecto, se creó en 1975 el Banco Islámico de Desarrollo (B.I.D.) que funciona según los principios de la Ley musulmana (prohibición del comercio del dinero y de la usura), y cuyo objetivo es el fortalecimiento de la solidaridad islámica mediante la ayuda a los países miembros menos desarrollados y el establecimiento de un orden económico islámico que reemplace a los sistemas capitalistas y socialistas (¹²⁸)-, no es menos cierto, según subraya Georges Corm, que el Rey buscaba, a través de la OCI, proporcionar una legitimidad religiosa a su trono y fortalecer su alianza con los Estados Unidos. Para lo cual era necesario favorecer el antisovietismo de los movimientos islamistas y de los países islámicos. La importante ayuda financiera a dichos países y movimientos y la construcción de mezquitas por Arabia Saudí en los países musulmanes se explican en este marco (¹²⁹). El Rey Fahd, sucesor de Faisal, prosigue la misma estrategia, financiando la expansión de los partidos y grupos islamistas del Magreb -también de Jordania, Siria y Pakistán-, como el Movimiento de la Tendencia Islámica de Túnez y el Frente Islámico de Salvación de Argelia, con el apoyo de los Estados Unidos. En el caso particular del Magreb, el Rey Fahd (Guardián de los Santos Lugares) y el Rey Hassan II (Comendador de los Creyentes) se ponen de acuerdo para la expansión del Islam, ya que consideran que tienen responsabilidades comunes ante el Islam (¹⁴⁰). Anuar el Sadat formó parte de este nuevo panislamismo

conservador y prooccidental, admitiendo el regreso a Egipto de los Hermanos Musulmanes refugiados en Arabia Saudí durante la presidencia de Nasser. El panislamismo conservador convirtió de esta forma la derrota de 1967 en ventaja (141).

El triunfo de la revolución islámica shiíta en Irán en 1979 va a romper este esquema con el resurgimiento de un panislamismo radical, y antioccidental como nuevo centro de inspiración del movimiento islamista internacional (142). Este islamismo radical, que ha creado la primera República islámica de los tiempos modernos, suscita, a causa de su antioccidentalismo, el entusiasmo de las masas y la simpatía de los islamistas, que se empeñan en la lucha política directa contra los poderes establecidos considerados como contrarios a la idea de la Umma. Como consecuencia de ello, se produjo el asesinato de Anuar el Sadat, mientras que en el Magreb, en particular en Argelia y Túnez, se asiste a intentos de establecer regímenes islámicos.

La ideología del islamismo o panislamismo radical puede resumirse en torno a los siguientes elementos (143): la fe en el Islam y la sumisión a la voluntad divina; no hay ninguna separación entre la religión y el Estado; los Estados y los gobiernos que no se rigen por la Sharía son ilegítimos; el Corán y la Sunna constituyen la solución a los problemas de los musulmanes; la creación de un Estado islámico dirigido por los musulmanes; la Ley Islámica o Sharía es la Constitución del Estado islámico, y la creación de un orden islámico nacional e internacional, incluso por el uso de la violencia revolucionaria, para derribar a los gobiernos ilegítimos, ateos e injustos, a excepción de Irán.

Frente a esta ofensiva islamista, se presentan dos tipos de reacciones concertadas: por una parte Occidente arma o apöya a Sadam Hussein contra la revolución chiíta (¹⁴⁴), no sólo por haber derrocado al régimen aliado del Sha, sino por constituir además una amenaza a sus intereses en la zona. Ello lo confirma Edgar Pisani, quien manifiesta que "tuvimos razón en ayudar a Sadam frente a un Irán invasor" (¹⁴⁵). Por otra parte, Arabia Saudí, con el respaldo de los Gobiernos árabes, temerosos del contagio revolucionario iraní, se apoya en la OCI y la Liga Árabe donde los sunnitas son mayoritarios para aislar a Irán (¹⁴⁶). La guerra irano-iraquí (¹⁴⁷) que se ha presentado, según los intereses, como una guerra racial (oposición entre árabes y persas que se remonta a la guerra de Qasidiya de 633-635), culturo-religiosa (oposición entre el sunnismo y el shiísmo) o ideológica (rivalidad entre el Panarabismo y el Panislamismo), ha sido utilizada por Occidente y los Gobiernos árabes para contener el "peligro" de la exportación de la revolución iraní.

De este choque entre el panislamismo conservador, basado en el Islam "oficial", aliado de Occidente, encarnado por la OCI, y el panislamismo radical, simbolizado por Irán, fuente de inspiración del Islam popular y militante, surgen 4 polos que se disputan el control del movimiento islamista: Irán, Libia, Los Hermanos Musulmanes y Arabia Saudí (¹⁴⁸).

- El eje iraní. Portaestandarte de la revolución islámica, el Irán de Jomeini, que se fundamenta en el Corán, va a presentar ante las masas árabes una alternativa válida al Panarabismo, que encarnaba humillantes derrotas históricas frente al imperialismo (¹⁴⁹). Irán se esfuerza en

exportar su revolución y es considerado como el modelo de Estado o la referencia a la Umma para los islamistas. Sin embargo, el shiísmo iraní es un obstáculo para la expansión de dicho modelo, ya que la mayoría de los Estados musulmanes son sunnitas. Sólo va a encontrar émulos en Mauritania y Sudán donde se ha adoptado la Sharía (150).

- El eje libio. En su intento de recuperar el panarabismo nasseriano, Gaddafi que es más panarabista y más musulmán que Nasser (151), va a dar una referencia islamista a su discurso expresado en el Libro Verde o la Tercera Teoría Universal. Se trata de un discurso islamista, revolucionario y socializante (152) que, en algunos momentos, le ha hecho aparecer como el más "islamista" de todos los Jefes de Estado árabes. Gaddafi no sólo pretende con el Libro Verde llevar el mensaje coránico a los no musulmanes (153), sino que además es el único dirigente árabe que con su esfuerzo personal, intenta convertir al Islam a los pueblos y a los Jefes de Estado africanos. Pero la pretensión de Gaddafi de encabezar el Panislamismo, resulta obstaculizada por la herencia nasseriana, que convierte en sus enemigos a los Hermanos Musulmanes -la estrategia de Gaddafi basada, esencialmente, en la unión con Egipto, como núcleo de la unidad árabe, será perjudicada por esta situación-, por la guerra declarada contra los islamistas, que él considera como "reaccionarios", por la aplicación tímida de la Sharía, por su reformismo (personal visión e interpretación del Corán, secularizando el Islam) y por el recurso al terrorismo para extender el Islam. De acuerdo con François Burgat (154),

cabe decir que Gaddafi ha jugado un papel de transición entre el panarabismo y el panislamismo radical. Es una síntesis de ambas corrientes.

- El eje de los Hermanos Musulmanes (155). El más antiguo de todos los movimientos islamistas, que se han inspirado en su doctrina, que fusiona lo temporal y lo espiritual, es la sociedad de los Hermanos Musulmanes cuyo lema: "Alá es nuestro ideal, el Profeta nuestro jefe, el Corán nuestra Constitución", preconiza el retorno a la "pureza" coránica. Se trata de una fuerza política importante en Egipto, donde ha actuado de una manera abierta o clandestina contra los poderes locales, desde el Rey Faruk hasta Hosni Mubarak. Ello será aprovechado por Arabia Saudí para debilitar a Egipto, su rival, en la lucha por el liderazgo del mundo árabo-musulmán (156). Poseedora de una importante influencia moral, tanto en el Magreb como en el Mashrek, su ideología panislamista, basada en el aspecto político e intransigente del Islam, penetra en los medios juveniles frustrados y decepcionados y en las universidades, exigiendo la aplicación exclusiva de la Sharía (157). Pero a pesar de su enorme influencia en todo el Mundo Árabe, la asociación de los Hermanos Musulmanes no tiene un mando unificado ni líderes conocidos. Está dividida en dos tendencias: una reformista, que defiende sólo la "reislamización" de la sociedad, y otra revolucionaria, que recomienda el derrumbamiento de los regímenes establecidos y su sustitución por un Estado islámico que conducirá a la restauración de la Umma. Ello impide una acción concertada.

- El eje saudí. Merced a sus petrodólares Arabia Saudí, orgullosa de su herencia del Wahabismo (Islam intransigente que se basa en el Corán y la aplicación rigurosa de la Sharía) y, como guardiana de los santos lugares del Islam (la Meca y Medina), ejerce una gran influencia en todo el mundo musulmán. De ahí su pretensión de encabezar la ideología panislamista mediante la instauración de un orden islámico internacional cuyos instrumentos, como queda dicho, son la Liga Islámica Mundial, la Organización de la Conferencia Islámica y el Banco Islámico de Desarrollo. Con sus petrodólares los Reyes saudíes (Faisal y después Fahd) van a extender las bases sociales de dicho orden (158), financiando las actividades de los movimientos islamistas del mundo musulmán. Se trata de una verdadera "manipulación" del Islam para forjar un panislamismo anticomunista y prooccidental (159), y para contrarrestar el "ateísmo" y la "subversión" (160). Toda la estrategia consiste en sustituir el panarabismo de Nasser por el panislamismo de Faisal. Para ello, era necesario fortalecer los Estados moderados de la región, aliados de Arabia Saudí, contra los progresistas prosoviéticos, y llenar así el vacío ideológico dejado por el Panarabismo en declive (161). Sin embargo, la alianza con los Estados Unidos, que encarnan los valores occidentales que los islamistas rechazan, y la política interna capitalista de Arabia Saudí, van a desacreditarlo ante los movimientos islamistas. Su panislamismo aparece pues como un simple oportunismo político y religioso.

En resumen, es obvio que el Panislamismo está lejos de presentar un frente común, tanto en sus objetivos como en sus actuaciones. En la actualidad, el Panislamismo presenta tres principales formas, a saber: el panislamismo árabe, el panislamismo persa y el panislamismo afroamericano (1⁶²).

- El panislamismo árabe, esencialmente sunnita y que adquiere una forma precisa a partir de la guerra de 1967, se caracteriza, no sólo por una crisis de liderazgo, que se disputan los Hermanos Musulmanes, Arabia Saudí y Libia, sino que, además, conoce muchas contradicciones, la principal de las cuales es la oposición entre los nacionalistas, (partidarios de la secularización del Islam) y los "ummistas" (partidarios de un Islam radical). Louis Gardet considera, por su parte, que la principal oposición, es la existente entre los "conservadores", que han adoptado un Islam oficial y estricto, y los "progresistas", que no consideran al Islam como un principio de gobierno y de conservadurismo. En el primer grupo se puede mencionar a Arabia Saudí, los Emiratos del Golfo, Jordania y Marruecos. En el segundo están integrados Argelia, Libia, el Egipto nasseriano y Túnez (1⁶³). En ambos grupos, el Islam sigue siendo la religión de Estado. Pese al hecho de que el Mundo Árabe representa sólo el 19% del mundo musulmán (1⁶⁴) y que los árabes y arabizados representan aproximadamente el 6% de la población de la Umma (1⁶⁵), el panislamismo árabe ejerce un imperialismo cultural, religioso y político sobre los demás países y pueblos islámicos.

- El panislamismo persa, fundamentalmente shiíta y anti-imperialista, está encarnado por Irán (respaldado por Libia). Dicho panislamismo reprocha al primero el confundir Islam y arabidad. Tiene como meta la exportación de la revolución islámica shiíta. Su éxito y su modelo de Estado, considerado como punto de partida de la Umma, inspira a muchos activistas islamistas para quienes lo temporal no puede ser separado de lo espiritual. El panislamismo iraní, que tiene muchos seguidores en las masas pobres del mundo árabo-musulmán, y que ha permitido el resurgimiento de las actividades de los Hermanos Musulmanes (1⁶⁶), está considerado por dichos seguidores como una ideología de liberación basada en la religión y como símbolo de liberación de todo el mundo islámico (1⁶⁷). Sin embargo, con las presiones internacionales, cada vez más fuertes, la grave crisis económica interna y su aislamiento por el Mundo Árabe que apoyó a Irak (con la excepción de Siria, Libia y Argelia) para refrenar su oleada islamista (1⁶⁸), Irán tiende a plegarse a la Ley Internacional y a comportarse como cualquier Estado musulmán, es decir, se ve obligado a adoptar un cierto realismo en su política exterior. Además, la clase dirigente iraní está dividida, por una parte, entre los partidarios de la "exportación de la revolución" y los del "islamismo en un solo país", y por otra, entre los partidarios de la eliminación de la "occidentalización" y los de la apertura hacia Occidente para luchar contra la crisis económica en que se halla el país (1⁶⁹). Para poner fin a su aislamiento, Irán va a utilizar el "affaire Rushdie" (Versículos Satánicos), con el fin de

recuperar el liderazgo del mundo islámico y reunir a la Umma (¹⁷⁰). A falta de extender la revolución islámica, los dirigentes iraníes se limitan, en la actualidad, a un discurso contra el "gran satán" americano, el "gran satán" soviético y los Gobiernos Árabes.

- El panislamismo afroamericano, recién nacido, está todavía mal definido. Se sirve del Islam o lo utiliza porque no encuentra en el Panafricanismo los elementos que pueden diferenciar a los negroamericanos del Occidente y su civilización. El Islam, superficialmente practicado, crea entre ellos una cierta solidaridad y sirve de instrumento de lucha contra el nacionalismo blanco. El caso más conocido es el de los "Black Muslims" quienes, ante la dificultad o imposibilidad de integrarse en la sociedad norteamericana, buscan en el Islam el soporte religioso de su lucha social, al igual que los emigrantes árabes en Francia (¹⁷¹). Los dos primeros panislamismos procuran aliarse con este último para crear un grupo de presión (lobby) a su favor, en Estados Unidos.

El "fundamentalismo de Estado", del que hemos hablado más arriba, se sitúa en el marco global del panislamismo árabe, y se ha manifestado más en el Magreb. Consiste en la recuperación del Islam por el Estado mediante la "retradicionalización" de la sociedad a favor del islamismo (¹⁷²), siendo su objetivo evitar el contagio del islamismo iraní, presentado como un nacionalismo persa y no dejar la iniciativa ante las masas a los movimientos islamistas. Para ello, se utilizó la arabización y la islamización desde la base.

El "fundamentalismo de Estado", que ya había sido utilizado en Marruecos (donde el Rey es el Emir de los Creyentes), en Mauritania (con la adopción de la república islámica y de la Sharía) y en Libia (donde el régimen se considera musulmán, es decir, conforme a las demandas islamistas), va a ser adoptado, en la década de los 80, por Túnez y Argelia, cuyos regímenes se fundamentaban en la secularización, para hacer frente al asalto islamista, utilizando, como ellos, el mismo terreno de la religión: construcción de mezquitas, aplicación estricta del derecho musulmán, facilidades oficiales para la peregrinación a La Meca, ayudas financieras a las manifestaciones religiosas... En pocas palabras, el Estado utiliza el Islam como factor de integración mediante la interiorización de los valores islámicos de identidad (173).

Esta ideologización del Islam por el Estado va a volverse contra él, puesto que, según Bruno Etienne, "la nacionalización del Islam no siempre ha conferido a los poderes locales una legitimidad irrecusable, tanto desde el punto de vista de la teología como desde el punto de vista de la conciencia colectiva" (174).

La desarticulación de la oposición por los poderes establecidos, ha convertido a los movimientos islamistas en la única alternativa de expresión. Las mezquitas, de que disponen para expresarse libremente, van a ser utilizadas como centros de contrapoder y de sensibilización de las masas. Además, la arabización e islamización de la enseñanza con los profesores procedentes del Mashrek -a través los que se han infiltrado los Hermanos Musulmanes, transmitiendo así su ideología- han con-

vertido a las universidades y colegios en focos de reclutamiento de los activistas islamistas y de contestación de dichos poderes. Cabe añadir también, la frustración producida por los fracasos de las políticas de desarrollo adoptadas por unos regímenes occidentalizados, que han perdido cualquier forma de legitimidad ante las masas musulmanas, para las que la modernización aprovecha sólo a los dirigentes. El Islam, que promete una sociedad igualitaria será el único refugio. Este sentimiento va a favorecer la emergencia de movimientos islamistas, como el Frente Islámico de Salvación (FIS) en Argelia y el Movimiento de Tendencia Islámica (MTI) en Túnez, que van a canalizar las aspiraciones populares.

Contra el "fundamentalismo de Estado" y elitista, manipulado por los dirigentes, se va a desarrollar el "fundamentalismo de contestación" y popular, dirigido por los islamistas, que consideran los Estados magrebíes actuales como contrarios a la idea de la Umma, islámica, que sólo se alcanzará mediante el rechazo del proceso de occidentalización y la restauración de un Estado islámico (¹⁷⁵). Se procede, por lo tanto, a la recuperación del panarabismo nasseriano, amputado de su laicismo y que es reemplazado por el Islam. La ideología islamista en el Magreb se identifica pues con un panislamismo, cuyos ejes principales son, la arabidad y la islamidad (¹⁷⁶), o, mejor dicho, se trata de un "panarabismo islamizado", cuya meta es la realización de la Umma árabe, algo semejante al proyecto gaddafista. La diferencia radica en el hecho de que Gaddafi identifica a los islamistas con los Hermanos Musulmanes y los persigue.

De acuerdo con François Burgat, cabe decir que el discurso islamista en el Magreb se ha convertido en una ideología de referencia para la expresión de las frustraciones culturales, económicas y democráticas (177). De ahí su carácter de contestación y su popularidad, frente a la que los Jefes de Estado magrebíes van a concluir un "pacto" y un compromiso, para controlar, concertadamente, el islamismo. Dicho compromiso, no ha sido respetado por el Gobierno argelino al legalizar el FIS (178).

Teniendo en cuenta las evoluciones históricas, políticas y económicas nacionales específicas, el islamismo magrebí, conoce cada vez más algunas limitaciones debidas a la emergencia de las conciencias nacionales. Se asiste en todas partes a la nacionalización de la doctrina islamista, en detrimento de la visión "ummista" supranacional (179). El islamismo se expresa sólo en el marco estatal, sin llegar a establecer una conexión entre los distintos movimientos islamistas magrebíes. Sin embargo, la existencia y el desarrollo de los movimientos islamistas en el Magreb constituye un caldo de cultivo de la futura integración magrebí. Existen en la actualidad, algunos factores favorables a la homogeneización de dichos movimientos; a saber: la emigración hacia Europa, donde las distintas corrientes nacionales islamistas se conciertan al margen de la coacción de los regímenes locales; la peregrinación a La Meca, que permite contactos e intercambio de ideas entre ellas, y la política de arabización que facilita, a través de la educación, la expansión de la ideología de los Hermanos Musulmanes (180). Todo ello concurre en la formación de un denominador común.

Ante la rigidez nacionalitaria de los Gobiernos magrebíes, que impide u obstaculiza la realización de la verdadera integración, limitándose al "Magreb de los Estados" y utilizando la cultura árabomusulmana como instrumento de propaganda para fortalecer la identidad nacional y asegurar la estabilidad política, los movimientos islamistas presentan una ideología alternativa de integración que, por su horizontalidad, conduciría al "Magreb de los pueblos". Esta eventualidad pasa por el control previo de los aparatos estatales nacionales. Les falta todavía la eficacia de la acción gubernamental (1981).

La guerra del Golfo ha puesto de manifiesto la clara ruptura entre los Gobiernos y los pueblos magrebíes. Ante la indiferencia o la actitud ambigua de los primeros, las masas islámicas se han movilizado, demostrando la existencia de un panislamismo popular horizontal que hace decir a Emilio Menéndez del Valle que "en el norte de Africa se está originando una cohesión, temperamentalmente colectiva, mucho más articulada que la institucional, que hasta ahora, a duras penas, han sabido o querido desarrollar los Gobiernos de la Unión del Magreb Árabe" (1992).

El Panislamismo basado en la unidad a partir de la fe y de la cultura, choca, en el Magreb, con los nacionalismos, más preocupados por la salvaguardia de las soberanías nacionales y de las especificidades territoriales, que de la Umma unitaria. Su adhesión a la O.U.A. basada en el principio del respeto de las fronteras heredadas de la colonización, y a la Umma árabe, que preconiza la unidad supranacional, les pone en el centro de una tremenda contradicción, que el Panislamismo trata de resol-

ver. Además, esta contradicción resulta fortalecida por su pertenencia al Mundo Árabe "al mismo tiempo dividido y unido: dividido por unas estructuras estatales, políticas, sociales e ideológicas diferentes y a veces contradictorias; unido por un espacio de identificación cultural y nacional..." (1⁹³) árabo-musulmán.

El Panislamismo, cuya validez como ideología de integración en el Magreb estriba en los fuertes lazos que establece entre sus correligionarios, viene siendo obstaculizado por los nacionalismos estatales. Este importante obstáculo podría ser superado, pero falta todavía un método fiable para resolver los problemas del mundo moderno. El discurso islamista se muestra vacío sobre el tipo de hombre y de personalidad que quiere crear (1⁹⁴) y sobre las soluciones a los problemas actuales. Tendrá que romper con el fundamentalismo religioso, primario y dogmático. El discurso antioccidental ya no basta.

2.1.3. El Panmagrebismo, el nacionalismo magrebí o la ideología de la unidad del Magreb

Además de afirmar su adhesión al Panarabismo y al Panislamismo, mediante la adopción del árabe y del Islam como lengua y religión del Estado y fuentes de su legitimidad, es decir, de confirmar su pertenencia a la civilización árabo-musulmana, los Estados magrebíes (Marruecos, Túnez y Argelia) se consideran en sus constituciones como parte del "Magreb árabe" o del "Gran Magreb árabe", a excepción de Libia que proclama su pertenencia a la nación árabe y que considera el Magreb como una etapa hacia la realización de dicha nación, y Mauritania que por razones sociológicas internas, arriba mencionadas, se limita sólo a subrayar su carácter islámico. Sin embargo, con su adhesión a la Unión del Magreb Árabe de que hablaremos posteriormente, y su participación en los asuntos de la zona, Libia y Mauritania forman parte, de hecho, de la realidad magrebí.

Además de su doble pertenencia al Mundo Árabe y al Mundo Africano, el Magreb presenta, debido a la importante presencia bereber, una clara especificidad cultural, que los regímenes han reducido, por razones de unificación del mundo árabe y musulmán, a una única dimensión árabo-islámica a la que se ha dado un valor superior, en detrimento de la especificidad magrebí. Ello va a provocar una reacción de unidad magrebí por parte de las masas (^{1^{er}}) que han visto confiscada su libertad por los dirigentes, en nombre de un panarabismo y un panislamismo manipulados para conseguir su legitimidad.

Insistiendo en esta especificidad como base de la futura unidad magrebí, Michel Jobert escribe: "las raíces del Magreb están en el Magreb, no en otra parte... son visibles y vivaces... no hace falta proclamar que se desea un gran Magreb unido, ya que cualquier esfuerzo tiende a la unidad de un área mucho más amplia... La cultura magrebí, que resurgirá o que emergerá, es la mejor suerte para que el Magreb exista un día" (196). Existe, pues, en el Magreb, un transfondo histórico, sociológico, filosófico, antropológico común, puesto de manifiesto en el capítulo anterior, y que constituye su identidad y su personalidad, las cuales han sido limitadas al Panarabismo y al Panislamismo por necesidades de lucha anticolonial y de liberación política y cultural.

La idea de la unidad magrebí, más aferrada en la conciencia popular que la de la unidad árabe (197), encuentra su origen, como queda dicho, en los imperios bereberes de los almorávides y almohades. Durante muchos siglos permaneció latente, para manifestarse de una manera tímida a principios del siglo pasado bajo la influencia de la Nahda (renacimiento árabe y musulmán nacido en el Mashrek) que dio lugar a grupos y movimientos nacionalistas a comienzos del presente siglo. Dichos movimientos, de los que hablaremos en el próximo apartado, tenían como meta, más la independencia individual y conjunta del Africa del Norte, que la unificación del "Magreb central" (198). Sólo las Asociaciones de estudiantes magrebíes, expresaron, en su congreso de 1935, la voluntad de realizar la unificación del Magreb (199), y el Comité de Liberación del Magreb, actuando desde El Cairo, elaboró en 1948, un claro proyecto de la unidad magrebí (200). De una manera general, el

problema se planteaba en términos de independencia, en primer lugar, y de unidad, después.

Tras las independencias de los tres países del "Magreb central", se realizó un paso importante hacia la integración política con la Conferencia de Tánger de 1958. En ella los tres principales partidos políticos magrebíes (el Istiqlal, el FLN y el Neo-Destur) proyectaron la creación de una "Federación del Magreb". La idea se quedó en el aire a causa de la falta de voluntad política de los dirigentes del Magreb, que adoptaron diferentes estrategias nacionales ⁽¹⁹¹⁾, con el consiguiente fortalecimiento del estatalismo, de los patriotismos y particularismos nacionales, en detrimento de las aspiraciones unitarias. Ello se ha visto agravado, no sólo por las posteriores discrepancias ideológicas (liberal, socialista, islámica, progresista o conservadora) ⁽¹⁹²⁾, sino también por las rivalidades y por el problema del Sáhara Occidental que, a partir de mediados de los 70, va a convertirse según los términos de Ahmed Moatassime en el "máximo común divisor" ⁽¹⁹³⁾.

Todos estos problemas, más o menos combinados con las interferencias extranjeras, van a dar lugar, en la década de los 80, a un verdadero juego de equilibrios políticos regionales, basados en los pactos o alianzas a dos o a tres, que nos proponemos analizar en el próximo capítulo.

A finales de los 80, una serie de acontecimientos, a saber: la normalización de las relaciones argelino-marroquíes, relegando a un segundo plano el problema del Sáhara Occidental; las exigencias de un desarrollo económico concertado para hacer

frente a las necesidades de las poblaciones en plena explosión demográfica; el auge del islamismo, como factor de desestabilización; la crisis del Estado enfrentado a diversas tensiones políticas y sociales; el desafío económico constituido por la adhesión de Portugal y España a la CEE, etc., impusieron a las élites políticas la necesidad de buscar una ideología de "sustitución" para conseguir una nueva legitimidad. Apareció así el "panmagrebismo estatal" dictado por dos exigencias fundamentales: económica (buscar una alternativa regional al proteccionismo de los países industrializados y al fracaso de las políticas nacionales de desarrollo) y política (adoptar una estrategia concertada frente a la crisis del Estado nacional y al auge del islamismo) (1984). Ello condujo a la creación, en febrero de 1989, de la Unión del Magreb Árabe como marco de expresión de dicho panmagrebismo.

Según Michel Jobert, la reanimación de la cooperación-integración en el Magreb, corolario de la unificación europea, ha obedecido a estímulos externos, en particular los procedentes de la CEE que, en su reciente política de dar prioridad a las negociaciones con las organizaciones regionales, necesita un mercado regional en el África del Norte para "los intercambios más desarrollados y más elaborados" (1985).

El Panmagrebismo, basado en la especificidad árabobereber del Magreb, se presenta, pues, como una "progresiva y natural afirmación de la dimensión magrebí, como marco para la resolución de los problemas de la región" (1986), arriba mencionados.

A diferencia de los conceptos universales del Panarabismo y del Panislamismo que se fundamentan respectivamente en la nación árabe y en la Umma islámica, el Panmagrebismo basado en la conciencia magrebí de la que el Islam y la arabidad constituyen estratos importantes (197), pero no exclusivos, es un proyecto de integración consistente en la regionalización de los problemas nacionales para resolverlos conjuntamente, mediante la instauración de la interdependencia horizontal. Contrariamente al Panarabismo que es un proyecto político, y al Panislamismo que se basa, como queda dicho, en la fe y la cultura, el Panmagrebismo es esencialmente económico y no tiene ningún carácter supranacional. Se propone hacer frente a las mutaciones de la economía mundial y a los desafíos de toda índole, internos y externos, y utilizar de una manera racional las potencialidades existentes. Sólo el "Magreb económico" y unido se presenta como un "imperativo de supervivencia" (198), el único capaz de mejorar las condiciones de vida de las masas (199) y conseguir el desarrollo económico que ningún país magrebí en solitario puede alcanzar (200).

El Panmagrebismo encuentra pues su razón de ser en la homogeneidad cultural (cultura árabo-islámica mediterránea y cultura francófona -Magreb central- sobre un trasfondo cultural bereber) y en las convergencias económicas y políticas que caracterizan en la actualidad al Magreb (complementariedad efectiva y opciones económicas basadas en el capitalismo de Estado). Estos son factores favorables a la integración (201).

En su reciente evolución, en las tres o cuatro últimas décadas, el Panmagrebismo ha tomado cuatro principales formas: el panmagrebismo nacionalista, el panmagrebismo institucionalista, el panmagrebismo estatal y el panmagrebismo islamista.

- El panmagrebismo nacionalista o el "Magreb de los partidos políticos".

Dicho panmagrebismo, que culmina con la Conferencia de Tánger de abril de 1958, que reunió al Istiqlal marroquí, al Neo-Destur tunecino y al FLN argelino, nació de la necesidad de una lucha común contra el colonizador francés. Tras las independencias de Marruecos y Túnez, los tres partidos propusieron la creación de una Asamblea consultiva del Magreb y la unión bajo la forma de una Federación. Este ideal unitario fue torpedeado, según Hichem Djaït, por el fortalecimiento de los intereses nacionales por parte de los nuevos Estados celosos de sus soberanías y por la adopción de ideologías distintas (202). Los partidos de los tres países (el FLN de Argelia, el Istiqlal y la Unión Socialista de las Fuerzas Populares de Marruecos, así como el Partido Socialista Desturiano) se reunieron de nuevo en abril de 1986 en Argelia, siendo el objetivo mantener el ideal unitario del Magreb pese a las rivalidades y los conflictos que lo han sacudido a lo largo de las últimas décadas. Con el proceso de democratización que atraviesa el Magreb, este panmagrebismo tendrá que extenderse a otros partidos con el consiguiente riesgo de perder su dinamismo y con la subsiguiente pérdida de poder de los partidos únicos que lo concibieron. En pocas palabras, el panmagrebismo nacionalista fue una negación del hecho colonial y tuvo un carácter de propaganda anticolonial.

- El panmagrebismo institucional o el "Magreb de las instituciones".

Se inició con la creación, en 1964, del Comité Permanente Consultivo Magrebí (C.P.C.M.) cuyo objetivo principal fue favorecer el comercio intrarregional y la armonización de las políticas aduaneras. En esta ocasión, Libia forma parte y Mauritania se adhiere en 1973. Apareció así la idea del "Gran Magreb" basada en la cooperación económica multilateral y en la coordinación de los modelos de desarrollo (203). Junto al CPCM, se crearon también otras instituciones como el Centro de Estudios Industriales Magrebíes (CEIM), la Conferencia de Ministros de Economía y la Conferencia de Ministros de Educación Nacional del Magreb. Todas estas instituciones que analizaremos en el próximo capítulo, no funcionaron adecuadamente a causa de la falta de voluntad política, de las divergencias de las estrategias nacionales de desarrollo y de las discrepancias ideológicas. El caso particular del CPCM que funcionó hasta 1975, conoció la retirada de Libia el 22 de septiembre de 1970, ya que Gaddafi lo consideró como incompatible con el Panarabismo o la unidad del Mundo Árabe. Durante su existencia, el CPCM se caracterizó por la falta de acción y consagró el fracaso del "Magreb económico", es decir, de la política oficial de integración de los países magrebíes que prefirieron consolidar, en solitario, su independencia política y económica en el sistema internacional (204). René Gallissot atribuye dicho fracaso a los nacionalismos económicos y a las nuevas independencias que han fortalecido las estructuras estatales, y han consagrado la separación entre los Estados y la centralización, heredadas de

la colonización (205). El enfoque sectorial experimentado por el panmagrebismo institucional, se reveló ineficaz. En resumen este panmagrebismo apuntaba a la integración económica.

- El panmagrebismo estatal o el "Magreb de los Estados".

Continuación del precedente, ya que el Estado sigue siendo el factor central de la cooperación-integración, se diferencia en que en el panmagrebismo institucional son los ministros y expertos los principales protagonistas, mientras que en el panmagrebismo estatal los protagonistas son los propios Jefes de Estado. Además, el primero tiene un carácter esencialmente económico y el segundo se caracteriza por una fuerte politización del proceso de integración. Sin embargo, ambos tienen en común el carácter elitista. El panmagrebismo estatal tiene en sí mismo, según Ahmed Moatassime, los gérmenes de la división no sólo a causa de las rivalidades políticas, sino además a causa de la herencia colonial que no ha podido asumir (206).

Este panmagrebismo que privilegia más la verticalidad que la horizontalidad, está en contra de la verdadera unidad magrebí, ya que utiliza en su provecho la identidad "estatal" o el "estatalismo", lo que constituye un escollo fundamental para el ideal unitario al fortalecer cada vez más las conciencias nacionales en detrimento de la conciencia magrebí. Se trata de una simple táctica que obedece a las preocupaciones gubernamentales (207). Según subraya Zidane Zéraoui: "Para encubrir las contradicciones internas, los dirigentes van a desarrollar un

"nacionalismo magrebí", reforzando al mismo tiempo las particularidades nacionales... ese nacionalismo magrebí le sirvió a la clase en el poder para desviar la atención de las masas de las crisis internas y orientarla hacia un proyecto, que sigue siendo un voto piadoso, de un Magreb unido" (206).

Las clases dirigentes magrebíes incapaces de proponer una estrategia global de integración válida a causa de las políticas económicas e ideologías divergentes, más árabes o islámicas para unos y occidentalizantes para otros (207), van a atascarse en efímeros "pactos" o "alianzas", bilaterales o trilaterales, como el proyecto de unión tunecino-argelina de 1973, el Tratado de Yerba de 1974 (Túnez y Libia), el Tratado de Hassi-Messaoud de 1975 (Libia y Argelia), el Tratado de Fraternidad y de Concordancia de 1983 (Túnez, Argelia y Mauritania) y el Tratado de Uxda o la Unión Árabe Africana de 1984 (Libia y Marruecos). La crisis del Sáhara Occidental fue la verdadera manzana de la discordia y dictó las alianzas diplomáticas en la región. Los Gobiernos magrebíes despolitizaron a las masas, apartadas de todos los problemas regionales, mediante la estrategia de la recuperación del Islam por el Estado. Según Sadok Belaïd, "el rasgo común de la política de estos regímenes ha consistido en la manipulación del Islam, en el sentido de la ideología oficial; la orientación puede cambiar de un país a otro pero el resultado es el mismo" (210).

Los importantes cambios de finales de los 80 debidos a la crisis del Estado, la reacción de las masas contra el deterioro de las condiciones de vida y sus exigencias para la democratización, condujeron a los Gobiernos a una concertación para

enfrentarse en común a los problemas internos y externos, por medio de la adopción de una nueva ideología de legitimación que se llama "Magreb unido" y concretada por la creación de la UMA. Dicha ideología está manifiestamente dirigida contra el auge del islamismo y viene dictada por la necesidad de negociación con la CEE. Dos factores han favorecido esta concertación: la búsqueda de una solución diplomática al conflicto del Sáhara Occidental y una homogeneización de las políticas económicas en torno al capitalismo de Estado y al liberalismo.

El panmagrebismo estatal, al desvincularse de las masas puede difícilmente convertirse en una ideología válida de integración, ya que por su esencia, contribuye más a la incorporación del Magreb en la división internacional del trabajo.

- El panmagrebismo popular o el "Magreb de los pueblos".

La noción del "Magreb de los pueblos", defendida por Huari Bumedián (Carta Nacional argelina de 1976) quien denunciaba así el nacionalismo estrecho de los Estados magrebíes (E¹¹) y otorgaba a su país, Argelia, el papel "federador" o de "Prusia del Magreb" (E¹²), es una realidad sociológica basada en una historia árabobereber y una cultura islámica (rito malequita del sunnismo) comunes, presentes en la conciencia de las masas magrebíes (E¹³).

La tesis de Bumedián que en realidad apuntaba más a la construcción estatal que a la regional (E¹⁴), consistía en partir de las contrucciones estatales como etapa previa de la

unidad magrebí, la de los pueblos (215). A pesar del discurso radical de Bumedíán sobre el "Magreb de los pueblos", se trataba una vez más de un intento de recuperación por los Estados de la energía unitaria de las masas. Intento que va a seguir su sucesor, Chadli Benyedid, con la noción del "gran Magreb" (Carta Nacional de 1986) para, como queda dicho, resolver diplomáticamente el problema del Sáhara, atraer a Gaddafi empeñado en el conflicto chadiano y hacer frente a la emergencia del fundamentalismo islámico (216).

Los fracasos de los regímenes establecidos junto a la crisis de la modernidad, van a descalificar al "Magreb de los Estados" ante las masas, cuyos descontentos serán recuperados por los movimientos islamistas, que en sus estrategias de toma del poder, adoptarán la ideología árabo-islámica como instrumento de movilización y de solidaridad de las comunidades árabe e islámica (217). Frente al Magreb de los Estados, presentarán una alternativa: el "Magreb de los pueblos o de las patrias". Por lo tanto, van a proceder a una síntesis del nacionalismo árabe y del Islam (218), es decir, del Panarabismo y del Panislamismo, a los que los Estados no se adhieren efectiva y exclusivamente.

El "Magreb de los Estados" y el "Magreb de los pueblos" chocan por el hecho de que la ideología árabo-islámica se ve o bien monopolizada o bien combatida por los Estados (219), que siguen considerándose como las únicas fuentes de legitimidad.

El "Magreb de los pueblos", al que hemos calificado de "panmagrebismo islamista" a causa de su manipulación por los movimientos islamistas, que basándose en la Umma islámica apuntan la realización de la horizontalidad musulmana en el Magreb, resulta obstaculizado por una serie de factores; a saber: el predominio de los nacionalismos sobre el Panarabismo y el Panislamismo, la falta de coordinación entre los movimientos islamistas magrebíes, su falta de control de los poderes estatales y, sobre todo, como diría Paul Balta, por su carencia de un "proyecto de sociedad moderna" (220).

Ante esta evidencia, cabe decir que el "Magreb de los pueblos" es factible sólo por los Estados conforme al esquema de Bumedíán, o según la estrategia de Gaddafi, consistente en empujar directamente a las masas a derribar a los regímenes y gobiernos respectivos para realizar sus aspiraciones unitarias. Ello parece poco probable, puesto que a pesar de las ofensivas islamistas y regionalistas, los Estados magrebíes aparecen cada vez más fuertes (221). A no ser que se produzca una revolución radical y concomitante en todos los Estados magrebíes, el proceso de integración seguirá siendo el monopolio del Estado.

Para concluir, es preciso recordar que el Panmagrebismo, como ideología de integración, se enfrenta a los nacionalismos y a los intereses en torno a los nuevos Estados, y hasta hace poco, a las ideologías divergentes. De una manera más explícita, Hichem Djaït manifiesta que "la unidad magrebí permanecerá bloqueada por mucho tiempo, al menos hasta que las estructuras nacidas de la lucha anticolonial agoten sus posibilidades. Se ve bloqueada también por la excesiva exigencia ideoló-

gica de la juventud revolucionaria. Ni en la clase dirigente ni entre los elementos de contestación existe verdadera conciencia patriótica magrebí" (222). Sólo la democratización de la sociedad magrebí permitirá a las masas elegir el tipo del panmagrebismo que mejor les convenga.

2.1.4. El Panafricanismo, el africanismo o el nacionalismo africano.

Las Constituciones magrebíes que proclaman su adhesión -con algunos matices arriba mencionados- al Panarabismo, al Panislamismo y al Panmagrebismo, confirman también su pertenencia al "Mundo Africano y a Africa" (Argelia y Libia), su determinación a "actuar para la realización de la unidad africana" (Marruecos) o a "cooperar con los pueblos africanos" (Túnez). Sólo la Constitución mauritana no hace expresamente mención a Africa. Existe pues una cierta referencia al Panafricanismo o al africanismo dictada por su pertenencia geográfica al continente africano.

Como veremos en adelante, el Panafricanismo, que es más una ideología subsahariana que transahariana, sirve a los países magrebíes más como instrumento de solidaridad árabo-africana que como una ideología de integración entre sí. Ello se explica porque sus herencias árabobereberes y musulmanas, son mucho más fuertes que los vínculos africanos basados en la vecindad geográfica con el Africa subsahariana, de la que se sienten solidarios en la lucha común contra el colonialismo, el imperialismo, el subdesarrollo y para la instauración de un nuevo orden internacional. Es decir, se solidarizan por su pertenencia común al Tercer Mundo. Dicha solidaridad tiene la

peculiaridad de fundamentarse en un pasado histórico-cultural y en un destino, más o menos convergentes.

Los Estados magrebíes son a la vez árabes y africanos y tienen por ello una "identidad independiente" (222), constituida por la síntesis entre el Panarabismo, el Panislamismo y el Panafricanismo. Para ellos, no hay contradicción entre el Panarabismo y el Panafricanismo (224), fusionándose ambos en el Panislamismo, ya que todos los árabes, incluso los cristianos árabes, pertenecen a la civilización islámica y los musulmanes y los árabes representan una proporción importante de la población africana (225). No sólo los países árabo-africanos (Argelia, Egipto, Libia, Mauritania, Marruecos, Somalia, Sudán, Túnez y Yibuti) representan la tercera parte de la población africana (226), sino que además uno de cada dos africanos es musulmán (227). Dicho de otra manera, el 60% de los árabes son africanos; los dos tercios de los territorios árabes son africanos; uno de cada cuatro africanos es árabe y el árabe es la lengua más hablada en Africa (228). Esta compenetración geocultural del Mundo Árabe y del Mundo Africano, con claro predominio de los elementos del sistema árabe en el africano debido al carácter más antiguo del primero (229), hace que los países árabo-africanos en general, y los magrebíes en particular, se encuentren en el epicentro entre el Panarabismo, el Panafricanismo y el Panislamismo.

Mientras que el Panarabismo inspiró y sigue inspirando su lucha para la liberalización y la unidad del Mundo Árabe, el Panafricanismo lucha por la liberalización y la unidad de los pueblos y del continente africanos, y el Panislamismo por la del mundo musulmán (220).

La debilidad del Panafricanismo como ideología de integración en el Magreb se explica por el hecho de que ha sido sólo una ideología de descolonización nacida de los contactos históricos entre Europa y Africa y, en particular, una contra-ideología afroamericana contra la opresión blanca en Estados Unidos (221), mientras que el Panarabismo y el Panislamismo hallan sus fuerzas en exigencias históricas más remotas de unidad.

Luis Saez de Govantes explica mejor el impacto de estas distintas fuerzas sobre el Africa del Norte cuando manifiesta: "El panafricanismo, el africanismo, es producto de la descolonización. El panarabismo es exigencia de la Historia. Y es un hecho antiguo, mediterráneo, civilizador y político. El islamismo es la base, el fondo y la fuerza espiritual(...). El africanismo, distracción de la concepción arabista, no tiene más que el nombre de un continente desigual, difícil, que busca asociaciones políticas y económicas por zonas y de forma desesperada, angustiosa. (...) El islamismo y el arabismo son imperativos fuertes que da la Historia y la Geopolítica. Son dos líneas paralelas que marcan una exigencia. Lo africano en cambio, es sólo una circunstancia geográfica" (222).

Es obvio que las luchas para la liberalización y para la unidad emprendidas por los movimientos panarabista, panislamista y panafricanista se desarrollaron de una manera aislada a causa de la situación colonial que no permitía los contactos entre ellos (223). Así, en la lucha contra el colonialismo, no existía ninguna coordinación entre los movimientos nacionalistas árabes y africanos. La fuerte influencia europea sobre los últimos era tal que consideraban que el "Africa negra" y el "Africa musulmana" eran dos mundos distintos y separados (224). La división colonialista de Africa en el Africa del Norte árabe y el Africa subsahariana negra junto a la aparición del Panafricanismo que, en su versión afroamericana, apuntaba hacia la libertad y la dignidad del negro y la unidad del Africa negra, apartando así el Africa árabe, actuaron a favor de esta separación (225). Además, la ideología de la Negritud (panafricanismo cultural) en su versión senghoriana, al exaltar la especificidad negroafricana, sirvió a los intereses europeos contra los árabes (226). Sólo más tarde, Senghor hablará de la "africanidad" basada en la complementariedad y la convergencia cultural entre la arabidad y la negritud, siendo el objetivo realizar la unidad africana sobre las convergencias culturales entre árabo-bereberes y negroafricanos.

El Panafricanismo y el Panarabismo se desarrollaron, pues, paralelamente. El primero se fundamentaba en el Africa subsahariana y apuntaba a la unidad africana. El segundo estaba estrechamente vinculado con el nacionalismo árabe y perseguía la realización de la unidad árabe (227).

Sólo a partir de la Segunda Guerra mundial, con la revolución egipcia de 1952 y la Conferencia de Bandung de 1955, se asistirá a un acercamiento entre el Panarabismo, el Panislamismo y el Panafricanismo como ideologías comunes anticolonialistas, afro-asiáticas. El Egipto nasseriano con su "teoría de los tres Círculos" -Mundo Árabe, Mundo Africano y Mundo Musulmán- favoreció dicho acercamiento. El Presidente Gamal Abdel Nasser favoreció la alianza entre el Panafricanismo y el Panarabismo, es decir, entre los nacionalistas africanos y árabes, como condición previa del éxito de la lucha de liberación (229). Ello ha sido facilitado por el abandono en ambos bandos del nacionalismo cultural a favor del nacionalismo político (230) o, según Izzuddin Amar Musa, por el declive del arabismo y de la negritud que dejaron de ser "movimientos racistas" para convertirse en movimientos de liberación y de unidad política (240). Gamal Abdel Nasser inauguró la cooperación afro-árabe con sus principios anticolonialistas y su apoyo incondicional a los movimientos de liberación africanos (241). Favoreció la convergencia entre ambos nacionalismos en la lucha de liberación contra el colonialismo y creó en 1956, el Comité Supremo, cuyo programa se basaba en los principios siguientes: África para los africanos; la liberación de África de la influencia extranjera; la promoción de la unidad africana y la promoción y la defensa de los derechos africanos (242).

Junto a Kwame Nkrumah, Gamal Abdel Nasser desarrolló un panafricanismo transahariano militante combinado con el Panarabismo. Ambos líderes militaron a favor de la unidad de sus mundos respectivos e influyeron en la orientación del movimiento de descolonización hacia la solidaridad política de tal

manera que en el momento de las independencias, la soberanía de cada país fue considerada como una etapa hacia la realización de conjuntos políticos mucho más amplios: Magreb, Mundo Árabe, Africa (243). Contribuyeron a la creación del "Grupo de Casablanca" donde los Estados árabes del norte y los Estados negro-africanos defendieron el principio de la unidad supranacional del Continente.

En estas concertaciones afro-árabes, el Panislamismo fue relegado a un segundo plano, por fundamentarse en la religión y sobre todo por competir con el Panarabismo (244). Además, los jóvenes Estados africanos, celosos de sus soberanías, desconfiaban del discurso panislamista que estaba en contra de su laicidad. De todas maneras, tanto en el Africa del Norte como en el Africa subsahariana, el Islám era utilizado como un instrumento de afirmación para con el exterior y para controlar las fuerzas sociales internas (245).

Al establecer contactos entre el Panafricanismo y el Panarabismo, Nkrumah y Nasser sentaron las bases objetivas de la cooperación afro-árabe y suscitaron la conciencia de la solidaridad africana transahariana, basada en la cooperación regional, como exigencia de un desarrollo autocentrado y popular. Por ello, Samir Amin, les considera como "profetas de nuestros tiempos", a pesar del carácter intuitivo e imperfecto de su proyecto (246). Al fundamentarse ampliamente en el antiimperialismo, es decir, en una dimensión negativa (247), dicho proyecto mostrará su debilidad tras la descolonización.

Las construcciones estatales nacionales prevalecieron sobre las aspiraciones unitarias, panárabes o panafricanas. El derrocamiento de Nkrumah en 1966 y la muerte de Nasser en 1970 dieron la puntilla a dichas aspiraciones.

Como ya habíamos mencionado, a pesar de sus convergencias afro-árabes, Nasser creía más en el Panarabismo y actuaba más en el Africa del Norte donde trató de impedir cualquier construcción magrebí que hubiera perjudicado la unidad árabe -tarea que va a seguir Gaddafi-, y Nkrumah tenía más fe en el nacionalismo panafricano y negro, como destaca en su obra "Africa debe unirse" (248).

A pesar de su contribución a la creación de la OUA, en la que Ben Bella abogó por el principio de la intangibilidad de las fronteras para asegurar la estabilidad del Continente, los Estados magrebíes se preguntan sobre su africanidad o su pertenencia al Panafricanismo, teniendo en cuenta el carácter poco desarrollado de las relaciones entre el norte y el sur del Sáhara (249). La OUA, que engloba a ambas partes y que encarna en una cierta medida el panafricanismo continental, no ha podido darles un sentimiento o una identidad panafricanista, al ser una simple organización de descolonización (250) y de "mediocre eficacia" en cuya Carta, las disposiciones referentes a la integración son "papel mojado" (251).

El Panafricanismo, lejos de constituir una ideología de integración magrebí, es utilizado por los Estados magrebíes como instrumento de "solidaridad horizontal" o de "solidaridad tercermundista", al igual que el afro-asiatismo, la no alineación, la Liga Árabe, las Conferencias islámicas, la OPEP, la OPAEP... (252).

Lo utilizan para conseguir fines políticos y diplomáticos. Se sirven o bien del Islam, o bien de la revolución antiimperialista, o bien de los petrodólares, o de los tres a la vez (253). Los objetivos son: obtener el apoyo africano a la causa palestina, la ruptura de relaciones diplomáticas con Israel y la solidaridad africana en los foros internacionales (254).

De una manera general, el apoyo diplomático ha sido conseguido por mediación de la OUA, cuyo Consejo de Ministros de noviembre de 1973, en Addis Abeba, consideró a Israel como "agresor" y "enemigo común" de los pueblos africanos y árabes. Este apoyo se explica también por la alianza política, económica y militar entre Israel y Sudáfrica y su colaboración en el Africa austral con Rodesia y Portugal. Los países africanos, que identificaron el conflicto del Oriente Medio con el del Africa Austral, basados ambos en el sionismo y el racismo, pidieron la aplicación del embargo petrolífero por los países árabes contra estos tres países a cambio de la ruptura de sus relaciones diplomáticas con Israel, que se inició tras la guerra de 1967, al ocupar este último país el Sinaí, considerado como territorio africano.

El Islam ha jugado también un papel importante en este "panafricanismo de solidaridad" entre el Africa tropical y el Africa del Norte, como factor de acercamiento y lenguaje común (255). Factores comunes entre el Panafricanismo y el Panislamismo son la lucha contra la explotación colonial, el nacionalismo territorial y el racismo. Tal y como se destaca en las reuniones y documentos comunes, los objetivos adoptados por

ambas partes y que constituyen los principios de la cooperación afro-árabe, son los siguientes: la no alineación y la modificación del orden internacional en el sentido de la justicia; la prioridad dada a la causa palestina y sudafricana y la necesidad de la lucha común contra el sionismo y el racismo junto a la coordinación para el desarrollo económico, el progreso y el cambio social (256). En pocas palabras, cabe decir que la expansión social del Islam ha creado importantes vínculos culturales y sociales entre los pueblos africanos y los pueblos magrebíes o árabes. Los países magrebíes aprovecharán este factor cultural del Panafricanismo que es el Islam.

Por último, los Estados árabes en general y los magrebíes en particular (Argelia y Libia), van a servirse de las inversiones de capitales y de las ayudas financieras multilaterales y bilaterales para contrarrestar la ayuda económica y militar de Israel, como instrumento de su penetración y de su política exterior en el Africa subsahariana.

A cambio del apoyo diplomático que los Estados africanos les concedieron en 1973, los Estados árabes decidieron otorgarles una importante asistencia financiera (257). Según el Profesor Ali Mazrui, el apoyo africano a los países árabes, lejos de obedecer a las motivaciones financieras a las que se suele atribuir, se explica por el hecho de que dichos países nunca habían tenido relaciones con Sudáfrica y Rodesia, enemigos principales de los países africanos. A ello, hay que añadir la ayuda que los movimientos de liberación africanos recibieron de Egipto y Argelia (258). Por su parte, Charbel Zarour manifiesta que la ayuda financiera árabe a los países africanos consistía en permitirles atenuar los efectos de la subida de los precios del petróleo sobre sus economías (259).

Opinamos que dicha ayuda persiguía a la vez ambos objetivos, a saber: el aislamiento político y económico de Israel (apoyo diplomático africano contra Israel) y la compensación económica para paliar el déficit de las balanzas de pago de los países africanos, causado por el aumento en la factura petrolífera. En esta perspectiva, la cooperación afro-árabe va a reducirse a "una cooperación financiera entre los países árabes con excedentes petrolíferos y los países africanos subsaharianos" (260).

Además de situarse en el marco global de la cooperación afro-árabe, la política africana de los Estados magrebíes, influida por el problema del Sáhara, va a obedecer a unas estrategias nacionales, dictadas por sus ambiciones o intenciones de convertirse en potencias grandes o medias del Continente. De ahí que dicha política se desarrolle en medio de rivalidades y luchas de influencia (261).

Argelia, cuya política africana siempre se ha fundamentado en el anticolonialismo, el antineocolonialismo y el anti-imperialismo, con el consiguiente apoyo económico y militar a los movimientos de liberación y a los países africanos, utilizará al continente africano como base de su estrategia tercermundista (262). Para fortalecer la posición árabe en el diálogo euro-árabe y la africana en el diálogo Norte-Sur, Argelia militará a favor de la reducción de la dependencia de los Estados africanos con respecto a Occidente y de la creación de un frente común de cara a Israel y Sudáfrica (263). O según Paul Balta, la política africana de Argelia persigue dos objetivos: la unidad del Continente para conseguir la instauración

de un nuevo orden internacional y la realización de un desarrollo planificado y autónomo dentro de cada país africano (264). En lo referente al problema del Sáhara, Argelia va a desarrollar su acción diplomática en el seno de la OUA, donde abogó por el derecho a la autodeterminación del pueblo saharauí. Al presentar la cuestión del Sáhara como un problema africano y de descolonización, algo tan sensible a la opinión pública africana, Argelia conseguirá muchos votos a favor de su tesis en las reuniones de la OUA organizadas al respecto, incluso el reconocimiento de la República Árabe Saharaui Democrática (R.A.S.D.) por un número considerable de países africanos (265). De igual modo, Argelia presentará la cuestión palestina como una cuestión de descolonización e identificará a Israel con Sudáfrica, consiguiendo así la movilización de los africanos contra esos países. La política saharauí de Argelia consistía en contrarrestar la hegemonía marroquí e impedir la coalición de los regímenes "moderados" y "conservadores" de la zona (266). Esta política africana tercermundista y revolucionaria se manifestó más en la década de los 60 y 70. La de los 80 se caracterizará por un cierto acercamiento con Marruecos mediante la búsqueda de una solución diplomática al problema del Sáhara y el abandono del socialismo a favor del liberalismo. Ello tendrá repercusiones en su política africana, cada vez más modesta.

Libia, que se considera como una "potencia transahariana" (267), va a buscar, tras su fracaso de inserción en el Mashrek, una "clientela diplomática" en el Africa subsahariana para fortalecer su prestigio en el Magreb donde quiere convertirse en una potencia dominante (268). Al igual que Argelia, su polí-

tica africana se fundamenta en el antisionismo y el anticolonialismo (269). Utilizará también para ello la ayuda económica y militar, con la especificidad del uso y expansión del Islam, y del intervencionismo para defender el Islam y el arabismo (270). La acción de Libia en el seno de la OUA obedece a esta lógica, es decir, conseguir el apoyo africano a la causa árabe y extender el Islam en el Africa negra. Por consiguiente, su participación en las instituciones árabo-africanas será muy activa, mediante la concesión de créditos, la creación de empresas mixtas afro-libias y el desarrollo de relaciones culturales (271). Según René Otayek, Libia persigue en su política africana dos objetivos, a saber: "la eliminación de las influencias israelíes y la reestructuración de una cooperación "horizontal" entre socios iguales en vías de desarrollo" (272). Sin embargo, sus frecuentes injerencias en los asuntos internos de los Estados africanos, sus intervenciones en los conflictos interafricanos, su cruzada contra el Cristianismo y "el animismo" junto con su voluntad de imponer el árabe a los países africanos, no sólo crean dudas sobre esta política de "cooperación igualitaria", sino que además provocan una cierta desconfianza respecto al Coronel Gaddafi (273) a quien se acusa de tener ambiciones imperialistas. Las derrotas militares, sufridas por sus tropas en Uganda (marzo de 1979) y en Chad (1987), han reducido las ambiciones y las ilusiones del Coronel Gaddafi, quien se replegará hacia el frente interno para defender su régimen (274). Sobre el problema del Sáhara, la posición libia va a ser contradictoria. Por una parte, conforme a su ideología panarabista, se opone a la creación de un Estado saharauí que contribuiría a la división de la nación árabe y, por otra, se compromete a ayudar al Polisario contra los apoyos imperialis-

tas que reciben Marruecos y Mauritania, reconociendo el derecho del pueblo saharauí a su autodeterminación (²⁷⁵). La evolución de la situación en la zona conducirá al Coronel Gaddafi a sostener una solución federalista del problema del Sáhara, como parte del "Gran Magreb" que él considera como una etapa hacia la unidad árabe.

Al contrario de Argelia y Libia, cuyos importantes ingresos debidos a sus recursos petrolíferos les han permitido jugar un papel activo en el Africa subsahariana, Marruecos va a tener una política africana conservadora, limitada a los países del Africa del Oeste y del Sahel, y a los regímenes conservadores o moderados, como los de Senegal, Costa de Marfil, Gabón y Zaire, a los que va a conceder una ayuda moral y material para conseguir sus objetivos (²⁷⁶). La política africana marroquí va a estar dominada por los problemas de Mauritania y del Sáhara en su objetivo de realizar el proyecto del "Gran Marruecos". Dicho proyecto explica las reservas que formuló, en el momento de firmar la Carta de la OUA, sobre el principio de la intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización. Su adhesión al Grupo de Casablanca, integrado por países "con los que no compartía ni las mismas concepciones políticas ni la misma filosofía socio-económica" (²⁷⁷), obedecía a una estrategia de aliarse con países opuestos a la política y la influencia de Francia, que había concedido la independencia a Mauritania a la que Marruecos consideraba como parte de su territorio. La cuestión del Sáhara va a provocar un giro de 180 grados en la política africana de Marruecos, que va a manifestar poco interés en la OUA donde Argelia ha logrado convencer a la mayoría de los países subsaharianos, a favor de su tesis sobre el derecho a la

autodeterminación del pueblo saharauí. Para conseguir una "clientela diplomática", Marruecos insertó dicha cuestión en el conflicto Este-Oeste, al presentar a Argelia y Libia, suministradores de armas soviéticas al Frente Polisario, como instrumentos de la penetración soviética en África. De ahí su "cruzada anticomunista" que le va a conducir a intervenir en las guerras del Shaba (Zaire), en 1977 y 1978, a favor del Presidente Mobutu contra los gendarmes katangueses apoyados por la Angola marxista. Esta vez, la estrategia consistía en liderar al grupo de países subsaharianos "moderados y prooccidentales" y presentarse como defensor de los "valores del Mundo Libre" (272). Resultados de ello fueron: la división de la OUA en pro marroquíes y en pro RASD o pro argelinos, y el fracaso de la 19ª Cumbre de la OUA, en Trípoli, en agosto de 1982. La admisión de la RASD como miembro de la OUA fue considerada por los Estados promarroquíes como una violación de la Carta de la OUA que admite sólo "Estados africanos independientes y soberanos". La retirada de Marruecos de dicha Organización, por la admisión de la RASD, fue seguida de la suspensión por Zaire de su participación en la OUA (en solidaridad con Marruecos). De acuerdo con Mohammed Bouzidi, cabe concluir que, "el interés de Marruecos se manifestó sólo cuando necesitaba los votos africanos. La actitud actual de un gran número de países africanos hacia Marruecos y el carácter limitado o inexistente de relaciones culturales y comerciales se traducirán probablemente en un aislamiento cada vez mayor de Marruecos en África" (273). Contra la influencia de los petrodólares argelinos y libios en África, Marruecos eligió la dramática estrategia de proporcionar guardaespaldas marroquíes a los Jefes de Estado africanos impopulares. El fin de la guerra fría, la distensión en el

Africa del Norte y los cambios en curso en el Africa subsahariana pueden constituir para Marruecos una vía de escape para salir de su atolladero africano, sin embargo, el "affaire del Sáhara" queda como una asignatura pendiente en su política africana.

La política africana de Túnez, al igual que su política exterior, fue dominada por la personalidad de Habib Burguiba. Al igual que Marruecos, Túnez no tiene suficientes recursos y ello le va a conducir a limitar sus actividades diplomáticas, económicas y culturales en Africa (220). Dicha política, también conservadora, se fundamenta en el anticomunismo, la francofonía y la mediterraneidad. Túnez no sólo da más importancia a sus relaciones mediterráneas en perjuicio de las subsaharianas, sino que además actúa a favor de la conservación de los vínculos entre francófonos (221). Por ello, se va a convertir en un intermediario entre el Mediterráneo y el Africa negra francófona (222), con la consiguiente alianza con los Estados Unidos y Francia (223). El objetivo de dicha política era contrarrestar la influencia libia en el Continente, a través de las relaciones culturales con los gobiernos opuestos u hostiles a la política africana de Libia (224).

En la concepción de Burguiba, la unidad africana debería realizarse por etapas a través de las agrupaciones regionales tal y como recomienda la OUA. Por consiguiente, la unidad magrebí tenía prioridad sobre la de Africa y la del Mundo Árabe. De ahí la hostilidad de Burguiba al panarabismo de Nasser y Gaddafi y al panafricanismo de Nkrumah. Dicha estrategia, que él consideraba como "realista", obedecía a la visión

occidental favorable al mantenimiento de la dependencia económica de los países africanos y árabes, para mejor servir sus intereses, intereses que se verían amenazados con la creación de grandes conjuntos independientes (225).

Con respecto a Israel, que Bourguiba identificaba con Sudáfrica, por ser responsables de crímenes y de violaciones de la moral internacional, el presidente tunecino, al mismo tiempo que recomendaba una solución negociada entre israelíes y palestinos, llamaba la atención a los países africanos que mantenían relaciones con Israel (226). Se trataba de una posición ambigua dictada por la voluntad de quedar bien con Occidente y con los países árabes.

Defensor de un "Islam liberal" y de la secularización del Estado, Bourguiba, a pesar de considerar al Islam como un vínculo con el Africa subsahariana, nunca lo utilizará en su política africana puesto que, según él, el "Islam negro", bastante ortodoxo (Ramadán y poligamia), es incompatible con las exigencias de la modernidad (227).

Sobre el problema del Sáhara, que Túnez situó en el marco panafricano de la OUA, la estrategia consistía en no chocar con Argelia y el Frente Polisario, cuyas tesis son populares entre los Estados subsaharianos. Tampoco se trataba de contrariar a Marruecos, cuya alianza era necesaria para contrapesar el poderío militar de sus dos grandes vecinos, Argelia y Libia. Túnez utilizará dicho problema para exigir el arreglo político de los conflictos, el no recurso a la fuerza y la no injerencia en los asuntos internos. Este discurso, justificado por las necesida-

des de seguridad interna, era dirigido contra Libia considerada como responsable del ataque contra la ciudad tunecina de Gafsa, en enero de 1980, por un comando procedente de su territorio.

En resumen, la política africana de Túnez, al igual que su política exterior, se caracteriza por una clara alineación con Occidente y no obedece a una ideología propia. Se trata de un "discurso fariseo", manipulado para servir los intereses occidentales en el Continente (222). La presencia tunecina en el Africa subsahariana se manifiesta sólo a través de las instituciones financieras afro-árabes, en las que los tunecinos ocupan importantes cargos administrativos y técnicos. Al convertir su territorio en sede de la Liga Árabe (hasta 1990) y de la O.L.P., Túnez parece interesarse más en el Mundo Árabe que en el Africa subsahariana. Esta tendencia sigue marcando la política exterior del Presidente Ben Ali, que se aparta cada vez más de Occidente.

Por último, la política africana de Mauritania viene dictada por su posición de Estado bisagra entre el Magreb y el Africa subsahariana. Dicha política va a consistir en acercarse al Magreb y en servir de nexo o puente con el Africa negra (223). Dividida entre su inserción al Gran Magreb Árabe, a causa de su cultura árabe y su pertenencia colonial al Africa subsahariana, Mauritania va a proceder en su política africana por "círculos concéntricos". Es decir, la cooperación con los vecinos inmediatos, que se extiende, después, a todo el Continente (224). Ello explica que Mauritania participe a la vez en las organizaciones regionales de cooperación del Africa del Oeste (OMVS, CEAO y CEDEAO) y en las del Magreb (CPCM y UMA).

Al respecto Joseph-Roger de Benoist manifiesta: "... entre un Magreb con el que tiene vínculos sobre todo culturales y religiosos y una Africa saheliana que la invita a integrarse en los organismos económicos regionales, Mauritania se encuentra en una posición incómoda. Sólo la unidad interna, construida sobre la tolerancia, y la estabilidad, hecha con la colaboración de todos sus habitantes, pueden permitirle desarrollar su economía y jugar en el continente un papel fructífero, de nexo entre el Africa blanca y el Africa negra" (291).

La guerra del Sáhara, en la que fue protagonista, la incorpora cada vez más al Magreb. Su posición en dicho conflicto ha oscilado entre las tesis pro marroquíes y pro argelinas para finalmente adoptar una actitud de neutralidad.

País menos avanzado y frágil, Mauritania va a tener una política africana muy limitada consistente en hacerse aceptar como un Estado independiente. Todos los esfuerzos van a centrarse en la construcción nacional. El Islam tiene un carácter exclusivamente interno y se utiliza como factor de unión entre los beidanes y los negros de Mauritania. Con respecto al pueblo palestino, Mauritania expresa, en principio, su apoyo a este pueblo.

La represión de los negroafricanos por el poder y el conflicto senegal-mauritano, en abril de 1989, seguido de la persecución y del traslado de las poblaciones negroafricanas a la región del río Senegal (292), van a afectar a las relaciones entre Mauritania y los Estados subsaharianos que identifican la actitud de los dirigentes mauritanos con el "racismo" árabe

contra los negroafricanos. Dividida entre la arabidad y la africanidad, Mauritania cuyo poder está en manos de los beidanes afirma cada vez más su arabidad, consagrada por su adhesión a la Unión del Magreb Árabe. Y el Panmagrebismo supera al Panafricanismo.

De todo lo señalado hasta ahora, se desprende que los Estados magrebíes, unidos entre sí por la cultura árabo-islámica, se sirven del Panafricanismo para objetivos coyunturales, árabes o nacionales. En el primer caso, se trata de conseguir el aislamiento diplomático de Israel y el apoyo subsahariano a la causa palestina. Para ello utilizan la religión (²⁹³), es decir, el Islam, y la ayuda financiera y técnica que, en el caso de Libia, se acompaña de concesiones religiosas por parte de los Estados africanos beneficiarios (²⁹⁴). En el segundo caso, los Estados magrebíes procuran atraerse los votos africanos sobre los problemas que les oponen, como el del Sáhara, por medio de las alianzas ideológicas: Marruecos con los Estados conservadores y prooccidentales y Argelia con los Estados socialistas y tercermundistas. Además, es en el Africa subsahariana, donde Argelia buscó mercados para sus productos agrícolas e industriales y aliados para su política tercermundista (²⁹⁵).

Es evidente que el Magreb descubrió su africanidad a través de la emergencia de su dimensión sahariana (²⁹⁶), con la consiguiente transposición de los conflictos intermagrebíes e interárabes a la comunidad africana, en particular a la OUA, que fue bloqueada por los problemas del Sáhara y del Chad en los que los Estados magrebíes estuvieron directamente impli-

cados. Ello dio a los africanos la impresión de que los árabes querían torpedear la OUA y mantener la Liga Árabe, ya que el problema del Sáhara, que es esencialmente un problema árabe, nunca había sido planteado en la Liga Árabe (1977). De ahí la propuesta del Presidente Mobutu de una Liga de los Estados subsaharianos, es decir, una especie de "OUA negroafricana" que suscitó virulentas protestas en el Magreb y en el Mundo Árabe y que denotó la existencia de un contencioso histórico y desconfianza entre negroafricanos y árabes.

En suma, el Panafricanismo, basado en la dimensión africana del Magreb, no sólo no inspira ningún proyecto unitario de los Estados magrebíes, sino que además no da lugar a una política africana común y homogénea. Dicha política viene dictada por los objetivos propios de cada país magrebí y por las rivalidades que mantiene con sus vecinos. Todo esto se ha visto agravado por la dialéctica Este-Oeste que dominaba hasta hace poco las relaciones interafricanas. En la actualidad, con el fin de la guerra fría, la falta de interés que las grandes potencias manifiestan por África y la atracción europea hacia los mercados del Este, el Magreb tendrá que recuperar y revivificar el panafricanismo transahariano como base de su propio desarrollo y de la cooperación afro-árabe. Dicha estrategia permitirá, que tanto los Estados magrebíes como los subsaharianos atenúen la extroversión de sus economías y reduzcan la dependencia.

En resumen, según sintetiza May-Chartouni-Dubarry, las políticas africanas de los Estados magrebíes, no coherentes y no homogéneas, obedecen a la "voluntad de potencia": Libia,

cuya política africana se fundamenta en el "mesianismo revolucionario" y los intereses nacionales, aboga en el Africa subsahariana a favor del antisionismo, del antiimperialismo y de la promoción de la cultura árabo-musulmana. Argelia, basa su política africana en el "militantismo legalista" al privilegiar los principios de la intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización y la no injerencia en los asuntos internos de los Estados africanos, preconiza el anticolonialismo, el antisionismo y el tercermundismo económico. Marruecos, tiene una política africana no claramente definida, y consiste en contrarrestar la influencia argelina y asegurarse del apoyo de algunos Estados subsaharianos a su política expansionista, en particular en el Sáhara, adoptando para ello un "anticomunismo militante". En cuanto a Túnez y Mauritania, no tienen una política africana específica, a causa de la escasez de sus medios (222).

El socialismo árabe o socialismo islámico, de moda en la década de los 60 y 70, lejos de constituir una ideología de integración, se convirtió en factor de división, al tomar un carácter nacional y de legitimación del poder estatal. Sería justo hablar de un "socialismo nacional", a causa del contenido impreciso y diferente que se le daba en cada país.

Este socialismo, que se quiere específico, al rechazar el capitalismo y el comunismo, es una conciliación entre "el nacionalismo y el panarabismo, el Islam y el progreso, el partido único y la democracia, la igualdad social y la negación de la lucha de clases. Se acompaña de nacionalizaciones, de leyes sociales, de reformas agrarias, de planificación..." (223).

Esta mezcla de elementos opuestos le da su aspecto impreciso e indefinido, que explica que cada uno lo interprete a su manera o que ponga más énfasis sobre un elemento que sobre otro.

Esta situación se debe, según manifiesta Miguel Cruz Hernández, a la falta de base histórica de un socialismo árabe original, a la no separación entre la ideología y la religión, a la incompatibilidad entre el laicismo y el Islam y a la primacía de la acción política sobre la teorización ideológica (200). Todo ha sido fundamentado en un solo hombre, rey o jefe histórico, que encarna la ideología oficial y las aspiraciones de las masas (201).

Según Abdallah Laraoui, el socialismo árabe, que de socialismo sólo tiene el nombre, se reduce al arabismo y la industrialización, con una mezcla de elementos inconexos, sin conciencia y en una sociedad anquilosada (202). Está integrado por unos líderes, generalmente militares, con una comprensión limitada de la modernidad y cuyos modelos de desarrollo se fundamentan en el predominio de lo social sobre lo económico, del consumo sobre la producción y de la megalomanía sobre la creación de riquezas (203). Las sociedades árabes no han conseguido todavía la propiedad colectiva de los medios de producción y las clases dirigentes, en particular los militares, no han dominado aún el pensamiento socialista (204).

La unidad árabe por y para el socialismo, se encuentra estancada, no sólo a causa de las divergencias entre el socialismo árabe laicizante y el socialismo islámico, sino, además, por la existencia de una gran variedad de modelos socialistas

con bases diferentes (205). Ello no contribuye a la unidad sino, que genera conflictos y rivalidades.

Esta situación del Mundo Árabe va a repercutir en el Magreb donde en la década de los 60 y 70, se podían distinguir los siguientes socialismos magrebíes o norteafricanos, difícilmente comparables: el socialismo argelino, "musulmán", "específico", "nacional" y del "Tercer Mundo" basado en la estatización de la economía (206) - Young Crawford afirma que la ideología argelina se basa en tres elementos: el nacionalismo árabe e islámico, el socialismo radical y la tecnocracia (207)- ; el socialismo desturiano, identificado con el burguibismo y experimentado por Ahmed Ben Salah, mezcla de disciplina soviética y de subordinación de cualquier acción e iniciativa política al Estado y al partido único (208) -según la definición del 80 Congreso del PSA, dicho socialismo era una síntesis del capitalismo a nivel de la producción y del socialismo a nivel del reparto de los ingresos (209)-, el "neosocialismo científico libio", basado en la revolución islámica para la igualdad y contra la explotación, y para la unificación del Mundo Árabe (210); el socialismo mauritano, que rechaza las referencias extranjeras para fundamentarse en el Islam y en la cultura auténtica y que da prioridad a la justicia social en el marco de una economía privada vigilada por el Estado (211), y el socialismo marroquí, basado en la civilización árabe-musulmana como sinónimo de la justicia social y de la satisfacción de las necesidades sociales (212).

Estos socialismos magrebíes fueron menos reales y coherentes. Se limitaron a los discursos oficiales y escondieron el capitalismo de Estado que era común a todos ellos. Sin embargo, pusieron de manifiesto las discrepancias ideológicas en el Magreb donde coexistían un "socialismo conservador" (Marruecos), un "socialismo moderado" (Túnez y Mauritania), un "socialismo radical" (Argelia) y un "socialismo más radical" (Libia). En la mayoría de los casos, se abusaba de un término que, a menudo, tenía incluso un contenido contrario.

La crisis del socialismo árabe, en sus versiones laica e islámica, se remonta a la derrota de 1967 ⁽²¹³⁾ y ha fracasado, junto al Panarabismo, con el que tenía el objetivo común de realizar la unidad árabe. Así pues, ha sido abandonado en el Magreb para volver al liberalismo y al neoliberalismo, consagrados por el sometimiento a los programas de reajuste del FMI, en la década de los 80.

El socialismo árabe no pudo convertirse en ideología de integración de los Estados magrebíes por haberse limitado "a la propaganda de sus programas nacionalistas y "desarrollistas". Los intentos de política común, han sido muy reducidos y sólo a escala de grandes "bloques" ⁽²¹⁴⁾.

Con el fracaso de unidad a través del "socialismo musulmán" y frente a la crisis de la sociedad, la alternativa radical en el "Islam socializante" encabezado por los imames, cuyo discurso ha conseguido la movilización de los jóvenes frustrados social y políticamente ⁽²¹⁵⁾. Basado en el "panislamismo horizontal", es decir, en el "Magreb de los pueblos", le falta todavía, como queda dicho, la conquista y el ejercicio del poder estatal que son sus objetivos declarados.

El análisis que precede, denota la confusión ideológica que prevalece entre las élites magrebíes, divididas, en cuanto a la ideología a adoptar, para la integración del Magreb. Se hallan desgarrados entre el Panarabismo, el Panislamismo, el Panmagrebismo, el Panafricanismo, el socialismo árabe y los valores de la democracia occidental o popular. Esta situación se debe al carácter a la vez árabe, musulmán, mediterráneo y africano del Magreb.

Cada una de estas ideologías presenta unos límites que las impiden convertirse en instrumento exclusivo de integración a causa de la especificidad magrebí tanto en el Mundo Árabe como en el Africano. Dicha especificidad proporciona una clara preferencia al Panmagrebismo, si bien éste no ha podido reunir la unanimidad en cuanto a la estrategia para llevarlo a cabo.

El Panarabismo tiene cierto atractivo y moviliza a las masas magrebíes pero sin convencerlas. Eficaz en la lucha colonial, se ha mostrado frágil al globalizar, de una manera ilusoria, problemas cuyas soluciones son cada vez aplazadas (216). No sólo ha dividido al Mundo Árabe, sino que además se ha convertido, a partir de 1967, en una ideología de humillación e impotencia. A pesar de tener una gran sensibilidad para el Panarabismo y para la unidad árabe que consideran como irrechazables (217), los Estados magrebíes son cada vez más favorables a la realización del Gran Magreb. A excepción de Gaddafi, ningún dirigente magrebí aboga por la integración política árabe. El proyecto magrebí es más competitivo que complementario al proyecto árabe (218), y el Panarabismo es cada vez considerado como un caballo de Troya mashrequí para dominar al Magreb y negar su especificidad (219).

Al fundamentarse en la comunidad islámica (Umma), el Panislamismo es bastante confuso y utópico, y sólo sirve de legitimación ideológica. Es decir, se ha transformado en una ideología de sustitución dirigida contra el Panarabismo, considerado como laico. Pese al hecho de que el Islam es un importante factor de integración, la concreción de la Umma es imposible en un sistema internacional organizado sobre la base de los Estados nacionales como principales protagonistas. Teniendo en cuenta las importantes diferencias que existen dentro del Islam y la multitud de Estados que lo han adoptado, el Panislamismo se limitará a la organización de la solidaridad y de la cooperación entre los Estados islámicos.

Tanto en el Magreb como en el Mundo Árabe, el Panarabismo y el Panislamismo, lejos de servir de instrumentos de integración, se han convertido en ideologías de movilización, unas veces a favor de los Estados, otras contra ellos (220). Según Bertrand Badie, se han confinado "en el ejercicio de una función más de protesta que creadora de modelos políticos o estatales" (221). La unidad árabe o islámica desaparece a favor del fortalecimiento de los nacionalismos estatales. Dicha unidad, según Jacques Berque, es quimérica y disimula la particularidad (222). A pesar de implantarse en la conciencia colectiva magrebí y árabe, el Panarabismo y el Panislamismo, han sido y siguen siendo, reacciones contra las dominaciones e influencias extranjeras: dominación turca, colonización europea, existencia de Israel e influencia occidental (223). Son instrumentos de recuperación del particularismo o de la autenticidad árabe, pero no logran la concreción de la conciencia unitaria.

El Panafricanismo, más subsahariano que norteafricano, ha servido a los Estados magrebíes sólo como ideología de descolonización y de solidaridad africana. Su cultura árabo-musulmana les aparta de la africanidad. Lo utilizan para conseguir una clientela política y diplomática, necesaria para su proyección regional o internacional. Las políticas africanas de los Estados magrebíes se inspiran en las concepciones ideológicas y en las políticas nacionales de cada país. Son esencialmente individuales y nacionales, sin convergencia ni concertación y a menudo antagónicas y competitivas. Por ello, su panafricanismo, que se limita a la participación en la OUA, no constituye una ideología de integración magrebí, y sólo sirve de instrumento para la cooperación continental y afro-árabe.

El socialismo árabe, debido a su sincretismo, es ideológicamente ambiguo y ha dado lugar a distintas interpretaciones, que complican su posibilidad de convertirse en ideología de integración. Al igual que el Panarabismo y el Panislamismo, es una reacción contra las influencias e injerencias extranjeras, y una negación de la alienación (224). Su falta de teorización uniforme y su recuperación como ideología de legitimación por los Estados obstaculizan su posibilidad de convertirse en ideología de integración. No sólo ha sido ineficaz como ideología de desarrollo, sino que, además, no tiene hoy sentido a causa de su puesta en tela de juicio a nivel internacional.

El Panmagrebismo, en su principio ideología anticolonial, es mucho más importante que el Panarabismo o el Panafricanismo, bastante lejanos. Dicha ideología dicta una

integración que obedece a la especificidad del Magreb respecto al Oriente Medio y al Africa subsahariana, ya que existen en el Magreb unas bases objetivas de unidad (222). Pero hasta hace poco, el Panmagrebismo se ha manifestado más como una solidaridad política que como un factor de integración económica (223), como veremos en el próximo capítulo.

El Panmagrebismo no reúne la unanimidad en cuanto al tipo de unidad o de integración que se debe realizar. Choca con el gaddafismo y el islamismo.

El gaddafismo, heredero del nasserismo y del "panarabismo militante", defiende el proyecto de la unidad árabe por encima de las fronteras nacionales. De ahí, que esté en contra de la concepción regionalista y minimalista de la integración magrebí, a la que considera como contraria a la visión maximalista de la unidad árabe. El Coronel Gaddafi, acepta la idea magrebí, no como un fin en sí, sino como una etapa hacia la realización de dicha unidad. Por su parte, los islamistas, consideran el Panmagrebismo, en su forma estatal, como una división de la Umma. Abogan por el "Magreb de los pueblos" como parte de la comunidad islámica.

El discurso gaddafista es ciertamente seductor, pero ambiguo. La búsqueda de la abolición de las fronteras nacionales y de la instauración del poder de las masas contrasta con el fortalecimiento del Estado libio, mediante las guerras de conquista territoriales. Esta práctica, es contraria a los principios de la no injerencia y de la intangibilidad de las fronteras defendidas por la comunidad internacional y por la

QUA, de la que Libia es miembro. En cuanto al discurso islamista, que pretende derribar a los regímenes magrebíes, es utópico. En la actualidad, el "Magreb de los Estados" supera al "Magreb de los pueblos". El Magreb será lo que quieran que sea los Jefes de Estado, a no ser que se produzca una revolución islámica radical en todos los países magrebíes. Y ello resulta imposible, o al menos difícil.

2.2. Los antecedentes de la integración en el Magreb o las solidaridades basadas en la lucha anticolonial

La unidad del Magreb, que se remonta a la época de las conquistas almorávides y almohades, que dieron a la región una identidad común, fundamentada en la lengua, la religión y la civilización, se manifestó, en su forma moderna, bajo la influencia del movimiento del renacimiento árabe (227).

Al margen de las reacciones magrebíes, más o menos aisladas o concertadas, contra las conquistas europeas de principios del siglo XX, la idea de la unificación del Magreb árabe fue lanzada por vez primera por el nacionalista tunecino Ali Bach Hamba, quien consideró, en 1914, la necesidad de una lucha común contra el colonizador para conseguir la independencia, mediante la coordinación entre los movimientos nacionalistas de Túnez, Argelia y Marruecos (228).

Desde 1914 hasta 1962, fecha del acceso a la independencia de Argelia, se manifestaron varios movimientos, organizaciones, conferencias o congresos, los más importantes de los cuales, analizaremos a continuación. El tema central de todos

ellos, fue la lucha anticolonial concertada. Nació así el "magrebismo", basado en el Panarabismo, como expresión política de autoafirmación, e ideología "de acercamiento y de movilización" (229).

Si bien es verdad que la lucha contra el colonialismo forjó la idea de la unidad magrebí (230), no es menos cierto que dicha unidad, como veremos, se manifestó más entre las élites, que la utilizaron en su propaganda contra la colonización y para conseguir el respaldo de los intelectuales árabes, que entre las masas, cuyas aspiraciones unitarias, se limitaron a la adquisición de la independencia. Y, así, se consolidaron las independencias nacionales, sin que se presionara a sus dirigentes para concretar la unidad del Magreb (231).

La idea de la unidad magrebí se manifestó esencialmente a través de la "Estrella norteafricana" (1926), la "Asociación de Estudiantes Musulmanes Norteafricanos" (1927), el "Comité de Liberación del Magreb" (1947) y la "Conferencia de la Unidad" (1958).

2.2.1. La Estrella norteafricana (E.N.A.).

Fundada en París en 1926 y presidida por el argelino Messali El Hadj, esta asociación política, defendió la idea del Magreb árabe (222) y de la independencia de todo el Africa del Norte (222), reivindicada en el Programa de su Asamblea General del 28 de mayo de 1933 y en el Plan de Reivindicaciones inmediatas para el Africa del Norte de 1936 (224).

Dicha Asociación, que perseguía a la vez la liberación de Argelia y la independencia del Magreb (225), tenía de norteafricano sólo el nombre, ya que estaba integrada casi exclusivamente por los argelinos (226), si bien su ideología de liberación englobaba al conjunto del Magreb.

Esta "doble naturaleza" de la ENA se expresó en la creación del Partido del Pueblo Argelino (PPA) en 1937, por el propio Messali El Hadj, y en su Programa, que recomendaba "la constitución de un frente común en el que tunecinos, argelinos y marroquíes, deberían unirse para luchar contra el frente imperialista" (227).

Es obvio que la ENA perseguía más una liberación común, que el proyecto de un único Estado magrebí. Pero tiene, al menos, el mérito de haber despertado la idea de tal proyecto (228).

2.2.2. La Asociación de Estudiantes Musulmanes Norte-africanos (A.E.M.N.A.).

Creada también en París, en 1927, esta Asociación era la única que defendía, de una manera clara y constante el proyecto del Magreb árabe unido, por medio de la lucha común para la libertad (339).

La AEMNA, que se había desarrollado paralelamente al nacionalismo magrebí, perseguía el nacimiento de la solidaridad y conciencia magrebíes, a través de la unificación de la educación. De un movimiento de coordinación de las acciones políticas, se convirtió en una ideología bien elaborada de los estudiantes norteafricanos, quienes consideraron, en su Quinto Congreso de 1935, en Tlemcen, la enseñanza del árabe y de la historia del Africa del Norte y el mantenimiento del culto musulmán, como factores del despertar de la conciencia de una identidad magrebí, basada en la mentalidad y la religión comunes (340). La resolución final de dicho Congreso, dirigida a las Asociaciones de los Maestros Musulmanes del "Magreb central", con miras a la construcción de la unidad magrebí, manifestaba que dichas medidas "no apuntan a la creación de una unidad artificial. ¡En absoluto! Nos hemos limitado a restaurar una unidad antigua que la historia ha anotado y ha atestiguado" (341).

La AEMNA, que sigue existiendo en la actualidad, ha sido un verdadero lugar de encuentro entre los estudiantes magrebíes, que tanto antes como después de la independencia, serán los dirigentes de sus países respectivos. Y jugó un papel

importante en la emergencia de la idea magrebí en la mentalidad de dichos dirigentes, aunque sin tener una influencia real sobre las masas (342). Su mérito estribó en la ciudadanía magrebí que preconizaba, y que ningún Estado magrebí actual ha sido capaz de defender ni conservar (343).

2.2.3. El Comité de Liberación del Magreb Arabe(1947).

Con la creación de la Liga Árabe (1945), El Cairo se convirtió en el centro de las actividades de los movimientos nacionalistas del Magreb. Y así, se organizó en dicha ciudad, en febrero de 1947, el Congreso del Magreb Árabe, que fundó el Comité de Liberación del Magreb Árabe. Dicho Congreso, tenía como objetivo "la coordinación y la unificación de sus planes, para una acción y lucha comunes" (344).

En la Declaración realizada por el presidente del Comité, el marroquí Abd al-Karim al-Khattabi, el 5 de enero de 1948, basándose en la recomendación del Congreso de 1947, se afirmó el carácter árabe del Magreb, es decir, su pertenencia al Mundo Árabe, y se consideró al Islam como factor de identidad magrebí. Además, la Declaración, rechazó cualquier forma de negociación separada con Francia, y al mismo tiempo reconoció a cada país el derecho de luchar por su independencia, a condición de ayudar a los demás a conseguir la suya (345).

Esta Declaración o Carta, que consagró el proyecto unitario magrebí, ya iniciado por la ENA y la AEMNA, se enfrentó a las estrategias divergentes de los distintos partidos políticos magrebíes, divididos entre los partidarios de una acción indi-

vidual y los de una acción concertada. Esta situación era previsible, ya que dichos partidos no tenían una base de acción común, debido al marco nacional en el que actuaban. Su adhesión a la Carta del Comité de Liberación, se explica por su búsqueda de legitimidad, en torno a la persona de Abd al-Karim, héroe de la guerra del Rif, quien, para las masas, encarnaba la resistencia contra la opresión colonial (346).

A pesar de no alcanzar sus objetivos, el Comité de Liberación tuvo el mérito de constituir un símbolo, el de la unión magrebi que las élites consideraban como el medio eficaz para luchar contra la colonización y difundir las ideas de la unidad (347).

2.2.4. La conferencia de Tánger o la "Conferencia de la Unidad" (1958).

Reunión de los tres partidos políticos del "Magreb central", el Destur tunecino, el FLN argelino y el Istiqlal marroquí. La Conferencia de Tánger del 27 al 30 de abril de 1958, es el resultado de tres importantes acontecimientos: La guerra de Argelia, que tuvo repercusiones en los demás países (bombardeo de Uxda y de Sakiét Sidi Yucef), la respuesta a las aspiraciones de las masas a favor de la unión y la creación de la CEE considerada a la vez como modelo y desafío (348).

Esta Conferencia, que se pronunció a favor de la independencia de Argelia y de la Unidad del Magreb, fue la primera manifestación que definió de forma clara el concepto de Magreb, al considerar que "la forma federal corresponde mejor a las

realidades de los Estados participantes" (249). No se trataba pues de una simple coordinación de las actividades entre los tres países.

El comunicado final de dicha Conferencia contempló la creación de una "Asamblea Consultiva del Magreb Árabe" -integrada por las Asambleas nacionales de los tres países, encargada de examinar los problemas comunes y de hacer recomendaciones a los gobiernos respectivos-, y una Secretaría permanente, encargada de la ejecución de las decisiones. Los 6 miembros de la Secretaría permanente, 2 por país, deberían reunirse alternativamente en Rabat y Túnez. Estaba también prevista la unificación de las políticas exteriores y de la defensa de los países magrebíes (250).

La Conferencia de Tánger aparecía, así, "como un acto de fe dirigido hacia el porvenir de un Magreb unido" (251). Sin embargo, cabe reconocer con R. Le Tourneau, que se trataba de una simple declaración, destinada a la creación futura de la unidad magrebí, hecha por los partidos políticos y que no comprometía a sus gobiernos respectivos. Su concreción se vio obstaculizada, al principio, por el hecho de que Argelia no era todavía independiente y de que Marruecos y Túnez mantenían relaciones de cooperación con Francia (252). Además, estos dos últimos países, manifestaban sus pretensiones territoriales sobre Argelia, pues la colonización francesa la había ampliado geográficamente en su detrimento.

La Secretaría permanente, tras reunirse dos veces, conoció una existencia efímera. En recuerdo del espíritu de Tánger, se organizaron unos "reencuentros magrebíes" en abril de 1983, en Tánger, en abril de 1984, en Túnez, en solidaridad con Libia, después de la agresión estadounidense contra este país. Y en 1988, con motivo del trigésimo aniversario de la Conferencia de Tánger.

Realizando una valoración de dicha Conferencia, veintiocho años después, el Profesor Habib El Malki manifestó: "Una gestión realista, que contrasta con las iniciativas precipitadas que prevalecían en la época en el Cercano Oriente (La R.A.U. o fusión entre Egipto y Siria). Una voluntad política de encontrar soluciones conformes al ideal magrebí. Un bosquejo de edificación del Magreb a través de un proyecto de constitución de una Asamblea Consultiva Magrebí. Esto explica por qué, la Conferencia de Tánger, sigue siendo ese hilo de Ariadna, que continúa marcando todos los intentos de enlazar, en un destino común, a los diferentes países magrebíes" (252).

El optimismo de Habib El Malki contrasta con el pesimismo de Paul Balta, quien considera que la Conferencia de Tánger ha sido un fracaso, por ser más una reacción contra los factores externos (la creación de la CEE) y una respuesta a un problema puntual (la guerra de Argelia), que una dinámica interna dictada por las exigencias de unión (254). Es una prueba más de que la unidad magrebí es un concepto elitista, del que están excluidas las masas (255).

A pesar de la validez de su texto, la Conferencia de Tánger sólo fue una manifestación de unidad respecto al conflicto argelino. Después de dicho conflicto, el Magreb conocerá graves crisis y distensiones con alianzas bilaterales y trilaterales que analizaremos en el próximo capítulo.

Una vez más, la Conferencia de Tánger, al igual que la ENA, la AEMNA y el Comité de Liberación, fue más una estrategia anticolonial, que un verdadero proyecto unitario. Pero constituye una importante referencia de unidad a nivel institucional. La independencia de Argelia, en 1962, que supuso la superación del obstáculo colonial, en lugar de conducir a la unidad se tradujo en un fortalecimiento de los nacionalismos locales y de las construcciones estatales con las consiguientes divergencias ideológicas.

No nos hemos referido al Comité de Defensa del Africa del Norte, creado en El Cairo en 1945, ya que, junto a la Liga Arabe, se ocupaba más de la liberación del Magreb, que de los problemas de su unidad, sobre los cuales no se pronunciaba (256).

En resumen, cabe decir que en el Magreb, las ideologías han tenido más un carácter anticolonialista que integracionista. Y la estrategia ha consistido en conseguir la independencia antes de comprometerse en la vía de la unidad. Hubo integración de las luchas anticolonialistas, pero no se pensó en la unidad real del Magreb (257). Las ideologías adoptadas tras las independencias se definieron de unamaneira negativa, pues se basaron en el antineocolonialismo, antiimperialismo y antisionismo, sin

apoyarse en las masas para conducir las a la integración regional. Dichas ideologías, a menudo elitistas, han sido manipuladas para fines internos de legitimación de los poderes establecidos.

Todos los movimientos o Conferencias arriba expuestos, de los que se apartó a Mauritania y Libia para referirse sólo al "Magreb central", por las razones ya evocadas, se ocuparon más de la lucha contra el colonizador que de la unidad. No plantearon las bases de una futura integración del Magreb, si exceptuamos el caso de la Conferencia de Tánger que creó, como queda dicho, un importante espíritu de unidad. De ahí, las incertidumbres políticas y económicas, que van a caracterizar las prácticas de la integración magrebi, y que nos proponemos analizar en el capítulo siguiente.

NOTAS AL CAPITULO II

- (1.) ABDEL-MALEK A.: La pensée politique arabe contemporaine, Editions du Seuil, Paris, 1970, p.23.
- (2.) MELLAH F.: De l'unité arabe..., op.cit., p.90.
- (3.) Ibidem, pp.90-91.
- (4.) RAOUF W.: Nouveau regard sur le nationalisme arabe..., op.cit., p.67.
- (5.) MARTINEZ CARRERAS J.U.: Historia de la descolonización 1919-1986..., op.cit., p.64.
- (6.) RAOUF W.: op.cit., p.80.
- (7.) GIL BENUMEYA R.: Historia de la política árabe, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1951, p.119.
- (8.) RAOUF W.: op.cit., p.19.
- (9.) BALTA P.: L'islam dans le monde, La Découverte-Le Monde, Paris, 1986, p.53.
- (10.) GIL BENUMEYA R.: op.cit., p.120.
- (11.) RODINSON M.: Los árabes, op.cit., p.100.
- (12.) SOURDEL D.: Histoire des Arabes (3ª edición), P.U.F. (Que sais-je?), Paris, 1985, p.18.

- (13.) Véase RAOUF W.: op.cit., p.151.
- (14.) RODINSON M.: op.cit., pp.43-44.
- (15.) DJAIT H.: La personnalité et le devenir arabo-islamique, Editions du Seuil, Paris, 1974, p.67.
- (16.) MELLAH F. op.cit., p.92.
- (17.) Véase prefacio al libro de RAOUF W.: op.cit., p.6.
- (18.) MELLAH F.: op.cit., p.79.
- (19.) DJAIT H.: op.cit., pp.69 y 82. En casi los mismos términos, Albert Hourani manifiesta que el baasismo era una fuerza política, cuyo objetivo era la creación de una nación árabe y de un Estado árabe unido, mientras que el nasserismo era una ideología sincrética basada en el Islam, nacionalismo y unidad árabe, y un "socialismo específico" a medio camino entre el marxismo y el capitalismo. Véase HOURANI A.: Historia de los pueblos árabes, op.cit., pp.320-321.
- (20.) Ibidem.
- (21.) Véase NASSER G.A.: Filosofía de la Revolución, Embajada de la R.A.U., Madrid, 1959, pp.58 y ss.
- (22.) LACOUTURE J.: Nasser, Dopesa, Barcelona, 1972, p.167.
- (23.) Véase ZERAQUI Z.: El mundo árabe: imperialismo y nacionalismo (Traducción de Rose Marie LeLong), Editorial Nueva Imagen, México, 1981, p.42.

- (24.) Véase TERRA VIERA B.: Gamal abd Al-Nasser: Anti-biografía, Ediciones Pueyo S.A., Madrid, 1962, p.160.
- (25.) Véase FARAH E.: Parti Ba'ith Arabe et Socialiste. La pensée arabe contemporaine face au défi contemporain, La Albarreja, Madrid, 1978, p.278.
- (26.) RAOUF W.: op.cit., p.201.
- (27.) AMIN S.: La nation arabe..., op.cit., p.144.
- (28.) RAOUF W.: op.cit., p.206.
- (29.) DERRIENNIC J-P.: op.cit., p.179.
- (30.) DJA T H.: op.cit., p.69.
- (31.) HINNEBUSCH A.R.: Egyptian Politics under Sadat: The Post-Populist Development of an Authoritarian-Modernizing State, Cambridge University Press, Londres-Nueva York, 1985, p.48.
- (32.) LE GACH D.: "L'Egypte après la mort de Sadate", Croissance des Jeunes Nations n° 234, Paris, diciembre de 1981, p.20.
- (33.) SID-AHMED M.: "Qu'attendre de L'Egypte dans la relance des négociations au Proche-Orient?", Le Monde Diplomatique n° 369, diciembre de 1984, p.3.
- (34.) Véase INFANTE L.: "España debe hacer la política de su cultura", Diario 16 del 10 de marzo de 1991 -Dossier "Paisaje después de la batalla"-, Madrid, p.8.

- (35.) Ibidem.
- (36.) BERREBY J-P.: op.cit., p.253.
- (37.) BERQUE J.: Les Arabes d'hier à demain (3^a edición), Seuil, Paris, 1976, p.13.
- (38.) RODINSON M.: Marxisme et monde musulman, Seuil, Paris, 1972, p.602.
- (39.) Ibidem, p.464.
- (40.) Véanse:
- RODINSON M.: Marxisme..., op.cit., p.467.
- RODINSON M.: Los árabes, op.cit., p.107.
- (41.) DJAIT H.: op.cit., pp.85 y 87.
- (42.) Ibidem, pp.68 y 84.
- (43.) MELLAH F.: op.cit., p.95.
- (44.) BENCHENANE M.: "L'intégration économique arabe", en Revue du Tiers Monde nº 96, op.cit., p.908.
- (45.) MELLAH F.: op.cit., p.86.
- (46.) MARZOUKI M.: Arabes, si vous parliez..., Lieu Commun, Paris, 1987, p.98.

- (47.) Ibidem, p.99.
- (48.) RAOUF M.: op.cit., p.168.
- (49.) MELLAH F.: op.cit., pp.154 y ss.
- (50.) Ibidem, pp.144 y ss.
- (51.) KALISKY R.: Le monde arabe à l'heure actuelle, Marabout Université, Verviers, 1984, p.233.
- (52.) Para más detalles sobre las posiciones de los Estados árabes con respecto a la iniciativa egipcia de paz con Israel, véase: RONDOT P.: Le Proche-Orient à la recherche de la paix: 1973-1982, P.U.F. (Perspectives internationales), París, 1982, pp.147 y ss.
- (53.) MARZOUKI M.: op.cit., pp.11 y 12.
- (54.) Ibidem, p.96.
- (55.) BERQUE J.: Les Arabes..., op.cit., p.278.
- (56.) ABDEL-MALEK A.: La pensée politique arabe..., op.cit., pp.19 y 218.
- (57.) RODINSON M.: Marxisme..., op.cit., p.68.
- (58.) CHEVALLIER D.: "Les régimes arabes face aux changements mondiaux", en VV.AA. Renouvellements du monde arabe: 1952-1982, Armand Colin, París, 1987, pp.11-12.

- (59.) ZERADUI Z.: op.cit., pp.192 y ss.
- (60.) CORM G.: Le Proche-Orient..., op.cit., p.59.
- (61.) BRONDINO M.: Le Grand Maghreb: mythe et réalités, Alif, Túnez, 1990, p.157.
- (62.) CORM G.: Le Proche-Orient..., op.cit., p.64.
- (63.) LARADUI A.: L'idéologie arabe contemporaine, François Maspero (Textes à l'appui), Paris, 1977, p.217.
- (64.) BURGAT F.: L'islamisme au Maghreb. La voix du Sud, Karthala, Paris, 1988, p.36.
- (65.) Véase DENECHÉAU J.H. y otros: La Méditerranée arabe et le Proche-Orient au XXe siècle, Masson, Paris-Barcelona, 1976, p.89.
- (66.) BURGAT F.: L'islamisme..., op.cit., p.36.
- (67.) AL-YABBAR F.A.: "La espada de doble filo del Islam", El Mundo del 17 de febrero de 1991, Madrid, p.12.
- (68.) Véase LACOMBA J.A. y otros: Historia contemporánea. El siglo XX (1914-1980), Alhambra Universidad, Madrid, 1982, p.308.
- (69.) ARKOUN M.: Essai sur la pensée islamique (3ª edición), Editions Maisonneuve et Larose, Paris, 1984, pp.301-302.

- (70.) ETIENNE B.: L'islamisme radical, Hachette (Livre de poche), París, 1987, p.113.

- (71.) Ibidem, p.168.

- (72.) MESA R.: Aproximación al Cercano Oriente, Akal bolsillo, Madrid, 1982, p.166.

- (73.) RUTHVEN M.: "Islam Politics in the Middle East", en The Middle East and North Africa 1986 (32ª edición), Europa Publications Limited, Londres, 1985, p.137.

- (74.) AL-YABBAR F.A.: op.cit., p.12.

- (75.) MARTIN MUÑOZ G.: "La política del Islam", El País (Temas de nuestra época), del 21 de febrero de 1991, p.3.

- (76.) SAENZ-DIEZ J.I.: "El fundamentalismo islámico", en Cuadernos de Historia moderna y contemporánea nº 7, Universidad Complutense de Madrid-Facultad de geografía e historia, 1986, p.203.

- (77.) RUTHVEN M.: op.cit., p.137.

- (78.) Hammudah Abdalati rechaza este término que identifica la religión con la idolatría de un ser mortal, Mahoma. Véase ABDALATI H.: Luces sobre el Islam, Centro Islámico de España, Madrid, s.f., p.23.

- (79.) François Burgat establece una interesante distinción entre el islamismo, el sufismo, el fundamentalismo, los Hermanos Musulmanes, el jomeinismo, el integrista y el extremismo. Véase BURGAT F.: L'islamisme..., op.cit., pp.15 y ss.

- (80.) EL MALKI H.: "La Méditerranée en transition", en Simposium internacional, Institut Català d'Estudis Mediterranis, Barcelona, 1989, p.446.
- (81.) ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.176.
- (82.) PIPES D.: El Islam de ayer a hoy (Traducción de Blanca Sagarna y Ramón Palencia), Espasa Calpe, Madrid, 1987, pp.102-103.
- (83.) Véanse:
- ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.176.
- BURGAT F.: L'islamisme..., op.cit., p.28.
- (84.) ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.176.
- (85.) D'ARCAIS P.F.: "La guerra", El País -Edición de Barcelona- del 14 de febrero de 1991, p.17.
- (86.) Citado por KURTZ P.: "El manantial de los adeptos", El País -Temas de nuestra época- del 20 de julio de 1989, p.3.
- (87.) ABDELKEFI M.: op.cit., p.81.
- (88.) Se trata de Bruno Etienne y François Burgat, mientras que, Georges Corm rechaza estos términos que, según él, expresan un islam inmutable y específico que crea una barrera entre el Oriente y el Occidente. Véase CORM G.: L'Europe et L'Orient. De la balkanisation a la libanisation. Histoire d'une modernité inaccomplie, La Découverte (Textes à l'appui), Paris, 1989, p.221. Para una mejor comprensión de la diferencia que existe entre el tradicionalismo, el fundamentalismo, el integrismo y el islamismo, véase

LAMCHICHI A.: Islam et contestation au Maghreb, L'Harmattan, 1989, pp.49-50.

- (89.) Citado por ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.177.
- (90.) Citado por BACKMANN R.: "Las arcas del integrismo", El País (Revista) del 5 de agosto de 1990, p.6.
- (91.) MARTIN MUÑOZ G.: op.cit., p.2.
- (92.) CARANCI C.: "Quienes son y que quieren los Hermanos Musulmanes", en América Latina y Africa hoy nº 8, Madrid, marzo de 1982, p.98.
- (93.) BALTA P.: "Los Estados árabes frente al islamismo", en El Estado del Mundo 1989, Ediciones AKAL, Madrid, 1988, p.506.
- (94.) BERREBY J-J.: op.cit., p.253.
- (95.) DJAIT H.: op.cit., p.149.
- (96.) CRUZ HERNANDEZ M.: Historia del pensamiento islámico. T.II: Desde el islam andalusí hasta el socialismo árabe, Alianza Universidad (Textos), Madrid, 1981, pp.381-382.
- (97.) GARDET L.: Les hommes de L'islam. Approche et mentalités, Editions Complexe, Bruselas, 1984, p.15.
- (98.) SOURDEL D.: Histoire des Arabes, op.cit., p.114.

- (99.) GIL BENUMEYA R.: op.cit., p.123.
- (100.) RODINSON M.: Los árabes, op.cit., pp.84-85. Sobre la contribución musulmana a la civilización, véase BMMATE H.: Muslim Contribution Civilization, American Trust Publication, Indianapolis (Indiana), 1976.
- (101.) BALTA P.: L'islam dans le monde, op.cit., p.54.
- (102.) CHABRY L. y CHABRY A.: Politique et minorités au Proche-Orient, Maisonneuve et Larose, París, 1987, p.54.
- (103.) AJAMI F.: "The end of Pan-arabism", en VV.AA., Pan-arabism and Arab Nationalism. The Continuing Debate (Compilador: Tawfic E. Farah), Westview Press, Londres, 1984, p.106.
- (104.) MARTINEZ CARRERAS J.U.: Historia de la descolonización..., op.cit., p.66.
- (105.) SAEZ DE GOYANTES L.: "Islamismo y Arabismo", en Africa nº 349, Madrid, 1971, p.14.
- (106.) VON GRUNEBAUN G.E. (Comp): El islam T.II.: Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días (7ª edición), Siglo XXI, Madrid-México, 1987, p.343.
- (107.) ETIENNE B.: L'islam radical, op.cit., p.95.
- (108.) FLORY M.: "Islam et Droit international", en L'islam dans les relations internationales -Actas del IV Coloquio franco-paquistani en París del 14 al 15 de mayo de 1984-, Edisud, París, 1986, p.47.

- (109.) ETIENNE B.: L'islam radical, op.cit., pp.194-195.
- (110.) ETIENNE B.: "Contre le Droit International", en L'islam dans les relations internationales, op.cit., p.104.
- (111.) PIPES D.: op.cit., p.230.
- (112.) AJAMI F.: op.cit., p.98.
- (113.) PIPES D.: op.cit., p.412.
- (114.) MORAN F.: "La revanche de Dios", Diario 16 -Dossier: "Paisaje después de la batalla", op.cit., p.12.
- (115.) ETIENNE B.: L'islam radical, op.cit., pp.113 y 131-132.
- (116.) Citado por GARDET L.: op.cit., p.14.
- (117.) MONTET E.: L'Islam, Payot, París, 1923, p.4.
- (118.) Véase ARKOUN M.: L'islam: morale et politique, Desclée de Brouwer, París, 1986, pp.187-188.
- (119.) GARDET L.: op.cit., pp.61 y 387.
- (120.) PIPES D.: op.cit., p.294.
- (121.) ETIENNE B.: L'islam radical, p.96.

- (122.) Ibidem, p.271.
- (123.) Ibidem, p.168.
- (124.) Ibidem, p.171.
- (125.) Ibidem, p.211.
- (126.) PIPES D.: op.cit., p.292.
- (127.) Citado por MESA R.: Aproximación..., op.cit., p.174.
- (128.) Véanse:
- RUTHVEN M.: op.cit., p.137.
- SAID AL-ASHMAWY M.: L'islamisme contre l'islam, La Découverte (Textes à l'appui) - Editions Al-Fikr, Paris-El Cairo, 1989, p.87.
- (129.) Citado por JARGY S.: L'Orient déchiré entre l'Est et l'Ouest, Editions Labor et Fides, Paris, 1984, pp.220-221.
- (130.) Citado por KALISKY R.: Le monde arabe..., op.cit., p.288.
- (131.) JARGY S.: op.cit., pp.142-143.
-
- (132.) HIRO D.: Islamic Fundamentalism, Paladin Grafton Books, Londres, 1988, pp.138-139.
- (133.) Para amplios detalles sobre la O.C.I., sus objetivos, principios y funcionamiento, véase:

- FEUER G.: "L'Organisation de la Conférence Islamique", en L'Islam dans les relations internationales, op.cit., pp.161 y ss.
- de BOUTEILLER G.: Tiers-Monde islamique: Tiers du Monde?, Economica, Paris, 1987, pp.115 y ss.
- KERDOUN A.: "L'Organisation de la Conférence Islamique et les institutions rattachées à son système", en Bulletin de Recherche de L'U.R.A.M.A. nº 2, octubre de 1989, Université de Constantine, Constantine (Argelia), pp.9 y ss.
- "Un sommet pour ressouder l'O.C.I.", Jeune Afrique Economie nº 144, Paris, junio de 1991, pp.92 y ss.
- MOREAU R.L.: Africains Musulmans, Présence Africaine - INADES, Paris-Abiyán, 1982, pp.283-284.

Sobre los acontecimientos que llevaron a la adhesión y retirada de Nigeria de la O.C.I., véase OGUEJIOFOR J.: "La religión como fuente de conflicto socio-político: la experiencia nigeriana", en Misiones Extranjeras nº 123, Madrid, mayo-junio de 1991, pp.219-220.

- (134.) ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.282.
- (135.) AVRAMOV S.: "Mundo islámico: unidad y conflictos", en Revista Política Internacional nº 816 del 5 de abril de 1984, Belgrado, p.14.
- (136.) de BOUTEILLER G.: op.cit., pp.129 y 131.
- (137.) Ibidem.

- (138.) Véase WOHLERS-SCHARF T.: Les banques arabes et islamiques. De nouveaux partenaires commerciaux pour les pays en développement, O.C.D.E. (Etudes du Centre de Développement), París, 1983, pp.61 y ss.
- (139.) CORM G.: Le Proche-Orient éclaté, op.cit., p.88.
- (140.) BACKMANN R.: op.cit., p.7.
- (141.) AJAMI F.: Los árabes en el mundo moderno. Su política y sus problemas desde 1967 (Traducción de Mariluz Caso), F.C.E., México, 1983, p.111.
- (142.) ARBOS F.: "¿A quien amenaza el peligro islámico?", El Independiente dominical -"Islam: El volcán a punto de estallar"- del 17 de marzo de 1991, Madrid, p.22.
- (143.) ADAMS C.J.: "Los movimientos fundamentalistas islámicos", en El estado del mundo 1987, Ediciones Akal, Madrid, 1988, pp.629-630.
- (144.) MESA R.: Aproximación..., op.cit., p.178. Véanse otras estrategias autorizadas por Occidente, sobre todo por los medios de comunicación, para desacreditar la revolución iraní, en SAID E.W.: Covering Islam, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981, pp.116 y ss.
- (145.) Véase Entrevista de Edgar Pisani con Ander Landaburu, Diario 16, -"Europa debe reinventar las relaciones Norte-Sur"-, del 10 de marzo de 1991, p.22.
- (146.) BALTA P.: "Los Estados árabes...", op.cit., p.507.

(147.) Para más detalles sobre esta guerra, véanse:

- BALTA P.: Iran-Irak: una guerra de 5000 años, Anthropos (1987) -Anthropos-Economica (1988), París.
- BALTA P.: "Les Etats arabes et la guerre du Golfe", en VV.AA. Le Maghreb dans le monde arabe ou les affinités sélectives (Compiladores: Hubert Michel y Jean-Claude Santucci), Editions du C.N.R.S., París, 1987, pp.137 y ss.
- KING R.: Iran-Irak: La guerre paralysée, Editions Bosquet (collection politeia), Mayenne, 1987.
- AZIZ T.: El Conflicto Iraco-Iraní, Polémica e interrogantes, Bagdad, 1981.
- SECO A.: "Irán-Irak, una guerra cruel", Derechos Humanos nº 14, Madrid, mayo-junio de 1986, pp.42-43.
- CARDONA CARDONA D.: "De la bipolaridad a la nueva distensión", en Análisis Político nº 7, Bogotá, mayo-agosto de 1989, Universidad Nacional de Colombia, pp.65-66.

(148.) BUDB J.: "Les frères de la tempête", L'Express del 5 de febrero de 1982, París, p.61. Véase también CHARNAY J-P.: "L'islam et la guerre...", op.cit., pp.122-123.

(149.) CORM G.: L'Europe et L'Orient..., op.cit., p.298.

(150.) BALTA P.: Iran-Irak..., op.cit., p.114.

(151.) BURGAT F.: L'islamisme au Maghreb..., op.cit., p.36.

- (152.) CORM G.: Le Proche-Orient..., op.cit., p.89.
- (153.) PIPES D.: op.cit., p.433.
- (154.) BURGAT F.: L'islamisme au Maghreb..., op.cit., p.36.
- (155.) Para mayor información sobre los Hermanos Musulmanes, véanse:
- RONDOT P.: L'Islam et les musulmans d'aujourd'hui, Editions de L'Orante, Paris, 1958, pp.251 y ss.
 - JOMIER J.: Introduction à L'Islam actuel, Les Editions du Cerf, Paris, 1964, pp.89 y ss.
 - HEIKAL M.: Otoño de furia. El asesinato de Sadat (Traducción de Horacio González Trejo), Editorial Argos Vergara S.A., Barcelona, 1983, pp.118 y ss.
 - CARRE O. (en colaboración con Michaud G.): Les Frères musulmans, Gallimard-Julliard (Archives), Paris, 1983.
- (156.) CORM G.: L'Europe et L'Orient..., op.cit., p.245.
- (157.) JARGY S.: op.cit., p.220.
- (158.) CORM G.: L'Europe et L'Orient..., op.cit., p.291.
- (159.) CORM G.: Le Proche-Orient..., op.cit., p.81.
- (160.) SOLIMAN L.: Pour une histoire profane de la Palestine, La Découverte, Paris, 1989, p.164.

- (161.) JARGY S.: op.cit., p.143.
- (162.) SAID AL-ASHMAWY M.: op.cit., 89-90.
- (163.) GARDET L.: op.cit., p.344.
- (164.) de BOUTEILLER G.: op.cit., p.1.
- (165.) SOURDEL D.: L'Islam (14^a edición), P.U.F. (Que sais-je?), Paris, 1987, pp.117-118.
- (166.) MERAD A.: L'Islam contemporain (2^a edición), P.U.F. (Que sais-je?), Paris, 1986, p.101.
- (167.) RICHARD Y.: "Nationalisme persan?", Le Monde Diplomatique n^o 398, mayo de 1987, p.6.
- (168.) MORALES G.: El Irán del Iman Jomeini, Biblioteca Universitaria, Madrid, 1988, pp.46-47.
- (169.) TAHERI A.: "L'Iran après Khomeiny: Dilemme entre la révolution islamique et la restauration économique", en L'Année Internationale 1990, Paris, 1989, p.262.
- (170.) DIECKHOFF A.: "L'affaire Rushdie et l'islamisme radical de Téhéran", en L'Année Internationale 1990, op.cit., p.263.
- (171.) ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.316.
- (172.) MARTIN MUÑOZ G.: op.cit., p.3.

- (173.) ETIENNE B.: L'islamisme radical, op.cit., p.132.
- (174.) Ibidem, p.144.
- (175.) GRANDGUILLAUME G.: "Langue arabe et Etat moderne au Maghreb", op.cit., p.84.
- (176.) Véase BURGAT F.: "L'islamisme dans les relations interarabes. Repères pour l'analyse", en AAN, XXIV, 1985, pp. 30-31.
- (177.) BURGAT F.: "Mouvements islamistes en Afrique du Nord: Facteurs d'intégration et facteurs de différenciation", comunicación en el Coloquio sobre "Récentes transformations politiques dans le monde arabe", El Cairo del 15 al 18 de enero de 1988, p.10.
- (178.) Véase BALTA P.: "El maremoto islámico", El País del 21 de junio de 1990.
- (179.) BURGAT F.: "L'islam dans les relations...", op.cit., pp.31-32.
- (180.) Ibidem, pp.33-34.
- (181.) Ibidem, p.34.
- (182.) MENENDEZ del VALLE E.: "El Mediterráneo, un día después", El País del 14 de febrero de 1991, p.12.
- (183.) HUSSEIN M.: "Sur le rôle actif de périphérie: L'exemple arabe", en VV.AA. La crise de l'impérialisme, Editions de Minuit, Paris, 1975, p.182.

- (184.) RAHMAN F.: "Raíces del neofundamentalismo islámico", en VV.AA. Cambio y tradición en el mundo musulmán - Traducción de José Andrés Pérez Carballo- (Compiladores: P.H., Stoddard, D.C. Cuthell y M.W. Sullivan), F.C.E., México, 1988, p.69.
- (185.) JOBERT M.: Maghreb..., op.cit., pp.198-199.
- (186.) Ibidem, pp.199-200.
- (187.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.17.
- (188.) Ibidem.: p.19.
- (189.) BERQUE J.: Le Maghreb entre deux guerres, op.cit., p.295.
- (190.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.19.
- (191.) E. Hermassi, citado por MELLAH F.: "Le Maghreb: intégration économique et politique", en La construction du Maghreb, CERES -Université de Tunis, Túnez, 1983, p.45.
- (192.) MELLAH F.: "Le Maghreb: intégration économique..", op.cit., p.47.
- (193.) MOATASSIME A.: "Sud-Sud au Maghreb?", op.cit., p.911.
- (194.) BRONDINO M.: op.cit., pp.138 y ss.
- (195.) JOBERT M.: Maghreb..., op.cit., p.218.

- (196.) BRONDINO M.: op.cit., p.141.
- (197.) MELLAH F.: "Le Maghreb: intégration économique...", op.cit., p.42.
- (198.) EL MALKI H.: "Le Maghreb économique, entre le possible et le réalisable", en Le grand Maghreb..., op.cit., p.212.
- (199.) MENSCHING H.: "Le milieu naturel du Maghreb...", op.cit., p.61.
- (200.) CHARFI M.: "La unidad magrebi", op.cit., p.148.
- (201.) Véanse:
- MOATASSIME A.: "Dimension culturelle et géopolitique de l'intégration maghrébine", en Le grand Maghreb..., op.cit., pp.240 y ss.
 - EL MALKI H.: Trente ans d'économie marocaine..., op.cit., p.241.
- (202.) DJAIT H.: op.cit., p.113.
- (203.) BRONDINO M.: op.cit., pp.99-100.
- (204.) Ibidem, pp.107-108.
- (205.) GALLISSOT R.: L'économie de l'Afrique... , op.cit., pp.103-104.
- (206.) MOATASSIME A.: "Dimension culturelle... ", op.cit., p.238.

- (207.) MELLAH F.: "Le Maghreb: intégration économique...", op.cit., pp.46-47.
- (208.) ZERAQUI Z.: op.cit., pp.192-193.
- (209.) MOATASSIME A.: "Dimension culturelle...", op.cit., p.244.
- (210.) BELAID S.: "Nationalisme, arabisme et islamisme dans l'idéologie politique du Maghreb contemporain", en VV.AA. Le Maghreb dans le monde..., op.cit., p.41.
- (211.) Véase Discurso de apertura del 5º Congreso de la U.G.T.A. del 25 de marzo de 1978, en AAN, XVII, 1978, p.766.
- (212.) MORTIMER R.A.: "The Politics of Reassurance in Algeria", en Current History nº 502, vol.84, Filadelfia, mayo de 1985, p.201.
- (213.) MOATASSIME A.: "Dimension culturelle et géopolitique...", op.cit., p.238.
- (214.) MORTIMER R.A.: op.cit., p.201.
- (215.) Véase LECA J.: "Préface", en Le grand Maghreb..., op.cit., pp.VI y X.
- (216.) MORTIMER R.A.: op.cit., p.201.
- (217.) BELAID S.: op.cit., p.36.

- (218.) SAAF A.: "L'idée de l'unité arabe dans le discours politique maghrébin", en *Le Maghreb dans le monde arabe...*, op.cit., p.59.
- (219.) BELAID S.: op.cit., p.45.
- (220.) BALTA P.: *Le grand Maghreb...*, op.cit., p.280.
- (221.) BURGAT F.: "Kadhafi et le Maghreb: Eléments pour l'analyse", en *Le grand Maghreb...*, op.cit., pp.189 y 191.
- (222.) DJAIT H.: op.cit., pp.113-114.
- (223.) Véanse comentarios de Mahgoub Omar, en VV.AA. Centre d'études pour l'unité arabe: Les Arabes et l'Afrique (Tomo II), L'Harmattan, Paris, 1986, p.466.
- (224.) OMAR BESHIR M.: "Le rôle du groupe arabe au sein de L'O.U.A.", en VV.AA. Centre d'études pour l'unité arabe: Les Arabes et L'Afrique (Tomo I), L'Harmattan, Paris, 1986, p.203.
- (225.) Véanse comentarios de Abd Elrahman Abuzayd Ahmed, en *les Arabes et l'Afrique* (Tomo I), op.cit., p.83.
- (226.) ALI HOWEIDI A.H.: "Les Arabes, l'Afrique et les problèmes communs de sécurité", en *Les Arabes et l'Afrique*, (Tomo II), op.cit., pp.438-439.
- (227.) BALTA P.: *L'islam dans le monde*, op.cit., p.229.
- (228.) Bichara Khader, citado por HITTI N.: "Les Arabes et les africains dans un monde en mutation", en *Les Arabes et l'Afrique* (Tomo II), op.cit., p.533.

- (229.) HITTI N.: op.cit., p.534.
- (230.) OMAR BESHIR M.: Terramedia: Themes in Afro-Arab Relations, Institute of African and Asian Studies, (University of Khartoum), Ithaca Press London, Londres, 1982, p.45.
- (231.) Véase SHEIH NYANG. S.: "Islam et Panafricanisme", en L'Afrique et l'Asie modernes n° 104, 1er trimestre de 1975, Paris.
- (232.) SAEZ DE GOVANTES L.: op.cit., p.15.
- (233.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.45.
- (234.) J-F. Ade Ajayi, citado por FADL HASAN Y.: "Les fondements historiques des relations arabo-africaines", en Les Arabes et l'Afrique (Tomo I), op.cit., p.51.
- (235.) FAYEK M.: "La révolution du 23 juillet et L'Afrique", en Les Arabes et l'Afrique (Tomo I), op.cit., pp.93-94.
- (236.) Véanse comentarios de Abd Elrahman Abuzayd Ahmed, op.cit., p.85.
- (237.) OMAR BESHIR M.: "Le rôle du groupe arabe...", op.cit., p.204.
- (238.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.47.

- (239.) CONSTANTIN F. y COULON C.: "Espace islamique et espace politique dans les relations entre L'Afrique du Nord et L'Afrique noire", en VV.AA. Le Maghreb et L'Afrique subsaharienne (Compiladores: Slimane Chikh y Hubert Michel), Editions CNRS-CRESM, Paris 1980, p.193.
- (240.) AMAR MUSA I.: "L'Islam et l'Afrique", en Les Arabes et l'Afrique (Tomo I), op.cit., p.70.
- (241.) FADL HASAN Y.: op.cit., pp.51-53.
- (242.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.50.
- (243.) FLORY M.: "Chronique diplomatique", en AAN, 1962, p.431.
- (244.) HENRY J-R.: "Politique étrangère et vision du jeu international: Les stratégies tiersmondistes des Etats du Maghreb", en VV.AA. Le Maghreb et l'Afrique..., op.cit., pp.243-249.
- (245.) CONSTANTIN F. y COULON C.: op.cit., pp.193-194.
- (246.) Samir Amin, préface al libro de ZAROUR C.: La coopération arabo-africaine. Bilan d'une décennie 1975-1985, L'Harmattan, Paris, 1989, pp.14-15.
- (247.) CONSTANTIN F. y COULON C.: op.cit., pp.193-194.
- (248.) TOUMI M.: "La politique africaine de la Tunisie", en VV.AA. Le Maghreb et l'Afrique..., op.cit., p.136.
- (249.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., p.84.

- (250.) WEEXSTEEN R.: "L'O.U.A. y la question du Sahara", en VV.AA. Le Maghreb et l'Afrique..., op.cit., p.213.
- (251.) HENRY J-R.: "Politique étrangère et vision du jeu international...", op.cit., p.244.
- (252.) Ibidem, p.239.
- (253.) COULON C.: "Les relations entre l'Afrique noire et le reste du monde", en Année Africaine 1974 (CEAN) Editions A. Pédone, Paris, 1975, p.154.
- (254.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., p.85.
- 255.) Véase: "Négritude, Islam, arabité: une équation ambiguë", Jeune Afrique nº 753 del 13 de junio de 1975.
- (256.) Véase MALKI AUDA A.: "Evaluation de l'expérience de coopération arabo-africaine", en Les Arabes et l'Afrique (Tomo II), op.cit., p.484.
- (257.) Véase CHIBWE E.C.: Arab Dollars for Africa, Croom Helm, Londres, 1976, p.43.
- (258.) Citado por ZAROUR C.: op.cit., p.28.
- (259.) ZAROUR C.: op.cit., p.28-29.
- (260.) Ibidem, p.26.
- (261.) RONDOT P.: "Réalités et perspectives de l'influence des pays arabes en Afrique", en Politique étrangère

nº 1, (Institut Français des Relations Internationales), Paris, 1979, p.91.

- (262.) CHIKH S.: "La politique africaine de l'Algérie", en Le Maghreb et l'Afrique..., op.cit., p.4.
- (263.) RONDOT P.: "Réalités et perspectives...", op.cit., p.92.
- (264.) Citado por RONDOT P.: "Réalités et perspectives...", op.cit., p.92.
- (265.) CHIKH S.: "La politique africaine...", op.cit., pp.50-51.
- (266.) RONDOT P.: "Réalités et perspectives...", op.cit., pp.92-93.
- (267.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.83.
- (268.) OTAYEK R.: "Libye et Afrique: contraintes stratégiques et relations d'influence", en Année Africaine 1981 (Centre d'Etude d'Afrique Noire de Bordeaux), Editions A. Pédone, Paris, 1983, p.335.
- (269.) BLEUCHOT H.: "La politique africaine de la Libye", en Le Maghreb et L'Afrique..., op.cit., p.54.
- (270.) Paul Bernetel, citado por BLEUCHOT H.: op.cit., p.80.
- (271.) RONDOT P.: "Réalités et perspectives...", op.cit., p.95.

- (272.) OTAYEK R.: "Libye et Afrique...", op.cit., p.336.
- (273.) COULON C.: "Les relations entre l'Afrique noire...", op.cit., p.154.
- (274.) Véase SOUDAN F.: "Qui a encore peur de Kaddafi?", Jeune Afrique del 9 de septiembre de 1987, p.17.
- (275.) OTAYEK R.: "Libye et Afrique...", op.cit., pp.234-235.
- (276.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.84.
- (277.) BOUZIDI BESHIR M.: "Le Maroc et l'Afrique subsaharienne", en Le Maghreb et l'Afrique..., op.cit., p.101.
- (278.) Ibidem, p.110.
- (279.) Ibidem, pp.110-111.
- (280.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.84.
- (281.) Ibidem.
- (282.) TOUMI M.: "La politique africaine de la Tunisie", op.cit., p.118.
- (283.) Ibidem, p.119.
- (284.) OMAR BESHIR M.: Terramedia..., op.cit., p.84.

- (285.) TOUMI M.: "La politique africaine de la Tunisie", op.cit., pp.130-131.
- (286.) Ibidem, p.136.
- (287.) Ibidem, p.155.
- (288.) Ibidem, pp.146 y 163.
- (289.) ETIENNE B.: "Chronique diplomatique", en AAN 1973, CNRS, Paris, 1975, p.438.
- (290.) Esta política ha sido definida en 1976 por el ex ministro mauritano de Exteriores, Hamdi Uld Muknass. Véase GAUDIO A.: op.cit., pp.271-272.
- (291.) de BENDIST J-R.: "La Mauritanie entre deux océans et deux Afriques", Croissance des Jeunes Nations n° 242, Paris, septembre de 1982, p.15.
- (292.) Sobre este conflicto, véanse:
- BOURGI A. y Weiss P.: op.cit., pp.35-36.
 - BELOTTEAU J.: "Sénégal-Mauritanie: Les graves événements du printemps 1989", en Afrique Contemporaine n° 152, 4^e trimestre de 1989, Paris, pp.41 y ss.
 - BABA MISKE A.: "Mauritanie: La délicate synthèse de l'Afrique et de l'arabité", en VV.AA. Maghreb: les années de transition (Compilador: Bassma Kodmani-Darwish), IFRI-Masson, Paris-Milán-Barcelona-México, 1990, p.139.
- (293.) CONSTANTIN F. y COULON C.: op.cit., pp.201-202.

- (294.) Ibidem.
- (295.) Ibidem.
- (296.) TOUMI M.: "La politique africaine de la Tunisie", op.cit., p.165.
- (297.) Véanse comentarios de Ali Abu Sinn, en Les Arabes et l'Afrique (Tomo II), op.cit., p.511.
- (298.) CHATOUNI-DUBARRY M.: "Le Maghreb et l'Afrique subsaharienne entre logique politique et ambivalences culturelles", en VV.AA. Maghreb: Les années de transition, op.cit., pp.292 y ss.
- (299.) BENECHÉAU J-H. y otros: op.cit., p.88.
- (300.) CRUZ HERNANDEZ M.: op.cit., pp.381 y ss.
- (301.) ARKOUN M.: La pensée arabe (3ª edición), P.U.F. (Que sais-je?), París, 1985, p.112.
-
- (302.) LAROUÏ A.: L'idéologie arabe contemporaine, François Maspero (Textes à l'appui), París, 1977, p.56.
- (303.) Ibidem, p.218.
- (304.) DOS SANTOS T.: La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1987, p.256.
- (305.) Véase: DJERAD A.: op.cit., p.115.

- (306.) Véanse:
- GALLISSOT R.: Maghreb-Algérie. Classe et nation. (Tomo II): Libération nationale et guerre d'Algérie, Arcantère Editions, Paris, 1987, pp.184 y 200.
- SANSON H.: "Statut de l'Islam en Algérie", en AAN 1979, p.102.
- (307.) YOUNG C.: Ideology and Development..., op.cit., p.125.
- (308.) TOUMI M.: "La politique africaine de la Tunisie", op.cit., p.147.
- (309.) Véase BEN ROMDHAME M.: "Mutations sociales et mouvement ouvrier en Tunisie", en AAN, 1982, p.175.
- (310.) AL ASSIOUTY S.A.: "Coran contre Fiqh", en AAN, 1979, pp.16-17.
- (311.) Véase GAUDIO A.: op.cit., pp.45 y 174.
- (312.) EL MALKI H.: Trente ans d'économie..., op.cit., p.232.
- (313.) Véanse:
- LOPEZ GARCIA B. y FERNANDEZ SUZOR C.: op.cit., p.17.
- BURGAT F.: L'islamisme..., op.cit., p.204.
- (314.) CRUZ HERNANDEZ M.: op.cit., p.383.
- (315.) CHARNAY J-P.: op.cit., p.166.

- (316.) KALISKY R.: op.cit., p.234.
- (317.) BELAID S.: "Nacionalismo, arabismo e islamismo...", op.cit., p.47.
- (318.) HENRY J-R.: "La crise du mythe de l'unité arabe", en VV.AA. Le Maghreb dans le monde arabe..., op.cit., p.22.
- (319.) KODMANI-DARWISH M.: "Maghreb-Machrek. Histoire d'une relation complexe", en Maghreb: les années de transition, op.cit., p.277.
- (320.) DJERAD A.: op.cit., p.39.
- (321.) BERTRAND B.: "Arabismo e islamismo", en El Estado del Mundo 1992, op.cit., p.535.
- (322.) BERQUE J.: Les Arabes..., op.cit., p.21.
- (323.) HENRY J-R.: "La crise du mythe de l'unité arabe", op.cit., p.21.
- (324.) KALISKY R.: op.cit., p.291.
- (325.) MOATASSIME A.: "Dimension culturelle et géopolitique...", op.cit., p.237.
- (326.) DJERAD A.: op.cit., p.71.
- (327.) ABED JABRI M.: "Evolution of the Maghrib concept...", op.cit., p.63.

- (328.) Ibidem, p.65.
- (329.) SANTUCCI J-C.: "L'unification maghrébine: réalisations institutionnelles et obstacles politiques", en AAN, 1970, CNRS, Paris, 1971, p.130.
- (330.) ETIENNE B.: "L'unité maghrébine à l'épreuve des politiques étrangères nationales", en AAN 1970, op.cit., p.88.
- (331.) LE TOURNEAU R.: "Tendances unitaires du Maghreb jusqu'en 1962. Aperçu historique", en AAN 1970, op.cit., pp.7-8.
- (332.) ABED JABRI M.: "Evolution of the Maghrib concept...", op.cit., p.66.
- (333.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.19.
- (334.) Véanse:
- ETIENNE B.: "L'unité maghrébine...", op.cit., p.87.
- TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., p.41.
- (335.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., p.41.
- (336.) LE TOURNEAU R.: op.cit., p.4.
- (337.) Véase ABED JABRI M.: "Evolution of the Maghrib concept...", op.cit., p.67.
- (338.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., p.42.

- (339.) ABED JABRI M.: "Evolution of the Maghrib concept...", op.cit., p.66.
- (340.) Véase JULIEN C-A.: L'Afrique du Nord en marche, Julliard, Paris, 1952, p.23.
- (341.) Ibidem.
- (342.) LE TOURNEAU R.: op.cit., p.4.
- (343.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., p.43.
- (344.) Véase ABED JABRI M.: "Evolution of the Maghrib concept...", op.cit., p.67.
- (345.) Ibidem, p.68.
- (346.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., pp.47-48.
- (347.) LE TOURNEAU R.: op.cit., p.5.
- (348.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., p.24.
- (349.) Véase ZERAOUI Z.: op.cit., p.192.
- (350.) Véanse los extractos del comunicado final, en LE TOURNEAU R.: op.cit., p.13.
- (351.) EL MALKI H.: "El fin de la era de los destinos individuales", op.cit., p.13.

- (352.) LE TOURNEAU R.: op.cit., pp.6-7.
- (353.) EL MALKI H.: "El fin de la era de los destinos individuales" op.cit., p.13.
- (354.) BALTA P.: Le grand Maghreb..., op.cit., pp.24-25.
- (355.) TOUMI M.: Le Maghreb, op.cit., pp.59-60.
- (356.) LE TOURNEAU R.: op.cit., p.4.
- (357.) MELLAH F.: "Le Maghreb: intégration économique...", op.cit., pp.43-44.

CAPITULO III

EXPERIENCIAS DE INTEGRACION EN EL MAGREB

El magrebismo o Panmagrebismo constituye una ideología propia del Magreb, derivada de su especificidad con respecto al Mashrek y al Africa subsahariana. Dicha ideología, ha sido considerada como una manifestación de la solidaridad anticolonial y, posteriormente, como un instrumento de unidad de los Estados magrebíes independientes, y ha relegado a un segundo plano al Panarabismo y al Panafricanismo. Así, el proceso de integración, iniciado en la década de los 60, con la experiencia del Comité Permanente Consultivo Magrebí, va a expresarse por medio de alianzas políticas, bilaterales o trilaterales, durante la década de los 70 y 80, antes de caminar hacia la cooperación económica, a partir de febrero de 1989, con la creación de la Unión del Magreb Árabe.

Durante los treinta últimos años, las relaciones intermagrebíes se han caracterizado por una alternancia de "conflictos y conciliaciones" (1) o, según Habib El Malki, por la sucesión de "fases de crisis" y de "períodos de distensión y de resurgimiento de la concertación" (2).

En lo político, a falta de una verdadera integración, obstaculizada por conflictos fronterizos y discrepancias ideológicas, se ha llegado a una cooperación "a dos o a tres" (3), con alianzas estratégicas dictadas por la relación de fuerzas de la región. En lo económico, al margen de acuerdos bilaterales entre vecinos en sectores específicos, la pre-

eminencia de las consideraciones de orden político y nacional sobre las de orden económico y regional, ha perjudicado la cooperación intermagrebí, que sólo la necesidad de "supervivencia" (4) frente a los desafíos socioeconómicos del mundo moderno, resucitará, con la creación, de la ya mencionada, Unión del Magreb Árabe.

A continuación, analizaremos las principales experiencias políticas y económicas de cooperación-integración en el Magreb. Trataremos de poner de relieve los factores que fundamentan y obstaculizan dicho proceso y, finalmente, nos referiremos a sus perspectivas.

3.1. La integración política en el Magreb o el predominio de las alianzas bilaterales o trilaterales.

La existencia de varias ideologías unionistas en el Magreb, puestas de manifiesto en el capítulo anterior, en combinación con las distintas estrategias nacionales o los nacionalismos y las repercusiones de la guerra fría en la periferia, han convertido a éste en "un espacio de cooperación cada vez más bilateral y en un marco de antagonismos interestatales" (5), complicados por el problema del Sáhara.

En este contexto, las relaciones intermagrebíes han sufrido numerosos altibajos. No fue posible lograr un consenso en torno a sus 4 ó 5 Estados -según se incluya o no a Libia y Mauritania-. Siempre hubo conflictos entre 2 ó 3, con sorprendentes reconciliaciones, a menudo superficiales y de corta duración. Sólo las exigencias económicas, han provocado un

cierto acercamiento o disminución de la tensión (6), de una manera esporádica.

A diferencia del Mashrek y del Africa subsahariana, el Magreb no ha conocido ninguna experiencia de federación o confederación de Estados, sino que se ha limitado a algunas alianzas, bajo formas de tratados bilaterales o trilaterales, que analizaremos a continuación.

3.1.1. El Tratado de "Fraternidad, Buena Vecindad y Cooperación" entre Marruecos y Argelia.

Fue firmado el 16 de enero de 1969, en Ifrán, por el Presidente Huari Bumedián y el Rey Hassan II. Tenía como objetivo, "fortalecer las relaciones (entre ambos países) y asentadas sobre unas bases sólidas, en el respeto y la confianza mutuos entre los dos Estados..." (7).

El Tratado de Ifrán adoptó, como base jurídica de las relaciones argelino-marroquíes, los principios siguientes:

- La coexistencia pacífica y la prohibición del uso de la fuerza;
- El respeto del statu quo territorial (tras la creación de una Comisión mixta encargada de delimitar las fronteras entre ambos países);
- El favorecimiento de la cooperación y la solidaridad entre los Estados.

La visita del Primer ministro marroquí a Argel, en abril de 1968, y el encuentro entre los dos Jefes de Estado, en Tlemcen en mayo de 1970, condujeron a la concreción del espíritu de Ifrán, mediante la firma de un acuerdo sobre la creación de una Comisión mixta argelino-marroquí para la cooperación económica, cultural y científica (2), y la afirmación del principio del statu quo territorial, respectivamente. El comunicado final, publicado tras la reunión de Tlemcen, recordó los principios del respeto de la soberanía y de la integridad de cada Estado, de la intangibilidad de sus fronteras y de la salvaguardia de sus territorios. Además, el comunicado anunció la creación de una Comisión mixta para la delimitación de las fronteras y la constitución de una sociedad argelino-marroquí para el aprovechamiento de la mina de Ghar Jbilat (3).

3.1.2. El Tratado de "Solidaridad, Buena Vecindad y Cooperación" entre Marruecos y Mauritania.

El Tratado, firmado por los ministros de Asuntos Exteriores marroquí y mauritano, el 8 de junio de 1970, tras el encuentro de Casablanca entre el Rey Hassan II y el Presidente Moktar Uld Daddah, culminó con el reconocimiento de Mauritania por Marruecos. El reconocimiento de facto se remonta a la invitación dirigida a Mauritania, por el Gobierno marroquí, para asistir a la Primera cumbre islámica, convocada en Rabat, en septiembre de 1969. Mientras que el reconocimiento de jure se realizó con la decisión de establecer relaciones diplomáticas entre los dos países, en enero de 1970.

Inspirado en el espíritu del Tratado de Ifrán, el nuevo Tratado fortaleció las relaciones de fraternidad y de amistad existentes entre Marruecos y Mauritania (¹⁰). Se fundamentó en los principios del respeto de la soberanía nacional, de la integridad territorial, de la prohibición del uso de la fuerza, de la no adhesión a ninguna alianza ofensiva dirigida contra alguno de ellos. Estableció las relaciones pacíficas y de amistad entre ambos países y previó la creación de una Comisión mixta encargada de fortalecer dichas relaciones (¹¹).

Con una duración de veinte años, el Tratado sirvió de referencia para una cooperación bilateral en las esferas comercial, cultural, científica, técnica y jurídica, para la creación de la Gran Comisión Mixta Intergubernamental y de la Agencia Mauritano-Marroquí para la Cooperación (AMAMCO), instituida por los acuerdos de Fez del 10 de octubre de 1974.

Todos estos Tratados, firmados por Marruecos y sus vecinos, apuntaban hacia dos objetivos principales: salir del aislamiento al que le condenaba su "nacionalismo agresivo e irredentista", y preparar sus reivindicaciones sobre el Sáhara, mediante la previa adopción de una política de distensión y coexistencia pacífica con los Estados de la zona, internacionalmente reconocidos.

3.1.3. El Tratado de "Fraternidad, Buena Vecindad y Cooperación" entre Argelia y Túnez.

Firmado entre Argelia y Túnez el 15 de diciembre de 1970 con una duración de 20 años, este Tratado se fundamentó en los principios del respeto a la soberanía e independencia de cada Estado participante (preámbulo art.1), de la no injerencia en los asuntos internos (art.1), del no uso de la fuerza (art.4), del arreglo pacífico de los litigios (art.4) y de la cooperación (art.2). El objetivo de dicho Tratado, fue resolver el conflicto fronterizo entre los dos Estados. Por ello, se creó una Comisión mixta, encargada de promover la cooperación económica, cultural, científica y técnica, y en el campo de los hidrocarburos.

La firma, trece años después, por los dos Estados de otro Tratado similar basado en los mismos principios, se explica por la política panarabista libia, considerada por ambos Estados, como un factor de desestabilización en la zona. De ahí que creyesen necesario añadir la noción de "concordia" a la de "buena vecindad". Volveremos sobre este aspecto en el análisis del Tratado de marzo de 1983.

3.1.4. El Tratado de Yerba, o La República Árabe Islámica (R.A.I.), entre Túnez y Libia

La Declaración, firmada por los Presidentes Burguiba y Gaddafi, el 12 de enero de 1974, estableció una fusión completa entre Túnez y Libia que "constituyen una sola república que toma el nombre de República Árabe Islámica" que tendrá "una sola constitución, una sola bandera, un solo presidente, un solo ejército, los mismos poderes legislativos, ejecutivos y judiciales" (1^{er}).

Esta fusión, conseguida tras las presiones del Coronel Gaddafi sobre el Presidente Burguiba, conocerá una existencia efímera (48 horas), a causa de la hostilidad de la clase dirigente tunecina, particularmente del Primer ministro Hedi Nuir, además de la oposición manifiesta de los países occidentales y de Argelia (1^{er}).

Para la clase dirigente tunecina, empeñada en la lucha de sucesión, dicho Tratado fue obra del ministro de Asuntos Exteriores, Mohamed Masmoudi, conocido por sus ideas panarabistas y su amistad con Gaddafi, quien lo nombró, en octubre de 1984, representante libio en la ONU, tras su destitución por Burguiba, como consecuencia de la firma del Tratado.

El disgusto de la clase política tunecina, se explica por el hecho de que el Tratado o Declaración de fusión, había sido redactado exclusivamente por Gaddafi. En su propuesta de Gobierno presidido por Habib Burguiba, el dirigente libio confiaba los puestos clave a sus compatriotas, reservando para los

tunecinos los ministerios menos importantes o inexistentes en su sistema político (14). Para impedir la realización de la fusión, los dirigentes tunecinos pusieron todo tipo de trabas. Insistieron en los procedimientos institucionales referentes a la forma y al contenido de la Unión, y a las exigencias jurídicas que se deberían cumplir. Entre ellas, la previa reforma de la Constitución tunecina para organizar el referéndum de consulta de ambos pueblos y la conciliación de los sistemas jurídicos de los dos países, incompatibles en varios aspectos.

La hostilidad que se manifestó en las capitales europeas y en Washington, frente al acercamiento entre Burguiba, amigo de Occidente, y Gaddafi considerado como "agente del terrorismo internacional", unida a la amenaza de invasión de Argelia, preocupada por el desequilibrio regional que hubiera provocado esta fusión, y a las presiones de los dirigentes tunecinos, condujeron a Burguiba a dar marcha atrás y renunciar a la unión.

Al margen de las evidentes complementariedades económicas y demográficas existentes entre ambos países y que dictaron dicha fusión, distintas motivaciones condujeron a Gaddafi y Burguiba a crear la RAI.

Para Gaddafi, se trataba de realizar su sueño panarabista de unidad del que la RAI hubiera constituido el punto de partida. Ello se puso de manifiesto en la denominación misma de la República que él quería que fuese "árabe" e "islámica". La "desnasserización" de Egipto y el fracaso de la Unión de Repúblicas Arabes, le obligaron, en su estrategia unitarista, a

orientarse más hacia el Magreb que hacia el Mashrek. Otro factor que impulsó a Gaddafi a buscar esta unión fue que Libia dispone de importantes capitales con una escasa población, mientras que Túnez carece de capitales pero dispone de una numerosa y cualificada mano de obra (15).

Para Bourguiba, además de la ya mencionada influencia pan-arabista de Mohamed Masmoudi, la RAI le hubiera permitido atenuar la grave crisis económica y financiera tunecina, que pasaría su nombre a la historia como el gran artífice del "Gran Magreb" y de la unidad árabe, y encontrar una salida a las rivalidades internas de la clase política tunecina, empeñada en la lucha por la sucesión (16).

El fracaso de la RAI provocó una situación de tensión en la zona, con el consiguiente cambio en las alianzas: Gaddafi se distanció de Bourguiba e intentó desestabilizarlo. Túnez desconfió de Argelia y se acercó a Marruecos y Mauritania (17).

3.1.5. La Declaración de Hessi-Messaoud o el Pacto de asistencia mutua entre Libia y Argelia.

Esta Declaración, que no evoca en ninguna parte la unión entre Libia y Argelia, fue firmada en diciembre de 1975, en Hessi-Messaoud (Argelia), por los Presidentes Gaddafi y Bumeddián para hacer frente a las "amenazas" imperialistas en el Africa del Norte. En concreto, al acercamiento entre Egipto y Sudán y a la coalición entre Francia, Marruecos y Mauritania sobre el problema del Sáhara.

Los dos Estados "progresistas" tenían serias razones para ver su seguridad amenazada tanto en el Este como en el Oeste. Para Gaddafi, el "eje El Cairo-Jartúm", prooccidental y opuesto a sus objetivos panarabistas, estaba dirigido contra Libia, por lo que necesitaba la alianza con Argelia. Para Bumedíán, el "eje París-Rabat-Nuakchot", al obrar a favor del reparto del Sáhara entre Marruecos y Mauritania, modificaba el equilibrio regional en detrimento de Argelia. El apoyo libio era imprescindible para impedir la concreción de dicho reparto. Y lo consiguió, ya que Libia era favorable a una solución federal árabe y antiimperialista del problema saharauí.

Pero el hecho de que el Tratado se limitara a un "pacto de asistencia mutua", puso de manifiesto su carácter puntual (reacción común contra los Acuerdos Tripartitos de Madrid de noviembre de 1975) y denotó la existencia de importantes discrepancias entre ambos países: las rivalidades por la hegemonía regional, las divergencias políticas, las diferencias sobre el tipo de unión a crear y el descontento libio sobre el papel argelino en el fracaso de la RAI.

La muerte de Bumedíán y la retirada de Mauritania de la guerra del Sáhara, como consecuencia de la caída de Uld Daddah, condujeron a la creación, en 1982, de "dos ejes de cooperación bilateral: por una parte Túnez-Marruecos, y por otra : Argelia-Libia-Mauritania" (1^ª). Sin embargo, el encuentro entre los Presidentes Habib Bourguiba y Chadli Benyedid en Akid Lofti, a principios de 1983, modificó de una manera determinante las alianzas. Túnez se acercó a Argelia y a Mauritania, mientras que Libia y Marruecos, apartados, concluyeron un matrimonio de

conveniencia. Estas nuevas alianzas, formadas en torno al problema del Sáhara, llevaron al "Tratado de Fraternidad y de Concordia" y al "Tratado de Uxda" que pasamos a analizar.

3.1.6. El Tratado de "Fraternidad y Concordia" entre Argelia y Túnez

Ante la amenaza del uso de la fuerza por el Coronel Gaddafi, el 2 de marzo de 1983, para conseguir la aplicación de los Tratados de Hessi-Messaoud y de Yerba, Argelia y Túnez reaccionaron con el Tratado de "Fraternidad y de Concordia", firmado en Túnez el 19 de marzo de 1983 (19). Dicho Tratado, que quedaba "abierto a la adhesión de los Estados del Gran Magreb árabe que aceptaran sus disposiciones", recuerda, en lo esencial, el de diciembre de 1974. Firmado también por un período de veinte años, el nuevo Tratado, a diferencia del primero, introduce la noción de "concordia", dirigida directamente contra Libia.

El Tratado de Túnez, apunta a la realización de la unidad magrebí, sobre la base del respeto estricto a los Estados y regímenes establecidos. Por ello, una de sus disposiciones recomienda a los Estados participantes y a los futuros miembros, "respetar mutuamente la integridad territorial, la intangibilidad de las fronteras nacionales, la soberanía y la independencia política de cada Estado" (20). Además, el Tratado adopta los principios del arreglo pacífico de las controversias, la no adhesión a alianzas con otras potencias dirigidas contra los Estados miembros, la no subversión y la no injerencia en los asuntos internos de los demás (21).

Mauritania, Marruecos y Libia van a reaccionar de una manera diferente ante dicho Tratado, basado en el principio del uti possidetis.

Mauritania se adhirió al Tratado el 13 de diciembre de 1983. Ello no sólo consagró su inserción en el Magreb, sino que además la protegió contra el irredentismo marroquí. La propuesta del Presidente Uld Haidala de creación de un Estado saharauí entre Mauritania y Marruecos, obedecía a esta lógica, ya que serviría de tapón entre ambos Estados y garantizaría la seguridad de su país (22).

Por su parte, Marruecos adoptó una actitud favorable respecto al Tratado, que consideró realista y un paso importante hacia la instauración del diálogo intermagrebí, ya iniciado y facilitado por el encuentro del 26 de febrero de 1983, entre el Rey Hassan II y el Presidente Chadli Benyedid. Argelia, que consideraba que el problema fronterizo entre ambos países ya estaba resuelto por el Tratado de Ifrán, se mostró favorable a la adhesión de Marruecos al Tratado de Túnez. Sin embargo, Marruecos manifestó ciertas reservas, no sólo por el hecho de que el Tratado de Ifrán nunca fue ratificado por el Parlamento marroquí, sino porque además seguía teniendo ambiciones sobre la región argelina de Tinduf.

Teniendo en cuenta "sus intereses nacionales, regionales y africanos", Marruecos se negó a adherirse al Tratado, cuyo principio de intangibilidad de las fronteras nacionales estaba en contra de sus "derechos históricos", basados en el proyecto del "Gran Marruecos".

El principio del uti possidetis contenido en el Tratado, era una verdadera trampa que hubiera conducido a Marruecos al reconocimiento implícito de la RASD y de Argelia en sus fronteras heredadas de la colonización (23). Además, los Estados participantes en el Tratado seguían apoyando militar o diplomáticamente al Frente Polisario.

En cuanto a Libia, siempre atenta a los esfuerzos de unión entre los Estados árabes, no permaneció indiferente y manifestó, con la visita del número dos libio, comandante Abdesalam Jalud, a Argel, el 26 de marzo de 1983, su intención de adherirse al Tratado. Según Olivier Vergniot, "la posición libia es más flexible. Ello se explica por el hecho de que las proyecciones espaciales del Coronel Gaddafi no obedecen al clásico Estado-nación. Para la unidad árabe, que está por hacer, todo aquello que pueda llevar a ella aunque sea por etapas, es bien visto por el dirigente libio: construcción magrebí, Estados Unidos del Sáhara, fusión o unión entre Estados" (24)

Túnez y Argelia tenían un contencioso con Libia que se remontaba al ataque de Gafsa, a la utilización por Libia del Frente Polisario en el sur de Argelia ("pista Gaddafi"), y al apoyo que el Gobierno libio suministraba, en su territorio, a los opositores tunecinos y argelinos. Los dos países se aprovecharán de la oportunidad para condicionar la adhesión de Libia al respeto de la disposición del Tratado que prohíbe la subversión y la desestabilización de los regímenes establecidos, desde fuera y mediante el uso de la violencia (25). En pocas palabras, Argelia y Túnez exigieron a Gaddafi el arreglo previo

de los problemas fronterizos con sus vecinos. Ello iba en contra de su principio de no respetar las fronteras impuestas por la colonización (26), cuyo mantenimiento obstaculizaba la realización de la unidad árabe.

Como era de esperar, Gaddafi se negó a doblegarse a esta exigencia, con lo que resultó excluido del Tratado. El deterioro, en 1984, de las relaciones entre Libia y cada uno de los Estados miembros del Tratado, junto al grave incidente fronterizo entre Argelia y Marruecos, que seguía rechazando negociar con el Frente Polisario, alejaron definitivamente a Libia y a Marruecos de dicho Tratado. Y, con ello, fracasaron las posibilidades de reunir a todos los Estados magrebies en torno al Tratado de Túnez (27).

Además de la tensión en las relaciones argelino-marroquíes, existía un grave contencioso entre Argelia y Libia sobre el problema fronterizo, las rivalidades por la hegemonía en la región y en la O.U.A. y la competencia en las iniciativas sobre la unidad árabe (28).

Marruecos y Libia, que rechazaban el principio del uti possidetis con objetivos totalmente diferentes, el primero para realizar su "integridad territorial" y la segunda para avanzar hacia la unidad árabe, se unirán en el Tratado de Uxda. Por vez primera en el Magreb, las alianzas se realizan al margen de las clásicas afinidades ideológicas, basándose en su lugar en consideraciones tácticas y particulares (29).

3.1.7. El Tratado de Uxda o la "Unión Árabe Africana"
(U.A.A.) entre Marruecos y Libia.

Aprovechando las discrepancias, arriba mencionadas, entre Argelia y Libia, y en particular el descontento del Coronel Gaddafi por la hostilidad argelina a su política africana y árabe, y a sus ambiciones saharianas (20), el Rey Hassan II se acercó al líder libio. Ello fue posible merced a la mediación saudí. Una serie de acontecimientos tales como la visita del Coronel Gaddafi a Rabat, del 30 de junio al 4 de julio de 1983, y la reunión de la "Gran Comisión" bilateral, en la misma ciudad del 25 y 26 de enero de 1984, permitieron la normalización de relaciones diplomáticas y una verdadera "entente cordiale" entre Marruecos y Libia (21).

En respuesta al mensaje que le envió el Coronel Gaddafi, el 13 de julio de 1984, a través del ministro del Interior libio, Mohamed Zoui, con una propuesta de constitución por los países árabes de un frente común contra Israel, el Rey Hassan II sugirió la creación de la unión entre ambos países. Tras ponerse de acuerdo sobre el respeto a sus respectivas opciones ideológicas, Marruecos y Libia firmaron el 13 de agosto en Uxda, el Tratado que instituía la UAA (22).

El Tratado de Uxda, verdadera alianza entre un monarca conservador y el líder más radical del Mundo Árabe (23), surgió como iniciativa de Marruecos y fue aceptado por Libia por un interés coyuntural (24).

Ambos países, decepcionados por el Magreb y por la OUA, buscaron en Uxda "la convergencia de sus decepciones" para contrarrestar a Argelia, considerada como responsable de sus aislamientos regional y africano. Por ello, reaccionaron creando un bloque contra el constituido por Argelia (25), por medio de un compromiso de abstenciones recíprocas: abstención de Libia respecto al Sáhara y abstención de Marruecos respecto al Chad (26).

El fracaso sufrido por Marruecos y Libia, en la 19ª Cumbre de la OUA (junio de 1983), fue la principal causa del acercamiento entre los dos países. En dicha Cumbre, Argelia impidió la elección de Gaddafi a la presidencia de la Organización panafricana a favor del presidente etiope, Haile Mariam Mengistu, al igual que hizo adoptar la resolución que exigía las "negociaciones directas" entre Marruecos y el Frente Polisario (27).

Varias razones particulares influyeron también a favor de esta unión. Para Marruecos, son de orden económico (buscar la complementariedad libia para hacer frente a la crisis económica debida a la subida del precio del petróleo, a los gastos exigidos por la guerra del Sáhara, a la caída de los ingresos turísticos y del fosfato, y encontrar una salida a la abundante mano de obra marroquí) (28); militar (neutralizar a Libia, principal proveedor de armas del Frente Polisario), y político (dar muestra de independencia o de libertad de maniobra con respecto a un Occidente no respetuoso de las aspiraciones árabes, al aliarse con un "protegido" de Moscú, y conseguir el respaldo de Gaddafi en las reivindicaciones sobre Ceuta y Melilla) (29).

Para Libia, se trataba exclusivamente de consideraciones de orden político: dar un paso hacia la unidad, su obsesión permanente. Salir de su aislamiento en el Africa del Norte, consagrado por el Tratado de Túnez, y en la OUA, donde Marruecos tenía numerosos aliados constituidos por los países africanos "moderados". Demostrar a Occidente que había cambiado su comportamiento al asociarse con su aliado (4º). Desarticular la oposición libia que actuaba desde el territorio marroquí, y conseguir una retirada honorable del Chad bajo el pretexto de la unión (4¹), asegurándose, como mínimo, la neutralidad de Marruecos en el Chad, territorio que Libia considera como su "espacio vital".

El Tratado de Uxda, que entró en vigor el 1 de septiembre de 1984, tras el referéndum celebrado en ambos países, se caracterizaba por la divergencia de finalidades perseguidas por los dos participantes. El Preámbulo, "muy ideológico", redactado probablemente por la parte libia (4²), hacía hincapié en la lucha contra el sionismo, en la unidad del Magreb árabe, como etapa hacia la unidad de la nación árabe, y en la realización de las aspiraciones del mundo musulmán. En cuanto al texto del Tratado, redactado por la parte marroquí, en colaboración con los juristas franceses Georges Vedel y Jean-René Dupuy (4³) se fundamentaba en los principios de la no injerencia en los asuntos internos (art.11), la defensa colectiva (art.12), la salvaguardia de la independencia de cada país (art.9) y el respeto de la soberanía de cada uno.

Abierto a la adhesión de los Estados árabes y africanos (art.13), de ahí la denominación de "Unión Árabe Africana" (UAA), el Tratado de Uxda perseguía los objetivos siguientes (art. 8):

- fortalecer las relaciones de fraternidad entre ambos Estados y pueblos;
- adoptar políticas comunes en las esferas internacional (cooperación diplomática), económica (elaboración de programas económicos comunes), y cultural (preservación de los valores espirituales y morales basados en el Islam y la identidad nacional árabe);
- contribuir a la unificación del Magreb árabe, como paso hacia la realización de la nación árabe.

El tratado de la UAA se dotó de las instituciones siguientes:

- La Presidencia de la Unión (art.2)
Es el órgano supremo dotado de poderes de decisión. La Presidencia tiene un carácter bicéfalo, pues es ejercida conjuntamente por los dos Jefes de Estado.
- La Secretaría Permanente (art.3)
Colocada bajo la autoridad de la Presidencia, la Secretaría Permanente tiene alternativamente su sede en cada una de las dos capitales. El Secretario General, es de nacionalidad distinta a la del Estado donde se encuentra la sede.
- Los Consejos Especializados (art.4)
Se trata de los Consejos político, de defensa, económico y de acción cultural y técnica. Compuestos por un número igual de miembros delegados por ambos

países, los Consejos se encargan, cada uno en su campo, de estudiar y proponer soluciones a los problemas que les son sometidos por la Presidencia, y de preparar los proyectos comunes. Tienen un carácter consultivo y no disponen de poder de decisión.

- La Asamblea de la Unión (art.5)

Compuesta por los parlamentarios de ambos países, la Asamblea tiene como principal función, hacer recomendaciones a la Presidencia en el sentido del fortalecimiento de la Unión y de la realización de sus objetivos.

- La Comisión Ejecutiva (art.6)

Integrada por los miembros de los Gobiernos marroquí y libio, la Comisión Ejecutiva se encarga de la aplicación de las decisiones comunes.

- El Tribunal de Justicia (art.7)

Con decisiones y opiniones obligatorias, el Tribunal de Justicia se encarga del arreglo de los litigios nacidos de la aplicación o de la interpretación de las disposiciones del Tratado (44).

Así pues, cabe decir que la U.A.A fue una simple organización de cooperación con los órganos de coordinación y sin un Gobierno de unión (45). Según Olivier Vergniot, se trataba de una Unión entre Estados sin frontera común (46) y con importantes diferencias históricas, culturales, sociales, políticas y económicas(47).

Si bien es verdad que a partir de mediados de 1985, varios órganos comunes previstos por el Tratado de Uxda, por ejemplo la Asamblea parlamentaria y los Consejos político y económico empezaron a funcionar, no es menos cierto que el Consejo de defensa y el Tribunal de Justicia ni siquiera se crearon (49). La lentitud de la puesta en marcha de dichos órganos, denotaba la persistencia de profundas divergencias entre los dos Estados.

Las presiones de los Estados Unidos y de Francia sobre Marruecos para que renunciara al Tratado (49), junto a la hostilidad de Argelia, obstaculizaron el desarrollo normal de la UAA. La reacción de Argelia al Tratado de Uxda, que fue dirigido contra ella, consistió en aumentar la ayuda al Frente Polisario que intensificó la lucha en el Sáhara, en octubre de 1984, con la operación "Gran Magreb", y en la constitución de un frente común con los países de la zona a los que dicho Tratado amenazaba, a saber: Mauritania, Túnez y Malí (50).

Además, la UAA se mostró poco eficaz, ya que Marruecos que perseguía a través de ella el aislamiento del Frente Polisario junto al debilitamiento de Argelia en la zona y la consecución de ayuda económica por parte de Libia (51), no encontró el apoyo libio sobre el problema del Sáhara (52). Por su lado, Libia quedó decepcionada por la actitud de Marruecos, que no manifestó su solidaridad, ni siquiera simbólica, contra el bombardeo norteamericano de Trípoli y Bengazi, en abril de 1986, conforme al artículo 12 del Tratado que exigía la asistencia militar en el caso de una agresión externa contra uno de los participantes.

El 29 de agosto de 1986, Hassan II, acusado de traición por Gaddafi, por haber recibido al Primer ministro de Israel Shimón Péres, rompió de forma unilateral y sin previa consulta, el Tratado de la UAA, que había sido adoptado tras el referéndum por los pueblos marroquí y libio. Fracasó así la estrategia del monarca alauita de servirse de Gaddafi en el conflicto del Sáhara, mientras que Gaddafi que estaba en su séptimo fracaso de unión, se acercó a su rival, Argelia.

En varios aspectos, la unión fue simbólica y formal. Se limitó, como queda dicho, al desarrollo de una simple cooperación bilateral que no condujo a un proceso de integración real (53). La UAA no pudo realizar su meta de constituirse en instrumento de unidad magrebí (54).

Para concluir, añadiremos que, unidos en la lucha anti-colonial, los magrebíes se dividieron tras las independencias a causa de problemas fronterizos y del conflicto del Sáhara. Y el proceso de integración política, limitado al juego de alianzas bilaterales o trilaterales ilustradas por los Tratados arriba mencionados. Las rivalidades entre Marruecos y Argelia junto a las concepciones panarabistas radicales del Coronel Gaddafi, imposibilitaron la unidad política magrebí.

A pesar de todas estas divisiones, la idea de la unidad magrebí seguía siendo fuerte a mediados de los 80. El gran problema que se planteaba era el de saber si la unión de los Estados del Magreb debería hacerse a cuatro (excluyendo a Marruecos y a la RASD), a cinco (excluyendo a la RASD) o a seis (solución federal o confederal de la cuestión del Sáhara). La

creación de la UMA dictada por las necesidades de solidaridad económica, de legitimación y de conciliación, como veremos a continuación, parecía optar por el "Magreb a cinco". Sin embargo, la tendencia actual está a favor del "Magreb a seis" (55), que Marruecos obstaculiza, al negarse a la celebración del referéndum de autodeterminación en el Sáhara, o al menos exige que sea celebrado bajo sus condiciones.

El problema saharauí, constituye una asignatura pendiente para la integración política de los Estados magrebies. Estos han adoptado posiciones divergentes al respecto: Marruecos, sigue ocupando el territorio del Sáhara Occidental; Argelia, aboga por el principio de la autodeterminación del pueblo saharauí; Libia y Mauritania han reconocido a la RASD, y Túnez adopta una posición equilibrada (56), basada en la idea del "Gran Magreb árabe", para resolver dicho problema.

El conflicto del Sáhara sigue así torpedeando la integración política magrebi, al limitar su dinamismo al bilateralismo diplomático. Es necesario superarlo en el marco de una federación o confederación del Magreb árabe. Ello es difícilmente factible con los particularismos y las estrategias nacionales actuales. ¿Pueden las consideraciones económicas permitir dicha superación?. El próximo apartado intentará averiguarlo.

3.2. La integración económica en el Magreb o la difícil búsqueda de un marco institucional de cooperación.

Al margen de los acuerdos bilaterales o trilaterales de cooperación, que no analizaremos, a causa de su balance negativo por falta de concreción debida a los conflictos entre los Estados magrebíes y de su pormenorización, pues son numerosos (unos cuarenta) ⁽⁵⁷⁾, es importante destacar el Comité Permanente Consultivo Magrebí y la Unión del Magreb Árabe, experiencias reales de cooperación-integración basadas en consideraciones de orden económico, expresadas en un marco institucional unitario. Dichas Organizaciones reflejan el proceso de integración funcional en el Magreb.

3.2.1. El Comité Permanente Consultivo Magrebí (C.P.C.M.): supremacía de la política de espera y de prudencia.

El CPCM encuentra su origen en las presiones del "panmagrebismo popular" y en los desafíos de las realidades económicas internacionales que exigen la interdependencia y la creación de grandes espacios económicos, como la CEE, los únicos capaces de imponerse en el palenque internacional ⁽⁵⁸⁾. Son, pues, las coacciones de origen exterior, las que van a conducir a los Estados magrebíes a volver al Magreb y a tomar conciencia de su comunidad de intereses ⁽⁵⁹⁾.

Inspirándose en estas realidades y refiriéndose al espíritu de Tánger (1958), los ministros de Exteriores de Argelia, Marruecos y Túnez, reunidos en Rabat en 1963, insistieron en la idea de la unidad magrebí. Los ministros de Economía de los tres países a los que se añadió Libia, basándose en las recomendaciones de la Conferencia de expertos de los Estados magrebíes, organizada por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Africa, en abril de 1964 en Tánger, que insistía en los factores de complementariedad y de coordinación sectoriales de dichos Estados, se reunieron en septiembre y noviembre de 1964 en Tánger y firmaron acuerdos multilaterales, que Jean-Claude Santucci considera como la "Carta económica del gran Magreb" (60).

El 11 de octubre de 1964, en Túnez, los cuatro ministros de Economía firmaron el Protocolo de Acuerdo instituyendo el CPCM, como proyecto e ideología de unidad magrebí.

El CPCM que carecía de Carta, perseguía, conforme al texto de su Protocolo, los tres objetivos siguientes (61):

- desarrollar los intercambios horizontales entre los Estados magrebíes por medio de la articulación de sus políticas aduaneras;
- armonizar las políticas sectoriales en las esferas de la industria, minería, energía, transportes y telecomunicaciones;
- coordinar las políticas respectivas en lo referente a la CEE.

De una manera general, las principales funciones del CPCM consistían en estudiar los problemas relacionados con la cooperación económica magrebí, asesorar al Consejo de Ministros para fortalecer dicha cooperación y favorecer la creación futura de la Comunidad Económica Magrebí (62). Por ello, tenía que impedir, en el campo industrial, la instauración de la competencia y de la duplicación entre los Estados magrebíes (63).

El CPCM, cuya sede fue fijada en Túnez por el Protocolo de Acuerdo, firmado por los ministros magrebíes de Economía el 11 de febrero de 1966 (64), estaba colocado bajo la autoridad de la Conferencia de Ministros de Economía del Magreb (65). Sus estructuras, no definidas en el Protocolo de creación, eran bastantes modestas y comprendían, en la práctica, los siguientes órganos (66):

- La Presidencia

Constituida por un presidente, con rango de ministro, y por cuatro delegados permanentes, no como funcionarios internacionales, sino como representantes de sus Estados respectivos. La Presidencia es ocupada, por turno, por cada Estado miembro, por un período de un año. El delegado del país que asume la Presidencia, es el vicepresidente del Comité y ejerce la mayoría de las prerrogativas reservadas al presidente.

- La Secretaría

Sus tareas se limitan a las funciones administrativas y financieras.

Posteriormente, el CPCM creará varias instituciones, permanentes y no permanentes, cuyas actividades coordina y orienta.

En la primera categoría, cabe mencionar:

- El Banco Magrebi de Ventas de Alfa (o Esparto)
(COMALFA según sus siglas francesas)
Creado en Trípoli, en mayo de 1965, el COMALFA fue el único organismo encargado de la comercialización y exportación del alfa bruto magrebi. Con sede en Argel, el COMALFA consiguió un importante ingreso de divisas para los Estados miembros hasta 1967, año en el que la Conferencia de Ministros decidió abandonar la comercialización del alfa para confiar el estudio de su industrialización al Centro de Estudios Industriales.

- El Centro de Estudios Industriales (CEI)
Creado en Trípoli, en marzo de 1968, con la ayuda financiera del PNUD. El CEI, cuya sede fue trasladada a Tánger, en enero de 1971, tras la retirada de Libia, se encargaba de las tareas siguientes: armonizar el desarrollo industrial de los Estados del Magreb; coordinar sus planes de desarrollo; uniformizar sus producciones y formar a los expertos magrebies.

- El Buró Central de Compensación Magrebi (BCCM)
Oficialmente creado en julio de 1970 e inaugurado en 1975, el BCCM, con sede en Argel, tenía como prin-

principal función facilitar el pago y la utilización de los ferrocarriles magrebíes. Se encargaba también del reparto de los ingresos procedentes de dicha utilización entre los tres Estados (Argelia, Marruecos y Túnez). Libia no tiene ferrocarriles.

La segunda categoría comprendía las instituciones "informales" y Comités especializados (unos veinte), creados entre 1965 y 1970 y colocados bajo la tutela del C.P.C.M, cuya Secretaría aseguraba la coordinación de todas sus actividades. Se trataba de la Comisión Magrebí de Transportes y Comunicaciones (CMTC); el Comité Magrebí de Turismo (CMT); el Comité Magrebí de Coordinación de Correos y Telecomunicaciones (CMCPT); la Comisión Magrebí de Industria (CMI) y la Comisión Magrebí de Relaciones Comerciales (CMRC); la Comisión Magrebí de Estadísticas y de la Contabilidad Nacional (CMSCN), y el Comité Magrebí de Seguros y Reaseguros (CMAR) (67). Sus funciones principales consistían en la armonización de las políticas nacionales en sus esferas específicas.

El CPCM que organizó sólo siete sesiones, de 1964 a 1975 (68), se vio totalmente bloqueado por la retirada de Libia, en 1970, que lo consideraba como incompatible con la unidad árabe, ya que hubiera consagrado la separación con el Mashrek, por las resistencias de la Argelia de Bumedián que abogaba por el "Magreb de los pueblos" en detrimento del "Magreb de los Estados" que encarnaba el CPCM (69), excusa ideológica para no encargarse o soportar el peso de la industrialización de los demás (70), y por las tensiones fronterizas y, en particular, la crisis del Sáhara.

El CPCM, cuyos trabajos se limitaron a la organización de estudios, coloquios y conferencias, no disponía de poderes reales ni de medios suficientes para realizar sus proyectos. Era un simple organismo de consulta, que dependía de la voluntad de los Estados miembros. Se limitaba a formular recomendaciones y sus mecanismos estaban sometidos a la regla de la unanimidad.

Su propuesta de creación de una zona de libre cambio (⁷¹), es decir, la "estrategia global de desarrollo integrado" a través de la combinación de la liberalización comercial y de la armonización industrial, careció de concreción por varias razones: la contradicción que caracterizaba a los Estados magrebíes divididos entre la prioridad dada a la construcción del Estado-nación y la necesidad de realizar la integración regional (⁷²); la falta de voluntad política por parte de los dirigentes (⁷³); las rivalidades existentes entre los regímenes (⁷⁴); las divergencias de las estrategias de desarrollo y, sobre todo, por el hecho de que sus recomendaciones iban en contra de los intereses político-económicos de las clases dirigentes magrebíes (⁷⁵).

El balance que se puede hacer hoy de las actividades del CPCM no es alentador, puesto que no ha podido realizar lo esencial de sus metas: el comercio intermagrebí es casi inexistente ya que alcanzaba, a principios de 1980, apenas 100 millones de dólares (⁷⁶); la coordinación sectorial en la agricultura y la industria queda muy limitada, y la armonización de los planes de desarrollo nunca ha sido concretada (⁷⁷).

El carácter negativo de dicho balance se debe, según Mohsen Toumi (70): a las debilidades internas del CPCM (su falta de poder sobre las políticas económicas de los Estados miembros y el "desarrollismo" de dichos Estados que, combinado con el "tecnocratismo" del CPCM dio prioridad a la industria en detrimento de la agricultura, con la consiguiente dependencia tecnológica y aislamiento de las masas...); a la falta de voluntad política o al poco interés manifestado por los dirigentes para promover los intercambios regionales; y a las ya mencionadas divergencias de los modelos de desarrollo.

Por su parte, Jean-Claude Santucci (79) atribuye el fracaso del CPCM a consideraciones de orden jurídico (la ausencia de un documento básico o un Tratado comprometiendo a los Estados miembros y definiendo las instituciones, la regla de la unanimidad que caracterizaba los mecanismos del CPCM, su carácter no supranacional y no superestatal, la concentración de todas las iniciativas en manos del Consejo o Conferencia de Ministros) y de orden político (la falta de voluntad política común a favor de la unidad, la falta de concreción de los proyectos adoptados por los expertos, las discrepancias sobre el tipo de cooperación, las divergencias en las opciones políticas y socioeconómicas de los Estados magrebíes, caracterizados por desiguales niveles de desarrollo industrial y con diferentes relaciones comerciales exteriores, y los conflictos fronterizos...). En pocas palabras, el CPCM fue bloqueado por una doble crisis, institucional y política (80) o, según Zidane Zéraoui, por "una doble contradicción: desarrollo de un nacionalismo local chovinista, que pone el acento sobre los elementos de las condiciones objetivas y los conflictos entre clases opuestas en el poder" (81).

Pese al hecho de beneficiarse de la adhesión de Mauritania, en 1975, el CPCM fue debilitado por la retirada de Libia, en marzo de 1970, y el absentismo de Argelia, a partir de julio de 1970, que manifestó así su disconformidad con sus socios, cuyas economías eran extrovertidas y dependientes de los capitales extranjeros, mientras que ella pretendía fundamentar la suya en un modelo autocentrado y socialista. Ello confirma la hipótesis del Profesor Habib El Malki según la cual, la crisis del Magreb económico fue anterior a la del Magreb político, y que la cuestión del Sáhara fue utilizada como una excusa para esconder los verdaderos problemas planteados por la integración magrebí (22).

La séptima y última sesión del Consejo de Ministros fue la celebrada, en mayo de 1975, en Argel. El conflicto del Sáhara Occidental va a consagrar la parálisis total del CPCM, que pese a no haber desaparecido oficialmente, conoce un bloqueo y una congelación de sus instituciones y actividades.

Durante el período que se extiende de 1975 a mediados de 1988, el proceso de integración económica magrebí sufrió un enorme parón, quedando limitado a la simple cooperación bilateral. La defensa de la existencia individual prevaleció sobre la necesidad de la construcción de un gran espacio económico magrebí (22). Pero, la experiencia infructuosa del CPCM, cuyo mérito fue permitir a los magrebíes aprender a trabajar juntos, servirá al menos de referencia y de lección para la creación de la Unión del Magreb Árabe.

3.2.2. La Unión del Magreb Árabe (U.M.A.): la tímida realización de un sueño.

Varios acontecimientos y factores facilitaron el acercamiento intermagrebi. En este marco, cabe destacar en especial: la muerte del Presidente Bumedián, conocido por su radicalismo ideológico y sus reservas respecto a los proyectos de unidad magrebi (24), y su sucesión por el Presidente Chadli Benyedid, moderado y reformista y cuya política exterior se fundamentaba en la no alineación, la prioridad dada a los problemas regionales y a la política de buena vecindad (25) apoyada por una clase dirigente argelina partidaria de la reconciliación y de la apertura (26); las perspectivas de un arreglo pacífico del conflicto saharauí con la aceptación por Marruecos en la Cumbre de la OUA, en Nairobi en 1981, de la organización de un referéndum en el Sáhara; la desaparición de la UAA que ponía fin a la división del Magreb en dos bloques; el cambio político ocurrido en Túnez con la destitución del Presidente Bourguiba opuesto a Gaddafi, lo que permitió una reconciliación entre Libia y Túnez; el fracaso de la propuesta argelina de un "neo-Magreb" o "Magreb a cuatro", en Sakiét en febrero de 1988, obstaculizada por Libia, Túnez y Mauritania hostiles al aislamiento de Marruecos (27); la normalización de las relaciones argelino-marroquíes con los encuentros entre Hassan II y Chadli Benyedid (1983, 1987, 1988) que se comprometieron para que el conflicto del Sáhara no fuera un obstáculo a la cooperación regional (28) y que acordaron llevar a cabo una estrategia "paso a paso" (29); el acercamiento entre Argelia y Libia, que intentaron crear una "unión" o "federación" entre ambos Estados (30); el cambio en la política magrebi de

Gaddafi opuesto por una parte a la creación de un nuevo Estado (la RASD), contrario a su filosofía unionista ya que dividiría más el Mundo Árabe (31), y, por otra, obligado a incorporarse en el Magreb tras los fracasos de unión con los países del Mashrek en general, y con Egipto, Sudán y Chad, en particular; la ausencia de oposición externa real debida a la distensión en las relaciones entre las grandes potencias, y la adopción por casi todos los Estados magrebíes, a finales de los 80, del liberalismo económico, lo que reducía las divergencias entre sus regímenes. En pocas palabras, el fin del dogmatismo en todos los aspectos, creó un ambiente favorable a la edificación magrebí.

A estos factores hay que añadir elementos objetivos inmediatos, tales como las presiones de orden económico y de las masas hostiles a las rivalidades inútiles entre sus dirigentes (32), la necesidad de enfrentarse en común a la amenaza de los movimientos islamistas, o lo que Enrique Larroque llama el "efecto dominó" del éxito islámico (33), y de coordinar sus acciones, a través de la búsqueda de las complementariedades, para hacer frente a los desafíos de la unidad europea (34).

En un orden de ideas cercano, Paul Balta destaca los siguientes factores de toma de conciencia unitaria: el auge islamista, la crisis económica mundial, la explosión demográfica, con una importante población de jóvenes decepcionados por los fracasos económicos de los regímenes establecidos, los éxitos registrados en el Mashrek por el Consejo de Cooperación del Golfo (C.C.G.) y el reto europeo (35).

Como consecuencia de todo ello, los Jefes de Estado magrebíes, aprovechando la Cumbre árabe de apoyo al pueblo palestino en Argel, bajo la mediación del Rey Fahd, se reunieron por vez primera desde las independencias, en Zeralda el 10 de junio de 1988. Discutieron sobre la construcción del Gran Magreb y acordaron la creación de una Alta Comisión intermagrebí integrada por los ministros de Exteriores. Reunida en Argel, el 13 de julio, la Alta Comisión creó 5 Comisiones (36), que trabajaban en las capitales respectivas, para hacer las recomendaciones necesarias.

La Alta Comisión, reunida en Túnez el 24 de enero de 1989, confió a este país la redacción del Tratado final.

Sin embargo, en la Cumbre de Jefes de Estado inaugurada en Marraquech, el 15 de febrero de 1989, a pesar de elegir la propuesta tunecina de denominación del Tratado -La "Unión del Magreb Árabe" (UMA) que prefirieron a las de "Magreb Árabe Unido" y de "Unión de los Estados Magrebíes" (37), ya que sus siglas francesas recordaban la Umma islámica o la nación árabe magrebí-, se enfrentaron cuatro concepciones diferentes sobre la estrategia y el programa de cooperación de lo que debería ser la UMA.

Gaddafi defendió la idea de la "unión inmediata y total", abierta a los Estados árabes y africanos, en particular a Sudán, Chad, Níger y Malí. Chadli Benyedid pidió un aplazamiento de la UMA, que él consideraba como prematura, antes de sugerir la estrategia de etapas. Ben Alí presentó un proyecto de Tratado con unas estructuras definitivas y un programa de

acción planificado. Hassan II propuso un proyecto unitario, flexible y abierto a la adhesión de los demás (29).

A la hora de los compromisos, prevaleció la estrategia argelino-marroquí de "etapas progresivas" con la consiguiente adopción del texto marroquí que, enriquecido con algunas referencias del texto tunecino inspirado en la CEE, sirvió de base a la redacción del Tratado final (30), que instituía la UMA y que fue firmado el 16 de febrero de 1989. Gaddafi siguió considerándola como una etapa previa hacia la realización de la unidad árabe, al igual que el Consejo de Cooperación del Golfo (Arabia Saudí, Kuwait, Bahrein, Qatar, Omán y Emiratos Arabes Unidos) y el Consejo de Cooperación Árabe (Egipto, Irak, Jordania y Yemen del Norte) (100).

De todo lo que precede, se deduce que la UMA obedece a tres lógicas (101):

- Es una ideología de legitimación

Ante la amenaza islamista, cuyo discurso igualitario atrae a una población cada vez más joven y frustrada por la crisis económica y social (102), los Gobiernos magrebíes hallaron en la idea del "Magreb unido", una nueva legitimidad, a causa de su gran capacidad de movilización de las masas, que siempre presionan a sus dirigentes para la edificación magrebí. Además, la crisis del Estado-nación, ilustrada por el fracaso de los modelos de desarrollo basados en las ideologías nacionalistas junto a la estrechez de los mercados nacionales impulsó a los gobiernos, enfrentados a los mismos problemas, a adoptar la estrategia comunitaria, como perspectiva para

responder a las necesidades y aspiraciones de sus poblaciones (103). Es verdad, según apunta Bassma Kodmani-Darwish, que "la legitimidad de los regímenes del Magreb, está, sobre todo, vinculada con los esfuerzos para la construcción de una unión magrebí, ya que es este marco magrebí el que constituye, ante las opiniones públicas, la entidad política natural que supera al objetivo de la unidad árabe" (104).

- Es una ideología de solidaridad económica y de adaptación a las exigencias económicas internacionales.

La construcción magrebí, a través de la UMA, es una respuesta a tres desafíos económicos: el fracaso del desarrollo nacional extrovertido, el reto europeo con la ampliación de la CEE y la creación del Mercado Único europeo de 1992, y la crisis del endeudamiento externo (105).

La respuesta al primer desafío, debido a la carencia de inversiones, la caída de los ingresos petrolíferos, el precio de las materias primas y la exigüidad de los mercados nacionales, consistió en la regionalización de los problemas y en el aprovechamiento de sus complementariedades. La reacción al segundo radicaba en la constitución de una sola entidad económica magrebí, la única capaz de fortalecer su capacidad de negociación respecto a la CEE, cada vez más autosuficiente y poco dependiente de las importaciones procedentes del Magreb. Era necesario reducir la dependencia comercial del Magreb: el 64,09% de las importaciones magrebíes provienen de la CEE y el 69,53% de sus exportaciones van a la CEE. Según Paul Balta, los responsables de la CEE y los dirigentes de la Europa del Sur, deseosos de tener un socio unido en el Magreb, presionaron a

los Gobiernos magrebíes en este sentido (106). Por último, al problema del endeudamiento magrebí con sus graves repercusiones económicas y sociales, se imponía una solución concertada y la búsqueda de fianzas a escala regional.

Además, las exigencias de la "economía-mundo", incompatibles con el desarrollo aislado o solitario, e ilustradas por la creación de agrupaciones económicas regionales, disuadieron a los Estados magrebíes de instaurar una cooperación entre sus distintas economías nacionales.

Las consideraciones económicas son, pues, los factores determinantes que han conducido a los Estados magrebíes a crear la UMA. Según Habib El Malki, el problema se plantea para ellos no en términos de elección, sino en los de supervivencia (107). El Presidente Chadli Benyedid, resume los factores económicos que han influido en la creación de la UMA: la necesidad de establecer con la CEE una relación de verdaderos socios; la organización de la complementariedad económica, como base de la futura integración magrebí; la resistencia a las presiones del mercado internacional; la afirmación de las posiciones magrebíes, y la urgencia de hacer atractivo y competitivo su mercado (108).

- Es una ideología de conciliación

La construcción del "Magreb a cinco" se ha hecho posible gracias a la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Marruecos y Argelia, el 16 de mayo de 1988, tras doce años de desavenencias entre ambos países, y entre Libia y Túnez, el 28 de diciembre de 1987, tras su ruptura en septiembre de 1985, a

causa de la expulsión masiva de trabajadores tunecinos de Libia, en agosto del mismo año. No era difícil establecer un nexo entre estos dos nuevos ejes.

La desaparición de la UAA, que ponía fin al "bloqueo" o a la "guerra fría magrebi", junto al abandono de la política de equilibrio y contrapeso, facilitó el acercamiento de Marruecos y Libia a los países del Tratado de Túnez. Su voluntad de superar el conflicto centrándose más en los temas que les unen que en los que les separan, militó a favor del entendimiento. Dicho de otra manera, la mejora de las relaciones bilaterales y el convencimiento de la necesidad de integrarse en un bloque regional para hacer frente a la realidad, crearon un espíritu de conciliación que permitió la creación de la UMA.

Conforme a las disposiciones de los artículos 2 y 3 del Tratado, la UMA persigue tres objetivos complementarios: político, económico y cultural.

- En el aspecto político

El Tratado recomienda a los Estados participantes la adopción de una política común, mediante la coordinación política o la cooperación diplomática en los asuntos internacionales. En este aspecto, el Tratado adopta los principios de la salvaguardia de la paz (art. 12), de la integridad territorial y de la independencia política de cada Estado (art.15) de la no subversión (art. 15) y de la defensa colectiva (art.14).

- En el aspecto económico

El Tratado de Marraquech, que se fundamenta en la estrategia librecambista o comercialista inspirada en las "libertades fundamentales de la CEE", establece la cooperación multilateral y bilateral entre los Estados participantes (109).

La primera consiste en "el establecimiento progresivo de la libre circulación de personas, de bienes, servicios y capitales entre los países miembros" (art.2). Está prevista una política común para realizar el desarrollo industrial, agrícola, comercial y social de dichos Estados y para la definición de proyectos comunes (art.3).

La segunda, que ya existía antes de la firma del Tratado, está autorizada por el artículo 16 a condición de no entrar en contradicción con las disposiciones de dicho Tratado. La UMA tendrá que favorecer la concreción de los numerosos acuerdos bilaterales existentes, antes de favorecer la conclusión de nuevos, con el consiguiente riesgo de competir con la cooperación multilateral o sustituirla. La cooperación bilateral tiene la ventaja de resolver los problemas inmediatos y satisfacer las necesidades de los Estados comprometidos en ella, mientras que la cooperación regional es un proceso a largo plazo que exige la previa armonización de las políticas y economías nacionales (110).

- En el aspecto cultural

Teniendo en cuenta la comunidad de civilización, confesional y lingüística (preámbulo), el Tratado prevé la adopción de una política cultural común, basada en los valores árabes y

musulmanes, que se llevará a cabo a través del intercambio de profesores y estudiantes y la creación de instituciones universitarias, culturales y de investigación comunes (art.3)

Para realizar sus objetivos, la UMA se dotó de una estructura institucional de órganos que, por sus funciones, pueden ser agrupados en órganos políticos, administrativos, técnicos y jurisdiccionales (¹¹¹).

I.- Los órganos políticos

Están integrados por el Consejo presidencial (art. 6), el Consejo de Ministros (art.8) y el Consejo consultivo (art.12).

- El consejo presidencial

Es el órgano supremo compuesto por los cinco Jefes de Estado y el único dotado de poder de decisión. Todos los demás órganos se hallan sometidos a su control. Los países participantes se turnarán cada seis meses en la presidencia del Consejo.

El Tratado guarda silencio sobre el orden de rotación a la presidencia y no ha podido elegir entre el orden alfabético árabe, siendo el árabe la lengua oficial de la UMA, y el orden de acceso al poder (¹¹²). En la práctica, se ha optado por el primer criterio, confirmado por el comunicado final de la Cumbre de Túnez del 23 de enero de 1990.

La concentración de poderes por el Consejo presidencial hace de la UMA una Organización dependiente de la voluntad de los Jefes de Estado que deciden por unanimidad, con el riesgo de vaciarla de todo dinamismo interno (¹¹³).

- El Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores

Se encarga de la preparación de las sesiones del Consejo presidencial y de la ejecución de sus decisiones. Supervisa los trabajos de los órganos especializados, en particular los del "Comité de seguimiento", y no dispone de poder de decisión. Sus recomendaciones se ven sometidas a la regla de la unanimidad, y su presidencia está asegurada por el ministro cuyo país ostente la presidencia del Consejo presidencial.

- El Consejo consultivo

Es el Parlamento del Magreb, integrado por 50 diputados, a razón de 10 por Estado. La reunión del Consejo presidencial de Túnez decidió duplicar este número (20 diputados por cada Estado en lugar de 10). El Consejo consultivo no dispone de poderes reales y su tarea se limita a hacer recomendaciones a los Jefes de Estado. Se reúne una vez al año y su presidencia es confiada a un diputado del país que ocupa la presidencia del Consejo supremo.

A pesar de la limitación de sus funciones, el Consejo consultivo constituye una verdadera innovación, ya que, por primera vez, se ha asociado, a los ciudadanos a la construcción magrebí. Sin embargo, el carácter poco democrático del nombramiento de sus miembros (¹¹⁴) lo convierte en una simple caja de resonancia del Consejo presidencial.

II.- Los órganos ejecutivos

Están constituidos por el Comité de seguimiento (art.9), las Comisiones ministeriales especializadas (art. 8 y 10) y la Secretaría General (art.11).

- El Comité de seguimiento

Es un órgano importante, compuesto por un ministro delegado por cada Gobierno. En realidad, los Estados miembros nombran a los Secretarios de Estado que lo componen y que se encargan, en sus países respectivos, de los Asuntos magrebíes (115). El Comité da cuenta de sus trabajos al Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores.

- Las Comisiones ministeriales especializadas

Con funciones imprecisas y no definidas, las Comisiones ministeriales especializadas, creadas por el Consejo presidencial en la Cumbre de Túnez, conforme al artículo 10 del Tratado, son cinco y se encargan respectivamente de las esferas siguientes: la seguridad alimentaria, las cuestiones económicas y financieras, la infraestructura básica, los recursos humanos y el "Consejo de Ministros del Interior".

- La Secretaría General

La Unión está dotada de una Secretaría General, compuesta por un representante de cada país. En realidad, además del representante del país donde se encuentra la Secretaría, que tiene un carácter rotativo y que asume las funciones de Secretario General, dependiente del Consejo presidencial, todos los demás son los embajadores de sus Estados respectivos acreditados en dicho país. No tienen ningún carácter de funcionarios internacionales. Esta situación ha prevalecido hasta la Cumbre de Casablanca (septiembre de 1991) que ha fijado la sede de la Secretaría General en Marruecos y ha confiado el puesto de Secretario General a Túnez.

III.- El Consejo jurisdiccional

Es el Tribunal de Justicia, compuesto por diez magistrados -dos por país- con un mandato cuya duración es de seis años. El órgano judicial se encarga de examinar los litigios que puedan producirse sobre la interpretación y la aplicación del Tratado y de los acuerdos concluidos entre los Estados miembros. Sus decisiones son obligatorias y sin apelación. Es un asesor jurídico del Consejo presidencial al que remite sus avisos consultivos.

Así pues, la UMA es una organización de cooperación clásica, basada en la cooperación intergubernamental y en los principios de la unanimidad y de la igualdad soberana entre los Estados miembros, al igual que las organizaciones regionales subsaharianas. En su seno, existe una clara desconfianza entre los Estados, puesta de manifiesto por el artículo 15 que estipula: "Los Estados miembros se comprometen a no tolerar en su territorio ninguna actividad ni movimiento susceptibles de atentar contra la seguridad, la integridad territorial de un Estado miembro o su sistema político". De ahí su carácter de conferencia diplomática, privada de órganos verdaderamente integrados.

Es una organización elitista, caracterizada por la concentración de poderes en el Consejo presidencial y el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, el cual supervisa las actividades de los restantes órganos. Ello constituye una verdadera bomba retardada debido a las tensiones que siempre han acompañado a las relaciones personales entre los Jefes de Estado magrebíes, y al conflicto del Sáhara, todavía no resuelto y sobre el que discrepan. La UMA encarna, a través sus órganos y sus objetivos imprecisos y poco ambiciosos, al "Magreb de los

Estados o de los regímenes" (116). Su objetivo inmediato es la promoción de los intercambios comerciales a partir de unas complementariedades no claramente definidas (117). Aparece cada vez más como una especie de "Liga Árabe magrebí" o una coalición dictada por la exclusiva necesidad de negociaciones comunes con la CEE (118).

Existen tendencias contradictorias en la UMA. Y, así, si bien es verdad que el Tratado ha excluido los principios del uti possidetis y del derecho de los pueblos a la autodeterminación, adoptados por el Tratado de Túnez, y no compartidos por Marruecos y Libia, no es menos cierto que Libia, como queda dicho, considera la UMA como una etapa en la realización de la unidad árabe supranacional -el preámbulo y el artículo 17 del Tratado le conceden la adhesión a la Unión de los Estados árabes y africanos-, mientras que los demás Estados participantes insisten en el carácter magrebí de la Unión, defienden la tesis funcionalista (mediante etapas progresivas) y consideran la UMA como un objetivo en sí (119).

El artículo 17, al condicionar la adhesión de otros Estados árabes y africanos al acuerdo unánime de los Estados miembros, da la oportunidad a cada uno de influir en el proceso de ampliación eventual de la UMA, con el consiguiente riesgo de búsqueda de alianzas tácticas (120). Además, dicha adhesión en el caso de concretarse, hará perder a la UMA su carácter magrebí. Esta disposición convierte a la UMA en una organización inviable, que se mantiene todavía, merced al consenso actual entre los participantes.

La pertenencia simultánea de Mauritania a la UMA y a las organizaciones regionales del Africa Occidental origina el problema de la fidelidad y de compatibilidad de sus compromisos.

La presencia de Mauritania y de Libia en la UMA la debilitan. La primera se enfrenta todavía al problema de la construcción nacional (^{1ª}), una parte de su población (los mauritanos negros) reivindican su pertenencia al Africa subsahariana y no al Magreb. La segunda, por su situación de puente entre el Magreb y el Mashrek, es un factor de desestabilización. El Coronel Gaddafi cree más en la unidad árabe que en la unidad magrebí (^{1ª}). Su adhesión a la UMA es provisional. La no evolución de la UMA hacia la creación de la nación árabe y un cambio favorable a sus objetivos panarabistas que se produciría en Egipto, le orientarían hacia el Mashrek.

En el aspecto cultural, la unificación de los sistemas educativos, que es uno de los objetivos de la UMA, choca con la divergencia de los valores enseñados en los Estados respectivos. Además, el Islam, que constituye el denominador común, no está considerado de la misma manera en dichos Estados. Ello se denota en las diferentes reacciones de los Gobiernos magrebíes frente al auge del islamismo (^{1ª}).

En lo económico, razón declarada por la cual la UMA ha sido creada, se pueden destacar los indicadores básicos siguientes:

ESTADOS MIEMBROS	SUPERFICIE (km ²)	POBLACION	DENSIDAD DE LA POBLACION (hab/km ²)	RENTA PER CAPITA (en \$)
ARGELIA	2.382.000	24.400.000	10	2.230
LIBIA	1.760.000	4.400.000	2	5.310
MAURITANIA	1.026.000	1.900.000	2	500
MARRUECOS	447.000	24.500.000	52	880
TUNEZ	164.000	8.000.000	46	1.260
TOTAL	5.779.000	63.200.000	22	2.074

Fuente: Banco mundial: Informe sobre el desarrollo Mundial 1991.

U.M.A.



Comparada con las grandes organizaciones regionales africanas, la UMA con una extensión de 5,8 millones de kilómetros cuadrados, en su mayor parte desértica, se coloca detrás de la CEDEAO (6,1) y antes de la CEEAC (5,4) y de la PTA (5,0). Desde el punto de vista de la población, la UMA tiene un mercado de 63 millones de consumidores, menos que la CEDEAO (196), la CEEAC (71) y la PTA (211), con una densidad media de 22 habitantes/Km², más baja que las de la CEDEAO (44), la CEEAC (65) y la PTA (93). Sin embargo, con una renta per cápita media de 2.074 dólares, la UMA se coloca muy por encima de la CEDEAO (403), la CEEAC (695) y la PTA (449).

Como se destaca en el cuadro de datos básicos arriba expuesto, los Estados miembros de la UMA se caracterizan por importantes desigualdades en los aspectos de la superficie, de demografía y la distribución del PNB por habitante. En el primer aspecto, la UMA está integrada por tres países grandes (Libia, Mauritania y Argelia, cuyo territorio representa la mayor parte de la superficie total del Magreb). En el segundo, dos Estados destacan por su peso demográfico (Argelia y Marruecos, que se reparten casi a partes iguales 49 millones de habitantes, que representan más de los dos tercios de la población total del Magreb), un Estado con una población intermedia (Túnez) y dos Estados subpoblados (Libia y Mauritania). La fuerte densidad de población de Marruecos y Túnez contrasta con la de Libia y Mauritania.

En el aspecto económico y social, las disparidades de la renta per cápita de los Estados miembros de la UMA, son enormes. Libia y Argelia, con sus importantes ingresos petrolíferos

son los mejor provistos. Túnez, que es un país semi-petrolífero, es decir, con una pequeña producción de petróleo, ocupa una posición intermedia, mientras que Marruecos y Mauritania, que no tienen petróleo, son los menos afortunados.

Aparte de Mauritania, que es el pariente pobre, los restantes Estados magrebíes no forman parte de los países menos avanzados. En este conjunto, las economías son en una cierta medida complementarias, puesto que coexisten países con grandes capacidades de financiación, como Libia y Argelia y países que las necesitan, como Marruecos y Mauritania. Sin embargo, desde el punto de vista de la estructura y capacidad de producción, pese al carácter subdesarrollado y frágil generalizado de las economías magrebíes, Argelia y Marruecos destacan por su peso económico.

Según Moshen Toumi (1984), los Estados miembros de la UMA constituyen "cinco realidades económicas y sociales diferentes" con distintos modelos de desarrollo, y su convergencia se ha efectuado, recientemente, con la adopción de una economía de mercado.

Argelia con su política de las industrias industrializantes, ha fundamentado casi exclusivamente su economía en los hidrocarburos (petróleo y gas natural) que representan el 95% de las exportaciones, en detrimento de la agricultura basada principalmente en los cultivos de trigo y cebada. Libia tiene una economía basada en el petróleo, en las industrias de refinación y de petroquímica. La agricultura está, esencialmente, basada en la ganadería y el cultivo de regadío (cebada,

olivo, tomate ...). Mauritania, se caracteriza por una economía de renta, en particular en la minería (hierro) y la pesca, y depende en gran medida de la ayuda extranjera. La agricultura practicada en la zona del río Senegal consiste en cultivos de mijo y arroz. La ganadería (camellos, cabras y carneros), es la principal actividad de los árabobereberes. País con vocación agrícola, Marruecos fundamenta su agricultura en los cultivos de subsistencia (cebada y trigo) y de exportación (agrios). Tiene importantes recursos minerales (fosfato, plata, carbón y cobre) y ha desarrollado una importante industria de transformación. Por último, Túnez se caracteriza por una importante producción minera (petróleo, gas natural y fosfato), agrícola (aceite de oliva y trigo) y por una industria turística que compite con la de Marruecos. La emigración, sobre todo para Marruecos, Argelia y Túnez, constituye también una fuente importante de ingresos.

Así pues, se puede afirmar que las economías magrebíes se fundamentan esencialmente en la extracción y exportación de las materias primas minerales y energéticas (petróleo bruto, gas natural, hierro, fosfatos ...), y en la agricultura (aceite de oliva, cebada y trigo). De ahí su carácter dependiente, sobre todo respecto a la CEE, principal socio comercial del Magreb.

El hecho de que exporten los mismos productos, crea una competencia entre ellos y fortalece la cooperación vertical en detrimento del comercio intermagrebí que apenas alcanza, como se ha subrayado, el 1% del total, mientras que su participación en el comercio mundial es inferior a dicha cantidad. Esta situación, se debe a la falta de libre circulación de personas y

de bienes entre los cinco países, y a la desconfianza profunda entre los dirigentes políticos.

La caída de los precios del petróleo, de las materias primas minerales y del dólar, el proteccionismo de los países industrializados, y la ampliación de la CEE con la adhesión de España y Portugal, que afectó a las exportaciones magrebíes de los agrios y del aceite de oliva hacia la Comunidad, condujeron a los Estados magrebíes hacia una convergencia de sus políticas económicas, por medio de la apertura de sus economías, a la competencia interna e internacional. El objetivo fue el de fortalecer sus capacidades de producción interna, y establecer la complementariedad entre sus economías. Y así crearon la UMA, cuya pretensión a largo plazo, como ya se explicó, consiste en la lucha común contra la extroversión y la dependencia, a través de la horizontalidad de los intercambios. Es todavía pronto para evaluar los resultados de la UMA en este marco (125). Las bazas de cada uno para conseguirlos son reales, pero el espíritu de la Carta de la UMA refleja la desconfianza entre los dirigentes magrebíes, aún celosos de la soberanía de sus Estados, lo que obstaculiza la integración, a causa de su implicación negativa en el flujo comercial y humano. Concebida por los políticos con tímidos objetivos económicos (126), la UMA es, en su forma actual, más una alianza de defensa y seguridad colectivas que una verdadera agrupación económica. O según el Profesor Sami Nair, "la UMA no debe engañar: es únicamente un texto de concertación no apremiante sin ninguna estrategia común de desarrollo entre los protagonistas" (127).

De momento, no existe entre los cinco países ni comercio, ni vías de comunicación, ni cooperación técnica y financiera. La UMA tendrá que acabar, de una manera previa, con la desconfianza entre los Estados magrebíes y nivelar las grandes diferencias que existen entre ellos. Su único mérito es el de haber concretado la toma de conciencia para la unidad.

En resumen, la UMA se ve enfrentada a una serie de obstáculos o problemas internos y externos, entre los cuales se puede destacar: la debilidad de los intercambios intrarregionales (el comercio se realiza más con el exterior que entre los Estados magrebíes); la existencia de barreras aduaneras entre ellos; la carencia de medios para financiar las exportaciones intrarregionales; la no convertibilidad entre las distintas monedas nacionales (el dinar argelino, el dinar libio, el dirham marroquí, la uguiya mauritana y el dinar tunecino); la desconfianza de los micro y macro consumidores magrebíes respecto a los productos procedentes de la zona, con la consiguiente competencia de las multinacionales, que asfixia la producción nacional o regional; las discrepancias entre las legislaciones sociales en vigor en los Estados del Magreb, y la carencia de infraestructuras básicas, de redes de comunicaciones y transportes, aunque estén mejor dotados que en el Africa subsahariana. Sin embargo, estas redes y vías siguen obedeciendo a la lógica de la economía colonial basada en la exportación de materias primas y la importación de productos manufacturados (120).

Por fin, además de las razones arriba expuestas, que han motivado la creación de la UMA, es obvio que ésta ha nacido, como en el caso del CPCM, bajo las presiones externas, en

particular de Europa (la CEE) deseosas de tener al sur un Magreb "homogeneizado" y "pacificado" con una Libia neutralizada, una retaguardia geoestratégica necesaria para la seguridad europea, un conjunto unificado y fácil de gestionar, como socio, en lugar de cinco mercados separados y de menor importancia, y por último un mercado para la tecnología industrial europea del siglo XIX que se ha quedado obsoleta para este Continente (129). Estas razones externas, se han combinado con otras propias de los dirigentes magrebíes, tales como el uso de la idea de unidad para fines políticos internos y la obstaculización de la creación de un "Magreb de los pueblos" supranacional, al que sustituyen por un "Magreb de los Estados" basado en la simple cooperación. De ahí que no hayan dado a la UMA, en su forma actual, los medios para sus pretendidas metas (130).

En la actualidad, la UMA no tiene un enfoque de integración claramente definido. Conforme al artículo 2, parece caminar hacia un modelo de integración por el mercado, tímidamente expresado y que tarda aún en concretarse. No se sabe todavía si va a tomar la forma de una "especie de Liga Árabe regional" o la de la CEE, con verdaderas estructuras de integración real (131). El único denominador común es la comprobación del fracaso del desarrollo aislado y la búsqueda del desarrollo solidario. En este marco, los ministros de Exteriores de la UMA se han reunido en Rabat, en febrero y julio de 1991, para la puesta en práctica de las decisiones adoptadas por las Comisiones especializadas, en particular el fortalecimiento de la complementariedad magrebí en el campo industrial, (construcción automovil, industria pesada, autobuses y tractores) y la reodinamización del Centro de Estudios Industriales del Magreb (CEIM) que dejó de funcionar durante muchos años.

El próximo apartado que analiza el proceso global de cooperación-integración política y económica en el Magreb, intentará identificar el enfoque de integración en vigor y a crear en la región.

3.3. Análisis y consideraciones generales sobre las experiencias de integración en el Magreb

Teniendo en cuenta la escasez de las experiencias de integración en el Magreb, en este apartado nos limitaremos a citar lo esencial de los métodos de integración política y económica cuyos elementos han sido evocados en las páginas anteriores. De igual modo, pondremos de manifiesto los principios básicos en los cuales se fundamentan las alianzas políticas y las organizaciones regionales económicas del Magreb.

En la esfera de la integración política, el Magreb se caracteriza por la ausencia de experiencias federativas, siquiera elementales, y por el bilateralismo, ilustrado por los acuerdos arriba mencionados y que destacan por su falta de concreción (¹³²).

El triunfo del bilateralismo en la cooperación intermagrebí se explica por los conflictos fronterizos, los nacionalismos exacerbados y las divergencias respecto a las ideologías unionistas. Todo ello, desemboca en un juego de equilibrios y de alianzas en torno a Marruecos y Argelia, con sus objetivos de hegemonía regional.

Las fronteras heredadas de la colonización, suscitaron graves problemas entre los Estados magrebíes (Argelia-Libia, Argelia-Túnez, Argelia-Marruecos, Marruecos-Mauritania, Libia-Túnez y el Sáhara Occidental). Si algunos de ellos han sido resueltos por medio de la firma de acuerdos bilaterales sobre la explotación común de las zonas fronterizas contestadas, otros siguen pendientes, como el del Sáhara, que ha obstaculizado durante mucho tiempo cualquier progreso hacia la unidad magrebí, a pesar del compromiso de Marruecos para la celebración del referéndum en dicho territorio. El bilateralismo ha sido, pues, utilizado para superar los conflictos fronterizos y establecer una cierta cooperación entre los Estados implicados.

Los nacionalismos estrechos basados en los egoísmos nacionales y el fortalecimiento del Estado-nación con las consiguientes rivalidades entre los Jefes de Estado, los distintos regímenes políticos y las diferentes estrategias de desarrollo (¹³³), condujeron a un Magreb de "bloques" en torno a agrupaciones o alianzas de dos contra tres o de cuatro contra uno, sobre la base de la rivalidad argelino-marroquí (¹³⁴) y de las afinidades ideológicas. Ello se ha visto favorecido también por las alianzas externas : Marruecos y Túnez siempre han sido pro-occidentales, mientras que Argelia y Libia, a causa de su política tercermundista y antiimperialista, tenían relaciones estrechas con los países del Este. Todo ello torpedeó la unidad magrebí, hasta su reciente adopción de la economía de mercado y el retorno al "realismo" de Libia.

La existencia de varias ideologías unionistas, ha creado divergencias de preferencia entre los Estados magrebíes. Unos son partidarios del Panarabismo y del Panislamismo. Otros ponen más énfasis en el Panafricanismo y el Panmagrebismo. Sin embargo, todos las utilizan, según las circunstancias, como ideologías justificadoras de las legitimidades estatales. Pese al acuerdo unánime que expresan sobre el Panmagrebismo como ideología de la unidad y de la especificidad magrebí, no comparten la misma concepción en cuanto a su contenido y el método que se debe utilizar para concretarlo. Por una parte, existen los que defienden el proyecto del "Magreb de los Estados o de los regímenes", por otra los del "Magreb de los pueblos o de las patrias". De igual modo, unos preconizan la unidad magrebí a través de la cooperación política para crear una entidad supranacional como etapa hacia la unidad árabe, y otros abogan por la cooperación económica sectorial, es decir, la unidad a partir del enfoque funcionalista.

En la actualidad, triunfa el "Magreb de los Estados", puesto que los islamistas que tienen como ideal el "Magreb de los pueblos", no disponen ni de medios, ni de hombres, ni de proyecto de sociedad para llevarlo a cabo (195).

El triunfo del "Magreb de los Estados" conduce a una estrategia de integración política consistente en la resolución de los problemas fronterizos, la construcción y el fortalecimiento de los Estados-naciones y la creación de la unidad magrebí (196). Dicho de otra manera, la creación de la nación precede a la construcción de una entidad supranacional, la integración nacional tiene prioridad sobre la integración regional y la afirmación de los intereses particulares se impone antes de unirlos en un conjunto más amplio (197).

La integración política del Magreb, a partir de los Estados existentes y por la cooperación económica (¹³⁹), hace de éste más un asunto de Estados y de Gobiernos que de la sociedad civil. Como consecuencia de ello se afirman cada vez más los particularismos nacionales en detrimento de la unidad magrebí. La confiscación del debate unitario por los Estados y los Gobiernos, es decir, por las élites, no sólo dificulta la superación de las dificultades políticas e institucionales entre los Estados (¹³⁹) a causa de su falta de voluntad política y de coordinación de las estructuras sociopolíticas, sino que además condena al fracaso el proceso de integración, puesto que el Estado magrebí o africano, por su carácter "importado", está desvinculado de las masas que no se reconocen en él.

La integración política del Magreb, a través de los Estados, es más un mito que una realidad (¹⁴⁰). El mito unitario existe y sirve para justificar las iniciativas diplomáticas o esconder los conflictos entre los Estados magrebíes, según indica el Profesor Mohammed Bennouna. Y la unidad es un mito, porque sólo obedece a los intereses nacionales y personales de los Jefes de Estado y es, sobre todo, una reacción a factores externos (¹⁴¹).

La desconfianza, que sigue caracterizando a las relaciones intermagrebíes, explica que los Estados del Magreb destaquen por la falta de coordinación de sus políticas extranjeras, como en el caso del conflicto del Golfo, de sus políticas de desarrollo, a pesar de las evoluciones internas hacia el liberalismo, y de la estrategia común respecto a la CEE, con la que siguen tratando individualmente. El único marco en el que pro-

curan coordinar dichas políticas, es el de la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores o Cumbre de Jefes de Estado de los "cinco más cinco", es decir, los 5 países de la UMA, los 4 de la Europa Latina (Portugal, España, Francia e Italia) y Malta.

El relativo fracaso de la integración política en el Magreb se debe al problema del Sáhara, que sigue sin resolverse y que constituye la manzana de la discordia entre Marruecos y Argelia, países por los que pasa forzosamente la construcción magrebí. Estos han adoptado de momento una actitud de coexistencia pacífica, relegando a un segundo plano el problema saharauí.

La cooperación intermagrebí, en su forma bilateral o multilateral (CPCM o UMA), al igual que las organizaciones regionales del Tercer Mundo en general y las subsaharianas en particular, salvo algunas excepciones rarisimas, se fundamenta en unas estructuras y órganos, elitistas, de concertación intergubernamental, (¹⁴²) y en los principios de la igualdad soberana, la unanimidad, la integridad territorial, la no subversión, la libre determinación de los pueblos y la legítima defensa colectiva (¹⁴³). Dichos principios no favorecen la instauración de una autoridad supranacional.

En resumen y de acuerdo con Fawzi Fellah (¹⁴⁴), cabe decir que el proceso de cooperación-integración en el Magreb se caracteriza por los estatalismos, patriotismos o particularismos, y por el predominio de la lógica estatal, con la consiguiente confiscación de los proyectos y debates unitarios por

las élites, que permiten sólo la cooperación en aspectos secundarios y sin gran importancia tales como la defensa, la seguridad, la política exterior, etc., de los que las masas populares se ven excluidas. Se trata de una estrategia de integración prudente, reservada, sectorial y puntual.

Es obvio que a pesar de la creación de la UMA, que es desde luego un paso importante, el Magreb político sigue siendo un símbolo, ya que la integración proclamada en los discursos oficiales, queda a nivel de buenas intenciones y esconde el fracaso de la cooperación intermagrebí, basada en relaciones bilaterales interestatales cuya meta es mantener la buena vecindad y crear alianzas tácticas (145).

En el aspecto de la integración económica, el Magreb destaca por la ausencia de una política o estrategia de integración claramente definida. El Protocolo de 1964 de la Conferencia de Ministros de Economía, afirmó, de una manera ambigua, que las economías magrebíes deberían integrarse en la perspectiva de la unidad económica africana y de la unidad económica árabe. En realidad, esta elección entre dos entidades con diferentes opciones (las políticas económicas de los países del Mashrek se basan en la sustitución de las importaciones mientras que las del Africa subsahariana se caracterizan por las exportaciones de las materias primas), denotaba su incapacidad de definir un enfoque de integración propio. Además, siempre han mostrado más interés en las relaciones del Magreb con la CEE que con el Mundo Africano y el Mundo Árabe (146).

En la Quinta Cumbre de la Conferencia de Ministros de Economía, celebrada en Túnez en 1967, se adoptó el enfoque funcionalista para realizar por etapas la unidad económica magrebí, a través de la cooperación sectorial en las esferas de la industria y de la agricultura.

Tras la comprobación del fracaso de la política de integración sectorial, en la Cumbre de Rabat de julio de 1970, el CPCMC elaboró un proyecto de integración global, que preveía la creación de una industria magrebí y de una unión aduanera entre los Estados miembros. Esta propuesta no fue adoptada en la Cumbre de Argel de 1975, a causa de la hostilidad de los delegados de algunos países. Ello puso de manifiesto la falta de poderes reales de la Conferencia de Ministros de Economía y del CPCMC cuyas resoluciones no obligaban a los Gobiernos respectivos (¹⁴⁷). Tanto el enfoque parcial como el global, no favorecieron la integración magrebí (¹⁴⁸), a causa de las discrepancias políticas y económicas entre los regímenes del Magreb y de la incompatibilidad entre sus políticas de desarrollo.

Haciendo el balance de la integración económica en el Magreb, en la década de los 60 y 70, Abdelhamid Brahimí escribe: "aunque prudentes, los países magrebíes han sentado las bases de una cooperación sectorial mientras planeaban una liberalización de los intercambios al principio. Abandonaron este enfoque a comienzos de los años 70, para adoptar un método global basado en una armonización de las políticas industriales. Una vez más, los resultados fueron muy pobres... El error fundamental, proviene del hecho de haber fijado como objetivo prioritario, y a corto plazo, el desarrollo de los intercambios

intrarregionales sin haber tomado, al mismo tiempo, las medidas que permitieran una cierta coordinación de las políticas económicas y una cierta especialización regional" (149).

Al margen de la fracasada experiencia del CPCM, que sólo se limitó a los estudios y a la concepción de los proyectos comunes, la segunda es la de la UMA que, a través de las disposiciones del artículo 2 de la Carta, adopta un enfoque de integración de los mercados, es decir, librecambista, sin dotarse de los medios para ello, repitiendo así el error arriba mencionado.

Teniendo en cuenta la debilidad del comercio intermagrebí, casi inexistente, y el carácter extrovertido de los mercados nacionales, el enfoque adoptado por la UMA la condenaría a una "resignación economicista", con el consiguiente riesgo de integrarse por y para Europa (150), ya que el mercado unificado magrebí se incorporaría más a la economía europea, es decir que seguirá siendo la periferia de la CEE en detrimento de las interdependencias horizontales o, según Abdessalam Dammak, el Magreb se convertirá en "una cantera de mano de obra industrial inagotable para la CEE y en una zona turística" (151).

Abundando en el mismo sentido, Sid Ahmed, opina que la integración de los mercados favorece la incorporación de los países exportadores del petróleo en general y de los de las materias primas en particular, a las economías de los países industrializados, ya que al aumentar la capacidad de sus importaciones, crean mercados para estos últimos, cuyas economías experimentan, por tanto, una reactivación cada vez más grande (152).

En el caso del petróleo, se puede decir que ha constituido a la vez un instrumento de liberación y de dependencia para Argelia y Libia. Sus importantes ingresos petrolíferos les han permitido adoptar una política tercermundista y de nacionalizaciones pero, al mismo tiempo, les han ido integrando cada vez más en el mercado capitalista mundial (153).

La estrategia de integración de los mercados favorece, pues, la inserción del Magreb en el mercado capitalista mundial, en beneficio de los países industrializados y de las multinacionales. De ahí que se haga necesario para ellos un método de integración basado en unas acciones concertadas en el marco regional, para modificar las estructuras de producción agrícola e industrial en el sentido de la reestructuración del mercado con inversiones productivas (154). El Magreb dispone de complementariedades potenciales en los sectores de minas, energía y agricultura, todavía no explotadas, que en el caso de la intensificación de los intercambios horizontales, constituirían la base de una integración económica fiable. Las bases objetivas de esta integración existen y las analizaremos en el próximo apartado.

Las dificultades para la definición de un método de integración económica, se explican por la división del Magreb en países ricos y países pobres, que no comparten el mismo concepto de integración económica. Para los primeros (Libia, Argelia y en una cierta medida Túnez), la integración supone hacer más rentables las industrias existentes o la creación de nuevas, mientras que para los segundos, dicho proceso significa la provisión de petróleo del que no disponen y la industria-

lización. Dicho de otra manera, cada uno defiende sus intereses inmediatos (¹⁵⁵) y utiliza la integración para fines nacionales. Es el famoso problema del reparto de los beneficios de la integración y de la reducción de las desigualdades entre los Estados miembros.

La UMA se enfrenta a todos estos problemas y, principalmente, a la cuestión de dar prioridad a la integración política o a la integración económica y, en este último caso, a elegir entre la integración por el mercado y la integración por la producción.

De acuerdo con Larbi Jaidi (¹⁵⁶), podemos decir que el dilema de la prioridad de lo político o lo económico es un falso dilema. La integración política, con la creación de una entidad supranacional es, por cierto, atractiva pero utópica y peligrosa, ya que supone el abandono de la soberanía y el riesgo del surgimiento de un poder supranacional opresor. Como señala Mohsen Toumi, este tipo de integración se hace más desde la cumbre que desde la base y unifica más a las élites que a las masas, con la consiguiente plétora de personal gobernante, aumento de la inestabilidad política, y fortalecimiento de la burocracia y del poder de represión (¹⁵⁷). Los fracasos de los proyectos panarabistas de Gaddafi y panafricanistas de Nkrumah son ilustrativos y denotan la desconfianza de los dirigentes respecto a la integración política supranacional. Por otro lado, la integración económica, como objetivo en sí, es insuficiente puesto que los intereses nacionales siempre prevalecen sobre los comunitarios, y más si se tiene en cuenta la dificultad para resolver los desequilibrios y las desigualdades

entre los Estados miembros. Además, la integración económica sin el respaldo de la voluntad política, está condenada al fracaso. Ambos procesos están estrechamente vinculados y son complementarios.

La UMA es ante todo un acto político, ya que expresa, por vez primera, la voluntad común de los cinco Estados magrebíes de llegar a un acuerdo, al margen de sus discrepancias. Tendrá que consolidarse con la instauración de una cooperación económica para hacer irreversible el proceso de integración magrebí. En caso contrario, conocería el triste destino del CPCM, que fue una experiencia técnico-económica sin soporte político.

En cuanto al problema de la metodología de integración, es decir, si se debe empezar por el mercado o por la producción, es una oposición artificial para los países en vías de desarrollo en general, y para los magrebíes, en particular. Es necesario combinar ambos métodos o, al menos, las ventajas que ofrecen.

El método de integración por el mercado, válido para los países desarrollados en los que juega un papel de acompañamiento y mantenimiento del nivel de crecimiento económico, es una utopía para los países magrebíes, que no disponen de mercados nacionales y cuyas economías se fundamentan en la exportación de los mismos productos minerales, energéticos y agrícolas. Los efectos de la integración por el mercado serán exportados y aprovecharán a los países industrializados, en especial a la CEE que convertiría el Magreb en un mercado de consumo de bienes manufacturados que no se producen a nivel local.

La integración por la producción tiene la ventaja de comprometer a los Estados miembros en la lucha contra el subdesarrollo y la dependencia, mediante la instauración de la complementariedad y de la división regional del trabajo. Sin embargo, exige una previa coordinación de las políticas económicas y la creación de estructuras de producción autocentradas y desvinculadas de las economías de tipo colonial. Ello resulta difícil para los países magrebíes, no sólo a causa del fracaso de las estrategias nacionales de desarrollo autocentrado y de autosuficiencia colectiva en el Tercer Mundo, sino porque, además, las economías magrebíes, con importantes complementariedades no aprovechadas, siguen caracterizándose por la verticalidad o la extroversión.

De ahí la necesidad de definir una estrategia global, que combine las actividades de producción orientadas hacia la especialización y la complementariedad regionales y el intercambio de bienes de servicios producidos localmente. Dicho de otra manera, se trata de producir por y para la región. Ello viene facilitado por el acercamiento actual de los sistemas económicos magrebíes en torno a la economía de mercado.

Sería necesario que la UMA adoptara un modelo de integración basado en la horizontalidad y que favoreciera la igualación de los niveles de desarrollo con un reparto equitativo de los beneficios y de los costes de la integración. Se debería considerar que ni la integración económica ni la política constituyen los prolegómenos de la integración regional, sino que ésta supone la creación de un espacio comunitario y de una economía regional que se llevarían a cabo, si fuese necesario,

por etapas, ya que son objetivos a largo plazo (1988). Esta evolución progresiva es vital para un Magreb que se ha caracterizado, en los últimos tiempos, por padecer conflictos de toda índole.

Es aún prematuro realizar el balance de la UMA pues apenas alcanza los tres años de existencia. Lo poco que se puede decir es que la Organización magrebí está todavía en la etapa de definición de un marco institucional, dificultada por la existencia de diferencias y desconfianzas entre los Jefes de Estado magrebíes. Hasta la última Cumbre de Casablanca careció de una sede fija, una Secretaría permanente, un Secretario General y un presupuesto, estando a cargo del país al que le tocaba la presidencia los gastos de la Secretaría General que era, como ya se ha dicho, rotatoria.

Se han celebrado cuatro Cumbres de la UMA (Marrakech, del 16 al 17 de febrero de 1989, Túnez, del 21 al 23 de enero de 1990, y Argelia, del 22 al 23 de julio de 1990 y Casablanca septiembre de 1991). La de Trípoli, prevista en enero y aplazada en junio de 1991 no tuvo lugar a causa de la guerra del Golfo y de los graves acontecimientos ocurridos en Argelia entre las fuerzas del orden progubernamentales y los militantes del FIS. Dichas Cumbres fueron decepcionantes, no alcanzándose resultados significativos. Pero tuvieron, al menos el mérito de proponer, un acuerdo marco de unión aduanera (la de Túnez), y la creación progresiva, para la década de los 90 (1995), de un Mercado común magrebí (la de Argelia) (1989). La Cumbre de Casablanca ha supuesto un progreso importante a nivel institucional, con la atribución de sede de la Secretaría General a

Marruecos, el Consejo Consultivo a Argelia, la Banca de inversiones y Comercio exterior y el puesto de Secretario General a Túnez, la Universidad a Libia, y el Tribunal de Justicia a Mauritania. Marruecos y Argelia ocupan así la posición central en la Organización.

El próximo y último apartado que analiza los factores, obstáculos y perspectivas de la integración en el Magreb, clarificará el marco en el que se desarrollará su acción, sus posibilidades y límites.

3.4. Fundamentos, obstáculos y perspectivas de la integración regional en el Magreb

En este apartado, que finaliza el análisis del proceso de integración regional en el Magreb, pondremos de relieve, a la luz de los elementos anteriormente esbozados, los factores que lo justifican y dificultan y, a partir de ellos, procuraremos realizar algunas extrapolaciones en cuanto a su futuro, es decir, destacaremos los retos a los que se enfrentará y los aspectos que tendrá que desarrollar para concretarse.

3.4.1. Los fundamentos de la integración en el Magreb

Existen factores unitarios objetivos que fundamentan el proceso de integración regional magrebi. Dichos factores, que analizaremos seguidamente, son de orden geohistórico, cultural, político y económico.

Desde el punto de vista geohistórico, el Magreb, que es un espacio mediterráneo, africano y árabe, se caracteriza por tener una misma costa mediterránea (Libia, Túnez, Argelia y parcialmente Marruecos), una misma cadena del Atlas (Marruecos, Argelia y Túnez), un mismo desierto del Sáhara "geopolíticamente uno e indivisible" e idénticas etapas históricas (1^º).

Estos datos geográficos comunes constituyen factores naturales de integración y se encuentran en la base de la "conciencia magrebi" (1^º). Los magrebíes son conscientes de pertenecer a un mismo conjunto geográfico, debido a la presencia del Sáhara que siempre ha sido en la historia "la fuente de revolu-

ciones unitarias" (1⁶²) y que hoy inspira los proyectos de unidad del Coronel Gaddafi, cuya meta es la restauración de la unidad natural del Sáhara a través de la creación de los "Estados Unidos del Sáhara", que se extenderían desde Nuakchot hasta Trípoli (1⁶²).

Mohammed Chorfi pone de manifiesto el carácter sahariano del Magreb cuando escribe: "este territorio constituye una unidad geográfica incontestable, dispuesta en torno a la cadena montañosa del Atlas y rodeada de fronteras naturales: el Mar Mediterráneo al norte, el Océano Atlántico al oeste, los espacios saharianos al este y al sur. Ninguna de las fronteras entre los cinco Estados actuales, en cambio, constituye una frontera natural. Aparte de que estas fronteras no corresponden geográficamente a nada, ninguna de ellas tiene un origen histórico serio y durable. Esto es uno de los numerosos factores unitarios del Magreb" (1⁶⁴).

Las fronteras artificiales, heredadas de la colonización y mantenidas por los Estados magrebíes, debilitan cada vez más la conciencia comunitaria, al ser el marco en el que se desarrolla el patriotismo y el Estado-nación, que es aceptado y que se confirma en las fronteras impuestas por el colonizador (1⁶⁵). Dicho Estado-nación es, por su naturaleza, fuente de división y de tensiones fronterizas ilustradas por el conflicto del Sáhara Occidental. Conscientes de la homogeneidad geográfica de su espacio, las masas decepcionadas y desesperadas, ponen en tela de juicio la legitimidad de los Estados magrebíes así como la de las ideologías oficiales y presionan a los dirigentes en el sentido de la unidad.

La historia común y única magrebí basada en el fondo árabobereber que se remonta al "Gran Magreb", unificado del siglo XI al siglo XIII por los almorávides y los almohades, constituye otro factor importante de unificación. Dicha historia se ha fortalecido en los tiempos modernos por una misma colonización latina y por una lucha común anticolonial. Estas referencias históricas han creado en las masas el sentimiento de tener un pasado común y un mismo destino, pero las independencias separadas lo han bloqueado (1966) al poner más énfasis en los símbolos nacionales, con el consiguiente desarrollo de la conciencia nacional o "nacionalitaria".

La juventud magrebí, que representa más del 60% de la población, la más urbanizada y abierta a las influencias externas y que no ha conocido ni la colonización ni las luchas de liberación que utilizan los mayores o los dirigentes para justificar sus frustantes privilegios sociales, pone en tela de juicio su legitimidad histórica y exige unos cambios e innovaciones que pueden concretarse sólo en el marco de la unidad magrebí (1967). Las graves frustraciones internas, y las injusticias y humillaciones externas convierten a la juventud magrebí en el motor de las ideologías unitarias (1968).

Además de una historia común, el Magreb se caracteriza por una unidad religiosa (el Islam) y lingüística (el árabe), dos factores esenciales en la unidad del Mundo Magrebí.

El Islam, religión común desde el siglo VII, es un importante factor de integración, al proponer un modelo de sociedad, la Umma, por encima del individuo, del grupo social o

del Estado-nación. Siempre ha sido un instrumento de resistencia contra la dominación extranjera y contra la presión del Estado (169) y ha servido de mito unitario en la historia del Magreb, si bien, a veces, ha sido utilizado por los poderes establecidos (170). En la actualidad, el "islamismo radical", que rechaza los conceptos de Estado y de Nación, considerados como elementos ajenos que no han permitido a los Estados-naciones magrebíes o árabes dominar la modernidad, y fundamenta la unidad en la Umma, constituye una fuerza alternativa para la unidad magrebí (171).

La práctica de una lengua común, el árabe, a pesar de la existencia de importantes zonas bereberófonas, constituye otro factor de integración cultural magrebí. En comparación con las organizaciones regionales subsaharianas, generalmente frágiles por falta de una identidad cultural basada en una lengua local, el Magreb dispone de un instrumento eficaz, el uso de una lengua única (172), que favorece la circulación de personas, ideas, bienes y las relaciones humanas, y que impide los irredentismos en los Estados creados por la colonización (173).

Además del árabe, los países magrebíes, antiguas colonias francesas, con excepción de Libia que fue colonizada por Italia, utilizan el francés como lengua de comunicación, lo que constituye un factor de integración (174).

La unidad árabobereber y la unidad árabo-islámica hacen del Magreb una comunidad civilizacional y cultural horizontal. Esta civilización común "es un factor de unidad, profundo e importante. El tunecino en Marruecos o el marroquí en Argelia se encuentran con el mismo rito, las mismas costumbres, artes y

tradiciones, las mismas maneras de pensar y de comportarse; en suma tienen el sentimiento de pertenecer a la misma civilización" (175).

En lo político, la lucha contra el colonialismo podría haber sido el mejor instrumento de unidad magrebí (176). De tal manera que las primeras Constituciones magrebíes mencionaban en sus textos el proyecto de unidad magrebí (177). Pero la falta de voluntad y los nacionalismos del período postcolonial, lo convirtieron en papel mojado.

En la actualidad, frente a las presiones de los islamistas y de los jóvenes, los dirigentes buscan la solidaridad magrebí como ideal de movilización y marco para encontrar soluciones concretas a los problemas comunes (178). Pero persiste la desconfianza entre los dirigentes magrebíes, que se limitan a una simple consulta y coordinación de sus políticas.

Por último, varios factores de orden económico abogan por la integración. Entre ellos: el fracaso de los sistemas económicos respectivos y del desarrollo aislado; las dificultades económicas debidas a la explosión demográfica; la ampliación de la Comunidad Europea y el reto de 1993; la necesidad de fortalecer la capacidad de negociación respecto a la CEE y de crear un frente común en el sistema mundial actual; la adaptación a un mundo moderno, organizado en torno a grandes espacios económicos (179) y, sobre todo, la exigencia de una lucha común contra las relaciones desiguales y las dependencias (180).

Dicho de otra manera, los Estados magrebíes están condenados a unirse o a desaparecer, puesto que "el desarrollo económico necesita grandes medios financieros y humanos, y un extenso mercado" que ninguno de ellos posee individualmente⁽¹²¹⁾.

Como se ha subrayado, el Magreb dispone de complementariedades potenciales en los sectores de minas, energía, agricultura y finanzas, que le permiten empeñarse en un proceso fiable de economía regional autocentrada, gracias a esa distribución equilibrada de los recursos naturales.

Los sectores de minas y energía, constituyen una base material indispensable para la industrialización a nivel magrebí. Existen importantes producciones de fosfatos, petróleo, gas natural, hierro y acero⁽¹²²⁾:

- Los fosfatos: con una producción de 28.881.000 toneladas (1986) -Argelia: 1.203.000; Marruecos: 21.178.000, y Túnez: 5.900.000- el Magreb dispone de grandes posibilidades de desarrollo agrícola relacionado con la producción y el uso de los fertilizantes derivados de los fosfatos. Los mercados potenciales son Argelia, Libia y Mauritania, que tienen grandes necesidades de desarrollo agrícola.

- El petróleo: El Magreb tiene una producción total de 85.100.000 toneladas (1987) -Argelia: 31.500.000; Libia: 48.600.000, y Túnez: 5.000.000), con un consumo total local de 19.886.000 toneladas, que será de 55 millones en 1995 y de 67 millones en el año 2.000. Túnez ha dejado de ser exportador a partir de

1990 y produce justo para el consumo de su propia industria. Teniendo en cuenta las necesidades de las economías nacionales en petróleo, el Magreb dispone de una importante baza de autosuficiencia industrial y de un excedente para la exportación. Ello puede evitar la dependencia respecto al mercado petrolífero, cuyas fluctuaciones han provocado, en la década de los 80, graves dificultades financieras en los países magrebíes exportadores de petróleo.

- El gas natural: La producción magrebi es de 98.987 millones de m³ (1987) -Argelia: 89.919; Libia: 8.268, y Túnez:800- y el consumo total de 16,89 millones de toneladas. Marruecos, Mauritania y Túnez constituyen los mercados potenciales. El proyecto de construcción de un gaseoducto, a través de Marruecos y el Estrecho de Gibraltar para servir el gas natural argelino a España y otros países europeos, permitirá a Marruecos cubrir sus necesidades de gas natural y ahorrarse unos 800 millones de dólares en su factura energética (1983). Teniendo en cuenta la inestabilidad de los precios de los productos energéticos en el mercado internacional, los países magrebíes tendrán que adoptar políticas comunes de exportación, refinería y distribución de los hidrocarburos y crear unas estructuras mínimas de coordinación en el sector energético (1984).
- El hierro y acero: La producción magrebi de estos minerales es de 2.155.000 toneladas (1985) -Argelia: 1.665.000; Libia: 50.000; Marruecos: 28.000, y Túnez: 160.000-. El consumo local es de 5 millones

de toneladas. Aparte de Argelia cuyo aparato de producción funciona aproximadamente al 30% de su capacidad, todos los países magrebíes constituyen mercados potenciales a causa de sus necesidades de industrialización. De momento, las carencias tecnológicas y científicas explican la infrautilización local de estos minerales.

En resumen, existen claras complementariedades entre los Estados magrebíes en los sectores de minas y energía, y ello constituye una base para la creación de las industrias químicas, paraquímicas, petroquímicas y siderúrgicas (1985).

En cuanto al sector vital y estratégico de la agricultura y alimentación, el Magreb presenta interesantes complementariedades en la pesca y la producción de harina de trigo, azúcar y aceite de oliva:

- La pesca: La producción magrebí de pesca es de 869.845 toneladas (1986) -Argelia: 70.000; Libia: 7.800; Marruecos: 595.324; Mauritania: 104.100, y Túnez: 92.681-. El consumo total es de 488.848 toneladas, o sea el 48% de la cantidad producida. Así pues, en el Magreb se consume muy poco pescado y los magrebíes tendrán que cambiar sus costumbres alimenticias para permitir la construcción de una industria de pesca, con el fin de reducir la dependencia en este terreno. Los mercados potenciales serían Argelia y Libia. La costa atlántica de Marruecos y Mauritania es la más rica del mundo en pesca.

- La harina de trigo: Entre todos los Estados magrebíes, con excepción de Mauritania, se producen 3.348.000 toneladas de harina de trigo (1985): Argelia (690.000), Libia (160.000), Marruecos (2.000.000) y Túnez (498.000). El gran consumo de pan tanto en las ciudades como en el campo, crea una dependencia alimentaria respecto a la CEE y a los Estados Unidos. Marruecos es el gran productor de trigo mientras que Argelia y Túnez son los principales mercados.

- El azúcar: La producción total magrebí es de 709.000 toneladas (1985); Argelia: 7.000; Marruecos: 623.000 y Túnez: 79.000. Los mercados potenciales son Marruecos que tiene una industria azucarera muy desarrollada, Argelia y Libia. Existe un fuerte consumo de azúcar en el Magreb por razones históricas. Ello explica que la producción propia sea insuficiente y que los Estados magrebíes importen este producto.

- El aceite de oliva: Salvo Mauritania, todos los Estados magrebíes son productores de aceite de oliva. La capacidad total es de 168.000 toneladas; Argelia: 16.000; Libia: 26.000, Marruecos: 31.000 y Túnez: 95.000. Excepto Túnez, que es exportador, los demás países son importadores y constituyen importantes mercados.

El análisis que precede, pone de manifiesto las grandes posibilidades de complementariedad que existen en el Magreb, que dispone de importantes recursos minerales (todos los países), energéticos (Argelia y Libia) y agrícolas (Marruecos, Mauritania y Túnez).

Sin embargo, los Estados magrebíes presentan las características de una economía de renta directa o indirecta, con el predominio de la exportación del petróleo o de un recurso mineral (el fosfato) de la que dependen sus ingresos en divisas (¹⁹⁶), mientras que la producción agrícola sigue supeditada a las condiciones climáticas. Existe, pues, una fuerte dependencia en las exportaciones de materias primas (petróleo, gas, fosfatos...), y en las importaciones de productos agrícolas (cereales, azúcar, productos animales), de bienes de equipo y de productos manufacturados (¹⁹⁷).

Para poner fin a esta dependencia respecto al mercado internacional, donde no influyen en la determinación de los precios de las materias primas agrícolas y minerales, los Estados magrebíes deberían explotar sus riquezas del subsuelo en relación con las necesidades locales, y cambiar las costumbres alimentarias de la población para conseguir la autosuficiencia regional. Por ello, es necesario establecer la cooperación en la producción y la intensificación de los intercambios horizontales. El Magreb tiene la superficie (6.068.000 Km² + el Sáhara Occidental) y la población (más de 63.000.000 de habitantes, 80.000.000 en el año 2.000) necesarias para alcanzar estas metas. El Magreb no es sólo un mercado de consumidores de bienes manufacturados, sino que también podría ser creador de riquezas (¹⁹⁸).

La deuda, como coacción externa (¹⁹⁹), es otro factor de integración magrebí. Los Estados del Magreb, con una deuda externa de 55.721 millones de dólares (Argelia: 24.850 millones, Libia: 2.200 millones, Marruecos: 19.923 millones, Mauritania: 2.076 millones y Túnez: 6.672 millones), representan la cuarta parte de la deuda total africana estimada en unos 249.635 millones de dólares*. El agravamiento de la carga (del servicio) de la deuda debido a la subida del precio del dólar y de la tasa de interés, y a la recolocación (reescalonamiento) de la deuda, les ha colocado bajo la tutela del FMI que les impone duras medidas de reajuste, con el consiguiente aumento de los precios de los bienes de consumo. Y como consecuencia de ello se asiste en todas partes a las "revueltas del hambre" (¹⁹⁰). Ante esta situación, los Estados magrebíes no tienen otra alternativa que la búsqueda de medios de financiación locales, a través de la instauración de la cooperación, lo que permitiría que los países con capacidades de financiación pudiesen ayudar a los necesitados de ellas (¹⁹¹).

Por último, la presencia de una importante población de emigrantes magrebíes en los países de la CEE, unos 10 millones, exige a los Estados del Magreb la constitución de un frente común para negociar y cooperar con la Comunidad Europea, con el fin de encontrar una solución satisfactoria a este problema (¹⁹²). Dicha cooperación es imprescindible puesto que los emigrantes, que envían sus ahorros a sus países respectivos, alimentan con importantes cantidades de divisas las economías

* Fuente: United Nations Economic Commission for Africa: Economic Report on Africa 1990, Addis Abeba, Abril de 1990, p.A5

nacionales. Durante el año 1985, Argelia recibió 191 millones de dólares de sus emigrantes; Marruecos, 1.587 millones y Túnez 259 millones. Libia es un país de inmigración, mientras que Mauritania, cuya población emigra a Senegal, recibió de sus emigrantes 2 millones de dólares en 1987 (1988).

En resumen, diversos factores, objetivos y subjetivos, permanentes y circunstanciales, abogan por la integración magrebí. Señalaremos la homogeneidad geográfica o física y la historia cultural común, basada en una misma religión (el Islam sunnita), una misma lengua (el árabe), una misma civilización (árabe-bereber), una misma colonización (latina), y una lucha común anticolonial. A estos factores, cabe añadir las coacciones de orden interno (islamismo y necesidades del desarrollo económico) y las de orden externo (exigencias de un mundo moderno organizado en grandes conjuntos regionales y la lucha común contra la deuda externa). Dicho de otra manera, para los pueblos magrebíes, que tienen la conciencia de pertenecer a una misma comunidad, la unidad está inscrita en el corazón y dictada por la razón (1984). Sin embargo, estos factores de unidad no impiden la existencia de numerosos obstáculos que analizaremos a continuación.

3.4.2. Los obstáculos a la integración en el Magreb

Como se destaca a partir del análisis de las experiencias de integración magrebí durante las 3 ó 4 últimas décadas, los factores que la obstaculizan son esencialmente de orden político y económico.

Los obstáculos políticos se resumen en torno a los elementos siguientes: las diferencias de sistemas políticos, las divergencias ideológicas entre los regímenes magrebíes, la persistencia de nacionalismos, los conflictos fronterizos, las rivalidades entre los dirigentes, la falta de voluntad política y la ausencia de verdaderas instituciones u órganos supranacionales.

El Magreb se caracteriza por una multitud de sistemas políticos, con diferentes regímenes: Marruecos es una monarquía hereditaria y tradicional y los demás son repúblicas que han evolucionado de manera idéntica, pasando de regímenes civiles a militares, y del sistema de partido único al multipartidismo, salvo Libia (Comités populares) y Mauritania (donde no existían partidos hasta abril de 1991), mientras que Marruecos siempre ha tenido un sistema multipartidista controlado por el Trono. Argelia y Túnez son repúblicas presidenciales y parlamentarias, Libia es un Estado de masas y Mauritania una república presidencialista y militar.

Estas diferencias no sólo han dificultado la armonización de las políticas nacionales, sino que además han creado distintas legitimidades con las consiguientes culturas políticas y

tradiciones propias de cada Estado (195). Todo ello, en detrimento de la integración regional. Además, estas opciones políticas internas han influido en las políticas exteriores, favoreciendo las alianzas con potencias extranjeras (196) dirigidas contra los vecinos.

A estas diferencias políticas, corresponden las discrepancias ideológicas. Con algunos matices, Argelia (hasta 1988) Libia y Mauritania han adoptado ideologías socialistas o socializantes, mientras que Marruecos y Túnez han estado a favor de un cierto liberalismo. Esta situación, condujo al juego de alianzas y bloques que han obstaculizado el proceso de integración regional durante mucho tiempo, ya que las prioridades nacionales estaban en función de las ideologías oficiales. Con respecto al Islam, que es su denominador cultural común, unos lo han recuperado, otros se han pronunciado por la secularización del Estado con una hostilidad abierta contra los islamistas y otros han adoptado una actitud de conciliación. A pesar de su adhesión común a la ideología panmagrebista con mayor o menor énfasis, según los casos, en el Panarabismo, el Panislamismo o el Panafricanismo, estos países se dividen en partidarios del "Magreb de los Estados o de los regímenes", del "Magreb de los pueblos o de las patrias" y del "Magreb de las instituciones" (197), o como apunta Jean Leca, existen defensores del "Magreb de bloques", del "Magreb funcional" y del "Magreb vertical" (198). Dicho de otra manera, la ideología unionista, el Panmagrebismo, se interpreta de forma distinta y sirve de instrumento de legitimación de los poderes establecidos.

Los nacionalismos fortalecidos por los sistemas políticos y las ideologías adoptadas tras las independencias, para justificar la creación de los Estados-naciones y legitimarlos (199), han desarrollado las conciencias nacionales en detrimento de la visión regional (200). Si durante la lucha anticolonial los pueblos se consideraban como magrebíes, con los patriotismos estatales postcoloniales se identifican, cada vez más, a pesar de la conciencia comunitaria, como marroquíes, argelinos, tunecinos, etc. Bajo el efecto y la influencia de los nacionalismos exacerbados, los Estados magrebíes son realidades cada vez más palpables, a pesar de la contestación islamista, cuyo proyecto ummista es impreciso y confuso.

A los obstáculos arriba mencionados se unen los litigios fronterizos entre los Estados magrebíes, cada uno de los cuales tiene un problema de frontera con sus vecinos. Unos han sido resueltos mediante acuerdos bilaterales y otros siguen pendientes. Estos conflictos combinados con los nacionalismos han bloqueado durante las tres últimas décadas el proceso de integración regional. El más destacado de ellos ha sido la crisis del Sáhara Occidental, que "ha envenenado las relaciones entre Marruecos y Argelia, dos países sin los cuales el Magreb no podrá construirse" (201). Sobre este tema, existen a partir de 1975, dos puntos de vista enfrentados: el marroquí que, basado en los derechos históricos y culturales, considera al Sáhara como parte de su territorio, amputado por la colonización, y el argelino, que defiende el derecho de los pueblos a la autodeterminación y el principio de la intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización. Desde entonces los dos países se enfrentan, por un Polisario interpuesto (202). El objetivo

no declarado de este enfrentamiento entre los dos Estados más poblados, es la hegemonía regional (202). El Sáhara se ha convertido así en el "máximo común divisor", ya que los demás Estados magrebíes han apoyado a uno u otro protagonista o han adoptado una actitud de neutralidad. Lo cierto es que esta crisis ha afectado, de una manera negativa, a la cooperación intermagrebí que desapareció casi totalmente (204), sobre todo entre Marruecos y Argelia, cuyos proyectos comunes o mixtos fueron interrumpidos. Sólo las coacciones económicas y políticas, internas y externas les condujeron a superar esta crisis y a empeñarse en el proceso de cooperación. Y así, Marruecos y el Frente Polisario aceptaron, en principio, la celebración de un referéndum.

La falta de voluntad política ha sido una constante por parte de los dirigentes magrebíes quienes, a pesar de expresar sus buenas intenciones de crear el "Gran Magreb" proclamado en los discursos oficiales e inscrito en las Constituciones, han adolecido de falta de concreción, con excepción de Gaddafi. Esta falta de voluntad política, resultado de la desconfianza mutua y de los egoísmos nacionales, ha perjudicado el proceso de integración regional, que se ha limitado a la cooperación bilateral y a las alianzas de seguridad.

De igual modo, las rivalidades entre los Estados y los dirigentes magrebíes han dañado dicho proceso. Cada Estado compite con el otro por el liderazgo regional, al considerarse como el elemento "federador" del Gran Magreb (205). La Argelia de Bumedíán, por tener fronteras comunes con todos los Estados magrebíes, se adjudicó el papel de "Prusia del Magreb"; el

Túnez de Bourguiba utilizó el prestigio histórico de su líder y el estatuto del "país magrebí más modernizado" para reivindicar el título de "fiador del Panmagrebismo"; Marruecos que significa Maghreb, en árabe, se considera como el "paso obligado" de la construcción del Gran Magreb; Libia se apodera de la función de unir el Magreb con el Mashrek y Mauritania de la de nexo entre el Magreb y el Africa subsahariana. En el fondo, prevalece "un clima de miedo y de sospecha que hace que cada Estado se halle obsesionado por sus escasas ventajas económicas y su frágil poder político" (206).

A estas rivalidades interestatales, cabe añadir las de los dirigentes, quienes, para defender sus intereses personales (207), no sólo han confiscado la diplomacia de sus países respectivos, sino que además se ocupan sobre todo de la política interna y desconfían de los vecinos. Caracterizados por su adhesión al capitalismo de Estado, fuente de sus privilegios, los Jefes de Estado y las élites magrebíes, cuando abogan por la cooperación regional, lo hacen en términos del "Magreb de los Estados" para mantener el statu quo colonial y los nacionalismos estrechos e impedir la construcción del "Magreb de los pueblos", hostil a sus intereses de clase (208). Así pues, es justo considerar a los dirigentes y a las élites magrebíes como verdaderos obstáculos a la integración o unidad magrebí (209).

Por último, los órganos o instituciones creados por las uniones o alianzas bilaterales (RAI, UAA...) y las Organizaciones regionales (CPCM y UMA) son elitistas y están dominadas por tecnócratas subordinados al Consejo presidencial o a la Conferencia de Ministros. Excluyen a las masas, que son los supuestos beneficiarios de la integración.

Concebidas en el marco del "Magreb de los Estados", dichas uniones u Organizaciones se fundamentan en los principios del respeto a la independencia de cada Estado, del mantenimiento de las fronteras artificiales coloniales, de la igualdad soberana entre los Estados miembros y de la no subversión..., es decir, están en contra de la instauración de la integración supranacional.

Los tecnócratas, nombrados por los Jefes de Estado o por los ministros, de quienes dependen, defienden los intereses nacionales o personales y no los comunitarios. Ello no favorece precisamente la integración regional, al contrario, la perjudica.

De acuerdo con Abdelhamid Brahimi, cabe decir que "la ausencia de una institución comunitaria dotada de una autoridad efectiva y con una existencia jurídica", es uno de los principales obstáculos para la integración en el Magreb (210).

En cuanto a los obstáculos de orden económico, se definen en torno a los factores siguientes: el subdesarrollo, con la consiguiente carencia de infraestructuras básicas; las divergencias de los modelos de desarrollo y de las políticas económicas nacionales; las desigualdades de nivel de desarrollo y la falta de complementariedad junto a la competencia en la producción; la debilidad del comercio intermagrebí, y la no convertibilidad de las monedas locales.

A pesar del importante esfuerzo de industrialización iniciado en la década de los 70 por los Estados del Magreb, las economías magrebíes son subdesarrolladas y frágiles. Incorporadas en la división internacional del trabajo, dichas economías son primarias (extracción y exportación de materias primas minerales y agrícolas) y desarticuladas, con estructuras dependientes y extravertidas. Se caracterizan por una clara dependencia económica, financiera y tecnológica (211). El subdesarrollo crea un vacío estructural, a causa de la escasez de los medios de comunicación, de los capitales y de las capacidades regionales de producción. Ello compromete, objetivamente, la cooperación regional y su propio desarrollo (212). La comprobación de este vacío económico hizo manifestar al Presidente Bumedíán: "0 + 0 + 0 + 0 = 0. Que cada uno de nuestros países empiece por dotarse de algo para poder ponerlo después en el cesto común" (213). La lucha contra el subdesarrollo impone una serie de reestructuraciones económicas a nivel nacional y regional. Sin ellas, la integración regional va a servir a los intereses extranjeros. De igual modo, el recurrir a la ayuda externa para realizarla, en lugar de tratar de realizar los esfuerzos exigidos por dichas reestructuraciones, fortalecerán las características del subdesarrollo (214).

Durante las décadas de los 60 y 70 y hasta mediados de los 80, los Estados magrebíes adoptaron unos modelos de desarrollo divergentes: el liberalismo (Marruecos y Túnez), el modelo socialista o colectivista (Argelia y Libia) y el sistema mixto con un liberalismo muy descentralizado (Mauritania) (215). Estas divergencias condujeron a diferentes planes de desarrollo, orientaciones de reformas agrarias, opciones indus-

triales, políticas fiscales y comerciales, códigos de inversiones, etc. Todo ello impidió la adopción de una política económica común y dificultó la armonización, necesaria en cualquier proceso de integración regional. A pesar de la reciente convergencia de los Estados magrebies hacia la economía del mercado, este obstáculo sigue vigente y no permite la coordinación regional de las prioridades nacionales.

El nivel de desarrollo es también muy desigual entre los Estados magrebies, con grandes diferencias en sus PIB: Argelia (54.100 millones de dólares), Libia (21.000 millones), Marruecos (18.900 millones), Túnez (9.400 millones) y Mauritania (840 millones). Libia y Mauritania, con una población respectiva de 4 y 2 millones de habitantes, constituyen los dos extremos. Por una parte, pese a las importantes estructuras industriales de Marruecos y Argelia que representan lo esencial de la población magrebí, los mercados nacionales siguen siendo exigüos y desiguales.

Ante estas disparidades, el proceso de integración tendrá que iniciarse por la etapa de igualación de niveles de desarrollo, para no producir efectos perversos y negativos. Pero no hay acuerdo a este respecto entre todos los Estados miembros, que ponen la integración al servicio de su desarrollo interno, al esperar de ella resultados inmediatos. Los más ricos son los más reticentes, ya que tienen que sacrificarse para el desarrollo de los más pobres.

En el caso de no igualación, éstos se convertirán en mercados de los productos de los primeros y, de ahí que se desinteresen por la integración. En cualquier caso, las disparidades de niveles de desarrollo atañen a la eficacia del proceso de integración, que pueden llegar a bloquear.

A pesar de sus complementariedades potenciales, arriba expuestas, las economías magrebíes se caracterizan por la ausencia de complementariedades reales (²¹⁶), sobre todo en los sectores mineral y agrícola donde producen y exportan lo mismo, obstaculizando de esta manera la cooperación horizontal, compiten en el mercado internacional y, con ello, reducen la capacidad de influir en los precios de sus materias primas.

En el sector industrial, creado después de las independencias, a pesar de la posibilidad de armonizar las políticas de inversiones industriales, recomendadas en los estudios del CPCM o del CEIM, los Estados magrebíes se dotaron individualmente de su propia industria siderúrgica, textil, mecánica y de montaje (²¹⁷), instaurando así una competencia que dificulta la cooperación regional en este sector vital en el que los mercados nacionales son insuficientes, a causa de su exigüidad. Con ello, se perdió la oportunidad de instaurar la cooperación o la integración regional en el sector industrial.

La debilidad del comercio intermagrebí, resultado de los efectos combinados de las divergencias políticas y económicas, de la escasez de las comunicaciones horizontales y de la similitud de las estructuras extravertidas de producción industrial, agrícola y comercial, obstaculiza la integración regio-

nal. La dependencia económica junto a la competencia en la producción de las materias primas fortalecen más las relaciones comerciales con los países industrializados. Como consecuencia de ello, los Estados compiten en el mercado local y en los mercados exteriores, dificultando, de esta forma, la ampliación de los mercados nacionales y la especialización regional en la producción (212).

Esta debilidad de los intercambios magrebíes (213), se explica también por la no convertibilidad de las monedas nacionales, que impide la libre circulación de personas, bienes y capitales.

La falta de armonización de las políticas monetarias y financieras, la fijación de las tasas de cambio según los criterios de cada Estado, la diferencia de funcionamiento entre los bancos nacionales, y la necesidad de divisas para el pago de la deuda, favorecen las relaciones verticales en detrimento de la horizontalidad, que existe sólo a nivel de las masas, a través del comercio informal o del contrabando en las fronteras entre Marruecos y Argelia y entre Túnez y Libia. Dicho comercio, mantenido a pesar de las disputas entre los Estados magrebíes, es más importante que el comercio oficial. La falta de una moneda común y de una mínima cooperación monetaria constituyen, pues, uno de los grandes obstáculos a la integración magrebí.

En definitiva, según sintetiza Abdelhamid Brahimi, los obstáculos a la integración árabe en general y magrebí en particular, estriban en los factores siguientes: los métodos de

integración utilizados (la primacía de lo político sobre lo económico o de lo económico sobre lo político, la preferencia dada a la integración por el mercado sobre la previa reestructuración de la producción agrícola e industrial del espacio regional, y la ausencia de una autoridad supranacional, sustituida por varios centros de decisión comunitarios); la dependencia económica y financiera respecto a los países industrializados; los desequilibrios económicos estructurales (economías primarias, desarticuladas y competitivas con estructuras de producción semejantes, la exigüidad de los mercados nacionales; falta de coordinación de los planes de desarrollo e incoherencia de las políticas industriales); el mimetismo occidental (la adopción de la estrategia librecambista y el mito de la industrialización); la no aplicación de las decisiones comunitarias (debida a falta de instituciones dotadas de poder real y de personalidad jurídica, a la preeminencia de los intereses nacionales sobre los regionales, y a la divergencia de sistemas políticos y económicos), y la falta de voluntad política⁽²²⁰⁾.

ABRIR VOLUMEN III CONCLUSIÓN GENERAL

